
T. N. HAWKE
AUTORA
BEST
SELLER
UN
vampiro
SALVAJE



Un vampiro salvaje

de

T. N. HAWKE

@del libro T. N. Hawke (Marta Guinart).
Publicado en exclusiva a través de Amazon KDP.
@de la portada T. N. Hawke (Marta Guinart).
Todos los derechos reservados.
Corregido por Virginia de Novoa.

Sinopsis

Una **mujer desesperada** por encontrar a su hermana desaparecida que lo vende todo para **contratar al mercenario más peligroso, terrorífico y capacitado que existe en el mundo**.

Un cruento macho sin conciencia, perteneciente a una organización oscura y al que **solo le importan dos cosas: el dinero y el placer.**

Un mundo moderno alternativo en el que **las criaturas paranormales conviven con los humanos… y los cazan.**

Y **una aterradora revelación: el macho al que ella ha contratado no es humano, sino vampiro.**

Sinopsis extendida:

Todo el mundo sabe que los **asesinos de La Mano Negra** no tienen conciencia alguna.

Que son más **peligrosos** que cualquier otra criatura, humana o inhumana, que puebla el mundo.

Que muchos de ellos **ni siquiera son humanos**, sino que su organización está compuesta de mestizos de criaturas paranormales y maleantes desterrados de la sociedad civilizada. **Mercenarios que se venden al mejor postor y matan sin sentir piedad o compasión.**

Y ahora yo **necesito a uno de ellos** para **rescatar a mi hermana.** Y solo hay alguien que pueda ayudarme: **Kasem Katari, el más peligroso de todos ellos.**

Contratarlo no es barato, pero es la única opción que tengo para encontrar a Arya, y por ello estoy dispuesta a vender hasta mi alma misma y confiar en **un frío asesino a sueldo más terrorífico que la muerte.**

Ambos nos adentraremos en uno de los países más peligrosos de todos, incluso cuando está en paz, en el que **wendigos, hombres lobo, brujas, cambiapieles, tribus caníbales, necrófagos y lamias**, entre otros, pueblan cada rincón de sus accidentadas tierras, a las que **nadie en su sano juicio se aventuraría jamás.**

Bienvenidos a un romance oscuro repleto de criaturas que te pondrán la piel de gallina y de escenas sensuales que te caldearán la sangre en las venas.

Género: romance a fuego lento con toques de *thriller* paranormal. Adictivo y trepidante.

Índice

Sinopsis
Índice
Mensaje de la autora
Mapa de la isla
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Para mi hermano, Rubén, al que quiero muchísimo.
Gracias por todo (aunque por suerte no vayas a leer este libro).

Mensaje de la autora

Estamos pasando por momentos muy duros por demasiados factores, todos ellos lejos de nuestro control, que me costaría una tesis entera siquiera rozar, y por ello quería dedicar unas palabras para quien quiera leerlas, aunque no sean gran cosa.

Lo primero: ante todo, quisiera dar mi más sentido pésame a aquellos que han perdido a gente a la que amaban. Lo siento muchísimo. No hay palabras que puedan describir ese dolor. Esa ausencia que es como tener un agujero negro en nuestras vidas en los espacios emocionales y físicos donde antes habitaban aquellos con los que compartíamos nuestras vidas.

Comprendo vuestra pena.

En segundo lugar, quisiera dejar por aquí algo que a mí me ha costado mucha terapia empezar a interiorizar (y sigo trabajando en ello día a día; algunas veces con más éxito y otras con menos):

Hay cosas que no se pueden controlar. **La tragedia es una de ellas.**

Pero mi mayor esperanza es que un día las penas del pasado y los momentos que ahora nos atormentan no saturen a la persona que podemos llegar a ser en un futuro.

Espero que, aunque el luto se quede para siempre con nosotros en un rincón de nuestro corazón, llegue un momento en el que la pérdida no nos obsesione día a día.

Así que, si estás pasando por uno de esos momentos tan duros y te planteas cosas extremas, quiero que sepas que no estás solo, que hay muchos que también están luchando para levantarse día a día, y que no hay vergüenza en buscar ayuda de profesionales. Todo lo

contrario: es un acto de valentía encomiable que luches por tu supervivencia y tu bienestar.

No te olvides de vivir. No te rindas.

Lucha por ese tú que puedes ser en el futuro.

P.D.: Ojalá que las horas que pases leyendo te ayuden a desconectar. Algo tan necesario durante momentos difíciles.

Un abrazo inmenso,

T. N. (Marta).

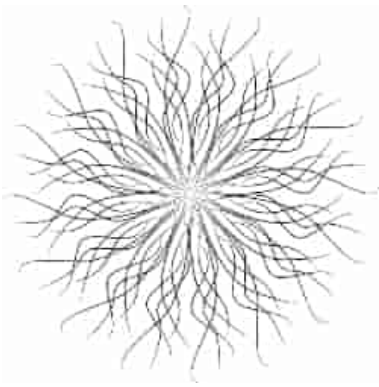
Mapa de la isla



Creado por la autora con Inkarnate.

¿Quieres ver el mapa en grande?

LINK AL MAPA



Capítulo 1



Noemí

La noche es fría.

Estamos a finales de septiembre y el helor del aire ya empieza a notarse bastante, aunque aún no me haya hecho sacar el abrigo de lana gruesa. Además, lleva lloviendo unos días, así que la humedad del ambiente lo empeora porque hace que el frío te cale hasta los huesos.

Las calles de la ciudad están desiertas a estas horas de la noche. La mayoría de la gente estará en sus casas, disfrutando de la calefacción, de una película tras la cena o de un buen sueño reparador, ya que es martes y mañana es día de trabajo.

Yo, sin embargo, llevo sin dormir más allá de un par de horas seguidas desde hace más de un mes. La cara de mi hermana, Arya, se me aparece en sueños una y otra vez: Arya riendo, Arya llorando; Arya feliz por haberse graduado en Periodismo tras muchos años de esfuerzo; Arya ilusionada por haber ganado una plaza en el equipo

de profesionales que, protegidos por un grupo de guardaespaldas nativos, pondrían rumbo al tenebroso, caótico y temido país de Rundra, repleto de más no humanos que de humanos, para fotografiar a las tribus humanoides que todavía subsisten en las peligrosas montañas del este del mismo: las Karparias.

Las mismas montañas que aparecen en leyendas y cuentos de terror de todo el mundo.

Las mismas que ella estaba excitada por conocer en persona, a pesar de mis miedos.

Recuerdo su voz y su entusiasmo. «Seguro que son todo exageraciones, Noe. Esas "leyendas" solo son prejuicios disfrazados de historia antigua». Eso es lo que solía decir y lo que me repetía una y otra vez cuando yo, preocupada, le pedía que eligiese otro destino de trabajo. Uno menos peligroso. Uno menos conflictivo. Uno menos proclive a causar su muerte entre sus escarpados paisajes inexplorados, según estadísticas.

Pero ella solo se reía de mis desvelos cuando yo le leía dichas estadísticas en voz alta. Sonreía y negaba con la cabeza como si aguantara lo que ella consideraba «propio de mis excentricidades» cuando le decía que el cuarenta por ciento de los turistas y visitantes nunca volvían a casa tras poner un pie en el peligroso país de Rundra, incluso aunque lo hicieran en zonas relativamente seguras, como su capital.

Bufaba con incredulidad cuando le contaba que ese porcentaje aumentaba a casi un sesenta por ciento cuando se trataba solo de mujeres. Me repetía una y otra vez cosas como: «Esas estadísticas no son fiables, Noemí. Las hacen los extranjeros», aunque las mismas proviniesen de la web oficial de turismo de nuestro país, que recomendaba no poner un solo pie en ese lugar jamás.

Me replicaba que eran todo patrañas y prejuicios. Cuentos de viejas y advertencias por parte de los europeos y americanos, que explotaban a los nativos y usaban esos rumores para que nadie

fuera a investigar nada y así no dar la alarma sobre sus desconocidas e ilegales acciones en el país. Cosa que ella pensaba probar yéndose allí a investigar para denunciar el maltrato y el abuso.

Y ahora mi hermana ha desaparecido. Se fue hace dos meses con la mochila más llena de equipo fotográfico que de ropa y víveres, y ya lleva más de mes y medio sin contactarme.

Ni un solo mensaje. Ni una sola llamada. Nada.

Estoy desesperada.

Sobre todo, desde que hace un par de semanas se anunció que había estallado una guerra civil en Rundra. Desde entonces, cuando cierro los ojos, solo soy capaz de tener pesadillas. Pesadillas en las que ella está sola en un país conocido por ser la tierra nativa de carnívoros que todavía comen humanos y otras especies pensantes. Por ser el país en el que las criaturas oscuras y salvajes superan en porcentaje de población a las más civilizadas, según los medios.

Trato de controlar la angustia perpetua, que nunca se apaga del todo, que me embarga cada vez que pienso en Arya. En mi única familia viva. En la hermana pequeña a la que quiero más que a mi propia vida.

Cuando el mareo se me pasa, los abro y fijo la vista en mis manos, ligeramente temblorosas. Pronto pondré fin a las dudas; a la angustiosa espera. Pero ya no soy capaz de determinar si ello es bueno o malo.

¿Y si lo que encuentro es un cadáver? ¿Qué haré entonces?, pienso por enésima vez, atormentándome a mí misma.

—Calma. Voy a rescatarla —susurro en voz alta para tranquilizarme, mirando la pantalla del móvil por enésima vez—. Voy a traerla de vuelta a casa.

Intento no hundirme en ese bucle mental de desesperanza en el que, si me meto, tardo horas en salir. Uso todas mis fuerzas para concentrarme en la realidad que me rodea y acallar mi mente.

Mi aliento llena el aire de vaho. Todavía no hay nadie en el parque. Estoy sola. Y cuanto más segundos pasan sin que nadie aparezca, más nerviosa me pongo.

Dos minutos para el encuentro con el asesino y cazador de La Mano Negra que he logrado contratar, tras venderlo absolutamente todo, para que me ayude a introducirme en el país de Rundra, cuyas fronteras están cerradas, y a encontrar y rescatar a mi hermana, me recuerdo mentalmente, tragándome el nudo de ansiedad que me hace una bola en la garganta. *Voy a encontrarla y a llevármela lejos del peligro.*

Si es que todavía vive, me susurra una vocecilla insidiosa y cruel en mi cabeza como respuesta a mis afirmaciones positivas.

Tengo que tener esperanza. Tengo que pensar que Arya vive o me romperé por dentro, me digo a mí misma con firmeza, acallando ese pensamiento de inmediato.

Mi pierna se mueve de manera nerviosa y mi pie hace ruido sobre la gravilla del parque de manera rítmica mientras, a pesar de mis esfuerzos, me hundo en el bucle mental ansioso que pretendía evitar.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar el móvil. Queda un minuto menos para la hora acordada.

Estoy sentada en el banco de madera del parque de un barrio cualquiera de mi ciudad. Exactamente donde el mensaje que me envió el mediador con el que contacté me dijo que estuviera. He llegado una hora y veinte minutos antes de lo acordado. Y hubiera llegado mucho antes si no fuera porque los nervios me han jugado una mala pasada y he tenido que volver corriendo a mi habitación del hotel cuando ya estaba en el *hall* porque sabía que iba a volver a

vomitar otra vez. Como tantas otras veces desde que vi los vídeos que los civiles de la capital habían subido a las redes sociales sobre lo que está pasando en la guerra de Rundra y ello empeoró mis pesadillas y mi angustia.

Miro a mi alrededor con ojos ansiosos y enrojecidos por falta de sueño por enésima vez consecutiva, pero todavía no hay rastro del mercenario que tiene que recogerme. El que va a ser mi guardaespaldas durante el viaje y el que va a llevarme hasta Arya cueste lo que cueste.

La Mano Negra nunca falla, sea lo que sea para lo que los contrates, me recuerdo tratando de animarme. *Él (o ella) la encontrará. Seguro que sí.*

Vuelvo a pasear mi vista por el parque, que sigue vacío a excepción de mí, y me pregunto por sexta vez consecutiva si estaré en el banco adecuado, comprobando que sí, lo estoy, una vez más al releer el mensaje de texto.

Quedan solo cuarenta y dos segundos. Vuelvo a buscar desesperadamente una figura, a alguien, lo que sea, esperando ver… no sé el qué, la verdad. Todo el mundo dice que los mercenarios de La Mano Negra son mestizos de especies depredadoras como los vampiros, los hombres lobo o los demonios. Así que no sé qué aspecto tendrá.

¿Parecerá siquiera humano?

Lo único que se sabe con certeza de ellos es que son fríos y crueles asesinos de élite entrenados desde niños para dar caza, rastrear y matar a un objetivo por un precio exorbitado. No importa si dicho objetivo es un vampiro, un hombre lobo, un humano o algo diferente. No importa si se trata de un asesinato, un rescate o un robo.

—Seguro que llega pronto… —me murmuro a mí misma para darme ánimos, volviendo a mirar la hora en la pantalla del móvil

como si ello fuera a hacer que los segundos transcurran con mayor rapidez.

Sin nada más que hacer que esperar, vuelvo a preguntarme qué aspecto tendrá un mestizo. ¿Tendrá los iris rojos, como se rumorea que tienen los vampiros de sangre pura? ¿O tal vez colmillos y garras? ¿O piel roja y cuernos?

Nunca, que yo sepa, he conocido a un depredador. La mayoría de los mestizos que conozco y que admiten abiertamente que lo son suelen ser medio elfos, ninfas o similares, cuya aceptación social está por las nubes debido a su extraordinaria belleza y a que suelen ser vegetarianos…

—Tú debes de ser Noemí. ¿Nos vamos? No sería conveniente que nuestro transporte espere demasiado. Suele ponerse de mal humor si sus pasajeros llegan tarde.

Doy un bote cuando oigo la voz, definitivamente masculina y aparentemente humana, que habla directamente a mi izquierda.

Cuando giro la cabeza como un resorte, tan rápidamente que me causa un tirón en el cuello, me encuentro casi cara a cara con un alto hombre que me observa atentamente y sin parpadear con un par de profundos ojos negros, sentado a mi lado como si nada.

—Yo… Ah…

Me he quedado sin habla momentáneamente. Me está costando concentrarme.

Me lo quedo mirando con pasmo.

Tiene los hombros anchos y el cuerpo definido. Los músculos se le notan a pesar de que lleva puesto un suéter y sobre este un largo abrigo de lana. Medirá como mínimo un metro noventa de altura, por lo largas que son sus piernas, y va vestido enteramente de gris y negro de los pies a la cabeza, con los pantalones arremetidos en un par de botas militares. Sus ropas son una mezcla entre elegante y

casual que llama la atención sobre su buena figura, aunque no parece que ese haya sido su objetivo.

Parece un supermodelo, pienso con extrañeza. *¿Se supone que este es el mejor cazador de La Mano Negra?*

Él ladea la cabeza y se me queda mirando, y yo evito estremecerme de manera visible. A su alrededor hay un aura intimidante y oscura.

El asesino alza una ceja de manera interrogante y yo me pongo aún más nerviosa.

—Uh… —me escucho decir de manera incoherente.

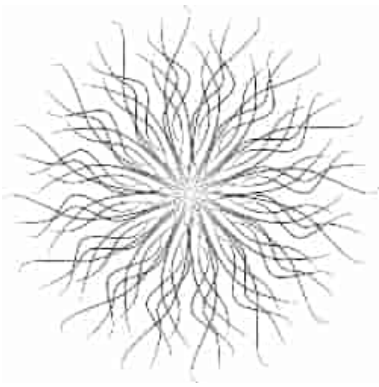
Me cuesta ordenar mis pensamientos. Estoy demasiado nerviosa y no logro calmarme.

De repente, me da la sensación de que lo que tengo a mi lado es un depredador que observa a una presa potencial mientras vigila su entorno con ojos sagaces.

Me pone la piel de gallina nada más sentir la energía que emana. Es imposible pasarlo por alto y me sorprende no haberme dado cuenta de que se me acercaba, porque normalmente tengo muy buenos instintos para estas cosas.

Es como si hubiese aparecido de la nada.

Mi primera impresión de él es que es escalofriante.



Capítulo 2



Noemí

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua un lobo sarnoso? —se burla el desconocido con una voz grave y masculina—. No me han informado de que tengas dificultades a la hora de comunicarte.

Tiene un ligero acento, sensual pero algo arisco, que no puedo identificar. Cosa que me sorprende porque mi especialidad es el lenguaje.

—Se dice el gato —corrijo de manera inconsciente y casi me muerdo la lengua por ello—, no un lobo sarnoso.

No me puedo creer que acabe de corregir a un asesino a sueldo como si nada. Seré idiota. Me ha salido el modo profesora automático.

Él solo sonríe. O creo que lo hace, intuyéndolo por cómo se curvan sus ojos ligeramente en las comisuras. Es la única parte de su rostro que puedo ver por encima de la bufanda de color negro

que cubre la mitad inferior de su cara. Eso, y una parte de sus cejas, rectas, definidas y de color negro.

Por lo poco que puedo ver de sus rasgos, parece atractivo y, si no fuera por esa extraña energía que emana y que pone los pelos de punta, bastante… *humano*, quizá sea la palabra con la que muchos lo definirían si lo viesen a través de la lente de una cámara y no fueran capaces de sentir esa tenebrosa aura suya de cerca.

—Deberíamos movernos ya —insiste el mercenario.

Aunque su lenguaje corporal es contradictorio. Estira los músculos de manera lenta y casual, como si estuviera haciendo un esfuerzo al decir esas palabras. Parece estar muy a gusto sentado en este banco, en este parque; demasiado perezoso como para ponerle ganas a nada.

Es chocante. No sé qué es lo que me esperaba de un mercenario de élite, pero su aparente calma y la indolente manera en la que observa su entorno (y a mí) y se recuesta sobre el respaldo del banco, eso seguro que no. Tiene pinta de gato perezoso que no cree que valga la pena enseñar sus garras, al que todo le da flojera a pesar de la intensidad con la que sus ojos lo analizan todo a su alrededor.

No parece que lleve armas encima tampoco. Pero eso nunca se sabe, ¿no?

Concéntrate, Noemí, me regaño. *Y responde de una vez.*

Cuanto menos duermo, más me cuesta reaccionar y más vueltas le doy a la cabeza en los momentos más inconvenientes.

Asiento finalmente a sus palabras, dándome cuenta de que lo ha dicho ya antes y momentáneamente muda cuando mi cerebro procesa al fin que realmente, *realmente*, estoy sentada junto a un asesino a sueldo que seguramente ha quitado más vidas que años yo tengo de vida.

Él se levanta de su asiento, elevando los largos brazos por encima de su cabeza y desperezándose de nuevo, y me mira por encima de su hombro.

Me pongo en pie como un resorte, roja como un tomate y diciéndome de nuevo que tengo que espabilar de una vez. El corazón me late como loco en el pecho por el nerviosismo.

—¡Lo siento! —exclamo—. Nos vamos, sí. Cuanto antes mejor.

—¿Y esas maletas? —pregunta el mercenario señalando mis bártulos con la oscura mirada y luego volviendo a dirigir esos penetrantes ojos abisales hacia mí.

—Mis cosas más indispensables. —Trago saliva al hablar y no le digo que el resto (*todo* el resto, desde ropa hasta enseres de cocina, pasando por mi propio apartamento, del que tan orgullosa estaba) lo he vendido para poder costear sus honorarios.

Me dijeron que él era el mejor y el que tenía más probabilidades de sacar a mi hermana de Rundra, y yo por tenerla a ella de nuevo en casa soy capaz de todo. Los bienes materiales no me importan tanto como su vida.

Sin mediar palabra, el hombre se acerca a mis dos maletas grandes y mi mochila de viaje y las abre sobre la hierba del parque, destripando su interior y observando mis escasas posesiones personales con ojo crítico.

—Pero ¿¡qué haces!? —me indigno, reaccionando al fin y saliendo de mi estupor.

Él se incorpora y me mira con una ceja arqueada. Una de mis bragas especiales para la menstruación, tan grande que casi parece una faja de algodón estampado, cuelga de su dedo índice extendido.

—Revisando lo que pretendes llevarte a una zona en guerra —me responde con la misma languidez y la misma intensidad con la que lo ha hecho todo hasta ahora—. ¿De verdad crees que tu

lámpara de mesa, tu colección de libros de *Los Bridgerton* o una cajita llena de piedras de playa pintadas con témperas van a serte útiles cuando estés en mitad del territorio de una tribu de wendigos[1] caníbales?

Mi rubor se hace tan intenso que seguramente hasta los astronautas de la estación espacial serían capaces de verlo fácilmente.

—Es que… es que no tengo dónde dejarlo —finalizo con incomodidad. *Es todo lo que me queda,* es lo que quiero decirle. Lo que quiero gritarle—. No me quedaba suficiente dinero para alquilar un almacén. Además, solo son dos maletas, mi mochila y una bolsa de viaje. Ya está. Nada más. Seguro que podemos dejarlo en alguna parte y volver luego a por ello, ¿no? Se supone que lo que he pagado incluye gastos de transporte, comidas y lugares de descanso.

Menos mal que he recuperado mi voz, aunque me haya costado.

La colección de libros de mi madre. La lámpara que fue mi primer regalo de cumpleaños por parte de mi hermana, ese que me compró con su primer sueldo y que se convirtió en una de mis posesiones más preciadas, y las piedras que Arya recogía y pintaba para mí cuando ella tenía siete años. Todas ellas son posesiones personales de las que no puedo deshacerme.

He vendido mi apartamento, toda mi colección de libros (incluso los que me compró mi madre y que tanto atesoraba), mi ordenador de sobremesa, los muebles y hasta mis perfumes y joyas. Todo. Pero de lo que me queda no puedo deshacerme y no podré nunca.

Él me mira en silencio unos segundos y parece llegar a una conclusión. Lo veo sacar casi todas las cosas de la mochila de viaje (que ha visto mejores tiempos, ya que era de mi hermana antes de que ella se comprara una nueva), escoger unas pocas de la maleta y

sustituir los contenidos de la mochila por estas antes de cerrar las cremalleras, enderezarse con la mochila en una de sus manos y lanzármela al pecho sin previo aviso.

La cojo al vuelo con un «uf» de protesta, porque aunque se le ha notado que no la ha lanzado con toda la fuerza de la que esos músculos que se intuyen bajo su ropa son capaces, a mí me ha costado recibirla tanto como si fuese un pase de *rugby* hecho con mala leche.

—Te llevarás la mochila con lo que hay dentro. El resto lo dejaremos en el hangar antes de irnos y lo recogerás cuando vuelvas —me informa en un tono que no da pie a discusiones—. ¿Entendido?

—Me parece bien.

Me relajo con alivio.

No dice «cuando volvamos», en plural, y no se me escapa. Y tampoco me ha dado opciones, ha sido una orden en toda regla.

—¿Adónde vas? —pregunto cuando veo que empieza a caminar hacia la salida del parque sin añadir nada más.

Mis maletas siguen donde él las ha dejado: abiertas de par en par sobre el suelo tras su cirugía.

Él me mira por encima de su hombro una vez más como si fuese estúpida y mi rubor vuelve a aparecer con ganas. Nunca me había ruborizado tanto en la vida. No sé qué tiene este hombre que me altera tanto. O sí: su aura y su atractivo físico, evidente a pesar de la bufanda que oculta la mitad inferior de su rostro.

Eso, y que me hace sentir inadecuada e incompetente cada vez que me mira o me habla, como si sacase a la luz todas mis inseguridades y mis miedos. Y eso no suele sucederme a menudo.

—Muévete —me ordena ariscamente en tono muy imperativo, poniéndose en marcha de nuevo—. Ya es hora de irnos. No lo repetiré de nuevo, mujer. Espabila de una vez o te dejaré atrás.

—¡Soy tu clienta! —protesto.

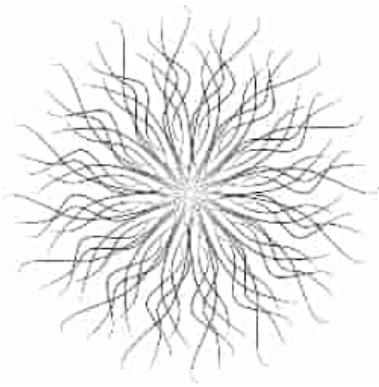
—La prioridad es la misión —asevera él sin mirar atrás—. La vida de tu hermana es más importante que tu orgullo, ¿no crees?

Maldito sea, sabe dónde apuñalar con sus palabras.

Me cuelgo la mochila a toda prisa de los hombros y recojo las dos pesadas maletas y la bolsa de viaje del suelo, corriendo tras él para alcanzarlo tras cerrar las cremalleras.

Menudo primer encuentro. No ha sido, ni de lejos, parecido a los miles de escenarios con los que mi mente me ha atormentado estos últimos días, desde que hice el pago a la cuenta bancaria en el extranjero tras venderlo todo y supe que ya no había vuelta atrás.

Pero al menos todavía estoy con vida. No todos los que se encuentran cara a cara con un miembro de La Mano Negra pueden decir lo mismo.



Capítulo 3



Noemí

Estamos en el metro.

Estoy en el metro con un asesino de élite sentado a mi lado, rodeada de mis maletas… mientras él se lee un libro porno ilustrado que ha sacado de la nada.

La gente lo mira. Yo lo miro. Él nos ignora a todos y pasa una página, concentrado en su lectura.

Estoy empezando a ponerme ansiosa. *Soy* una persona ansiosa. Me fue diagnosticada ansiedad cuando era adolescente y hay días en los que lo llevo mejor y días en los que estoy peor. Sin embargo, esto es tan inverosímil que me sobrepasa con creces. No dejo de preguntarme si no me habrán estafado. Si no me habrán tomado el pelo y habré enviado la totalidad de mi dinero, tanto el poco que tenía ahorrado como el de la venta de mis posesiones materiales, por el retrete de las estafas *online*.

Tengo ganas de llorar. De llevarme las manos a la cara y soltar un grito. De gritarle a él. A este hombre tan incomprensible, tan intimidante e intenso (y, aparentemente, también pervertido), pero de solo pensarlo me asusto yo misma al imaginar su reacción. Porque, aunque sea un maldito estafador y se esté riendo de mí, mis instintos no dejan de alertarme que estoy sentada junto a un depredador y que debo andar de puntillas, no sea que me saque los colmillos.

Y, aun así, la rabia permanece en mí. Como siempre lo hace. Bullendo a fuego lento en mi interior y borboteando en mi garganta, como fuego líquido o ácido hirviendo, dispuesto a quemarme por dentro si no lo dejo salir.

—¿El libro porno es bueno? —pregunta mi boca con sarcasmo antes de que mi cerebro termine de procesar lo que acabo de hacer.

Él parpadea y me mira brevemente antes de devolver su atención hacia las páginas de su libro y pasar otra más de manera tan lánguida y perezosa como lo hace todo, aparentemente.

—Bastante bueno, sí —responde al fin, cuando yo ya creía que iba a volver a ignorarme de nuevo como si yo no existiera—. La relación entre los personajes es compleja y dinámica —prosigue, hablando con esa voz suya de barítono y acelerándome el corazón sin motivo alguno una vez más—. Y las descripciones son magníficas.

Las comisuras de sus ojos se curvan ligeramente y tengo la sensación de que sabe muy bien que me pone nerviosa y que eso le divierte.

Aprieto mi mano sobre el mango de una de las dos maletas, que sujeto para que no rueden por el vagón del metro, hasta que la palma me duele por la presión.

—Así que los lees por *la trama* —suelto, ahogando una risa irónica y sorprendiéndome a mí misma por tener la valentía de

hablarle así.

Normalmente me cuesta un poco hablar con desconocidos. Y más si se trata de temas tan íntimos.

—Absolutamente —asiente él con diversión en la voz, pero expresión totalmente formal. Me doy cuenta de que lo dice en serio —. Aunque admito que mis escenas favoritas son las sexuales. La autora las describe de maravilla. Se nota la *pasión* que les pone, y el hecho de que haya una casi en cada capítulo es genial.

Suelto un resoplido, medio de risa por su admisión y medio avergonzada. Mi cerebro me grita que me estoy metiendo en caminos que no sé si quiero transitar y que me ponen aún más nerviosa al pensar en ellos. Pero que también me caldean la sangre en las venas, muy a mi pesar.

—*Pasión desenfrenada* —leo en voz alta para mí misma el título del libro en una voz muy queda.

Él debe tener un oído muy fino, porque creo que me ha escuchado aun a pesar del sonido del metro, que avanza a toda velocidad, de la conversación del grupo de chicos que hay en el vagón de al lado, que no dejan de reír y gritar y que parecen estar borrachos, y de que apenas ha sido un susurro.

—Este es el tercer libro de la saga —me informa—. Te aconsejaría que empezaras con *Pasión desatada*. Es el primero. Personalmente, no es de mis favoritos, pero sí que es el favorito de muchos y tiene una buena puntuación en Goodreads y en Amazon.

Observo la portada de su libro, que él inclina ligeramente para que yo pueda ver mejor.

Esto es tan insólito… Estoy sentada junto a un supuesto mercenario de élite que lee libros eróticos explícitos autopublicados a través de Amazon. A cada segundo que pasa, este hombre me descoloca más y más.

—Ah… Lo miraré en la web. Gracias —respondo sin saber qué decir.

Él vuelve a su lectura como si nada.

—¿Quieres que te lea un extracto? —me pregunta con los ojos brillando de maliciosa diversión—. Nada de *spoilers*, por supuesto.

Miro su perfil. Sigue sin verse mucho. Parte del puente de su nariz, recto y armónico, asoma por el borde de su bufanda.

Envalentonada por la mezcla explosiva de agotamiento emocional, insomnio perpetuo, ansiedad y enfado de que se estén burlando de mí, hablo antes de pensar una vez más. Y eso que soy de las personas que le dan mil vueltas a la cabeza antes de decir ni mu. Pero este hombre no ha tardado ni una hora en sacarme de contexto, de mi zona de confort y de mis casillas, todo a la vez.

—Adelante —lo reto.

Él entorna los párpados, descendiendo sus largas y gruesas pestañas negras hasta que cubren casi la totalidad de sus abisales ojos negros, y sonríe para sí mismo, satisfecho. Parece un gato complacido tras haberse comido al canario.

O un lobo que acaba de entrar en la casa de la oveja cuando esta le ha abierto la puerta, la muy tonta, añade una voz desde el fondo de mi mente, regañándome por jugar con fuego aun sabiendo que me voy a quemar. La misma que me advierte de que él es más peligroso de lo que aparenta. Mucho más.

—Noemí gimió de puro gozo cuando K embistió con más fuerza en su interior. Ella clavó las uñas en su poderosa espalda, incapaz de contener su pasión —narra él sin pudor alguno, invadiendo la cabina con su profunda voz de barítono.

Oír mi nombre de sus labios en ese tono de voz me altera a niveles que no soy capaz de entender.

—El palpitante pene de él estimulaba las paredes interiores de su coño y presionaba contra todos sus putos puntos G cada vez que se movía. Su ancha y larga vara de placer…

—¡Ya vale! —me exalto, más roja que una remolacha y súbitamente más excitada de lo que lo he estado jamás en mi maldita vida.

—¿Seguro que quieres que pare? Ahora venía la parte más *climática* del capítulo —afirma en un tono serio que no me engaña.

Se está riendo de mí.

—Te has inventado el nombre del personaje femenino solo para ver cómo iba a reaccionar yo —lo acuso.

Él no hace ni caso de mi indignación. Se ha pasado un poco, pero yo se lo he pedido, técnicamente. Sabía que iba a gastarme una broma y aun así he caído de lleno en su trampa como una tonta.

—Eso solo lo sabrás si te lees el libro —se burla él, esta vez sin ni siquiera intentar esconder que se divierte a mi costa—. ¿Quieres que te lo preste? ¿O prefieres el audiolibro? También lo tengo —me ofrece—. Por desgracia, no llegué a tiempo para las audiciones del personaje masculino principal. Estaba de misión.

Creo que va en serio con su oferta. Y también con lo de las audiciones. Parece genuinamente decepcionado con eso último. No me lo puedo creer. Estoy tan ofuscada que hasta se me olvida el miedo que le tengo durante un segundo.

—No, gracias —farfullo.

Mi corazón es un tambor desbocado y sus latidos resuenan en mis oídos con fuerza. Apenas puedo oírme a mí misma por encima del sonido de sus palpitaciones. Siento los oídos de los demás pasajeros de la cabina atentos a lo que decimos, y eso no ayuda a mi ataque de vergüenza súbita.

—Como quieras —resuelve él ante mi silencio, volviendo a enfocar su atención sobre el libro. Aunque siento que todavía me observa, como si el resto de sus sentidos estuviesen clavados en mí —. Pero si quieres que vuelva a leerte alguna de mis escenas favoritas…

—¡No hará falta! —barboteo a toda prisa.

—… será un *placer* hacerlo, Noemí —finaliza él como si no le hubiera interrumpido.

Alzo la vista y observo a mi alrededor. Los chicos borrachos se han callado. Su atención está sobre nosotros, al igual que la de todos los demás. Se ha hecho el silencio a nuestro alrededor, y al misterioso hombre cuyo nombre desconozco no le importa en lo más mínimo. Sigue leyendo como si nada pudiera perturbarlo.

Respiro hondo hasta que me calmo y pienso que yo solita he metido la mano en el hoyo, así que no puedo quejarme de haber encontrado en el fondo a una serpiente muy dispuesta a morder mi mano. ¿Qué esperaba? ¿Que él se amedrentara y no respondiera a mi reto? No tiene aspecto de conocer esa palabra.

Agarro las maletas con más fuerza y me centro en el presente y en las cosas que me rodean. Cosas físicas, como mis bártulos. Y no en él (y fallo, pero sigo intentándolo).

—No me has dicho a dónde vamos. Ni tampoco tu nombre —rompo el silencio al cabo de unos minutos, tras rumiar y rumiar y darle vueltas a la cabeza—. Es información básica y la necesito.

—¿Por qué? —pregunta como si le importaran una mierda mis necesidades, pasando otra página con calma.

Rechino los dientes.

—Porque sí.

Él no contesta.

No puedo dejar que mi ansiedad me impida exigir respuestas de un hombre que todavía no sé si es un Mano Negra real o un estafador no humano entrenado para parecer intimidante.

Espero que no me esté llevando a mi muerte. O a algo peor. Podría ser un traficante de personas. Lo pienso de repente y me llamo estúpida a mí misma. *¿Por qué no lo he considerado antes?*

Él debe de notar mi pánico creciente, porque se guarda el libro tamaño bolsillo en el abrigo y se recuesta sobre el respaldo de su asiento, volviendo a enfocar su atención sobre mí.

—Vamos al hangar de un amigo. Ya te lo he dicho, Noemí. Qué mala memoria tienes —me responde, arrastrando las sílabas de mi nombre como ha hecho cuando ha leído la escena porno de antes.

Mi nombre suena a pecado y a lujuria pura en sus labios. Tengo que sacudir físicamente la cabeza para despejarla, y una vez más me pregunto cómo es posible que él me afecte tanto y si no estará usando algo para alterarme los sentidos.

¿Magia? ¿Pociones? ¿Feromonas químicas ilegales? No lo sé, pero funciona. Funciona demasiado bien.

—¿Y tu nombre? —insisto—. Eso tampoco me lo has dicho. O al menos dime cómo llamarte.

Él permanece en silencio unos segundos, como si evaluara si dármelo o no.

—Kasem —pronuncia con ese acento suyo, que hace que mi piel se ponga de gallina y mis nervios se estremezcan—. Aunque, ante los demás, deberás llamarme Sangriento.

Su última afirmación me da escalofríos. Supongo que es lo que pretende y eso me enfada, aunque trato de no mostrarlo porque todavía no sé qué es, y tampoco qué me haría si cree que le «provoco» mostrando un poco de esa personalidad gruñona que mi hermana a veces me acusa de tener.

Así que me limito a fruncir el ceño.

—Kasem —repito—. ¿Como la palabra usada para «cuervo» en vadálico antiguo?

—Exacto —replica él, apoyando la cabeza sobre la pared de plástico y metal del vagón, cerrando los párpados y dando por finalizada la conversación sin necesidad de añadir más palabras.

Su actitud basta para dejar claro que no quiere más preguntas.

Kasem. *Cuervo*.

Así se llama. O así, al menos, quiere que lo llame cuando estamos los dos solos.

Estoy intrigada. Menudos nombres ha elegido el tipo este. Además, el vadálico es una lengua que lleva extinta miles años. El lenguaje perdido de los altos linajes vampíricos. Los primeros vampiros. Los que evolucionaron lo suficiente como para dejar de ser bestias y pasar a ser seres racionales…, pero igual de sangrientos y crueles que sus predecesores, los grandes murciélagos humanoides temidos por todos.

—Los engranajes de tu cabeza son demasiado ruidosos, mujer.

Casi doy un bote cuando el supuesto mercenario interrumpe mis cavilaciones. Me aclaro la garganta y me atrevo a alzar la barbilla, hablándole con orgullo, cuando veo que su atención está sobre mí de nuevo.

—Estaba reflexionando…

—Me he dado cuenta.

Qué maleducado, refunfuño para mis adentros.

—Ni siquiera estaba hablando… —me atrevo a musitar en voz gruñona.

Le oigo reírse entre dientes.

—No con tu voz.

—¿A qué te refieres? —le pregunto, pensando que es más raro de lo que había pensado en un primer momento.

Espero que no vaya drogado o algo así, deseo con fervor.

—Ya te lo diré algún día.

Abro la boca para insistir, molesta y, muy a mi pesar, queriendo saber a qué se refiere, pero la expresión de la pequeña parte que puedo ver de su rostro me hace callar.

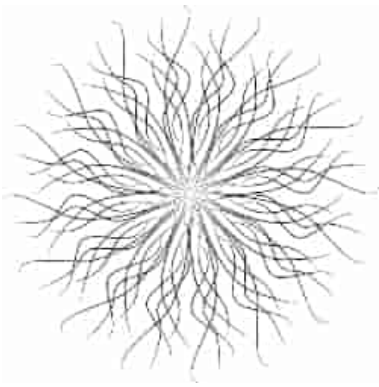
Giro mi cara hacia el otro lado y contemplo el paisaje de la ventana, pero, de vez en cuando, mi atención se desvía hacia Kasem, que no ceja en su empeño de observarme fijamente.

Algo se retuerce en el fondo de mis tripas. Una emoción a la que no puedo ponerle nombre, tan parecida al miedo y a la anticipación que es casi como una premonición, y que resulta demasiado intensa como para ignorarla como normalmente trato de hacer cuando estas cosas me pasan. La voz en *off* que anuncia la próxima estación es el único sonido que hay en todo el metro.

Es como si pronunciar su nombre en voz alta hubiese apagado todas las voces. Como si todos fuésemos presas intentando pasar desapercibidas bajo la mirada de un depredador que ha anunciado su presencia con tan solo una palabra, demasiado asustadas como para romper el silencio y atraer su hambre hacia nosotros.

Kasem, repito mentalmente.

No puedo evitar pensar que parece el nombre de una maldición.



Capítulo 4



Noemí

Nos bajamos en el aeropuerto. Aunque supongo que debería haberlo visto venir, por eso del hangar.

Imagino que iremos en avión, así que arrastro como puedo las maletas tras de mí mientras salimos del metro, pero Kasem me desconcierta una vez más cuando, en vez de dirigirnos hacia el edificio de enormes proporciones al que todo el mundo que baja en esta parada entra tras cruzar la calle, nosotros nos desviamos hacia la izquierda.

—¿Adónde vamos? ¿No íbamos al aeropuerto? —inquiero, cansada de arrastrar tanto peso.

Me arden los hombros y la espalda empieza a darme pinchazos al cabo de unos minutos de caminata.

Él no ofrece ayuda ni tampoco respuesta alguna, más allá de otra miradita de párpados entornados por encima de su hombro.

—¡Ay! —grito del susto cuando me tropiezo con una baldosa mal colocada en la acera y casi me caigo de bruces con todo mi equipaje encima si no fuera porque él, tan rápido que lo veo como un borrón por la comisura de los ojos, me coge de la cintura antes de que me estampe la cara en el suelo.

—Cuidado. Mejor no te destroces esa cara tan bonita que tienes, Noemí —ronronea cerca de mi oído antes de enderezarme, como si no le costara nada mover mis casi sesenta kilos, y alejarse un paso de mí.

Al moverme, el suéter que llevo se levanta y su mano roza la piel de mi cintura.

Él actúa como si yo de repente le quemara, apartándose de mí a toda prisa.

—Podrías ayudarme con las maletas —farfullo con el corazón a mil por hora una vez más cuando la pérdida de la estabilidad que me daba su agarre casi hace que me caiga de nuevo.

—Podrías habérmelo pedido —responde él.

Sus ojos se ríen de mí de nuevo.

Rechino los dientes con ira una vez más. Creo que mi enfado y mi frustración están empezando a superar lo intimidante que me parece este hombre que, después de ver (o casi ver) la velocidad inhumana con la que es capaz de moverse, está claro que mi deducción era correcta: no es humano en absoluto.

¿Será un vampiro?, me pregunto.

Observo de reojo sus iris, que me parecían negros como abismos, pero que a esta distancia y bajo la luz de la farola más cercana parecen más un gris acerado y oscuro, casi negro. Tengo la sensación de que se han aclarado ligeramente.

Miro mis pertenencias cuando mis sentidos huyen de su intensa presencia y veo que todo ha acabado desperdigado por el suelo de nuevo: la mochila, la bolsa de mano y las dos enormes maletas.

—¿Te importaría ayudarme? —la pregunta suena bastante hosca cuando sale de mi boca.

Los brazos, los hombros y hasta las pantorrillas me arden tras haber cargado con mis cosas durante todo el trayecto mientras él leía porno incluso cuando caminaba por la calle.

—Vaya, podrías haber preguntado antes. —Se lleva una mano a la barbilla cubierta por la bufanda como si lo cavilara—. Supongo que podría, sí.

Este hombre me va a sacar de quicio si va a ser así todo el viaje. Y, considerando que vamos a pasar semanas, o quizá meses, juntos, tal vez debería decir algo al respecto y exigirle algo de respeto.

Mi cerebro elige recordarme que él es potencialmente un maldito vampiro y que, si realmente es el guardaespaldas mercenario y asesino de La Mano Negra que he contratado, sería más sensato callarme e ignorarle. Pero mi boca vuelve a elegir el desacato a mi sensatez antes de que yo pueda reinar sobre ella.

—Qué magnánimo eres —espeto con una buena dosis de sarcasmo y retintín.

Él hace una reverencia burlona que, he de admitir, es bastante elegante. Digna de una película de *Los Bridgerton*.

Me froto el hombro mientras espero a que me ayude, al menos, a enderezar las maletas, pero lo que hace me descoloca totalmente una vez más.

Kasem saca un estuche alargado de uno de sus bolsillos y, de este, una pluma estilográfica, luego saca una pequeña libreta de otro bolsillo y escribe algo en esta con la pluma estilográfica.

¿Me estará haciendo un cheque por su ayuda? ¿Qué cojones…?, me indigno.

—Listo —anuncia, terminando de dibujar o escribir lo que quiera que sea que estuviera haciendo.

Guarda la pluma en su estuche, arranca el papel de la libretita, se queda con este en la mano, y después vuelve a meter la libreta y el estuche que contiene la pluma en los bolsillos de su abrigo.

Observo el papel que sostiene entre sus dedos corazón e índice, preguntándome qué leñes se le habrá ocurrido ahora a este hombre para incordiarme, pero él solo se acerca a las maletas sin mediar palabra, apilándolas junto a la mochila y la bolsa de mano en un montón en mitad de la acera.

—¿Qué estás hacien…?

Nunca llego a terminar la pregunta.

Boquiabierta, le oigo murmurar algo en vadálico antiguo, entonces veo cómo el dibujo que ha hecho en el papel se ilumina con una luz anaranjada e instantes después él apunta con sus dedos hacia el montón de mis pertenencias… y estas desaparecen en el interior del papel como si fueran absorbidas por un agujero negro.

O por un conjuro de sellado, me doy cuenta.

Algo que reconozco porque me he pasado la vida entera entre pergaminos antiguos que hablan de milagros como este, cuyas delicadas ilustraciones mostraban cosas que hoy en día se consideran solo meras leyendas: los poderes mágicos de los linajes nobles de los vampiros.

Los llamados…

—Eres un Brujo de Sangre —barboteo, atragantándome al decirlo porque casi me ahogo cuando la respiración se me corta de golpe y todo mi cuerpo se estremece de arriba abajo.

Él clava sus ojos en mí y yo tengo que apartar los míos porque siento que me está viendo el alma. Que esos ojos suyos son capaces de leerme en mente, cuerpo y espíritu. Veo de reojo cómo se iluminan de plateado antes de cambiar a un profundo rojo durante un instante, volviendo a ser oscuros como la noche sin luna poco después.

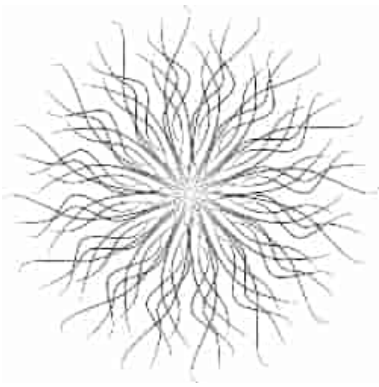
—Y tú una *vidraz* —declara él roncamente, con el tono de voz tan repleto de interés y fascinación como de esa perpetua burla suya que me pone de los nervios.

Abro la boca para protestar, indignada, porque sé lo que significa esa palabra, pero no sé por qué él me está llamando *groupie* de sangre (cosa que es bastante ofensiva). Sin embargo, la protesta muere en la punta de mi lengua cuando él me lanza el papel, que flota levemente en el aire frente a mi cara hasta que lo cojo de manera automática, y me da la espalda para echar a andar de nuevo calle abajo.

Lo sigo con la cabeza tan a mil por hora como mi creciente pánico a estar a solas con él.

Kasem es un vampiro. Uno de linaje puro. Y un maldito brujo además de eso.

De eso ya no me cabe duda alguna.



Capítulo 5



Noemí

Nos metemos por una puerta lateral situada al final del edificio principal del aeropuerto en la que pone «No pasar. Zona videovigilada. Solo personal autorizado», y caminamos por un ancho y largo pasillo de paredes blancas y suelo de amplias baldosas color gris ceniza.

Resisto el impulso de volver a preguntar a dónde vamos, como los típicos niños de las películas que lo preguntan mil y una veces, en parte porque a estas alturas ya sé que no me va a responder (e intuyo que no responde a mis preguntas precisamente por eso: porque quiere que me acostumbre a no preguntar, el muy capullo) y en parte porque *estoy a solas con un vampiro purasangre en una zona desierta*.

Uno que, además, es un brujo.

Un maldito *brujo*.

Olé yo y mis decisiones, que me han traído hasta aquí. Ahora ya no me cabe duda de que, si Kasem resultara ser un estafador que trafica con humanos u otras personas, yo no tendría posibilidad alguna de huir de él. El solo pensar en enfrentarme a un vampiro con poderes oscuros es de risa.

Pero, aun así, me conozco y sé que moriría luchando o que, al menos, intentaría resistirme.

Mi hermana suele decirme que la única persona que se compara a mí en cabezonería es ella misma. Y tiene razón.

—Por aquí —indica Kasem, girando hacia la izquierda cuando el pasillo se bifurca hacia ambos lados.

—Más pasillo blanco de suelos grises —comento para acallar mi mente—. Esto parece un laberinto sin final.

—Esa es la idea —replica él.

No sé cuánto tiempo llevamos ya caminando. Soy incapaz de recordarlo. Es como si algo de aquí afectara a la memoria del tiempo y a la percepción del espacio. Mis dedos no dejan de rozar una y otra vez el papel que contiene mis posesiones privadas. Está en blanco, como si el sello mágico que Kasem ha escrito ya no estuviera ahí.

Aunque, si me concentro, puedo percibir una sensación extraña en la yema de mis dedos cuando las paso por encima. Una energía, sutil pero poderosa, que vibra en el centro de la página de libreta arrancada.

—¿Cómo lo has hecho? —me oigo preguntar.

Estoy demasiado anonadada y, lo admito, fascinada por ello. Mi instinto humano me grita «huye», cosa que no voy a hacer porque Arya y su rescate son mi prioridad y necesito la ayuda de Kasem (si es que realmente es quien dice ser) para ello, pero mi alma de profesora y de *nerd* de la historia antigua y, lo admito, de la brujería

y toda mención a la magia, se muere de ganas de saber más. De hacer docenas de preguntas por segundo. Y mi *nerd* interior siempre gana.

—Magia —responde él de manera evasiva.

Suelto un bufido de enojo.

—Evidentemente —refunfuño—. Eso ya lo había deducido por mi cuenta.

Él se ríe entre dientes.

No parece que vaya a responderme nada más, así que me trago los nervios y decido insistir.

—Lo que quiero saber es cómo es posible que puedas usar este tipo de magia. Quiero decir —aclaro antes de que me replique algo ambiguo y sarcástico porque lo veo venir—, que los sellos mágicos, los círculos y símbolos de magia oscura, como este, se supone que solo pueden ser inscritos y cargados tras semanas de cuidadosa preparación de cada línea que los compone. Y solo por brujos y brujas de un alto nivel, tras muchos años de entrenamiento para ello. Eso es lo que he leído…

Es su turno de resoplar. Pero de diversión apenas contenida.

—No sabía que también fueras bruja, *vidraz* —se burla—. Cuánto sabes.

Si emitiera más sarcasmo me ahogaría en él.

—No me llames así —me enfado, rechinando los dientes. Una manía que tengo cuando estoy irritada que no me quito por mucho que lo intente—. No soy una maldita *groupie* de sangre. No le voy detrás a ningún vampiro para que me muerda o tenga sexo conmigo, ¿vale?

Él se ríe entre dientes por mis palabras indignadas, lo que solo me indigna más aún. Parece que se divierte continuamente a mi

costa.

—¿Qué es lo que crees saber?

¡Será soberbio!, me sulfuro al escuchar su tono de voz.

—Me gradué en Filología de lenguas muertas, Arqueología e Historia antigua *suma cum laude* —contesto con retintín—. Además, fui profesora titular en la Universidad Capital hasta hace poco. Así que, no es por presumir, pero sé de lo que hablo.

—Vaya. Menudas credenciales —ronronea de manera socarrona —. Pero eso no responde a mi pregunta, profesora.

Si aprieto más los dientes me dolerá la mandíbula esta noche. Cojo aire y pongo mi mejor voz seria. La que utilizo en las clases y en las conferencias.

—*Vidraz* es un término proveniente del vadálico preconquista que apareció por primera vez en el libro *Anteqilum Varatis* de Artek Na'dasu, erudito del segundo rey de Vadalia —le explico al aire, ya que él no parece prestarme mucha atención—. Artek lo empleó para referirse a una humana que el rey había conocido. Describió su comportamiento, con bastante humor, como «obsesivo» y «sexual», y acuñó el término *vidraz* para referirse a ese tipo de conducta.

—Ya veo. —Ahoga un bostezo de manera exagerada, pero decido ignorarlo y seguir haciendo gala de mis conocimientos.

Caminamos y caminamos, y yo hablo y hablo, en parte porque estoy cansada de que me tome por tonta, y en parte porque quiero acallar mi ansiedad.

—Aún hoy en día algunos lo emplean para definir a aquellas personas que son fanáticas de los vampiros, cuyo objetivo en la vida es tener sexo con ellos, ser mordidos por ellos para experimentar el éxtasis que se dice que provoca la ponzoña de sus colmillos, o que se obsesionan con algún vampiro famoso y se unen a algún grupo de fans extremistas suyos —recito en tono sabihondo.

»No hace falta decir que se usa de manera peyorativa. Básicamente es como llamar a alguien *yonki* y puto de los vampiros a la vez. Y yo no soy ninguna de esas cosas —finalizo con firmeza.

—¿Así que crees que eso es lo que significa? —pregunta él mientras nos detenemos frente a una puerta con un panel digital que nos pide un código de seguridad, de cuyo marco superior cuelga una cámara que nos apunta directamente a las caras—. Y yo que creía que eras lista. Con todos esos títulos…

Aprieto los puños y me ruborizo de rabia. Otra cosa que me sucede cuando me altero y que detesto.

Llevaba años sin ocurrirme.

Él me mira de reojo, pero sigue introduciendo números, letras y símbolos en la puerta sin reaccionar a mi evidente desagrado.

—Soy experta en lenguajes muertos, *como ya te he dicho* —replico, orgullosa de mis logros y haciendo énfasis en la última frase —. No solo de vadálico, sino también de sedineo, de latín, de sánscrito y de egipcio antiguo. Me pidieron mis datos, *todos* ellos, cuando contacté con el mediador de La Mano Negra, así que seguro que ya lo sabías, ¿no?

No lo ha negado antes.

Me ha costado muchísimos años de estudio y dedicación poder decir esas palabras. No por nada me gané a pulso el ser profesora de lenguas extintas en la universidad.

—Pues, para ser experta, no parece que conozcas bien el significado más puro de esta palabra —ronronea, indiferente a mi evidente orgullo y a mi listado de conocimientos.

Abro la boca para explicarle que se equivoca, pero no llego a hablar, porque sus palabras me hacen pensar.

El «significado más puro», ha dicho. Me muerdo los labios de manera pensativa. A veces, las palabras se adaptan o se reconstruyen mediante el uso cotidiano generalizado de las mismas, perdiendo su significado original. Pienso en la palabra en sí. En su raíz fonética y en sus orígenes, y no en su uso en el lenguaje actual. Se traduce literalmente como «sangre sensual», pero desconozco su uso en el contexto antiguo.

No hay muchos datos sobre esas cosas, por desgracia. Muchas palabras se han ido deduciendo gracias a las estatuas y a las tablillas que fueron siendo encontradas en las ruinas de Vadalia, que contenían mensajes en varios idiomas, incluyendo el vadálico.

Un ejemplo de ello es su nombre. Kasem se utilizaba coloquialmente hasta hace unos doscientos años para decir que alguien era de mal agüero, a pesar de que su significado original es «cuervo», hasta que esa palabra murió como hacen muchas, siendo sustituida por nuevos términos que la gente va inventando conforme las nuevas generaciones crecen y tratan de definir el mundo a su manera. Y saber todo esto me lleva a pensar:

¿Qué habría significado que te llamaran vidraz *hace mil años?*

—¿Qué significa esa palabra para ti? —inquiero.

Mi curiosidad supera con creces a mi miedo a estas alturas. Mi mente científica siempre ganará la batalla a mis emociones más mundanas, como el pánico a morir como víctima de un vampiro que ha perdido la paciencia.

—Significa exactamente lo que significa —me responde él, enfocándose en la cerradura digital de la puerta y observándola como si fuera su peor enemiga cuando no se abre.

Qué irritante es este hombre.

Kasem introduce otro código en la pantalla, pero el aparato da un pitido de advertencia de error y se pone roja.

Claramente encrespado, el vampiro se queda mirando la pantallita digital cuando esta le dice que tiene solo un intento más antes de dar la alarma.

—¿Seguro que recuerdas bien el código? —pregunto en tono de duda, olvidando mi curiosidad por ahora en pro de preocuparme por un macho irascible con poderes mágicos.

La mirada que me dirige por encima de su hombro podría haber congelado un volcán.

—Sí —espeta de manera tajante, introduciendo otro código en la pantalla… que da otro pitido de advertencia antes de empezar a soltar un sonido infernal de alarma que me hace soltar un aullido de dolor y taparme los oídos con las manos.

—¡Para eso! —suplico entre gritos—. La cabeza me va a estallar. ¿Qué tipo de alarma es esta? ¡Parece un arma creada para reventarle a alguien la cabeza!

—Exacto, profe —contesta él de manera encrespada.

Kasem arranca el panel de la pared con la mano de un plumazo, sobresaltándome. Tornillos, cables, fusibles… todo sale de la estructura como si esta estuviera hecha de mantequilla. Y luego abre un agujero en el yeso de la pared con el puño y empieza a destriparla, arrancando todo lo que encuentra a su paso sin miramientos hasta que la alarma deja de sonar y se hace el silencio.

El metal del aparato que tira al suelo sin miramientos está tan retorcido que parece que hubiese sido hecho con gelatina en vez de titanio o algo similar. Cuando acaba, hay un agujero que atraviesa el muro de lado a lado. Un muro que, claramente, estaba protegido por algún tipo de grueso panel de metal interior entre los dos lados de cemento y yeso, de unos diez centímetros de espesor cada uno.

Nada de eso ha sobrevivido a sus garras.

Sus *garras*.

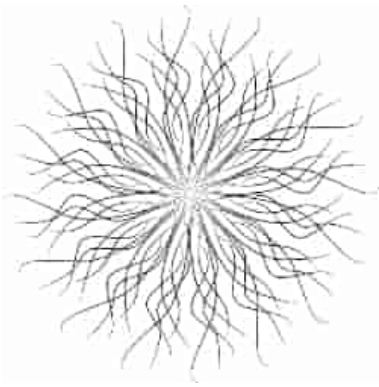
Me quedo mirando sus manos. Sus venas palpitan de color negro y sus uñas, antes cortas y tan humanas como las mías, ahora son gruesas y afiladas garras que podrían cortar cualquier cosa fácilmente.

Incluso el metal, pienso mirando a la pared. *O mis huesos. O el cuello de una persona. Músculos, huesos y tendones.*

Sin embargo, parte de mí se siente más fascinada por la mutación de su mano que por el peligro evidente que representa.

Soy estúpida, pero a estas alturas ya no creo que me importe. Mi curiosidad científica es una parte importante de quien soy.

De hecho, estoy tan concentrada observando cómo él hace desaparecer su mutación y su mano vuelve a ser humana que doy un bote del susto cuando alguien asoma la cabeza por el otro lado del agujero y se pone a chillar como un poseso.



Capítulo 6



Noemí

—¡Joder, Sangriento! ¿Otra vez? ¿En serio? —refunfuña un hombre cuya piel oscura está cubierta de rayas verdes, como las de un tigre —. ¡Es la cuarta vez ya! Pienso descontártelo del sueldo, ¡que lo sepas!

—Cállate y abre la puta puerta —gruñe Kasem en respuesta, malhumorado—. Odio esas jodidas cerraduras. Nunca reconocen mi huella dactilar. Ni tampoco el maldito código que introduzco.

—Eso es por tu puta sangre de vampiro —replica el hombre atigrado—. Los aparatos estos son muy sensibles a la energía que emitís y se estropean en seguida cuando intentáis usarlos.

—Pues entonces, cambia la jodida manera de abrir la puerta de una vez, Udon. O seguiré rompiéndola —amenaza Kasem.

—Eres un gruñón, que lo sepas —suspira ese hombre con resignación—. Y por tu culpa me va a tocar hacer un huevo de

papeleo *otra vez.* Casi eres peor que Irash. Él arrancó la puerta entera cuando estuvo aquí hace una semana. *¡La puta puerta entera!* —exclama en tono de horror—. La separó de los goznes y la lanzó contra la pared. Nos costó la vida sacarla de ahí. Y el muy cabrón ni siquiera se ofreció a ayudar. Nos miraba y se reía.

Kasem responde con un sonido gruñón que casi me hace soltar una carcajada, ya que parece una confirmación a la aseveración de Udon sobre su carácter huraño.

—Lo de arrancar la puerta me parece una buena idea ahora mismo. —El vampiro mira hacia dicha víctima potencial con consideración, como si estuviera considerando de manera muy seria el arrancar ese mastodonte de sus goznes de cuajo.

Debe de ser una puerta de seguridad máxima, pero eso no lo amedrenta y, después de lo que acabo de ver, no me extraña nada.

—¡Ni se te ocurra! —exclama Udon, escandalizado—. Espera, ahora te abro. ¡No te la cargues! Un poco de paciencia, tío. No tardo nada en introducir los códigos desde este lado… ¡Joder!

Se retira del agujero y le oímos abrir la cerradura de la puerta desde el otro lado. No deja de rezongar entre dientes hasta que logra abrir ese mamotreto, que parece tan pesado como todo ese grosor aparenta. No creo que yo pudiera moverlo sola.

El hombre, cuya especie desconozco, parece muy majo. Me cae automáticamente bien, aunque solo sea porque acaba de regañar a un vampiro de metro noventa sin detenerse siquiera a parpadear de miedo.

Deduzco que se conocen bastante bien y que son amigos.

—Anda, ya puedes pasar… ¿Y quién es ella, por cierto? —pregunta ese extraño ser cuando se fija en mí, tras apartar la vista del imponente Kasem.

Cuando el hombre atigrado se gira hacia mí, parpadea. Dos veces. Una con un párpado móvil exterior y otra con una membrana blanquecina que asciende desde la parte inferior de su ojo hasta la de arriba, de forma invertida.

Sus pupilas, ahora que las veo de cerca, son rectangulares, como las de una cabra.

—La clienta —anuncia Kasem, caminando hacia delante hasta que Udon no tiene más remedio que apartarse por la fuerza.

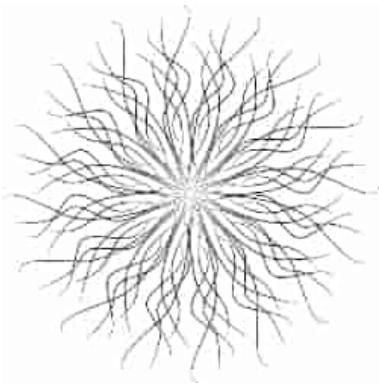
—Encantada, soy Noemí —le digo a Udon con timidez, siguiendo al vampiro hacia el interior de lo que, efectivamente, parece un hangar para aviones privados.

—Lo mismo digo —me responde el hombre tigre cuando paso por su lado, sonriente.

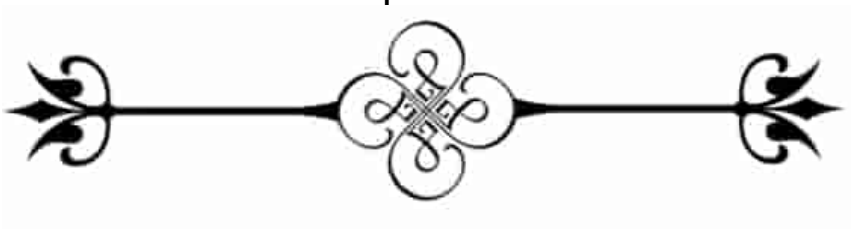
Sus ojos me dan un buen repaso de arriba abajo, apreciativos, pero una simple mirada de Kasem hace que su amigo aparte la vista de mí con un sobresalto bastante visible y que se quede mirando al vampiro con cara de estar alucinado. Como si no entendiera por qué «Sangriento» (definitivamente prefiero el otro nombre a este) lo ha mirado con mala hostia.

La verdad es que yo tampoco. A no ser que los miembros de La Mano Negra tengan prohibido flirtear con sus clientas o algo así. Lo que me recuerda que…

¿Será Udon uno más de los infames asesinos o resultará que ambos son una estafa y van a vender mis órganos al mejor postor?, me pregunto.



Capítulo 7



Noemí

Hay diferentes aviones de varios tamaños y modelos en el interior del edificio. Tanto modernos como antiguos, pero todos ellos bien conservados.

—Supongo que uno de ellos va a ser nuestro medio de transporte, ¿no?

¿Cuál de ellos me llevará hasta Arya?, me pregunto para mis adentros.

Kasem, cómo no, no responde.

—¿Dónde está Hadrio? —le pregunta a Udon, ignorándome.

No ha tardado en recuperar su habitual actitud indiferente ahora que se le ha pasado el cabreo con la cerradura digital.

—Dentro del Élite Vixen, esperándoos desde hace una hora —informa el hombre atigrado, rascándose la nuca con una mueca

incómoda—. Ha venido supergruñón. Casi tanto como tu yo habitual —bromea el chico, intentando romper el hielo que de súbito se ha establecido entre ellos.

Parece abochornado y no deja de mirar a Kasem como si de repente no lo conociera o como si le costara entender al vampiro. Cosa que antes, cuando discutían, no pasaba. Me daba la sensación de que eran amigos o, al menos, colegas que se llevan bien y se conocen desde hace bastante tiempo. Ahora la energía que hay entre los dos ha cambiado.

Kasem está frío y distante, pero algo tenso, creo (porque con el vampiro es difícil saberlo), porque Udon está claramente nervioso e incómodo.

El vampiro emite un gruñido, frunciendo el ceño, y mira hacia el avión que le ha señalado el hombre tigre.

—El metro se ha retrasado, perdona si llegamos un poco tarde —le digo a Udon cuando Kasem no le esclarece nada. Me aclaro la garganta cuando el silencio se alarga—. Oye, Udon…

—¿Sí? —sonríe él de manera distraída, como si no acabara de creerse lo que escuchan sus oídos, pero solícito.

—Sois de La Mano Negra, ¿no? —Él alza una ceja como si no entendiera por qué lo pregunto—. Quiero decir… —aclaro—, que no seréis traficantes de personas o de órganos o estafadores o algo similar…

Mi voz se va apagando cuando veo la sorpresa en el rostro del hombre atigrado y escucho el bufido de Kasem.

—Es normal que pregunte —me justifico por lo bajo, diciéndome que no tengo por qué avergonzarme.

—Espera un segundo. —Udon parece que acaba de reaccionar, saliendo de su estado de estupor—. ¿Has dicho que habéis venido en metro?

—Sí —asiento.

Me mira con expresión de no entender esa sencilla palabra. Luego dirige la vista hacia Kasem y pone cara de estar conmocionado cuando el vampiro no añade nada, sino que nos da la espalda sin mediar palabra y echa a andar hacia uno de los aviones.

Uno pequeño, negro, reluciente y con aspecto de ser muy caro.

—Ya, pero ¿estás segura de que habéis ido en *metro*? ¿De que él… —insiste, señalando a Kasem con incredulidad— ha ido en *metro*?

El hombre atigrado suena totalmente conmocionado. Está claro como el agua que no acaba de creerse lo que ha oído.

Me encojo de hombros sin entender por qué. Kasem parecía muy cómodo en el metro y no daba la sensación de andar perdido, como suele suceder las primeras veces.

—Estoy segura, sí —respondo, girándome hacia el vampiro y viendo que ya hay demasiada distancia entre nosotros. Kasem camina con paso firme sin mirar atrás—. Perdona, pero creo que es mejor que lo siga o me lanzará una de esas miraditas suyas por encima del hombro a las que les estoy cogiendo tirria —le digo a Udon mientras echo a correr tras ese hombre, despidiéndome con una mano alzada a toda prisa.

—¡Te entiendo perfectamente! —me grita el hombre atigrado.

Detesto esas miraditas. Me hacen sentir que ve algo en mí que yo no veo y que a él le hace mucha gracia. Que *yo* le hago gracia. Y no estoy de humor para ser el payaso de nadie.

Jadeo mientras corro y mis zapatillas hacen ruido sobre el cemento del suelo. Tengo la sensación de que llevo horas siguiéndolo y de que voy a tener que acostumbrarme a ello. Será peor cuando estemos en terreno escarpado y él insista en mantener ese paso, lo sé. Así que no pienso quejarme más. Le demostraré que

soy capaz de seguirle el ritmo, aunque me rompa los pulmones intentándolo.

Espero poder hacerlo, pese a que no creo que me deje detrás. Soy su clienta, ¿no? Uno de sus trabajos es protegerme…

—¡Joder! —exclama Udon a mis espaldas—. El reyecito en el metro. ¡En el jodido puto metro que usamos los plebeyos! No me lo creo. Espera que lo cuente en el chat, van a flipar todos en tecnicolor, como mínimo.

Está susurrando, pero su voz hace eco en el hangar y se le oye hasta en la otra punta, cerca de la inmensa abertura que da a las pistas de los aviones, a la que Kasem y yo nos dirigimos.

Pues menos mal que no le he dicho nada de lo del porno, pienso con hilaridad inesperada.

—¿Podrías esperar un poco, por favor? —resuello cuando alcanzo al vampiro, enfurruñada por su actitud.

A veces me trata con indiferencia, otras parece que no puede apartar su atención de mí, y cuando le da por ahí me pone colorada con su maldito porno o sus insinuaciones sexuales. No sé cómo actuar a su alrededor. Me descoloca continuamente.

—Eres lenta —gruñe cuando se digna a responderme.

—De eso nada —protesto—. Lo que pasa es que tú eres un vampiro y estás acostumbrado a *tu* velocidad. Yo soy humana.

Él emite un sonido que no sé cómo interpretar. Su vista está fija en el avión que hay frente a nosotros, a unos metros de distancia. Acelera el paso y me doy por vencida a pesar de mi resolución de antes. No pienso correr detrás de él. Llegaré a mi ritmo.

Parece que no, pero incluso cuando camina a paso tranquilo se mueve muy rápidamente. No me extraña que me arda el costado de

tanto caminar tras él desde que nos hemos conocido en el parque hace unas horas.

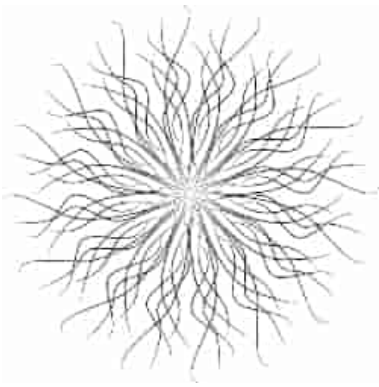
Subo las escaleras del avión poco a poco cuando llego a ellas. Kasem ya ha desaparecido en su interior hace un par de minutos cuando alcanzo la entrada.

En el momento en que finalmente estoy arriba, me quedo parada de puro *shock* al entrar de manera tentativa en el interior del jet privado y ver que el vampiro tiene a un hombre humano de unos cincuenta años en una llave de inmovilización, y que le está diciendo algo con una voz malditamente tenebrosa que hasta a mí me llena de escalofríos.

Y eso que no soy la receptora de la evidente amenaza que hay en su tono y en su lenguaje corporal, pienso tragando saliva. *No entiendo cómo el hombre no se ha meado encima o…, espera, creo que sí que lo ha hecho*, descubro cuando veo que hay una mancha en la parte delantera de sus pantalones y noto que el aire huele ligeramente a pis. *Uf*.

—… cumplir el trato o te arrancaré el puto hígado y haré que te lo comas, ¿lo entiendes? —Es lo único que logro oír antes de que el hombre asienta, tembloroso, prometiendo cumplir, y Kasem lo suelte y dé un paso atrás, girándose hacia mí como si nada hubiera ocurrido—. Elige tu asiento, Noemí. Nos vamos en diez minutos —declara como si no le hubiera oído amenazar de muerte al que parece que es nuestro piloto.

¿Qué diablos está pasando aquí?



Capítulo 8



Noemí

Esto es como viajar en un autobús volador de lujo. Apenas noto que estamos a miles de kilómetros de altura, por encima de las nubes, atravesando el mundo en dirección a la isla en la que se encuentra Rundra, Galiether, junto a otros dos países que tienen frontera con él y que están considerados casi igual de peligrosos.

Los asientos, anchos y cómodos, están tapizados de terciopelo rojo y situados unos frente a otros, como en un restaurante. La temperatura es perfecta, las vistas impresionantes y la compañía… silenciosa.

Kasem se ha sentado frente a mí y tiene los párpados cerrados. Aunque no creo que duerma. Siento su atención sobre mí por mucho que finja dormir.

El vampiro se ha quitado la bufanda, dejando ver un rostro que me tiene fascinada y del que no puedo apartar la vista por mucho que lo intente una y otra vez y me diga a mí misma que debería

enfocar mi atención en el paisaje y dejar de parecer aquello de lo que él me ha acusado ser hace unas horas: una *groupie* obsesa de los vampiros.

Pero no puedo. Me es imposible dejar de mirar esa nariz, recta y perfecta; esa mandíbula tan definida; esos altos pómulos… Todo él. Aunque son sobre todo sus labios (unos malditos labios sensuales y seductores) los que atraen mi mirada como a una polilla una llama. La metáfora resulta de lo más acertada, puesto que Kasem es, definitivamente, mortífero para mí (o para cualquiera) y sentirse así de atraída por él es el equivalente a prenderse fuego a una misma.

Ah, pero ¿no decía el poema aquel que el sentido de la vida está en aquellas cosas que nos tientan más que nada, que nos hacen soñar y desear cosas imposibles, aunque estas puedan destruirnos?, canturrea una vocecita en mi cabeza.

Es la misma voz que, cuando era más joven, me impulsó a volcar años de estudio en mi mayor pasión: las lenguas y culturas extintas. Sus artefactos, su historia, su mundo y su filosofía. La que me inspiró a seguir un camino que todo el mundo me decía que era un desperdicio de talento y esfuerzo porque no tenía mucha salida laboral. La que me motivó a caer de cabeza en mi refugio de libros antiguos, pergaminos frágiles y voces muertas milenios atrás.

Mirar a Kasem me produce una sensación similar a sostener un artefacto sagrado milenario en mis manos; la misma fascinación, la misma curiosidad, la misma atracción, la misma emoción sobrecogedora y el mismo respeto. Pero con un tinte muy diferente, porque por esos artefactos no siento ningún tipo de poderosa atracción sexual, como es evidente.

—¿Cuántos años tienes? —suelta mi lengua antes de que pueda detenerla, harta de tanto silencio.

Él abre levemente los párpados con una ligera expresión de fastidio en su imposiblemente bello rostro.

Lo sabía. Sabía que no dormía, pienso con un bufido mental.

—Duérmete —me ordena, volviendo a cerrarlos—. Nos queda algo más de diecisiete horas de viaje. Necesitas descansar.

—No puedo —replico, tragando saliva y sintiéndome frustrada conmigo misma por no callarme y también por no poder ignorar esa maldita vocecilla insistente que quiere saberlo todo de él.

—¿Demasiado *excitada*? —ronronea en ese tono burlón y pícaro que ya he llegado a odiar.

Me tenso.

—Más bien nerviosa.

—No te preocupes, suelo poner nervioso a todo el mundo —declara él con seriedad—. Especialmente a las mujeres que me encuentran atractivo. Es decir —añade en tono arrogante—: todas.

Suelto un resoplido bastante audible, deseando negar que lo encuentro atractivo pero sabiendo que él olerá la mentira en mí y no queriendo exponerme de esa forma.

—Lo que tú digas —le contesto en cambio.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

Será idiota, pienso mordiéndome la lengua.

El vampiro eleva la mano para cubrir un bostezo falso y gira aún más la cara para fingir que duerme.

Paso unos minutos en silencio, pero mis dedos se mueven con ansiedad sobre la superficie de la mesa, lo que hace que Kasem abra uno de sus párpados con expresión encrespada.

—Voy a cogerle manía al *Vals de la Luna Roja* si no paras, mujer.

Detengo mis dedos, que golpeaban de manera rítmica la madera, y los cierro en un puño.

—Lo siento —me disculpo.

—¿Por qué no vas al dormitorio que hay en la parte trasera y te duermes un rato? —propone él.

—Ya te he dicho que no puedo dormir —le recuerdo—. Si me acuesto, solo daré vueltas y más vueltas mientras mi cabeza no deja de pensar.

—¿Sufres de insomnio? —inquiere.

—Sí —declaro de manera abrupta con sinceridad.

—Qué irritante —me dice como si ello fuera una afrenta personal para él.

—Es más irritante para mí, créeme —afirmo en tono punzante.

—Lo dudo.

Lo asesino con la vista, pero Kasem me ignora. Me planteo dejar que siga en silencio, pero si no me entretengo de alguna manera sé que mi mente volverá a hundirse en el bucle de la desesperación que es la situación de mi hermana y quiero evitar que eso suceda.

—Por cierto, ¿te importaría responder a mis anteriores preguntas? —inquiero por probar a ver si dice que sí.

Al menos sé que no me matará por pelmaza porque en el contrato que firmé estipulaba que sus clientes tienen su protección durante la misión, pero también que quedan fuera de la lista de posibles objetivos de La Mano Negra hasta un año tras completarla (supongo que porque a veces los millonetis que los contratan se convierten en objetivos cuando alguien pone precio a su cabeza).

Él no responde.

Decido insistir.

—Te aseguro que no se me olvida que no me has dado una respuesta clara a ninguna de ellas y…

—Abusona —se queja como si fuera mi sufrida víctima—. Y parlanchina, además. Qué habré hecho para merecer tanta crueldad cuando solo intento dormir.

Resoplo con incredulidad.

—Y eso lo dice alguien de La Mano Negra. Además —añado—, creo que los vampiros no tenéis por qué dormir si no queréis, a diferencia de otras especies, ¿no?

El vampiro se ríe entre dientes y yo me quedo mirando lo rectos y bonitos que son a pesar de sus colmillos, que ahora puedo ver con total claridad.

—Quizá tengas razón o quizá no. Supongo que lo averiguarás por el camino.

A estas alturas del viaje, me inclino más por creerme (aliviada) que es quien dice ser: el operativo que he contratado para rescatar a mi hermana.

—¿Kasem? —decido emplear un tono solícito al hablar, sintiendo que estoy siendo una pesada.

—¿Qué solicitas de mí ahora, torturadora?

Me aguanto las ganas de mandarlo a la mierda y tomo la difícil decisión de ser cordial otra vez.

—Si prefieres no hablar de temas personales, lo entiendo, pero de verdad que me haría ilusión que me hablaras un poco sobre el vadálico preconquista, si te apetece —le pido—. Lo que se sabe entre los eruditos no vampiros es tan escaso, que solo se tienen conocimientos sobre el lenguaje de los antiguos gracias a lo que se conoce sobre las palabras que han sobrevivido hasta nuestros días

del vadálico posconquista. El más moderno. Se perdieron muchos conocimientos cuando Vadalia fue invadida y su Gran Biblioteca se prendió fuego…

Lo miro de manera suplicante cuando abre un párpado y fija su pupila en mí.

—¿Estás diciendo que si te explico un poco sobre la vieja lengua te callarás?

Abro la boca para prometer que sí, pero me ruborizo ante su atención. Me está evaluando y se nota. De verdad que no puedo mentir. No se me da bien. Y una vez más estoy segura de que, de todas formas, él lo notaría.

—Me resulta difícil dejar ir un tema que me ha interesado tanto desde que era niña —le confieso, entrelazando los dedos de mis manos sobre mi regazo—. Sobre todo, porque sospecho que tú tienes las respuestas.

—Vaya. No me había dado cuenta de que eras terca como una mula —se mofa él con tono socarrón—. Menos mal que me lo has dicho.

Aspiro una bocanada de aire. Me va a causar una úlcera por tragarme la rabia que siento cuando me habla así.

—Sé que soy cabezota y lo siento, de verdad. A veces puedo ser pesada cuando se trata de cosas que me fascinan.

Su sonrisa, sutil pero presente, me sorprende (y también me deja algo atontada porque transforma sus rasgos en algo tan sensual que debería estar prohibido).

—Muy bien. Puedes hacer todas las preguntas que quieras —me concede, para mi total asombro y entusiasmo. Pero luego lo arruina añadiendo—: Aunque eso no significa que vaya a responderte.

Refunfuño para mí misma mentalmente, pero asiento con una mueca y me resigno.

—Entiendo —musito cabizbaja—. Gracias.

Suspiro y decido mirar un rato por la ventana. Hasta que él arruina la breve tregua hablando otra vez.

—Mmmm —murmura, emitiendo un sonido satisfecho y muy sexual que me acelera los latidos—. Al fin un poco de respeto y obediencia. Cómo me gusta que te portes bien. Hasta podría darte un premio por buena chica.

Me lo quedo mirando con la boca abierta de pura indignación.

—¡Serás capullo!

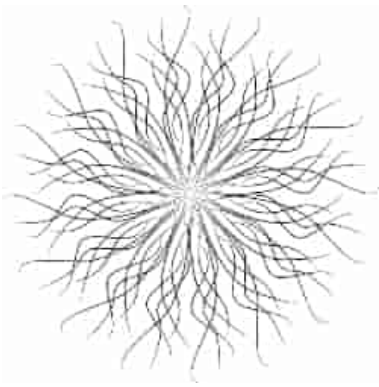
Él deja de fingir que trata de dormir y se ríe en mi cara.

—Sí —admite sin tapujos—. Y mucho.

Lo fulmino con la mirada por enésima vez. Ya no sé cuántas veces lo he hecho desde que nos conocimos hace unas horas, pero no son suficientes. Eso seguro.

Frustrada y cansada, decido seguir su consejo de antes y tumbarme en la cama del dormitorio de atrás, aunque pase horas dando vueltas.

Es mejor que acabar perdiendo la paciencia otra vez con un vampiro que podría partirme en dos moviendo solo los dedos de una mano.



Capítulo 9



Noemí

—Vamos, ¡seguro que se ven genial desde ahí arriba!

—No sé, Arya —dudo, mirando hacia atrás por si acaso alguien del personal del orfanato nos sigue los pasos por las oscuras escaleras—. Podrían pillarnos.

Tengo ganas de ir, pero, al mismo tiempo, temo que nos atrapen haciendo algo prohibido y que vuelvan a castigarnos a ambas por culpa de mi inhabilidad de decir que no a las impulsivas ideas de mi hermana.

—Venga va, Noemí, ¡porfa!

Ella tira de la manga de mi vestido, cuya fina tela ha sufrido el paso de las manos de muchas generaciones anteriores, y casi la rompe por la fuerza con la que lo hace. Sus enormes ojos me miran con súplica, así que hago lo único que soy capaz de hacer: ceder.

—Muy bien —suspiro—. Pero solo un rato.

—¡Sí!

Arya tira de mí con más fuerza escaleras arriba y yo tropiezo con los viejos escalones de piedra cubiertos de polvo, moho y telarañas.

—Arya, con cuidado, ¡que casi me tiras! —la regaño entre susurros—. Y no grites, que nos van a oír.

—Lo siento.

No se gira a mirarme ni se detiene en su esfuerzo por subir las escaleras de la torre, y su tono es demasiado entusiasta como para que su disculpa tenga un sentimiento verdadero tras ella. La conozco bien. Sabe que la perdonaré en segundos, aunque me estampe contra la piedra porque se le olvida la fuerza que tiene.

Pensar eso último me hace sonreír. Le he estado poniendo a escondidas parte de mi comida en su plato desde hace unos meses porque se quejaba de que tenía hambre. Me alegra ver que ha engordado un poco y que ya casi está como antes.

Menos mal que no se ha dado cuenta o me regañaría ella a mí. Se enfadaría mucho, pero es mi hermana pequeña y me gusta cuidar de ella. Me encanta verla más saludable que cuando mamá nos abandonó.

Los dos primeros años en este sitio han sido muy duros para ambas, pero especialmente para ella, a la que no se le da bien seguir las estrictas normas del orfanato. Mi hermana siempre ha sido lo que Claudia, nuestra compañera de habitación, llama un espíritu libre.

—Un esfuerzo más —me anima Arya al verme jadear y apoyarme en las húmedas paredes para avanzar—. Ya casi estamos arriba del todo.

La vieja torre abandonada, que se dice que hace más de cien años perteneció a un noble que cedió sus tierras para que se convirtieran en casa de huérfanos, lleva más de cincuenta años cerrada. O eso nos contó Claudia hace un par de noches, cuando Arya nos convenció para quedarnos despiertas a hablar aún a pesar de que la hora de dormir obligatoria ya había pasado de largo y que, si nos pillaban, seguro que nos llevaríamos un buen castigo. Claro que todo aquí se castiga, hasta el respirar mal, según se queja mi hermana, y encima con lo mismo: ayudar en la limpieza de los edificios durante tres días.

Lo que no sé es cómo mi hermana se las ha ingeniado para encontrar las llaves, oxidadas por el paso del tiempo. Y para convencerme de que venga con ella en esta nueva aventura suya.

Bueno, mentira. Sí lo sé. Es porque se entusiasma con muy pocas cosas desde que llegamos a este sitio. Y a mí me gusta tanto verla sonreír de nuevo que… que no puedo decirle que no, aunque se le ocurran locuras como esta.

—¡Oh, no! —La oigo lamentarse desde abajo mientras subo los últimos escalones y me detengo a su lado.

—¿No tienes la llave de esto también? —Señalo a la verja de metal, cerrada con un candado.

Ella niega con la cabeza con lágrimas en los ojos.

—Solo la del portón de madera de abajo. Y no sirve, ya lo he probado.

Me angustia verla tan triste.

Mi hermana deseaba tanto ver las estrellas desde lo alto de la torre con el telescopio que Claudia nos dijo que todavía había aquí arriba. Y nuestra nueva amiga tenía razón, puedo ver algo enorme cubierto por una sábana a través de los barrotes de metal de la

verja y, por lo poco que asoma bajo la raída tela blanca, parece un gigantesco telescopio.

—Aparta —le digo a mi hermana cuando la veo tan alicaída—. Quizá pueda romper el candado con alguna piedra.

—¿En serio lo crees?

La esperanza de su rostro me hace sentir como si fuese una heroína. Me siento determinada a salvar la situación.

—Claro. Míralo —lo cojo y le doy una vuelta con la mano, apretando con los dedos, que se manchan de color rojizo por el óxido—. Parece frágil.

Ella tiene dudas en el rostro.

—Pero es un candado enorme… —Alza su mirada y debe de ver mi determinación, porque añade con una sonrisa—. ¡Aunque seguro que tú sabes cómo abrirlo! Siempre has sido la más lista de las dos.

Mi protesta es ignorada, al igual que mi rubor, nacido de la satisfacción que siento por su confianza en mí.

—Tú eres igual de lista que yo —insisto.

—No es cierto.

Arya se gira y se pone a buscar alguna piedra con la que romper el cerrojo que nos separa de las estrellas, cuya lejanía ahora nos parece insoportable (al igual que el estar atrapadas bajo ellas en este tétrico sitio alejado de la civilización).

—Sí lo es. A mí se me da muy mal el colegio y a ti no.

—Eso es porque a ti se te dan mejor otras cosas.

Ella se ríe y me trae un trozo de roca que ha logrado desprender de la ajada pared con las uñas, sucias por el moho.

—Como no hacer nada —replica con amargura—. Eso se me da bien.

—La profesora no tenía razón cuando te llamó vaga —me enfado—. Te dije que no le hicieras caso.

Mi hermana se encoge de hombros y no responde.

Me estoy poniendo ansiosa.

Detesto que Arya se autodesprecie, o ver esa expresión de desagrado consigo misma en su rostro. Y no sé qué hacer para cambiarla, aunque siempre lo intento.

—¿Y qué es lo que se me da bien, entonces? ¿Meternos en líos?

Se cruza de brazos esperando una respuesta.

—Se te da bien la gente. Hacer amigos y esas cosas —afirmo con rotundidad, y ella no lo niega—. Y siempre te preocupas más por los demás que yo. Yo a veces no me doy cuenta de las cosas. Como cuando supiste que Claudia no se encontraba bien en cuanto la viste, a pesar de que yo pasé con ella todo el día en clase y no me di ni cuenta.

A veces me frustra que mi mente no se percate de lo que les pasa a otras personas que no sean mi hermana. Claudia tiene problemas de salud. Lo sé intelectualmente, al igual que sé que el personal del orfanato no le da mucho tiempo de vida, y aun así me cuesta vigilar que esté bien, aunque esté sentada a mi lado.

No sé por qué. No es que lo haga adrede. Eso nunca.

Arya esas cosas tan empáticas las hace sin pensar. Yo no. Y no es que no me importe la gente, es que no sé por qué mi cerebro no nota tanto a los demás como debería.

Las relaciones humanas no son lo mío. O eso dijo mi tutora del último año. Supongo que en eso sí que tenía razón, la profesora.

—Dame la piedra.

—No —niega ella—, déjame probar a mí primero.

Suelto un suspiro y me aparto para que pueda intentarlo.

—¡Au!

Pero solo se hace daño en los dedos al golpear el candado. Arya deja caer la piedra y se coge la mano.

—¿Te has hecho una herida? Déjame ver.

Me tiende la mano y veo que la piel no está rota, pero sí roja e inflamada allí donde se ha golpeado los dedos con la piedra sin querer.

—No vamos a ver las estrellas, ¿verdad? —murmura Arya con el corazón roto. Como si ello importara de una forma que no comprendo porque no me ha dicho por qué tiene tanto interés en acceder a este sitio. Por qué las estrellas, de repente, son tan fascinantes para ella.

De repente, me enfado.

Me enfado con ella, por siempre querer hacer cosas peligrosas y acabar haciéndose daño. Ya ha pasado varias veces. Y por no contarme las cosas y guardarse tantos secretos para ella misma, aunque tenga derecho a ello, porque quiero poder ayudarla en todo y así no puedo.

Pero, sobre todo, me enfado con mamá. Me enfado por estar aquí. Por las lágrimas de los ojos de mi hermana, que se sorbe los mocos y parece avergonzada y más triste que nunca.

Mamá tiene la culpa de todo.

Debería olvidarla, me digo con rencor hacia la distante figura de mi madre, *debería olvidarla para siempre, porque no va a volver.*

Me ha costado dos años darme cuenta de ello. Pero ahora tengo diez y sé que ella jamás nos quiso. Estoy convencida de ello.

Así que yo querré a Arya y haré lo que pueda para hacerla feliz, ya que soy la mayor y es mi responsabilidad, aunque a veces mi hermana me enfade.

Cojo la piedra del suelo tras soplar suavemente su mano como hacía una de las señoras que cuidaba de nosotras a veces, cuando mamá se iba en sus largos viajes, y le doy un beso.

—Cura curita. Cura pronto y sana —murmuro lo que ella hacía y veo que Arya sonríe un poco a pesar de las lágrimas.

Cuando le suelto la mano, me giro hacia el candado y vuelco en él toda mi ira, porque, ¿en qué más puedo hacerlo?

Mamá no está y Arya no tiene la culpa de nada.

—Maldito, estúpido y oxidado —rabio, pegándole con el puño cerrado—. ¡Ábrete!

Algo hace un chispazo en mi interior. Como una descarga en mi estómago y en mi corazón.

El candado cae al suelo de piedra del descansillo, humeante y roto en pedazos.

—¡Lo has hecho! —se entusiasma mi hermana—. ¡Lo has roto! Pero, ¿cómo lo has roto?

Estoy mareada y tengo mucha angustia, pero no quiero que ella lo note y estropear la noche de las estrellas ahora que podemos acceder al último piso de la torre y Arya está tan contenta.

Me encojo de hombros.

—Debía de estar ya débil por tu golpe con la piedra —intento explicar de manera lógica, pero algo se retuerce en mi tripa.

Un remolino que, tan rápido como ha aparecido cuando me he enfadado, se evapora cuando me concentro en respirar para intentar que se me pase el mareo.

—Seguro que es eso.

No noto cómo ella me mira de reojo.

Como si supiera más que yo y se lo callase. Pero sí veo la sonrisa, amplia y extrañamente triste, que me dedica.

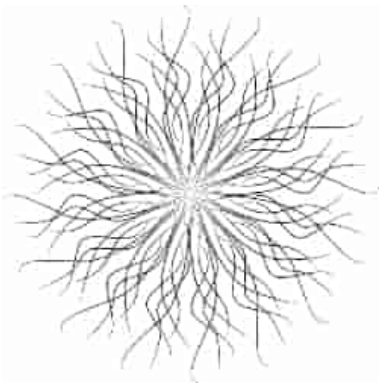
—¡Venga! —exclama de repente, cogiéndome de la mano y haciendo fuerza para que me incorpore de la pared—. Vamos a ver esas estrellas. ¡Quizá podamos encontrar las constelaciones de tu libro!

Asiento, incapaz de hablar porque sigo con angustia y debilidad, y me dejo llevar por mi hermana hacia el telescopio.

Nos pasamos casi toda la noche buscando constelaciones en el cielo mientras yo le explico cuál es la historia que hay detrás de cada una de ellas según el libro que saqué hace unos días de la biblioteca.

Esa noche se convierte en un hermoso recuerdo para ambas. Esa noche descubrimos, las dos, que siempre estaríamos ahí la una para la otra. especialmente cuando ella tiene que tirar de mí para que yo reaccione y viva la vida con más pasión, y yo de ella para pararle los pies cuando se arriesga tanto que se pone en peligro a sí misma.

Como ahora.



Capítulo 10



Noemí

No he descansado nada. Pero no es de extrañar. Ya me lo esperaba. Me siento agotada hasta el tuétano a pesar de haber dormido. Es lo que hace la ansiedad, supongo.

He soñado con Arya, con la noche de la torre, que me sienta como una estaca al corazón porque me prometí en ese momento que siempre cuidaría de ella; que no dejaría que se pusiera en peligro.

He faltado a mi promesa, pienso con dolor en el corazón, limpiándome la humedad de los ojos.

Decido centrarme en el presente para que no se me traguen los recuerdos de nuevo. La memoria de la sonrisa de Arya, que adornó su boca hasta que nos pillaron al amanecer y nos castigaron durante meses por la trastada, siempre me viene a la mente cuando pienso en nuestra infancia.

Me levanto y me lavo la cara con el agua fría de la pila. Cuando salgo a la cabina, Kasem sigue en el mismo sitio y en la misma postura en la que lo he dejado antes.

—Buenos días, *sangre sensual* —saluda el sarcástico asesino—. Estamos a punto de llegar.

La mesa está cubierta de platos que miro con extrañeza.

Trago saliva y evito pensar que dentro de nada estaremos en Rundra y empezará de verdad la odisea de cruzar el escarpado y mortífero país hasta la última ubicación conocida de mi hermana.

—Así es como se traduce *vidraz* de manera literal, ¿no? —resoplo a la defensiva, tomando asiento frente a él y sabiendo que no va a dejarme en paz hasta que cese de divertirse a mi costa.

Al menos me distraerá de pensar demasiado en mi hermana, decido.

Él asiente.

—Literalmente significa eso, sí —admite. Contengo el aliento y escucho atentamente sus palabras, olvidándome del bochorno y la cólera—. Pero supongo que, en este caso, su traducción más acertada sería «sangre tentadora». Y todavía se usa entre los vampiros de cierta edad, por cierto. Aunque no sea algo común hoy en día.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir exactamente lo que he dicho —replica en tono de dar el asunto por zanjado.

Rechino los dientes.

—¡Otra vez con esa respuesta! ¡Es frustrante! *Eres* frustrante, que lo sepas —me ofusco antes de poder controlar mi lengua.

Una no le dice a un Brujo de Sangre que es frustrante. Aunque lo sea. Eso es lo que me diría mi sensatez si hiciera acto de presencia. Pero no lo hace.

Él señala la mesa.

—Come —me ordena—. Debes tener energía para lo que viene.

—Todo tiene muy buena pinta —admito en voz refunfuñona, decidiendo dejar de lado el tema por ahora en pro de saciar mi hambre.

El estómago me ruge al oler la comida.

—Gracias.

Lo miro con pasmo.

—¿Has cocinado tú?

Él se encoge de hombros como única respuesta y decide apoyar la cabeza en el respaldo inclinado de su asiento y fingir que duerme de nuevo para no hablar conmigo.

Pongo los ojos en blanco y me dedico a llenar la tripa de sabrosa comida caliente. Cuando acabo, decido que beberme la copa de vino tinto que Kasem ha dejado servida para mí podría ayudarme a calmar un poco los nervios, así que me la bebo entera casi de un trago.

—¡Está delicioso! —exclamo.

Quiero más, así que me levanto de mi asiento cuando no veo la botella en la nevera de la pared del avión y voy hacia la zona en la que hay una pequeña y pulcra cocina, encontrando el botellero con facilidad.

—Hay más asientos disponibles, ¿sabes? —murmura Kasem cuando destapo el corcho y me sirvo otra copa de la botella empezada que encuentro dentro.

—Lo mismo digo —le respondo, envalentonada por el alcohol.

—Sin duda tan tozuda como una mula —repite con una sonrisa de medio lado.

Me maldigo por lo que esa sonrisa le hace a mi acalorado cuerpo.

—¿Vas a decirme qué edad tienes o no? —Esta vez decido insistir solo para tocarle las pelotas.

Él gime con molestia y yo trato de ocultar de manera inefectiva otra vez lo mucho que me afectan los sonidos que hace.

Seguro que gime así a propósito, pienso con creciente molestia. *Le gusta demasiado provocarme.*

—¿No habías dicho antes que ibas a callarte? —se queja—. Y yo que creía que habíamos llegado a un acuerdo.

—Eso te pasa por maleducado —le digo, queriendo llamarle algo mucho más ofensivo, pero conteniendo mi lengua porque no soy tan suicida—. Si no me hubieras provocado con tus comentarios de antes, habría pasado el resto del viaje en silencio.

Kasem deja salir un sonido bajo de incredulidad de su garganta.

—Menuda rencorosa.

—Te aguantas.

—Y también te aguanto a ti, al parecer —gruñe.

—Qué bien que lo hayas aprendido así de rápido.

El alcohol, definitivamente, me suelta la lengua.

—¿Qué puedo decir? Además de mis muchas otra excelentes cualidades, también soy un maravilloso alumno, *profe* —se jacta con una voz que sexualiza mi profesión y me hace pensar en películas porno.

Y eso que no suelo verlas.

—¡Qué buen chico! —exclamo con retintín—. ¿Quieres un premio?

Él se ríe con diversión. Yo, en cambio, ruborizada más por lo guapo que es que por el dichoso vino, bebo un poco más para acallar mis pensamientos.

Empiezo a marearme, pero no me importa. Hacía muchos años que no me emborrachaba. Y jamás lo había hecho con algo tan delicioso como esto.

—Si no me hubieses provocado tanto, habría *intentado* dejarte tranquilo durante el viaje, ¿sabes? —le comunico de repente.

Siento la necesidad de que entienda que es mera curiosidad científica lo que siento por él y que, si he seguido preguntando, es porque él me provoca para hablarle. No es culpa mía haber sido una pesada. Aunque no necesite justificarme.

—No me lo creo —se mofa él.

—Créete lo que te venga en gana —le gruño.

—Vaya —comenta él con humor, dedicándome una de sus exasperantes sonrisillas burlonas—. Sí que has cambiado en unas horas. Y pensar que cuando te he conocido creía que eras un ratoncillo asustado y calladito.

Me ruborizo de nuevo. Tiene una lengua muy mordaz y demasiado honesta. Y se me está acabando el vino, así que no sé si podré aguantarle mordiéndome la lengua para no meterme en líos.

—He deducido que eres quien dices ser y que no vas a matarme —le confieso, pero suena más como una pregunta que como una afirmación—. Así que te diré lo que pienso, sea lo que sea eso.

Su sonrisa, esta vez, es lenta y peligrosa.

—No, no te mataré. Pero puede que te castigue de otra forma —ronronea.

Me atraganto al intentar respirar.

—¡Ya estás otra vez con esas insinuaciones! ¡Soy tu clienta! —Mi protesta suena muy débil.

Él encoge uno de sus anchos hombros.

—¿Y?

Abro y cierro la boca varias veces.

—¿No tenéis políticas internas sobre… sobre *esas* cosas?

Soy incapaz de pronunciar la palabra «sexo» frente a él a pesar de ser una mujer adulta. Este vampiro me hace sentir como si fuera una cría. Vulnerable, torpe y frágil.

Él alza una ceja y simula inocencia. Una expresión que no pega nada bien con su cara de pecado, la verdad.

—¿Políticas internas? ¿Sobre qué cosas? —pregunta.

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero! —exclamo, apartando la vista de su expresión socarrona—. Sobre todo, con el tipo de novelas que lees.

—Pues no —sigue con el acto de ignorancia—, no lo sé. Ya te he dicho que las leo por la trama. Vas a tener que explicármelo…

—No. Ni hablar —balbuceo.

Me tapo la boca para no eructar por el vino.

—… de manera muy *explícita*, preferiblemente —prosigue como si no me hubiera oído.

Me niego a mirarle de nuevo porque sé que su cara es tan socarrona como antes. Pero el silencio se alarga y siento que su

mirada no se aleja de mí.

Al cabo de un par de minutos, la intensidad de su atención y mi borrachera hacen que mi voluntad de no seguir hablando con él se tambalee un poco, muy a mi pesar.

—No pienso seguir la conversación por esos derroteros —reitero solo para que me deje tranquila; aunque me siento, una vez más, como una cría enfurruñada.

Es humillante.

—No te hagas la mojigata. Has empezado tú.

Giro la cabeza como un resorte por su mentira.

—¡Eso no es cierto!

Él se lleva una mano a la barbilla y finge hacer memoria.

—¿Seguro? Creo recordar que estabas realmente interesada en conocerme íntimamente…

—¡No de esa manera!

Kasem pone cara de no creérselo.

Lo hace a propósito para molestarme, está muy claro.

—Mira… —Cojo aire y decido que voy a intentar no dejarme provocar tanto por él—. Dejemos el tema, ¿vale?

—Como quieras. —El vampiro suspira de manera exagerada—. Aunque es una pena. Esperaba que una eminente profesora como tú me enseñara *tantas* cosas…

—Te he dicho que dejemos el tema —le recuerdo con voz aguda, sintiéndome acalorada otra vez.

Y no es el vino.

—¿Entonces ya no quieres conocer mi edad? ¿Ni saber lo que significa vidraz en su contexto original? —inquiere como si supiera que no voy a poder resistirme a querer saberlo si él me abre la puerta a preguntar de nuevo.

Mi eterna búsqueda de conocimiento palpita con insistencia en mis venas. Mi mente, en cambio, sulfurada por la idea de tener sexo con él y por la botella entera que acabo de beberme, no para de preguntarse cómo se sentiría el tener sexo con alguien tan poderoso y oscuro como Kasem.

—Sí quiero —admito a pesar de lo mucho que me distraen sus malditos labios sensuales.

Pasan unos segundos sin que él responda.

Es un picapleitos, lo juro. Le gusta pelearse conmigo hasta indignarme más allá de lo humanamente posible.

—¿Me lo vas a decir o no? —pregunto con impaciencia al cabo de un rato.

—No lo he decidido aún.

Rechino los dientes.

—¡Pues decídete de una vez!

Él alza una mano con una expresión de ofensa exagerada y claramente falsa.

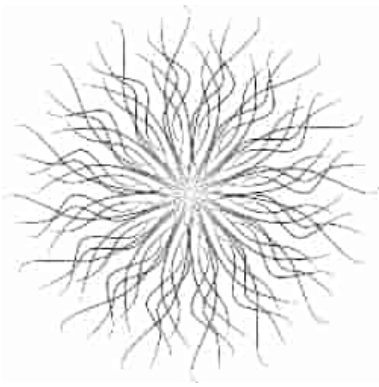
—No me acoses. Es ilegal.

Mi resoplido es de tal magnitud que debe de haberse oído hasta en la cabina del piloto.

—Te lo he dicho y te lo repito de nuevo: si quieres que deje de acosarte a preguntas, ¡no me provoques!

—Pero provocarte es *tan* divertido… —declara él alargando la vocal de la palabra «tan» y acariciándose el cuello de manera lenta sin necesidad alguna y sin dejar de mirarme con los párpados entornados.

Mi enfado solo es superado por lo excitada que estoy ahora mismo. No me gusta nada. Me siento incómoda en mi propia piel. Estoy segura de que él solo está jugando conmigo. Como un gato que se burla de un inofensivo ratoncillo. Me cruzo de brazos y decido intentar ignorarlo. Será lo mejor para mi salud mental.



Capítulo 11



Noemí

Él suspira con decepción cuando no le respondo y eso me causa una satisfacción tremenda.

Lo observo por el rabillo del ojo sin poder evitarlo cuando el silencio se alarga.

—¿Cuántos años crees que tengo? —pregunta curvando sus labios en una sonrisa provocadora, consciente de que lo estoy mirando.

Otra vez con lo de divertirse a mi costa, refunfuño para mis adentros. *No se cansa de ello.*

Es un borde, eso sí que lo sé sin que me quepa duda alguna.

—¿Cincuenta? ¿Quinientos? ¿Mil? No lo sé —le revelo de manera encrespada—. Por eso te he preguntado. Los vampiros purasangre sois muy escurridizos y guardáis vuestros secretos con

ganas. Ni siquiera sé cuál es vuestra esperanza de vida real. No está registrada en ninguna parte, que yo sepa. Y sé mucho de registros antiguos, créeme.

—Te creo —me dice como si realmente lo hiciera.

Tengo la sensación de que me ha investigado. De que no solo se ha leído el informe que rellené como clienta de La Mano Negra o ha prestado atención a lo que yo le dije sobre mí y sobre mi profesión al mediador, sino que ha indagado más sobre mí.

Aunque no habrá encontrado nada más que una vida aburrida dedicada al conocimiento y a cuidar de mi hermana pequeña. Eso es todo.

Nunca he necesitado nada más. Los hombres y las relaciones de pareja me atrajeron durante un tiempo, hasta que vi el caos y el drama que ello conllevaba y deduje que mis manuscritos me causaban menos problemas y quebraderos de cabeza y que ya tenía suficiente con el cariño que nos tenemos mi hermana y yo en el apartado amor, que es necesario en todas las vidas humanas, pero no indispensable que se trate de algo romántico.

—¿Y bien? —le pregunto, queriendo todavía, aun a mi pesar, entenderlo un poco mejor escarbando debajo de todo ese misterio en el que él se envuelve—. ¿Para qué me molestas si no vas a responderme? ¿No querías que me callara de una vez? Pues lo habías logrado.

Y lo ha estropeado otra vez solo para joder y encima poder quejarse de que le hablo.

—¿Solo te interesan los datos y hechos históricos? ¿Nada más? Me siento dolido. —Se lleva una mano al pecho—. Creía que querías conocerme en profundidad.

Me niego a responder a la evidente insinuación sexual de su voz. Algo con lo que admito que no sé qué hacer porque él es la

primera persona, en toda mi vida, que despierta estas sensaciones en mí. Y el que no deje de hacerlo cada dos por tres no me ayuda a mantener la calma.

—Quiero saber todo lo que estés dispuesto a contarme —aseguro en tono firme—. Al fin y al cabo, vamos a pasar a saber cuánto tiempo en compañía del otro. Conocer un poco más tu naturaleza sería lo sensato. Y si de esa manera además sacio mi curiosidad académica, mejor que mejor.

Él deja salir un sonido desencantado de sus pulmones, pero vuelve a prestarme atención una vez más.

—Qué formal te has vuelto.

—Soy profesora —le recuerdo—. El interés académico es mi prioridad.

—Si tú lo dices…

—Sí —le interrumpo.

Él se ríe entre dientes.

—¿Así que me definirías como un purasangre? —tantea, desviando el tema como ya he aprendido que suele hacer cuando no quiere dar una respuesta clara.

Mira que le cuesta responder preguntas, murmuro para mis adentros.

Lo miro con severidad.

—No me tomes por tonta —espeto—. Ya te he dicho que soy profesora de lenguas muertas. Sabes que también soy arqueóloga y que llevo muchos años estudiando culturas extintas, ¿verdad?

Él prácticamente admite que me ha investigado, como yo sospechaba, con la expresión socarrona de su rostro.

—Los Brujos de Sangre nacieron en un reino que lleva desaparecido más de mil años —prosigo, evitando rechinar los dientes pero con ganas de ello—. Ya hemos hablado de ello.

—Ajá —ronronea Kasem, pasándose la lengua por los labios y sonriendo con sensualidad cuando mi atención se desvía hacia el movimiento. Mi piel se ruboriza y mi pulso se acelera una vez más. Debo de tener algún tipo de arritmia—. ¿Así que sabes que el hecho de que un reino o país sea conquistado por otro no hace que sus habitantes dejen de ser lo que son, aunque les cambien el nombre?

—Sí —afirmo sin titubear, centrándome en que al fin puede que me dé algunas respuestas—. He estudiado todo aquello que se ha descubierto sobre los vampiros brujos vadálicos hasta la fecha. Me conozco los nombres y linajes de las grandes familias. Memoricé todos sus árboles genealógicos, extintos o no.

Él suelta un silbido apreciativo y yo siento mi ego palpitar por el cumplido.

—Siento curiosidad, ¿has deducido ya lo que significa el término *vidraz*? —pregunta con un súbito interés malicioso.

Sus emociones me están mareando. Varía de la intriga a la sexualidad en segundos. Apenas sé cómo reaccionar.

—«Sangre sensual» es su traducción literal. —Intento, con todas mis fuerzas, no ruborizarme al decirlo. Suena cursi y guarro a la vez cuando lo dices en voz alta—. Pero, como me comentaste antes, desconozco el contexto en el que esa palabra se empleaba antiguamente.

—Ya veo.

—Ya que alegas que su significado ha cambiado y que tú, cuando me llamas así, no me estás llamando *groupie* de sangre, entonces, ya que estamos, me gustaría que me lo aclararas —le

digo, envalentonada por el hecho de que por primera vez parece receptivo a mis preguntas.

Mi respuesta, sin embargo, le hace soltar una carcajada inesperada que me deja un poco a cuadros porque, una vez más, es como si mis palabras le divirtieran horrores y estuviera riéndose a mi costa sin que yo sepa por qué.

Y no para de hacerlo.

¿Va a estar todo el maldito viaje así? ¿Incluso en Rundra? Porque, si es así, yo también quiero saber qué es lo que encuentra tan divertido.

—¿Cuál de las cosas que he dicho es la que te divierte tanto? —le pregunto con disgusto.

Está empezando a erizarme las plumas cada vez más. Tengo ganas de chillarle que deje ya su juego de marearme y alterarme.

—Todas —asegura él sin amedrentarse ante mi evidente enfado —, pero en especial lo de la definición de *vidraz* y tu poco conocimiento sobre las brujas y sus descendientes.

Lo dice como si supiera algo sobre mí que yo no sé. Lo que no tiene sentido.

Tuerzo los labios y evito soltar otro bufido ultrajado.

—Tu madre es una bruja, ¿verdad? —me arriesgo a suponer.

Para ser un vampiro brujo, o su madre o su abuela debieron ser del linaje de las brujas, y su padre un vampiro. La magia solo se hereda de ellas. Ninguna otra especie que no sea descendiente suya puede usarla.

—Mira qué bien —gruñe el vampiro—. Has acertado. ¡Felicidades! Ya sabes algo sobre mí.

Da un par de palmadas de aplauso que destilan sorna.

—¡Al fin una respuesta directa! —exclamo con una risotada, sintiéndome victoriosa y aplaudiendo yo misma en un impulso nervioso a pesar de que sigue siendo un capullo.

Él sonríe, pero esta vez no hay burla o diversión en esa sonrisa. Y qué sonrisa. Me deja sin aliento. De verdad que es el hombre más guapo que he visto en la vida. No en términos de una supuesta perfección física simétrica, de esas que se ven en las imágenes retocadas con filtros de las redes sociales, sino de una belleza masculina magnética, atrayente y seductiva.

Una tan oscura como sus ojos.

Me aclaro la garganta, dispuesta a sonsacarle todo lo que pueda, porque mi alma de investigadora no me va a dejar en paz hasta que lo haga. Y mucho me temo que eso no va a parar nunca sabiendo lo que sé ahora mismo sobre él.

Este hombre parece ser una leyenda viva. O, más bien, su existencia lo es.

—Y supongo que tu padre es un vampiro —intuyo, prosiguiendo con mi búsqueda de alguna verdad más sobre mi misterioso guardaespaldas.

—Quizá supones bien, mujer —ronronea.

De vuelta a los enigmas.

Suspiro para mí misma. La honestidad directa le ha durado poco, pero no estoy dispuesta a darme por vencida. Ya le he sonsacado algo y estoy muy dispuesta a seguir indagando hasta conocer la verdad sobre su ascendencia.

—¿Entonces no eres *exactamente* un purasangre, ya que eres mestizo de bruja y vampiro?

Me muerdo el labio inferior, pensativa. Esa es una de las cosas en las que los registros históricos se contradicen continuamente.

—«Purasangre» es un término muy poco acertado en mi caso… y a la vez bastante certero.

—Uf —gruño, encolerizada con él y sus respuestas que no son respuestas—. ¿No podrías ser más específico y aclararme un poco las cosas? ¡Y no creas que me he olvidado de que no me has dicho tu edad! —añado lo último en un arrebato, determinada a obtener algo de él una vez más.

Él se ríe entre dientes de mi exabrupto.

Creo que mi intensidad en cuanto a temas de historia antigua se refiere le gusta. O que le entretiene, al menos. No está tan tenso como antes, aunque su vista se desvía a veces hacia la cabina del piloto, situada detrás de mí y separada por una cortina roja echada a un lado, tras la cual hay una puerta blanca que Kasem ha abierto en cuanto hemos alcanzado la altura necesaria para estar estable, hace ya muchas horas.

Para poder vigilar al piloto, intuyo. *Aquí pasa algo raro, pero si le pregunto sé que no me va a responder.*

—¿Qué es lo que sabes de los linajes a los que llamas «purasangre»? —indaga él.

Pienso sobre ello. Algunos árboles genealógicos rescatados de Vadalia hablan de linajes purasangre y a estos los llaman *altivei*; pero otros también utilizan una palabra que es, según las traducciones, sinónimo de purasangre: *altivus*.

Es confuso.

Así que eso es lo que le cuento, reflexionando sobre el tema en voz alta mientras lo hago.

—No está mal —asiente él con tono de aprobación—. Casi todo lo que has dicho es cierto. Y tu suposición final es correcta: los términos no son sinónimos. La sociedad estaba dividida según el linaje que heredaras de tus padres. *Altivei* y *altivus* son dos términos

diferentes con dos estatus sociales diferentes. Del mismo nivel en cuanto a poder político y títulos de la nobleza se refiere, cierto, pero diferentes.

Oh. Oh, madre mía. ¡Oh!

Me excito sobremanera al oírle decir eso con la seguridad de quien conoce de primera mano la diferencia entre ambos términos. Kasem habla con el desapego de para quien esa información, tan valiosa y codiciada por estudiosos como yo, es algo conocido de sobra y hasta mundano.

—¿Y cuál es la verdadera diferencia? ¿Es tener sangre de bruja o no en las venas? ¿Es eso? —inquiero, entusiasmada por haber encontrado a alguien que puede llegar a responder con veracidad a los miles de preguntas que tengo siempre en la cabeza—. Y, ¡por favor!, no más respuestas ambiguas. ¡Esto es muy importante para mí!

No me he dado cuenta de que me he inclinado hacia delante en mi asiento hasta que una de sus manos se alarga y se apoya en mi hombro, empujándome ligeramente hacia atrás.

—Perdona —me disculpo, ruborizada hasta la raíz del pelo—. Cuando me entusiasmo con algo no me doy cuenta de esas cosas. No ha sido mi intención invadir tu espacio personal.

Su mano ni siquiera ha hecho contacto con mi piel. Tan solo se ha apoyado en mi suéter menos de un segundo, pero, tal y como me pasó cuando casi me doy de bruces contra el suelo cargando las maletas y él lo impidió, el lugar donde su piel ha estado cerca de la mía, aunque nos separase una capa de ropa, arde y tintinea, y ese calor se extiende por todo mi cuerpo y hasta mi bajo vientre.

—No me ha molestado —me asegura él sin alterarse—. Simplemente evitaba que te cayeras de nuevo y te dieras de bruces contra la mesa en caso de que hubiera turbulencias.

—No soy tan torpe —protesto.

—Si tú lo dices —responde él con una ceja arqueada, dudando de mi afirmación.

Ignoro su pulla y me centro en el alivio que siento de que el vampiro no se haya molestado por mi imprudencia.

—¿Quieres una botella de agua? —pregunta él sin venir a cuento, abriendo un compartimento situado bajo la mesa de caoba, en la pared del avión, que resulta ser una pequeña nevera repleta de bebidas.

¿Cómo ha sabido que estaba sedienta? ¿Lo ha deducido por todo el alcohol que he bebido antes?

Da igual.

—Gracias —murmuro, cogiendo la botella que me tiende y sintiéndome un poco cohibida de repente.

Me pregunto si su oído será tan bueno como dicen las leyendas y si será capaz de oír cómo mi corazón se ha acelerado cuando me ha tocado y cuando sus dedos han rozado los míos al tenderme el agua, haciendo que todos mis pensamientos se evaporaran de golpe y que me olvidara de lo que estábamos hablando con ese mero roce.

Creo que sí, por su lenguaje corporal.

No soy experta en leer algo así, pero me da la sensación de que lo ha hecho a propósito y de que, una vez más, se está recreando a mi costa. Podría haberme dicho que me apartara o dejar la botella sobre la mesa, pero ha preferido tocarme, y eso no se me escapa.

Siempre me he considerado más bonita que atractiva. O eso es lo que me han dicho toda la vida: que soy más bien guapa, no una belleza que llame la atención. No soy ningún bellezón sensual de curvas impresionantes. Soy más bien ancha de caderas y gruesa de muslos, pero delgada de hombros; aunque estos parezcan más

anchos de lo que son debido a que mis pechos son bastante más grandes de lo que a mí me gustaría. Y mi cara es agradable a la vista, sin llamar mucho la atención.

Lo que más me gusta de ella son mis labios y las delicadas pecas de mis mejillas, que apenas se ven si no te fijas en ellas de cerca. Mi hermana a veces se recostaba a mi lado y las contaba, poniéndoles nombres de estrellas imaginarias como si fueran constelaciones. Ella apenas lo recuerda porque era muy pequeña, pero yo sí. Es uno de mis recuerdos más queridos. Como el de la torre.

A Arya siempre le han fascinado las estrellas.

Termino de beber y dejo la botella sobre la mesa bajo la atenta mirada de mi guardaespaldas. El silencio que se establece entre nosotros es extrañamente cómodo. Nunca me habría imaginado teniendo un silencio cómodo con un vampiro, pero la vida da vueltas extrañas.

Decido dejar de insistir un poco para que se mantenga esta inesperada paz entre ambos.

—La diferencia —habla Kasem por voluntad propia, dejándome alucinada— es que un *altivei* no es un brujo. Un *altivus,* sí.

Oh. Contengo el aliento en los pulmones y luego lo dejo salir de golpe.

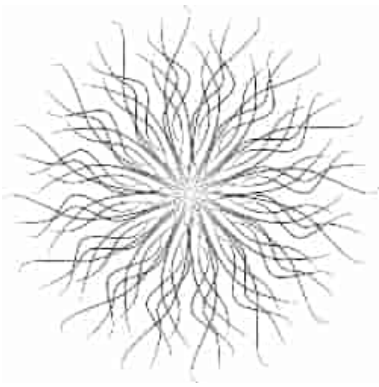
De repente, lo que dice tiene mucha lógica y mucho sentido. Sabíamos que los linajes de las brujas a veces se reproducían con vampiros u hombres lobo. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes pensar que para ellos existiría una palabra diferente para definir a aquellos hijos o hijas que nacían con ambas cosas: siendo vampiros y brujos a la vez?

—Vaya —me oigo soltar quedamente en voz alta, con la garganta casi cerrada de la emoción.

Justo cuando estoy a punto de agradecerle a Kasem que me haya dado información de primera mano que podría suponer un antes y un después en mi carrera, el avión se tambalea y se oye un grito inhumano proveniente de la cabina del piloto.

Las campanas de alarma de mi cabeza, que estaban intentando hacerse oír por encima de mi súbito interés en el misterioso vampiro y han sido ignoradas de manera inconsciente, finalmente llaman mi atención e invaden cada hueco de mi mente con fuerza.

Pero no necesito que mi instinto me diga que estamos en problemas.



Capítulo 12



Noemí

El alarido suena como una *banshee*[2] moribunda. O como uno de los Espectros del Anillo. Es horrible y me pone el vello de punta además de que me palpitan los tímpanos del dolor que me produce ese sonido agudo y sanguinario.

Kasem suelta una maldición y se pone en pie, sacando un largo cuchillo afilado de no sé dónde. Parece surgir mágicamente en su mano, cosa que es muy posible que acabe de pasar considerando sus poderes mágicos.

—Escóndete. No dejes que te vean —me ordena, agarrándome de un brazo y obligándome a acuclillarme bajo la mesa que separa nuestros asientos.

Presa del miedo, me hago una bola sobre mí misma. Apenas quepo y mis músculos y huesos protestan por la posición antinatural

a la que los someto, que ni todo el yoga del mundo podría facilitar, pero no me atrevo a desobedecerle. No en esto.

Algo vuelve a gritar desde la cabina del piloto y el avión tiene turbulencias aún peores que las anteriores, antes de enderezarse de nuevo poco a poco.

Me cubro la boca para no soltar un chillido alarmado. Estoy aterrada.

Kasem se interpone entre la puerta de la cabina y yo como una barrera oscura de metro noventa, cuchillo en mano y rodillas ligeramente dobladas en posición de ataque. Como si esperara que algo saltara desde el interior de la cabina hacia nosotros. Cuando no hay movimiento evidente, avanza hacia esta y lo veo desaparecer tras la cortina de terciopelo, que ha caído de su atadura y cuelga de nuevo, escondiendo la zona de pilotaje.

Aprieto mis manos sobre las rodillas hasta que los nudillos se me ponen pálidos y mis dedos y muñecas protestan por el sobreesfuerzo. Sea lo que sea lo que haya gritado de esa forma, no debe ser amigable si el vampiro ha reaccionado así.

Se oyen golpes en el interior de la cabina. El grito vuelve a escucharse, pero esta vez es interrumpido antes de que acabe, convirtiéndose en un gorgoteo húmedo. Como si algo hubiera hundido la cabeza en el agua.

O como si alguien le hubiera cortado el cuello a la criatura, aporta mi cerebro con una frialdad que yo no siento en absoluto.

Cuando ya no hay más ruidos ni golpes en el avión, me atrevo a levantarme poco a poco, gruñendo cuando mis músculos protestan por el movimiento tras haberlos mantenido en una posición a la que no están acostumbrados… Pero vuelvo a esconderme a toda prisa de nuevo, palideciendo y rezando mentalmente para que la cosa renqueante que está avanzando hacia mí desde la parte trasera del avión (que no sé de dónde diablos ha salido) no me haya visto.

Tengo ganas de gritar el nombre de Kasem, pero a la vez temo que la bestia carnívora sea más rápida de lo que aparenta y se abalance sobre mí antes de que el vampiro pueda detenerla.

Sé lo que es.

Se trata de una kikimora[3] joven. Una hembra, si recuerdo bien las diferencias físicas que distinguen a ambos sexos (mayoritariamente el color de las puntas de las patas, que en las hembras suele ser anaranjado y en los machos gris azulado o verdoso).

¿Qué hace una kikimora en mitad del avión? ¿De dónde leñes ha salido?, me pregunto con una oleada de puro terror corriéndome por las venas.

La criatura tiene un cuerpo de araña, pero su cabeza es humanoide. La boca sin labios está llena de colmillos retorcidos y afilados, pero el resto de sus rasgos son muy humanos: ojos con pupilas redondas (aunque tengan más de dos), pestañas y párpado móvil; una nariz alargada con dos fosas nasales; pelo en lo alto de la cabeza ovalada; dos orejas… y ahí se acaba la similitud.

Son seres sin racionalidad. Bastante menos inteligentes que los perros, por ejemplo. Pero cazan sin piedad y son excelentes luchadores. Y además de eso, encima son venenosas. Paralizan a sus víctimas para comérselas mientras están con vida. Aunque a mí me produce mucha más aversión el que tengan ocho pequeños ojos con dos o tres pupilas cada uno, diminutas y rojas. Es antinatural.

He estado estudiando todas las guías y viendo todos los documentales sobre criaturas, humanoides y no humanoides, que existen en el mundo y, más concretamente, en Rundra. Preparándome a conciencia para el viaje. Por eso la reconozco tan fácilmente. Y por eso sé que, aunque no sea una adulta, sigue siendo mortífera. Y más si, como yo, no llevas ni un arma encima.

Tonta, tonta, tonta. ¡Debiste haber cogido un cuchillo de cocina y habértelo metido en el bolsillo antes de viajar hacia la isla de las pesadillas, al menos!, me regaño en silencio.

La cosa avanza hacia mí a paso inestable. Es como si estuviera drogada o borracha y no enfocase bien con sus muchos ojos. Me atrevo a asomarme por un costado de mi escondrijo y veo que se está golpeando una y otra vez contra uno de los cristales del avión, situado dos asientos más allá del mío. Seguramente creyendo que es una salida.

Está muy cerca, pero no parece haberse dado cuenta de que no está sola en la cabina de pasajeros.

Menos mal, trago saliva con alivio.

Miro a mi alrededor de manera frenética, deseando con todas mis fuerzas que Kasem aparezca de una vez por todas y haga algo para protegerme de esa cosa, y al mismo tiempo buscando algún objeto afilado con el que defenderme si el bicho me ataca, pero no encuentro nada.

Piensa, Noemí, piensa, me ordeno, tratando de calmar mi miedo. *Es solo una kikimora pequeñita, no es gran cosa. Seguro que te enfrentas a cosas mucho peores en Rundra*, trato de racionalizar. *Tómate esto como tu primera prueba de supervivencia.*

Pero mi discurso mental no sirve de mucho cuando mis sentidos no dejan de fijarse en que el bicho mide al menos un metro de alto, tiene ocho patas con cuchillas y una boca repleta de pequeñas dagas malolientes.

De súbito, noto cómo una ráfaga de viento pasa por mi derecha directa hacia la kikimora y, en menos de un segundo, el monstruo ya no tiene cabeza. Su sangre negra salpica los asientos y la hermética ventana por la que fútilmente intentaba salir al exterior.

El borrón negro que me ha dado un buen susto al pasar por mi lado resulta ser Kasem, que se gira a mirarme como si quisiera comprobar que estoy bien. Su cuchillo está manchado de negro… y también de rojo.

Sangre fresca, pienso tragando saliva. *Y no toda es de monstruo.*

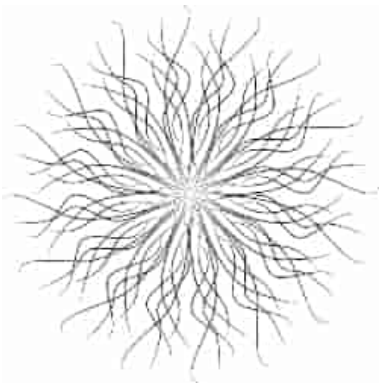
Aunque lo que más me impacta son sus iris: uno es rojo y el otro es plateado y brillante como la luna.

—Quédate ahí escondida hasta que vuelva a por ti. No grites ni hagas ruido —me ordena con un tono de voz cabreado y peligroso.

Sin decir nada más, camina hacia el final del avión, más allá de la pequeña cocina, y salta por una trampilla situada en el suelo que no había visto que estaba abierta, desapareciendo sin más y cerrándola tras de sí con un fuerte chasquido.

Las manos me tiemblan y algo desagradable se me retuerce en las entrañas. ¿Qué, exactamente, es Kasem? ¿Realmente es solo un brujo y un vampiro? ¿O es algo más? ¿Y qué está pasando aquí? ¿Acaso ha matado al piloto?

Pero, lo más preocupante de todo: ¿de dónde han salido esos monstruos y cómo puedo evitar que me devoren?



Capítulo 13



Noemí

Ya no puedo más.

No es que quiera ponerme en peligro o que sea tan estúpida como para no reconocer que, de los dos, el asesino de élite y mercenario es quien tiene más conocimiento sobre lo que se debería hacer en una situación como esta. Es simplemente que, si me quedo en esta posición un solo minuto más, creo que me voy a desmayar del dolor y de la falta de aire.

Apenas puedo respirar debido a la extraña posición en la que mis rodillas aprietan contra mi pecho; y mis músculos, tendones y articulaciones arden de pura agonía.

Podría esconderme en el baño, pienso como si se me iluminara una bombilla en la cabeza.

Es una buena idea. O eso creo.

Miro hacia la cabina del piloto. Hacia la cortina de terciopelo rojo, que se mueve como agitada por un viento inquieto de vez en cuando, y hacia la portezuela plegable que hay junto a esta.

Es el único baño del avión, que tiene solo una cabina de pasajeros. Así que no hay ningún otro sitio donde esconderse. Es eso o quedarme aquí donde estoy. La cabina del piloto, dado que no sé lo que ha pasado ahí y que dicho piloto no ha dado señales de vida por ahora (ni un solo sonido o grito. Algo muy extraño) está evidentemente descartada. Ahí es donde ha aparecido el primer monstruo, además. Y a la trampilla por la que ha desaparecido Kasem no se me ocurriría entrar ni aunque me ofrecieran un millón.

Tendrá que ser el baño, pues, decido, armándome de valor y diciéndome que no me queda más remedio que moverme; y he de hacerlo rápido, porque todavía no sé lo que está pasando ni cuántos monstruos hay aquí dentro con nosotros.

Con el aliento trémulo, la adrenalina en las venas y la bilis en la garganta, me incorporo poco a poco, saliendo de debajo de mi asiento, y camino a cuatro patas hacia la portezuela plegable del baño tras asegurarme de que la kikimora sigue muerta y de que no hay más monstruos a la vista.

Bien. Solo un poco más, me animo cuando me queda justo un metro para llegar a la puerta. Mis músculos están tan adoloridos que me cuesta moverme y voy prácticamente a paso de tortuga.

Es entonces cuando oigo un sonido que me pone los pelos de punta y me paraliza del susto. Es como una especie de gorjeo. Una mezcla del ruido que hace el agua al hervir y del sonido que hacen unas pinzas al cerrarse y abrirse varias veces con rapidez.

Abro los ojos como platos y miro hacia atrás, hacia la kikimora, pero esta sigue muerta. Es un sonido parecido al que esta había hecho, sin embargo, no se mueve. Ni siquiera tiene cabeza. Pensando que mi pánico me ha jugado una mala pasada y que han

sido imaginaciones mías, vuelvo a avanzar hacia el baño ahora más rápidamente, espoleada por el miedo.

Y entonces lo vuelvo a oír. Esta vez más cerca.

Caigo en que proviene de donde estaba yo antes escondida, más o menos, y contengo un jadeo de pánico. Procuro no hacer ningún ruido al avanzar sobre la moqueta, dando las gracias porque esta suaviza el sonido de mis movimientos. Pongo la mano en la portezuela, que he alcanzado al fin, y me incorporo poco a poco, girando la cabeza para poder ver qué es lo que ocurre en mi anterior lugar de escondite, con el vello de punta y esperándome ya cualquier cosa a estas alturas de la vida.

Mis sentidos se fijan en una pata de araña que asoma por el borde de mi asiento. Una pata exactamente igual a la kikimora muerta, excepto por el hecho de que esta acaba en un azul grisáceo.

Una kikimora macho, deduzco de inmediato. *¿De dónde ha salido? Kasem ha cerrado la trampilla tras él y estoy segura de que también habrá asegurado el agujero por el que estos bichos se han colado en la cabina del piloto.*

De repente, oigo un sonido que proviene del conducto de ventilación que hay situado en el techo del avión, justo encima de donde Kasem ha matado a la primera kikimora y, cuando miro hacia arriba veo que la rejilla, que es bastante grande, cuelga abierta y que algo está saliendo poco a poco de su interior.

Otra. Puta. Kikimora, grito cada palabra en mi cabeza.

—¡Joder! —siseo en un impulso incontrolable, tapándome la boca con la mano cuando la criatura que estaba bajando directita hacia el cadáver de su congénere gira sus muchos ojos humanoides hacia mí y la del sillón salta hasta el suelo y se da la vuelta, encarándome.

—No me vais a comer. Ni de coña me muero hoy —me oigo decir, atontada por el miedo.

Me meto en el baño tan rápidamente que hasta me sorprendo a mí misma cuando me muevo a esa velocidad, cerrando la puerta plegable con pestillo y dejándome caer sobre el suelo cuando las piernas me fallan.

Ni de puta coña vuelvo yo ahí fuera hasta que Kasem no regrese a por mí.



Capítulo 14



Kasem

Maldito sea Hadrio y maldita sea su puta mala suerte.

El contrabandista no podría haber asegurado mejor su carga, no. El puto imbécil estaba demasiado borracho como para ello y demasiado interesado en ocultarla de la vista de la inspección de Udon como para preocuparse de si estaba todo bien sujeto y de si los jodidos bichos estaban bien drogados. Y Udon no se ha dado cuenta de nada. Cómo no. El chaval es bueno, pero tiene mucho que

aprender y se fía demasiado de la gente. Le habrá preguntado si estaba todo en orden y al decir él que sí anotaría que estaba listo para salir. Y punto.

Todavía tiene que aprender a no tragarse las mentiras de la panda de mercenarios y embaucadores que forman parte de La Mano Negra, yo incluido.

Le corto la cabeza a otra kikimora, esta un poco más grande que las otras, cuando me salta del techo hacia la cara.

O eso pretendía, la muy hijaputa. Casi siempre van a por la cara. Son predecibles en ese sentido.

Tengo que volver arriba. He visto meterse a algunas de las más pequeñas en el conducto de ventilación. Además, estoy seguro de que Hadrio estaba traficando con más que meras kikimoras o bankaulas[4], las hermanas pequeñas e imbéciles de las *banshees* que, a diferencia de las segundas, no son ni medio inteligentes.

Huelo a algo más. A un veneno mucho más peligroso que el de la kikimora, que no es mortal. Lo he olido nada más poner un pie en el jodido avión y he advertido a Hadrio que más le valía cumplir con llevarnos hasta la base cercana a Rundra y no tratar de desviar la ruta con alguna excusa gilipollas sobre un clima complicado inexistente, como le hizo a Irash una vez para poder descargar a sus criaturas de contrabando en algún hangar del mercado negro y así sacarse una buena suma extra.

Aunque ahora no es que eso importe mucho, dado que Hadrio está muerto.

Despacho a la última kikimora que se ha salido de su jaula y doy una vuelta por la bodega, por si acaso veo algo más, aunque lo dudo. Mis instintos me lo habrían dicho, al igual que me han avisado de que una de las bankaulas ha escapado de su pequeña prisión de metal que el idiota del piloto, al no tener más espacio en la bodega

secreta, había escondido en el armario del alcohol que bebía a veces mientras pilotaba.

Las bankaulas suelen ser pacíficas si no se las provoca, pero esta, malherida por la caza y alterada, una vez se le ha pasado el efecto del sedante, se ha cargado al piloto. Se lo estaba comiendo tras haberle rajado la garganta de cuajo cuando he entrado en la cabina.

Por si fuera poco quedarnos sin piloto, las muy cabronas de las kikimoras han mordido la cerradura de sus jaulas de la bodega ilegal hasta romperlas porque el inútil del contrabandista era demasiado tacaño como para comprar los sedantes adecuados para ellas, y han liberado a las demás bankaulas que había aquí abajo cuando han intentado abrir su portezuela para comérselas.

Menos mal que el piloto automático está puesto. Así puedo encargarme de los bichos antes de tener que aterrizar el avión yo mismo. Por suerte, estamos cerca del lugar acordado con mi equipo para introducirnos en Rundra, cuyo territorio aéreo está cerrado a cal y canto con controles excesivos desde que empezó la guerra civil.

—Jodido Hadrio. Eras gilipollas, pero un buen piloto —me despido del hombre humano tras limpiar mi cuchillo sobre la piel de una kikimora.

La trampilla ilegal no tenía pestillo y se abría empujando hacia arriba. ¿Se puede ser más imbécil? Prácticamente se ha puesto la soga al cuello él mismo.

—Noemí. —Mi cuerpo se tensa en cuanto siento el miedo que emana la mestiza.

Está mandándome señales energéticas de socorro, pero dudo que se dé cuenta de ello. No sabe ni lo que es, cosa que es divertida, aunque ahora mismo no sea nada conveniente.

Camino a toda prisa hacia la zona de la bodega original del avión, en cuya pared divisoria improvisada, hecha de frágil pladur mal pintado, las criaturas han abierto un agujero a base de mordiscos. Seguramente Hadrio creía que un par de paneles de cartón serían barrera suficiente si los bichos escapaban. No se puede ser más tonto que eso.

En cuanto llego arriba, despacho a las dos kikimoras restantes que deambulaban por la cabina de pasajeros.

Con estas ya van media docena. ¿Cuántas de esas putas arañas habrá traído Hadrio?

Enfoco mi oído en el conducto de ventilación, pero no oigo nada más.

Bien, eso significa que están todas muertas. Me fío de mi oído. Puedo escuchar el latido del corazón hasta del animal más pequeño si me concentro. Busco a la mujer con el mismo sentido y noto que Noemí está encerrada en el baño.

Bien por ella. Chica lista.

Ahora falta saber qué coño ha pasado con la drádira. Porque creo que el bicho venenoso peligroso es una de esas. No me preocupa matarla. No sería ni la primera ni la segunda criatura de este tipo que mato. Esas serpientes son rápidas, pero no tan rápidas como yo.

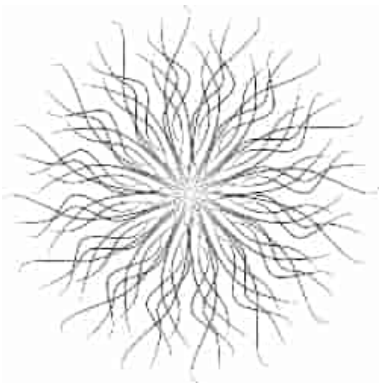
La que me preocupa es Noemí. Si la criatura la muerde, su sangre mestiza podría reaccionar bastante mal. Las *vidraz* son especialmente sensibles al veneno de drádira.

De todas las putas criaturas oscuras que podrían haber acabado en esta maldita bodega de este jodido avión, tenía que ser precisamente esa, gruño para mis adentros.

Debo acabar con el bicho cuanto antes. Me concentro en mi oído de nuevo, determinando el origen y buscando el sonido tan

característico que hacen los latidos de un corazón. El de Noemí es fácil de localizar… y está justo en frente del jodido bicho, de sonido mucho más rápido y arrítmico, que seguramente se ha escondido dentro del váter por su posición en mi mapa mental del avión.

¡Mierda!



Capítulo 15



Noemí

Creo que siento a Kasem fuera.

Sus pasos son apenas perceptibles y no hace ni un solo sonido, pero algo dentro de mí que siempre he llamado instinto me avisa de que está fuera.

El alivio que siento es casi palpable.

Estoy a salvo.

Ojalá tuviera poderes mágicos o algún entrenamiento para la batalla, pero, más allá de ese instinto un poco premonitorio que he tenido toda mi vida, soy una mortal muy mundana y, lo admito, también un tanto blandita. Mis músculos son casi inexistentes. El único ejercicio que hago habitualmente es el levantamiento de gruesos tomos antiguos o el mover jarrones más valiosos que mi vida de un lado a otro, cuando trabajo en el museo adjunto a la universidad con algunos de mis colegas.

Dejando ir gran parte de la tensión que me embargaba, me permito sentirme a salvo al fin.

—Menos mal —suspiro en voz alta para mí misma.

Y entonces mis sentidos empiezan a gritarme que algo va mal. Que no estoy tan sola aquí dentro como creo estarlo.

Asustada, me debato entre salir y enfrentarme a las arañas con cara humana o quedarme y vérmelas con lo que quiera que se haya colado aquí dentro.

Al final gana el salir fuera porque Kasem está ahí y él es el único que sabe cómo matar a estas cosas. Yo solo sería un estorbo ahora mismo y, aunque saberlo duele, es la pura verdad y la acepto tal cual es. No quiero ser insensata y morir antes de encontrar a Arya y asegurarme de que va a estar a salvo de ahora en adelante tras la bronca que le echaré por irse a un país tan peligroso.

Justo cuando me doy la vuelta para abrir la puerta del baño, algo chapotea dentro del agua del váter situado tras de mí. Me apresuro a salir a trompicones del baño, pero es demasiado tarde. La serpiente se me lanza encima con un siseo mortífero y ofendido. Aunque no me doy cuenta de que me ha mordido hasta que Kasem, soltando un sonoro y oscuro juramento en vadálico, aparece a mi lado y me la arranca cuidadosamente del lateral del muslo, cortándola en pedacitos poco después.

Grito y miro a la serpiente hecha cachitos esparcida por la moqueta roja del avión. La sangre, morada y oscura, ha salpicado hasta el techo; y los ojos vacíos de vida de la criatura de escamas iridiscentes de color plata y oro me devuelven la mirada desde el trozo de cabeza que hay a mis pies.

—Noemí —llama Kasem, limpiando la hoja de su cuchillo en las cortinas que separan la cabina de pasajeros de la del piloto y enfundándola de nuevo en su bota—. Noemí, ¿puedes oírme? La

drádira[5] es venenosa para ti. Tengo que sacarte el veneno cuanto antes, ¿lo entiendes?

—Vale —me oigo responder, pero es como si lo hiciera desde una distancia considerable—. Estoy mareada —le comento, aunque apenas escucho mi propia voz.

Kasem me coge cuando me tambaleo.

La pierna izquierda me palpita de un dolor que es cada vez más intenso e insoportable. Desciendo mi vista hasta mi muslo y veo que mi sangre cae como un río rojo por la pernera de mi pantalón hasta el suelo, mezclándose con la de la serpiente.

Es lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento.



Capítulo 16



Kasem

Mierda.

No he llegado a tiempo. No había cometido semejante error desde mi adolescencia. Desde que empecé mi entrenamiento como soldado de La Mano Negra.

Debí haberla ocultado dentro de una barrera, pero estaba ofuscado por mi cabreo y por perder a Hadrio que, aunque era un

gilipollas, era alguien en quien más o menos confiaba y con quien he trabajado durante más de cuarenta años.

Aunque eso no es excusa.

—De todos los putos bichos del mundo… ¡Joder! —maldigo de nuevo mientras recuesto a Noemí sobre la cama de la habitación que hay al fondo del avión.

Es solo para operativos de organización. La usamos para dormir entre misión y misión si el trayecto es largo, pero ahora mismo me importa una mierda si Irash luego se queja de que las jodidas sábanas huelen a sangre de mestiza. Puede meterse sus quejas por el culo junto con el resto de su mierda habitual.

—La arteria está intacta —celebro tras palpar y revisar la herida a conciencia, asintiendo para mí mismo con satisfacción.

Hay bastante sangre, pero seguramente se debe al veneno de la serpiente. Tiene un ligero efecto anticoagulante en las *vidraz*, cuya genética reacciona tratando de expulsar el veneno rápidamente a través de la herida. Algo jodido ahora mismo porque esa faceta de su sangre de bruja durmiente, combinada con el jodido veneno, puede llegar a causar un desangramiento si no se trata a tiempo.

Puto Hadrio. Que en paz descanses, capullo contrabandista.

Corto los vaqueros de Noemí con el *tantô* japonés, una de mis armas favoritas, que saco de uno de los sellos de almacenamiento multidimensional que hay escritos en mi piel, y corto sus pantalones sin miramientos para ver mejor la herida.

Suelto una carcajada involuntaria cuando veo sus braguitas de Winnie the Pooh. Esta mujer sigue sorprendiéndome de maneras inesperadas. Me sigo riendo para mí mismo mientras saco mi kit médico de otro sello que llevo tatuado en el antebrazo y limpio la herida, extraigo todo el veneno que puedo, y luego la cierro usando un conjuro medicinal básico.

Uno de los pocos que conozco, pero muy útil. Apenas deja cicatriz.

Mezclo el antídoto a ojo tras comprobar el tipo de sangre de Noemí e introduzco la aguja con el contenido en su muslo, cerca del mordisco de la drádira.

Ahora toca esperar a que le haga efecto. Más allá de saber que a las *vidraz* el veneno de drádira les afecta de manera más potente que a otros con magia en las venas, no tengo ni idea de cómo va a reaccionar el cuerpo de Noemí ni de cuáles serán las consecuencias para ella si logra sobrevivir.

Es una mestiza, y el manuscrito que leí no hablaba mucho de ellas. ¿Le dará fiebre? ¿Le causará efectos secundarios musculares? ¿Oculares? ¿De otro tipo? ¿Mágicos, por ejemplo, debido a su antepasada bruja, tal vez? Con su sangre no se sabe. La mujer y su origen son un misterio muy interesante que todavía estoy intentando dilucidar, dado que las brujas suelen mantener un ojo en su linaje; aunque sus descendientes, en ocasiones, nazcan sin la capacidad de hacer magia.

—Duele… ¡Duele! —grita Noemí a pleno pulmón a pesar de estar inconsciente, retorciéndose de agonía.

—Mierda. ¡Joder!

Estoy tentado de volver a la cabina y destrozar a Hadrio con mis propios puños, por muy compañero que haya sido. Si no hubiese muerto, le habría dado la paliza de su vida al muy hijoputa por la situación en la que nos ha metido. Aunque, siendo sincero, es mi propio sentido de la culpa, la admisión de que he fallado en proteger a mi clienta, lo que me persigue.

Lo que seguirá persiguiéndome durante mucho tiempo.

Yo jamás fallo. Ya sea una misión de protección o una de asesinato, nunca he cometido ni un solo error. Mi historial de éxitos,

hasta ahora, era intachable.

Me quedo al lado de Noemí hasta que el antídoto le hace efecto y al fin se calma, cayendo en un profundo sueño inquieto pero sin dolor. Me alejo de ella solo para ir a la cabina del piloto y asegurarme de que el piloto automático nos está llevando por donde toca y de que todo está en orden.

Le he dado el antídoto especificado para una bruja, pero ella no es exactamente una bruja, y eso me preocupa. Sin embargo, me digo a mí mismo que un humano normal habría muerto en cuestión de segundos al recibir el veneno de la drádira. El que haya sobrevivido hasta ahora es prueba de que mis sentidos no se equivocaban cuando me gritaron que la chica era una *vidraz*. Y ello también me jode porque, aunque confíe en mis sentidos, si la sangre mestiza de Noemí hubiera sido más humana que *vidraz*, ahora ella estaría muerta.

Levanto a Hadrio del asiento del piloto y lo dejo caer con cuidado junto a los cadáveres de las criaturas que le han dado muerte. La cabina apesta a tripas y a sangre lo que, a pesar de la opinión popular sobre los de mi especie, no es precisamente agradable.

—Aterricemos esta mierda —gruño tomando asiento en el sillón cubierto de pegajosos restos humanos.

Paso del piloto automático al manual y empiezo a descender una vez hemos pasado la pequeña pero alta cordillera de Nuantëi, tras la cual tenemos instalada una base secreta. Ya puedo oír las pullas que van a empezar a soltar los jodidos capullos que haya en la base en cuanto informe del estado de la primera etapa de la misión a la comandante asignada a la base.

La jefa de misiones no es precisamente amable cuando se trata de echar la bronca, aunque jamás será tan dura como yo lo soy conmigo mismo.

Enciendo la radio codificada y aviso a la torre de la pista de aterrizaje para que se preparen.

—Élite Vixen llamando a base 23-01Alfa. Nos acercamos al punto de reunión. Voy a empezar a descender.

—¿Sangriento? ¿Qué coño haces pilotando el Vixen? —la voz de Daimon suena como si estuviera con fiebres otra vez.

El Maestro de Venenos estará probando algún nuevo invento suyo o inmunizándose contra algo exótico.

—Hadrio está indispuesto —replico sin dar detalles.

El contrabandista y Daimon no se llevaban muy bien. Ya tendrá tiempo para maldecir a Hadrio más tarde cuando se entere de lo de los putos bichos por otras bocas. No me apetece oír «se lo merecía» de algo que no sea mi mala hostia pasajera.

—¿Qué le pasa a ese gilipollas? ¿Y por qué suenas como si hubieras estado estreñido una semana entera? Ah, no, espera —añade como si se le acabara de ocurrir—, que así es como suenas de manera habitual, su alteza.

—Que te jodan.

—Vaya, ¿te has ofendido? Mil perdones, su *majestísimo*.

—Cállate de una puta vez y avisa para que despejen la pista, voy a aterrizar en breve —ordeno de malos modos.

Sabe que no me refiero a encender las luces guía, sino a que limpien la maldita pista de las bestias que se hayan podido colar en ella. Para eso instalamos una sirena auditiva que hace que los velocirraptores que suelen morder y destrozar la valla eléctrica para colarse en las instalaciones huyan como cobardes. Y ya debería estar haciéndola sonar.

—Voy. Voy. Pero no pienso dejar que te salgas por la tangente como siempre haces, brujo —responde la voz de Daimon,

quejumbrosa, antes de cortar la comunicación.

La sirena suena de repente, tan alta que la escucho incluso dentro del avión, y varios de esos jodidos dinos corren hacia el agujero que seguramente han vuelto a abrir en la valla de metal que rodea la base.

Desciendo el avión una vez veo la pista de aterrizaje, oculta entre altos árboles inusualmente frondosos y brillantes, y lo aterrizo con menos maestría de la que desearía. Mis habilidades como piloto están un poco oxidadas tras pasar cincuenta años como pasajero. Cuando detengo el aparato y apago motores, me levanto y salgo a toda prisa de la cabina para ir a ver a Noemí.

En cuanto entro en la habitación, sé que algo va mal. Hay un olor dulzón en el aire. Un aroma que es a la vez enfermizo e invitador. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que la *vidraz* se retuerce en la cama, sudorosa y afiebrada, como si ella misma fuera una jodida serpiente, desnuda y con la piel enrojecida.

¿Cuándo y cómo se ha quitado la ropa estando inconsciente?, me pregunto mentalmente, incapaz de no devorar su cuerpo con la vista a pesar de saber que estoy siendo más cerdo de lo habitual.

Sus ojos, abiertos pero febriles, se han vuelto blanquecinos y miran a la nada mientras ella gime y solloza de una manera que me retuerce las tripas de rabia y me hace querer sacar las espadas para batallar contra la invisible bestia que la atormenta. El instinto primario de proteger a la mujer es tan intenso que me paraliza momentáneamente del *shock*. Una cosa es salvaguardar a una clienta, pero lo que acabo de sentir…, eso no es normal. No en mí.

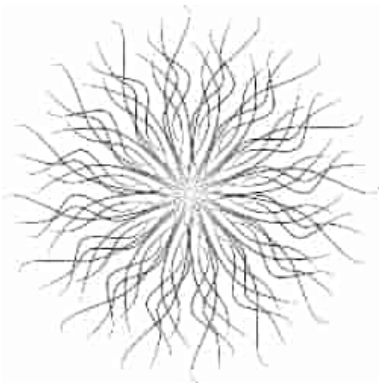
Malditas vidraz, pienso con enojo. *Tenía que ser una de ellas.*

Mis emociones suelen ser muy moderadas, en palabras de mis colegas. Rara vez se me altera la sangre. Rara vez algo me causa este tipo de reacciones viscerales que la mujer mestiza despierta en mí sin pretenderlo. Y eso no me gusta nada.

No es la primera *vidraz* que conozco. Ni de lejos la primera mujer con sangre de bruja cuya presencia parece un canto de sirena para mis sentidos. Pero jamás he tocado a ni una sola de ellas, por tentador que ello fuera.

El autocontrol es mi mayor orgullo. O lo era. Ahora me siento como un jodido volcán a punto de estallar, y eso es peligroso. Jodidamente peligroso, visto quién y qué soy.

El gruñido que suelto es tan furibundo como mis emociones. Mucho me temo que la adormecida sangre de *vidraz* de mi clienta acaba de activarse del todo. Y no me hace falta ser un vidente para saber que eso solo va a causarme problemas.



Capítulo 17



Noemí

Sueño con un templo.

Veo un lugar repleto de altísimos edificios blancos cuya delicada y hermosa arquitectura se viste de oro cuando amanece y los rayos del sol se reflejan en las cristaleras de sus techos, sus ventanas, sus paredes y sus puertas de vidrio, pintadas para parecer las alas de coloridas y delicadas mariposas.

En ese mundo de fantasía, tan real para mí que casi puedo tocarlo, docenas de las voces de otras mujeres se elevan a coro, cantando una melodía tan ancestral como el templo mismo.

Y una de esas voces es la mía.

La harmonía que mis hermanas y yo creamos al cantar es tan única y maravillosa que me hace llorar de la emoción. Se me cuela en la sangre, en la mente y en el alma hasta que me llena por completo. Hasta que estoy hecha de música, de acordes y luces, y

me elevo junto a ellas en el cielo, flotando sobre las nubes teñidas de naranja y oro; danzando y riendo mientras el viento juega con nuestros cabellos, adornados con coronas de flores de todos los colores, y los hace flotar a nuestro alrededor como un halo. Cuando empezamos a descender hacia los verdes prados que rodean la ciudad de altas torres acristaladas, una intensa sensación de euforia, de perfección y plenitud, entra en nuestros cuerpos al mismo ritmo que lo hacen nuestros espíritus al volver a su avatar de carne y hueso.

Felices y repletas de una energía intangible y maravillosa, nos tendemos en un círculo perfecto sobre la hierba cubierta de las mismas flores que adornan nuestros cabellos, cogiéndonos de las manos. Conectadas en un vínculo irrompible.

Hermanas. Familia. Amigas.

Como debe ser.

Somos una con la tierra y con el viento; con el agua y con el fuego. Somos el rayo y la tormenta. Somos las nubes y la gentil lluvia que besa la fauna y flora del mundo al caer. Somos desierto y somos mar. Somos la risa y las amargas lágrimas de toda criatura que habita el mundo mortal.

Somos aquellas que lo ven todo. Que lo sueñan todo. Aquellas cuya sangre es sagrada. Somos los oráculos del mundo. Las hijas del sol y la luna. Las niñas que desentrañan aquello que las Tejedoras del Destino hilan con sus hábiles manos.

Las que, en eras pasadas, los incautos e ignorantes encerraban en templos perdidos y aislados o asesinaban vilmente, presas del miedo hacia aquello que no eran capaces de comprender: nosotras y nuestro don.

Solo nosotras tentamos a las Bestias de Sangre y a sus descendientes más que nada en el mundo. Únicamente nosotras

podemos domar sus almas de bestias sedientas de sangre. Esas que ellos llaman *vidraz*.

Somos vida y somos muerte. Nuestros cuerpos existen en el plano mortal, pero al mismo tiempo nuestras almas habitan este otro: nuestro hogar. Aquel al que nadie que no sea una de nosotras puede acceder.

Río y lloro y grito a la vez. Abro los ojos y solo veo cemento gris a mi alrededor, así que los abro *de verdad* y contemplo la eterna telaraña de hilos de brillantes colores que unen a todas las criaturas del mundo, tanto bestias como animales o personas. Observo infinitos destinos que cambian de manera constante con cada paso y cada decisión que sus dueños toman. Es como una danza de trillones de finos hilos de luz.

Es fascinante.

—Tú y yo estamos atados por el destino —le informo a la cara de Kasem, que veo flotar por encima de la mía, alargando la mano para rozar con mis dedos extendidos el hilo rojo y dorado que nos vincula el uno al otro.

Él se estremece de manera visible y su rostro adopta una expresión de horror y confusión, como si hubiera sentido ese roce y no le hubiera gustado.

—Para o te ataré a la cama —me amenaza—. Sea lo que sea que hayas hecho, no lo vuelvas a hacer.

Le sonrío.

Mi bobo e ignorante guerrero.

—Lo estuvimos desde el mismo instante en el que nuestras almas se eligieron la una a la otra, muchas eras atrás —prosigo, explicándoselo ya que no parece entenderlo—. Desde entonces, nos hemos cruzado en varias de nuestras vidas, Kasem, pero hasta

ahora has estado rehuyéndome. Eso me hizo sentir muy triste, ¿sabes? La soledad es algo terrible para el alma.

—¿De qué coño hablas? —inquiere la voz del mestizo de vampiro y bruja—. Estás delirando. Vuelve a dormirte, Noemí.

—No puedes huir del amor para siempre —declaro con certeza, ignorando su tono gruñón—. Sé que temes amar, que en esta vida lo consideras una debilidad, pero te prometo que es la cosa más maravillosa que existe.

—Y una mierda —gruñe el vampiro.

—El amor es la fuerza más poderosa de todas —le sonrío—. Lo cambia *todo*, Kasem.

Él suelta un resoplido.

—Pues yo no quiero cambiar nada de mi jodida vida —musita por lo bajo—. Me gusta tal y como está, mujer. Así que vete olvidando de esas idioteces sentimentalistas.

—Haces que me duela el corazón cuando dices eso.

—Pues le pediré a un maldito cardiólogo que le eche un vistazo antes de entrar en Rundra —contesta él de manera tajante.

—Ya me amaste una vez, hace muchos miles de años —suspiro —, y en un mundo diferente. ¿No te acuerdas?

—Pues no —bufa él—. No tengo ni puta idea de lo que hablas. Que seas mi *vidraz* no te hace mi alma gemela o cualquiera de esas mierdas que los humanos inventan en sus libros de romance. Todo en la vida es una elección, Noemí. Incluso a quién follarse, aunque su sangre te atraiga más que ninguna otra.

—Qué bruto eres.

—Soy honesto.

—Y maleducado.

—Eso también —admite él sin tapujos—. Aunque no entiendo por qué cojones te hablo, si probablemente no recuerdes nada de esto.

Me duele el pecho, así que me llevo una mano a este y lo miro con todo el amor que sentí en una vida pasada.

Él se tensa y me observa con los ojos como platos, como si quisiera apartarlos pero no pudiera hacerlo.

—Juraste, cuando morimos, que me volverías a encontrar y que jamás dejarías de amarme —recuerdo—. ¿O es que acaso has cambiado de idea?

Las lágrimas de pena caen sin que pueda controlarlas.

—Deja de llorar.

—No puedo —le confieso con un nudo en la garganta.

Kasem suspira con cansancio.

—Solo es un sueño, Noemí. —El vampiro traga saliva y niega con la cabeza—. Nada de eso es real. Es el veneno combinado con tu maldita sangre latente de bruja. Te hacen soñar cosas extrañas.

—Pero es un sueño tan hermoso… —contesto con voz enronquecida por el llanto—. Fue un amor tan bello, Kasem, tan intenso… Cuando nos separamos, sentí que me faltaba la mitad de mi alma.

Me trago otro sollozo. Me siento como si estuviera de luto por una vida pasada muy muy lejana, en un mundo que ya no existe.

—Las almas no se dividen.

Su mandíbula está tensa y sus ojos se apartan de mi rostro como si detestara verme llorar.

—Si quieres que rompamos el vínculo, lo haré para que seas libre de mí —le digo con valentía—. Quiero que seas capaz de volver a elegir, aunque algún día te enamores de alguien que no soy yo.

Jadeo de pensar en hacer algo así, algo tan duro para mí. Pero por él lo haría. No se puede obligar a nadie a amar, vínculo o no vínculo. El amor siempre será algo libre. Las cadenas lo matan.

—No digas idioteces, mujer —sisea Kasem con el ceño fruncido —. Deja de hablar de vínculos y no sé qué mierdas y duérmete de una puta vez.

Él da un paso hacia atrás, alejándose de mí.

De repente, su mirada teñida de preocupación e irritación a partes iguales me divierte horrores, así que río cuando el aire se me atasca en los pulmones.

Cierro los párpados un instante, tratando de calmar las lágrimas y la risa, que surgen de mí al mismo tiempo, y alguien me obliga a incorporarme y me hace beber un líquido que arde al bajar por mi garganta.

—Deja de reírte y de llorar, mujer incomprensible y contradictoria, y bébete la dosis del nuevo antídoto que Daimon ha preparado para ti —ordena Kasem perdiendo la paciencia.

Pretende parecer indiferente, pero yo puedo ver que no lo es. Que está preocupado por mí. Aunque no debería estarlo. Yo estoy bien.

Estoy mejor que nunca.

—No, no estás bien —objeta él, eternamente huraño—. Deja de moverte y bébete lo que queda del vaso de una puta vez, *vidraz*.

¿Me ha leído la mente?

—No. Estás delirando en voz alta —me informa, pero yo apenas le oigo.

El sueño de luz me llama de nuevo y tengo que responder. Tengo que ir con mis hermanas; tengo que cantar y sentir esa conexión sagrada con el mundo porque es para lo que he nacido. Es mi naturaleza. Es mi regalo divino.

—¿Divino? ¿De qué coño hablas ahora? —replica la voz masculina y lejana de alguien que es importante para mí—. Tu hermana está en Rundra, Noemí, no donde quiera que tu mente esté yendo. Tienes que volver, ¿entiendes? Tienes que quedarte aquí, conmigo. En esta realidad.

Le sonrío de manera condescendiente cuando escucho sus palabras, antes de perderme de nuevo en las calles de la ciudad de etéreos templos y seguir las voces de mis hermanas, que esperan mi regreso con ilusión y me llaman con sus hermosas voces.

Será tonto. Para ser tan listo, el vampiro no entiende nada. La realidad no es la que él conoce. Tiene muchas dimensiones.

—La única dimensión que importa es la real.

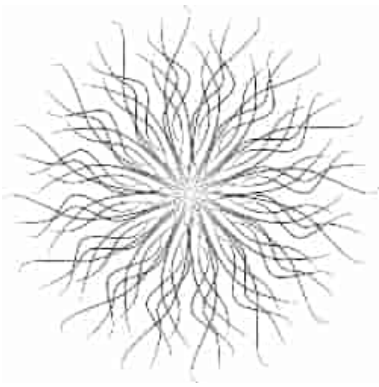
Me río al oírle decir eso, pero está cada vez más lejos y sus palabras apenas llegan a mis oídos mientras floto hacia el hogar de mi alma.

—¿Noemí? ¡Noemí, vuelve! —escucho su voz de manera distante, llamándome—. Maldita sea, mujer. Me estás asustando, ¡joder!

Me detengo durante un instante, flotando en un limbo donde el tiempo y el espacio no existen. Algo tira de mí hacia esa voz. Una conexión, una atracción. Algo magnético y poderoso que no puedo ignorar. Sin embargo, ya estoy demasiado lejos como para volver atrás. Debo estar con mis hermanas en el templo del sol.

Debo completar todos los ciclos de la canción.

Solo entonces estaré al fin completa.



Capítulo 18



Noemí

Despierto con la garganta reseca por la sed, un sabor terrible en la boca y un dolor de cabeza que me hace gemir de incomodidad.

Cuando mis pupilas se acomodan a la luz de los halógenos del techo, veo que estoy en un dormitorio bastante espartano con paredes de cemento visto, suelo del mismo material, y una diminuta ventana situada justo encima de la cama individual que ocupo, cuyas sábanas son bastante ásperas.

—¿Dónde estoy? —pregunto en voz alta con la voz enronquecida, como si no la hubiera usado en varios días.

Lo primero que me viene a la cabeza, dada la decoración propia de un búnker o una celda de algún tipo, es que estoy en una prisión. Me incorporo y me siento en el borde de la cama, poniendo los pies desnudos sobre el frío suelo gris, y veo que llevo puesto un vestido de manga larga que reconozco como mío, lo miro con renovada confusión porque no recuerdo habérmelo puesto.

Tras echar otro vistazo a la habitación, descubro mis maletas y mi mochila apoyadas junto a un pilar que es tan grueso que casi las oculta a la vista.

Intento hacer memoria, pero no me viene nada a la cabeza. No recuerdo nada. No sé cómo he acabado aquí. Lo último que recuerdo es…

—¡La serpiente! —exclamo, llevándome una mano a la adolorida garganta cuando el áspero sonido, que no se parece mucho a mi voz normal, sale de ella.

Hay una mesita que ha visto días mejores junto a la cama, y encima de esta una jarra con agua y un vaso. Así que, sin pensarlo mucho, me bebo casi toda la jarra, llenando vaso tras vaso hasta que al fin logro apagar mi sed. No me sorprendo cuando, unos segundos después, mi vejiga me pide que le haga caso, pero sí que dejo escapar un gruñido ultrajado al notarlo.

Pasándome una mano por la cara con cansancio, me levanto de la cama y camino hacia la puerta de entrada, descubriendo con alivio que no está cerrada con llave.

Puedo descartar la teoría de la celda, pues, musito mentalmente.

La decoración que hay al otro lado de la puerta es casi exactamente igual que la que hay a mis espaldas: más cemento visto, más suelos y paredes grises y más lámparas de neón emanando una luz blanca y fría. Es un lugar bastante tétrico.

—Este lugar sería el escenario perfecto para una peli de terror —murmuro, conteniendo un escalofrío.

—¡Estás despierta! —exclama una voz masculina, sobresaltándome.

Me giro hacia el otro lado del pasillo y me encuentro casi cara a cara con un completo desconocido de piel morena que es

asombrosamente guapo. Aunque es su amplia sonrisa amigable la que me llama la atención. Relaja algo en mí que ni me había dado cuenta de que estuviera tenso.

—Hola —saludo de manera tentativa. Él parece saber quién soy, aunque yo a él no recuerdo haberlo conocido—. Perdona, pero ¿nos conocemos?

El hombre, que tendrá unos veintipocos, echa la cabeza atrás y suelta una sonora carcajada.

—No. No tengo ese placer —afirma, haciendo una breve reverencia—. Soy Daimon.

—Encantada —respondo, sin saber muy bien cómo devolver ese saludo. Se parece a la reverencia que me hizo Kasem burlonamente una vez, solo que menos elegante y definitivamente no tan rebosante de sarcasmo. Espera…—. ¡Kasem! —suelto recordando de golpe.

Daimon alza una ceja, pero parece divertido por mi súbito arrebato.

—Mira que te ha dado por gritar su nombre, ¿eh? —bromea con buen humor—. Ni siquiera nosotros sabíamos que tenía otro aparte de Sangriento.

Todo lo que ha dicho me confunde.

—Disculpa, ¿a qué te refieres? —Sacudo la cabeza, tratando de ordenar mis pensamientos, que son tan lentos como un caracol y muy difíciles de dominar—. No sé ni dónde estoy ni cómo he acabado aquí, pero sí que recuerdo al vampiro. Y también que estaba con él en el avión, antes de que… —hago un esfuerzo para recordar—, antes de lo de la serpiente esa tan rara.

—Aaah —asiente Daimon—. ¿Así que no recuerdas nada de lo que has dicho o hecho durante estos últimos dos días, Noemí?

—¡¿Dos días?! —me alarmo—. ¿A qué te refieres con eso?

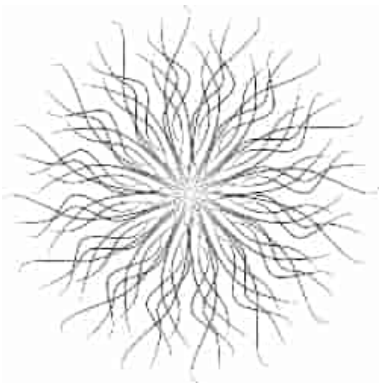
Oh. Oh, no. No me digas que ese bicho era venenoso y que he pasado dos días delirando y haciendo cosas extrañas que no recuerdo. Oh, por todos los malditos demonios, dime que no, le suplico al universo, sintiéndome avergonzada y queriendo esconder la cabeza bajo la almohada y fingir que no me he despertado todavía solo para tener más tiempo para procesar todo esto. O que me trague la tierra. Una de dos opciones estaría bien.

Espero no haber dicho nada raro sobre el vampiro o sobre la atracción que siento por él. Todo menos eso, por favor. El hombre ya es lo suficientemente insoportable tal y como están las cosas como para encima darle más leña que añadir al fuego de su sarcasmo y sus constantes burlas.

Daimon se ríe entre dientes de mi cara de espanto y me hace una seña para que lo siga.

—Anda, ven conmigo a las cocinas, que seguro que estarás hambrienta —me sugiere, pasándome de largo y dirigiéndose al final del pasillo—. Y así ya de paso te cuento lo que ha ocurrido desde que el viejo tocapelotas de Sangriento la cagó contigo, ¿vale?

Lo sigo sabiendo que no tengo más remedio que afrontar las cosas y tratar de no morirme de la vergüenza en el proceso. Porque mucho me temo, por la cara de risa a duras penas contenida que ha puesto Daimon, que mis súplicas al universo llegan tarde y son en vano.



Capítulo 19



Noemí

—No es para tanto.

—Sí que lo es —gimoteo, hundiendo la cara en el hueco que crean mis brazos, cruzados sobre la encimera de la isla de cocina en la que me apoyo.

Daimon se ríe por lo bajo, pero aun así lo oigo, por lo que levanto la vista lo suficiente como para lanzarle una mirada venenosa por encima de mi refugio improvisado para esconder mi bochorno.

—Venga, vamos —me consuela, acercándose para darme palmaditas en la espalda—. Deja de dramatizar y termínate las gachas antes de que se enfríen del todo, que si no son incomibles.

Gimoteo por última vez y le hago caso porque tengo hambre y, aunque sean unas gachas espantosas, se ha tomado la molestia de cocinar para mí.

—Están malísimas, ¿verdad? —pregunta Daimon cuando me ve haciendo un esfuerzo para evitar que mi boca se tuerza en una mueca de asco mientras como—. Espera, voy a añadirles más miel. A ver si así mejoran un poco.

—¡No! —exclamo y, cuando me doy cuenta de que he elevado demasiado la voz, me aclaro la garganta y vuelvo a hablar—: No hace falta, así están bien. Gracias.

Ya están tan dulzonas que si les pone más miel me va a dar arcadas. Y eso que me gusta el dulce. Soy una apasionada de las tartas y los bizcochos.

—Como tú prefieras, mujer seductora —se ríe él, guiñándome un ojo.

Suelto un nuevo gemido de pura vergüenza y vuelvo a dejar caer mi cabeza hasta que mi frente golpea suavemente contra el frío metal de la encimera.

—No me llames así —protesto.

Pero él ignora mis quejas. Es casi tan malo como Kasem.

—Nunca había visto a una mujer lograr que el brujo se pusiera colorado antes de ti. Te juro que fue impresionante —comenta, más pensativo que socarrón por una vez—. De normal las espanta o las rehúye como si fuera alérgico a ellas. Todos pensábamos que era un ente asexual al que solo le preocupaban su siguiente dosis de sangre y su próxima misión.

—¡Calla! —le ordeno, pero no creo que me haga caso. Se está divirtiendo demasiado a mi costa.

No es solo que delirase durante el envenenamiento, llamando a Kasem continuamente entre gemidos y diciéndole que estábamos hechos el uno para el otro o algo así, sino que al parecer también intenté besarlo y convencerlo de que se casara conmigo, para mi total bochorno.

O eso es lo que cuenta Daimon. Y tengo la sensación de que dice la verdad, aunque la haya exagerado un poco.

Es horrible. No voy a poder mirar al vampiro a la cara. No voy a poder mirar a nadie *a la cara,* me horrorizo mentalmente.

Daimon me ha explicado que aterrizamos aquí hace unos dos días, en una base secreta de La Mano Negra, y que he estado presa de los efectos del veneno de la serpiente desde entonces. Es una suerte que haya sobrevivido, me ha asegurado varias veces, pero ahora mismo esa suerte no me parece un consuelo. ¿No podría haber delirado con cualquier otra cosa? ¿Con arcoíris y unicornios? ¿O con algo irrelevante que a nadie le importara?

No, tenía que ser con el Brujo de Sangre. Maldita sea mi suerte.

—Fue divertidísimo verlo en ese estado —sonríe Daimon de manera bastante cabrona cuando alzo el rostro de nuevo una vez la rojez de mi piel ha disminuido un poco.

Su expresión es la de alguien que está pensando en hacer muchas bromas a costa de otro alguien. El problema es que esas bromas van a tenerme a mí de protagonista.

Carraspeo y trato de cambiar de tema como sea.

—¿Así que Kas… Sangriento bebe sangre real? —inquiero—. Antes has dicho que solo le importa su próxima dosis de sangre. Pensé que bebería sucedáneos, como hacen muchos vampiros. Botellas de Redblood y Truered y esas cosas, ya sabes.

Hoy en día, (en público, al menos) muchos optan por suplementos o bebidas alternativas creadas en laboratorios y comercializadas como refrescos para vampiros. O eso he oído.

Daimon alza las cejas con socarronería al escuchar mi pregunta.

—Es un *vampiro* —dice como si me estuviera diciendo «el cielo es azul».

—Ya, pero, ya sabes. No todos los vampiros beben sangre, ¿no?

Eso le hace reír de nuevo con ganas.

—Los de verdad sí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo sabrás cuando lo veas pelear… Aunque es mejor que no lleguéis al extremo de despertar esa naturaleza suya. Si sucede, tendrás pesadillas —me advierte.

Suena demasiado ominoso para mi gusto. Pero todo esto es ominoso, la verdad. Por amable que Daimon parezca, mi instinto me advierte de que es peligroso. Hay un aura en él que grita claramente «no jodas conmigo o lo pagarás caro». Y no tengo intención de provocar ese lado suyo. Estoy segura de que me helaría la sangre en las venas si se pusiera en plan cabrón.

Aunque, si mi instinto no me lo hubiera dicho, la vista lo habría hecho igualmente. El hombre va armado hasta los dientes. Por si el hecho de que estar en una base secreta de La Mano Negra moviéndose a sus anchas no fuera suficiente indicativo de que se trata de uno de sus agentes, esto último deja bastante claro a qué se dedica.

—No me digas que se convierte en murciélago o en una criatura demoníaca al estilo Drácula —suelto en tono de chanza, pero me quedo en blanco cuando veo la mirada que Daimon me lanza por encima del hombro mientras se pone a fregar los platos.

La expresión que veo en su cara me hace pensar que lo que he dicho antes podría ser real.

—Tú solo sigue sus órdenes cuando estéis en territorio hostil y estarás bien, ¿vale? Pocas criaturas, inteligentes o no, se atreverían

a desafiarlo al notar su presencia en el área —me recomienda en un tono sombrío que no le pega nada.

Aunque no es que le conozca mucho. Pero esta última hora, desde que nos hemos encontrado en el pasillo, hemos estado hablando y me he convencido de que el apuesto asesino debe de estar perpetuamente de buen humor. Da esa impresión cuando lo conoces. Es como si algo en él te motivara a ignorar lo peligroso que es. Aunque conmigo no funciona del todo debido a ese don instintivo que poseo que me permite calar a la gente enseguida.

—Vale —respondo con voz queda, recordando que este no es un viaje de placer, ni mucho menos, sino que estoy aquí metida porque quiero rescatar a mi hermana.

No es que me hubiera olvidado, por supuesto, pero a veces necesito desplazarlo un poco hacia el fondo de mi mente o me asfixiaría al intentar llevar aire a los pulmones.

Estoy más cerca de Arya, y eso es lo que importa. Es lo que me repito varias veces para darme fuerza. Lo que me llevo repitiendo demasiado tiempo desde que mi hermana dejó de contactar conmigo.

—Por cierto, perdona si te molesta la pregunta, pero ¿por qué has insistido en estar presente durante la misión? —inquiere Daimon, terminando de fregar los utensilios que ha usado para cocinar y secándose las manos en un trapo de lino—. Te habría salido más barato contratar una misión de rescate y punto, y no una de protección, guía, rescate y extracción.

Me tenso.

—Lo sé, fue lo que me dijo el mediador —afirmo con una evasiva, agachando la cabeza para terminar de comerme las gachas, sin querer responder a su pregunta.

Él asiente y no insiste más en el tema, aunque sé que está curioso. Se le nota. Pero ¿cómo decirle que soñé que si no iba yo en persona mi hermana moriría, y que ese sueño se sintió tan real que de solo pensar en quedarme en casa me puse a llorar y luego tuve ataques de ansiedad durante días, hasta que lo vendí todo para pagar una misión cuatro veces más cara que una de rescate?

Sonaría raro. Y ya les he dado demasiado de qué hablar. No me apetece compartir más de mi vida privada con nadie.

Por suerte, Daimon no vuelve a sacar el tema, retornando a su buen humor de antes y preguntándome si quiero más gachas, antes de decirme que me va a acompañar a la enfermería para un último chequeo cuando mi estómago protesta de horror con la mera idea de meter más de esa cosa horrenda en mi organismo.

Será un asesino o cazador de criaturas oscuras excelente, eso seguro, sin embargo, como cocinero apesta.

—La consulta no está lejos, pero estos pasillos pueden ser laberínticos. Están diseñados para que los extraños se pierdan —me explica.

—Vale, pero antes quiero volver a la habitación a coger unos zapatos. Mis pies están helados —le digo, alzando mis pies descalzos del reposapiés del taburete en el que estoy sentada—. Con todo el estrés que he pasado al despertar sin recuerdos de haber llegado aquí, me he olvidado de ponérmelos.

Él me abre la puerta para que pase primero, como todo un caballero anticuado, y desciende su vista hacia mis pies cuando paso por delante.

—Será mejor si te cambias, sí—decide, asintiendo para sí mismo—. Sangriento te puso el vestido ese porque ponerte pantalones era demasiado engorro, o eso dijo, aunque no creo que sea muy práctico para pasear por la base. El terreno es escabroso, hace frío y el suelo no es precisamente… ¿pasa algo? —inquiere

cuando ve que me he detenido en mitad del pasillo y que me he puesto pálida justo antes de que mi piel adopte un tono rojo enfermizo.

—¡¿Que Kasem hizo *qué*?!

Mi chillido resuena haciendo eco por todo lo alto.

Al otro extremo del búnker, el sonido de una puerta de metal abriéndose y cerrándose interrumpe el silencio horrorizado que le sigue a mi exabrupto. Una figura aparece poco después, bajando las escaleras que hay al final del pasillo de este lugar subterráneo sin luz natural.

—Así que al fin has despertado.

Perfecto, la última persona que querría ver ahora mismo acaba de hacer su aparición, gimo mentalmente.

—Ey, señorito —le saluda Daimon—. ¿Qué tal?

—Os dije que me avisarais si Noemí se despertaba o si volvía a gritar —gruñe el vampiro.

Daimon alza las manos en señal de paz.

—Calma. Estaba a punto de hacerlo.

Kasem emite un sonido gutural de irritación, dirigiendo su penetrante y severa mirada hacia mí y yo, muy a mi pesar, me estremezco cuando un inesperado ramalazo de deseo me sacude de la cabeza a los pies.

Lo que me faltaba, refunfuño para mis adentros*. Como si no me hubiera humillado a mí misma lo suficiente. Maldito sea mi cuerpo. ¿No podría volver al estado en el que ignoraba la sexualidad como si no existiera?*

¿Y ahora qué hago?



Capítulo 20



Kasem

—Noemí, abre la puerta.

—¡Vete a tomar por culo, pervertido!

Evito soltar un bufido encrespado o pasarme la mano por el pelo. Daimon y Rogue están asomando sus cabezas por la puerta de la cocina, sin duda descojonándose a mi costa.

Una mujer que no solo me replica, sino que también se me resiste y, peor, que altera mi usual calma y autocontrol. Debe ser todo un festín para ellos. No están acostumbrados a verme así. Aunque yo tampoco. Es tan inaudito que ni yo mismo sé qué pensar. Ni de esto, ni de mí o de mis inesperadas reacciones a sus palabras febriles, ni de ella.

Esta mujer me altera. Con cualquier otra ya habría rugido y le habría dejado claro que tocarme las pelotas no es una buena idea y que, por mucho que me haya contratado para protegerla, no hay suficiente dinero en el mundo que me incite a lidiar con sus putos dramas o preguntas; que, si me causa problemas, soy muy capaz de dejarla en la base, completar la misión yo solo y devolverle, de mi maldito bolsillo, la jodida diferencia en honorarios que le haya pagado a la administración de la organización para no tener que aguantarla.

Pero no con Noemí. Ella me hace actuar y reaccionar de maneras que no son propias de mí. Me hace querer tenerla cerca y bien protegida. Bajo mi mirada y a salvo de cualquiera que desee hacerle daño en este puto mundo en el que vivimos, demasiado repleto de peligros para una mujer que es más intelecto que músculo, como ella.

Y eso me jode.

Me jode mucho.

Como ahora, cuando me siento… preocupado. Yo. *Preocupado*. Por el bienestar emocional de una mujer que está teniendo una crisis estúpida sobre haberla visto desnuda.

—Esto es ridículo, mujer —insisto, perdiendo la paciencia con ella, conmigo mismo y con toda esta jodida situación—. No hay nada especial en la desnudez.

—¡Para mí, sí! —objeta ella.

Maldigo entre dientes, harto de todo este drama que ha montado desde que he bajado por la escalera hacia el sótano de la base al oírla, echando a correr tras quedarse mirándome como si yo fuera un puto fantasma.

—Es solo un cuerpo.

—¡Es *mi* cuerpo!

—He visto miles de ellos —insisto—. No pasa nada por haberte visto desnuda. No cambia nada, te lo aseguro.

—¿A qué te refieres con eso? —se pone a la defensiva.

Chasqueo la lengua con exasperación.

—No sé qué mierdas estás imaginando, pero no te he tocado excepto para ponerte el antídoto y el maldito vestido y luego cargar contigo hasta la habitación subterránea —le aseguro.

—¡Eso ya lo sé!

—Entonces, ¿por qué te alteras tanto? —me frustro.

Ella se niega a responder.

Sí que había algo especial en ella, ¿no? En toda esa extensión de piel desnuda que no podías dejar de mirar. En su cuerpo sudoroso y enrojecido. En la manera en la que gemía y se arqueaba, dificultándote el ponerle la maldita ropa encima cada vez que se la quitaba, llamándote y diciéndote que estabais unidos por un vínculo y un montón de tonterías más. Y en la manera en la que tu propio cuerpo ardía por tocarla, por probarla… me contradice mi cerebro, empeñado en ser mi mayor enemigo estos últimos días.

—¿Preferirías que lo hubiera hecho otro? —pregunto, rompiendo el silencio.

Me descubro, para mi desagradable sorpresa, teniendo que tragarme el amargo sabor de los celos que pensar en ello me causa.

Joder. *¿Qué coño me pasa?*

—Claro que no, ¡tonto! —exclama ella con un sonoro bufido. Pero luego añade—: ¿Es que no hay ninguna otra mujer en la base?

—No —miento.

Más o menos. La comandante no cuenta. Nos arrancaría a todos las pelotas en un buen día con una sonrisa en la cara. No iba a pedirle que hiciera de enfermera y arriesgarme a cabrearla. Incluso un capullo como yo tiene sus límites. Y a esa mujer la respeto demasiado como para pedirle algo tan ridículo solo por los remilgos de otra mujer.

—¿Y un médico? —insiste la *vidraz*—. ¿Un enfermero? ¿Alguien del personal sanitario que pudiera atenderme?

—¿Y eso por qué importa?

Estoy casi a punto de ponerme a rugir de la frustración. No entiendo qué le pasa a esta mujer. ¿A qué viene tanto drama por que la haya visto desnuda unas cuantas veces?

—Porque… ¡Porque *importa*! —exclama, pero es una exclamación muy débil que me hace querer poner los ojos en blanco —. Importa, ¿vale? —insiste.

—El único que puede pasar por un médico por aquí es Daimon —gruño, agraviado hasta niveles que creía imposibles—. Y, de todas formas, si un extraño va a verte desnuda, da lo mismo que sea médico o que no lo sea.

Daimon tiene mucha idea de cómo matar, pero poca de cómo curar, es lo que no le digo. *Por mucho que sepa sobre venenos.*

No hay necesidad de asustarla más de la cuenta. No somos gente bonita por dentro. No hay un ápice de luz o bondad en nuestras venas. Y así tienen que ser las cosas si uno quiere sobrevivir en un trabajo como este.

—¿En serio? —gimotea ella—. Pero Daimon antes me ha dicho algo de una enfermería…

Me obligo a calmarme y a hablarle con tranquilidad en vez de tirar la puerta abajo como quiero hacer, aunque me cuesta.

—Normalmente tenemos un doctor en la base, el caso es que nuestra médica habitual está de viaje y no volverá hasta dentro de dos días —le explico—. Seguramente Daimon no lo sabía.

—Pero ¿por qué tenías que ser tú? —suspira de nuevo, esta vez en una voz tan queda que sé que si no fuera por mi antinatural audición no lo habría oído—. Preferiría que hubiese sido Daimon… ¡o incluso cualquier otro!

Eso me hace apretar las manos contra la pared hasta que el cemento se resquebraja bajo mis dedos.

Vuelvo a esconder las garras cuando veo que las he sacado.

Celos, reconozco de inmediato.

Esta vez me resulta imposible negarlo como he hecho antes, pero aun así lo intento, porque *no puede ser*. Yo nunca tengo celos. A mí nunca me importa nadie. Sin embargo, cuando pienso en ello, cuando imagino las manos del Maestro de Venenos tocándola, moviéndola, mirándole los pechos…, los colmillos se me alargan y mi energía palpita y resuena a mi alrededor de manera amenazadora, destilando ansias de violencia y sed de sangre.

Posesividad, anoto en mi lista mental de indeseables e intensas reacciones que me causa esta hembra. Justo debajo de *lujuria*, *diversión* y de la maldita palabra nueva: *celos*.

Oigo a alguien salir de la habitación desde la que observaba la escena que está montando la *vidraz*, pero le sigo dando la espalda, ignorándole.

—Joder, brujo. Menuda estáis montando —se queja Rogue.

Cuando giro la cara hacia él, el asesino a sueldo se tensa y da un paso hacia atrás de manera inconsciente debido al miedo. El corazón le late rápidamente y su piel comienza a sudar.

Trato de controlar esta reacción tan visceral y tan impropia de mí para no acojonar a todos los de la base, pero me es casi imposible.

Y él no se da por enterado.

—¿Qué coño te pasa? —me pregunta en tono falsamente bromista, aunque con las pupilas agrandadas por el pánico, incapaz de dejar su habitual bravata a un lado—. ¿Te ha picado una aspesia?

—No estoy de humor para tus comentarios, Rogue —le advierto con una calma que es solo superficial—. Lárgate.

La picadura de la aspesia *provoca la rabia en los Brujos de Sangre y su veneno era usado para entrar en el estado Berserker*, me recuerda mi mente con voz distante. Es como si estuviera tan lejos de mí como el resto de mi lógica habitual.

Pero, no, a mí no me ha picado una jodida araña. A mí lo que me pasa es que me ha picado Noemí de manera metafórica, y que no sé cómo ni por qué y ello me cabrea. Que sea una *vidraz* no es justificación suficiente como para que yo reaccione a sus emociones de esta forma tan visceral.

—Pero…

—Déjalo, Rogue —le pide Daimon a su compañero de trabajo habitual, cortándolo antes de que meta aún más la pata—. Es mejor no meterse en medio de estos dos.

Los miro deseando poder liarme a golpes para sacar de mí esa jodida frustración que Noemí me provoca. El problema es que los mataría si lo intento. Por muy fuertes que sean (y lo son), no son rivales para mí.

Rogue traga saliva de manera audible y su respiración se acelera, pero, como cualquier soldado bien entrenado, sus manos se desvían hacia las armas que lleva encima de manera inconsciente cuando nota la amenaza que soy para sus vidas.

Daimon, rápido como un rayo, coge sus muñecas, deteniéndole en el acto.

—Venga, te invito a una cerveza en la cantina de arriba. —Trata de usar un tono ligero que no pega nada con el ambiente—. Dejemos que los dos tortolitos lidien con sus cosas en privado.

A pesar de que las manos le tiemblan ligeramente, no puede evitar ser siempre el moderador del grupo. El que rebaja la tensión y el nivel de violencia del ambiente.

Lo que es jodidamente irónico, porque además de ser el mayor conocedor de venenos y antídotos de la organización, también se dedica a la tortura. Su vida, como la de todos nosotros, está teñida de violencia hasta los cimientos. Algo que la listilla no parece capaz de entender, aunque su mente conozca la teoría de lo que somos realmente tras nuestras falsas pieles humanoides.

No me ha gustado nada que pase tiempo con él. Que huela a él, aunque sea solo un poco. Me ha alterado, y ello me enfada aún más, pero conmigo mismo.

—No os lo repetiré una segunda vez. Marchaos —les gruño.

Mi voz suena ligeramente inhumana. Más animal que persona.

Daimon empuja a la fuerza a Rogue, que está tenso de miedo, hasta que pasan por mi lado, obligándole luego a subir las escaleras.

—Noemí, abre la puerta —ordeno una vez han desaparecido, encarando la puerta que podría destrozar fácilmente si me diera la gana, pero que por algún motivo que escapa a mi comprensión permanece intacta—. Mi paciencia se ha acabado. Una sola negativa más y te juro que la echo abajo, *vidraz*.

Me digo a mí mismo que ver su rostro lleno de miedo por mi culpa es mejor que lidiar con esta mierda de escenita.

—¡Que dejes de llamarme así! —grita ella, casi tan tempestuosa como yo—. Y dame un minuto para pensar, ¡leñes!

—¿Y en qué, exactamente, necesitas pensar? —pregunto lentamente, arrastrando las palabras porque los colmillos me palpitan y quieren salir otra vez.

—En varias cosas —argumenta ella de manera ambigua—. Necesito calmarme, ¿entiendes? Un poco de espacio no me vendría mal.

Ella está apoyada en la puerta de metal. Puedo sentir el calor que emana su cuerpo a través del obstáculo que nos separa y eso me hace querer destrozar la puerta para ver con mis propios ojos que realmente está bien. Que ya no está delirando y que está presente en *este* mundo. Viva, a salvo y sana.

Ha sonado tan frágil al hablar que me toca algo por dentro. Algo desnudo y en carne viva que no está acostumbrado a reaccionar ante nada. O quizá soy yo el que había olvidado que eso existía en mí. Una extraña emoción que roza la ternura y que me resulta tan desagradable como el resto de las cosas que esta mujer me provoca sin saberlo.

Lo añado a la lista mental de emociones desagradables e inesperadas.

—¿Sigues ahí? —pregunta ella, distrayéndome de la necesidad de violencia, de marcar territorio, que me atosiga desde que he olido a Daimon en su ropa.

—Sí.

—¿No te vas a ir?

—No —replico de manera tajante.

—Pues aún no pienso abrir —declara ella en tono cabezota. Lo hace solo para tocarme las pelotas, estoy casi seguro—. Necesito un rato más para pensar. Ya te lo he dicho. Deja de agobiarme parado ahí en la puerta como si fueras un perro guardián.

—Deja de ser tan tozuda. El tiempo apremia, listilla —le gruño —. Estás siendo muy infantil con todo esto.

Se acabó, decido, perdiendo del todo la paciencia.

Justo cuando estoy a punto de echar la puerta abajo, rebasando por fin el límite de mi paciencia, Noemí se digna a descorrer el cerrojo, la entorna y asoma la mirada por la hendidura.

Algo dentro de mí se relaja al verla, al olerla, al tenerla tan cerca. Y eso me hace rabiar una vez más y me pone más tenso de lo que ya lo estaba. Vuelvo a preguntarme qué mierda me pasa con esta mujer. Por qué ella, de entre los centenares de mujeres que he conocido que eran mi *vidraz* de docenas de especies diferentes, tiene que ser la que me altere la sangre en las venas.

—¿Me prometes que no vas a hacer bromas ni comentarios sarcásticos sobre mi cuerpo? —me pide con voz insegura, pero con ese orgullo inherente que siempre está presente en ella cuando me mira.

Joder. ¿Era eso lo que le preocupaba? ¿Por eso ha hecho todo este puto melodrama?

—Lo prometo —le digo, harto de verla angustiada y de sentir que tengo que hacer algo al respecto. Quiero volver a mi indiferente normalidad. Esto no me gusta un pelo—. Y ahora, ¿podemos hablar ya de la jodida misión o vas a hacer otra puta telenovela mental por nada?

Ella me mira con ira, pero luego suelta un largo suspiro y cuadra los hombros.

—Muy bien —asiente, abriendo la puerta y dando un paso atrás de manera casi invitadora—. Hablemos de la misión, pero ni se te ocurra mencionar lo de… lo de haberme visto desnuda.

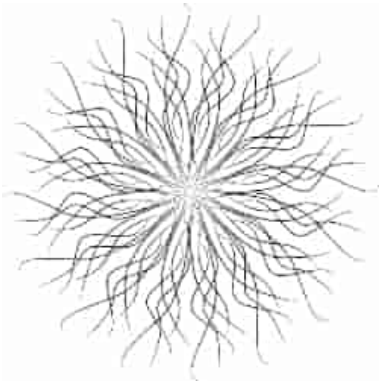
Y una mierda que no. Aunque ahora mismo vaya a callármelo para no darle más munición a su crisis, no tengo intención alguna de que me prohíba hablar de nada de lo que me salga de la polla hablar. Especialmente si eso la hace ruborizarse de esa manera tan deliciosamente divertida.

No dejo de preguntarme si puedo hacer que todo su cuerpo se ponga rojo de los pies a la cabeza y no pienso perder la oportunidad de intentarlo en el futuro. Sin embargo, por ahora es mejor callar.

—Bien. Hablemos —le digo, dejando que piense lo que quiera, aunque no le esté prometiendo nada.

Empujo la puerta e ignoro su gritito de indignación cuando entro en la habitación y la cierro tras de mí para darnos privacidad.

Ya era hora, maldita sea.



Capítulo 21



Noemí

Kasem es un borde, pero eso es algo que ya sabía. Arya le habría dado ya un puñetazo a estas alturas a pesar del riesgo, pero yo no soy así. Ahora que lo conozco mejor lo que me toca es aceptar las cosas tal y como son y tratar de ignorar las pullas del vampiro todo lo que pueda.

El vampiro me ha dejado claro sin darme espacio para protestar que debemos ponernos en marcha y estar al otro lado de la frontera, en territorio de Rundra, antes de que caiga la noche.

—La mayoría de las criaturas que pueblan las montañas son cazadores nocturnos, así que tendremos que movernos durante el día, pero también estar alerta por la noche —me informa de una manera que me hace saber que conoce bien ese país.

—Creo que eso ya me lo dijiste —le comento.

—No está de más repasar las cosas.

Asiento. Tiene razón. He acertado a la hora de contratarle, aunque su servicio haya sido lo más caro que compraré en mi vida.

—Entonces, ¿dormiremos de día?

Es la única pregunta que logro hacerle mientras me explica qué terrenos recorreremos primero, hacia dónde nos dirigiremos y, ya de paso, me enseña cómo usar la pulsera-walkie que me ha hecho ponerme de inmediato.

Parece una mera pulsera de plata que se activa al tocar un *charm* de un par de colmillos de vampiro. Muy acertada, supongo.

Él lleva una igual.

—Tú dormirás —me replica—. Yo no lo necesito. Ya lo sabes.

Asiento de nuevo.

Tras la charla, Kasem vuelve a guardar mis maletas en la runa de almacenaje que escribió para mí en el papel arrancado de la libreta y me tiende dos fardos envueltos en tela.

—Ponte esto. Es de tu talla —me ordena.

Y sale de la habitación sin mediar palabra con el papel que contiene mis pertenencias guardado a buen recaudo en el bolsillo de su largo abrigo negro.

Lo dicho, es un borde, pienso con resignación.

Murmurando que ya podría haberme explicado con más amabilidad que mi ropa no es apropiada para el viaje que vamos a hacer (y negándome a darle vueltas al cómo y por qué conoce mi talla), desato el cordón rojo de su primer regalo y abro la tela que lo envuelve. Descubro un par de pantalones marrón oscuro con numerosos bolsillos, dos pares de gruesos calcetines de lana, una camiseta deportiva de esas especiales impermeables que mantienen

la temperatura del cuerpo (carísimas, según vi en la web cuando eché un vistazo tras haber tomado la decisión de ir a Rundra) y una chaqueta con estampado militar hecha de la misma tela que la camiseta y también repleta de bolsillos, tanto externos como internos.

—Madre mía… —me asombro—. Todo esto debe de haberle costado un ojo de la cara.

No soy tonta. Sé que la mayoría de mis prendas deportivas, que compré en una multinacional de ropa barata porque no me podía permitir nada más para el viaje, no son las más adecuadas para afrontar lo que tenemos por delante. Pero no esperaba que él pensara en ello y que me proveyese de lo necesario, considerando que técnicamente yo soy quien paga en esta ecuación.

Avergonzada por haber pensado que era un gruñón antisocial sin remedio al que no le preocupaban mis sentimientos, decido disculparme con él de inmediato, porque no me gusta quedarme con la amarga sensación de que me he equivocado con alguien y no lo he admitido.

El segundo fardo contiene unas botas cuyo precio, según cotilleé en la web de la marca hace semanas antes de decidirme por unas que realmente pudiera comprar, sobrepasa con creces la totalidad del presupuesto que puedo permitirme gastar en comida en un año entero.

Son de la misma marca que usa él, según me he fijado. Las mismas que todos los expertos montañeros cuyas páginas consulté en internet durante mi investigación, buscando el equipo más apropiado para el viaje, coincidían en que eran las mejores para cualquier tipo de terreno, especialmente si era duro de recorrer a pie.

Emocionada por su regalo, porque para mí lo práctico y lo que se hace con la esperanza de que sea bueno para alguien es lo que verdaderamente importa, y no las palabras grandilocuentes que en

mi experiencia se pueden ir a pique y resultar decepcionantes demasiado fácilmente, aprieto los regalos contra mi pecho y contengo las lágrimas.

Soy una tonta sentimental. Pero no puedo evitarlo. Me ha emocionado mucho.

—De verdad que tengo que darle las gracias. —Me limpio los mocos con un pañuelo antes de desvestirme y me pongo las prendas, que resultan ser exactamente de mi talla. Tal y como él había predicho.

Una vez estoy vestida, meto en la tela en la que iban envueltos los obsequios de Kasem el vestido blanco que él me puso y luego me coloco el fardo bajo el brazo, saliendo de la habitación en busca del vampiro. Pero no lo veo en el pasillo. Ni tampoco en las cocinas que hay al otro extremo del mismo, donde he estado antes con Daimon. Así que decido subir las escaleras por las que él ha bajado antes al sótano en el que estoy.

Al llegar arriba, asomo la cabeza por un amplio pasillo un poco menos utilitario que el de abajo.

—Aquí al menos han pintado las paredes… —murmuro al ver el verde militar desconchado que me rodea.

Camino por el suelo de baldosas rojizas de manera tentativa cuando no veo a nadie. Frente a mí hay amplios ventanales de suelo a techo que dejan ver una pista de aterrizaje en la que hay dos aviones, uno de los cuales reconozco como el nuestro, y más allá de esta la selva más densa que he visto en toda mi vida. Pero lo que más me llama la atención son los animales que veo al otro extremo del terreno, masticando lo que parece cableado, sacado con sus garras de un agujero que han abierto en el suelo, al lado de la pista de cemento.

—¿Son eso dinosaurios? —Pego mi nariz al frío cristal de los ventanales, intentando verlos mejor—. Sí, definitivamente parecen

dinosaurios. ¿Cómo es eso posible? ¡Pero si están extintos!

—Ah, tú debes ser… Joder —se interrumpe a sí misma una voz femenina a mis espaldas. Cuando me giro, veo a una altísima mujer de largo cabello rubio acercarse a toda prisa a donde estoy y detenerse frente al ventanal con cara de mala hostia al ver a los animales—. ¡¿Otra vez?! ¡Putos velocirraptores!

—¿Quién es usted? —me alarmo, pero ella me ignora.

Emana un aura que pone los pelos de punta casi tanto como la de Kasem.

La desconocida activa el walkie de su pulsera, que parece un *charm* de zorro y se ilumina en un color violeta pálido cuando lo toca, y empieza a gritar órdenes a través del aparato.

—¡Los jodidos bichos se están cargando otra vez el cableado! —gruñe de una manera que hace temblar el edificio entero… casi literalmente, me doy cuenta al ver el polvo que cae del techo sobre mi cabeza—. O acabas con ellos o te juro que los pulverizo yo misma. ¡Y a la mierda con tu sentimentalismo! ¿Me oyes?

Impresionada por su agresiva mala leche, retrocedo un par de pasos y la miro de nuevo de arriba abajo. Sea lo que sea, mis sentidos me chillan a pleno pulmón que no es humana en lo más mínimo. Cuando entrecierro los ojos, veo a un enorme ser hecho de piedra en su lugar.

Un gólem.

Eso es imposible. Los gólems son solo una leyenda, pienso para mí misma.

Descritas como criaturas primordiales de la naturaleza que son capaces de partir montañas con sus propias manos según las viejas historias, hasta este mismo instante para mí no eran más que cuentos. Pero supongo que la vida nunca dejará de sorprenderme.

La mujer sigue discutiendo con quien quiera que haya al otro lado de la línea y luego se va como si se hubiera olvidado por completo de mi existencia. Cosa que creo que es exactamente lo que ha sucedido.

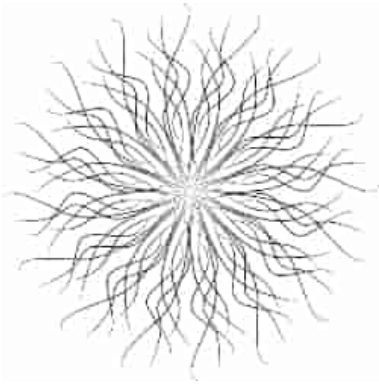
Instantes después, veo a un hombre de largo cabello pálido saltar desde el tejado del edificio sin hacerse un solo rasguño… y congelar a los animales con un mero gesto de su mano. Cuando se inclina para hablar por su pulsera, no me cuesta mucho suponer que es con quien la mujer rubia había estado discutiendo.

—Hola, preciosa —saluda una voz a mis espaldas que reconozco como la de Daimon, sobresaltándome porque estaba superenfocada en la escena de abajo—. ¿Estás lista? Sangriento te está esperando en la entrada de la base. Te diría que no está de muy buen humor, pero imagino que a estas alturas ya sabes que ese es su estado natural.

Me guiña un ojo y me sonríe.

Lo miro y pienso en preguntarle qué es exactamente lo que he visto, aunque luego me lo pienso mejor y niego con la cabeza para mí misma.

Vampiros, criaturas oscuras, un piloto muerto, serpientes venenosas, asesinos que me hacen el desayuno (todavía tengo el mal regusto de las gachas en la garganta), ropa nueva de mayor calidad de lo que he poseído en toda mi vida, y ahora dinosaurios y gente con poderes todavía más extraños que los de Kasem, que todo el mundo piensa que son meras leyendas pero que en realidad sí que existen… ¿Cuántas más de mis suposiciones sobre las personas que pueblan nuestro complejo mundo van a acabar ardiendo antes de que termine esta odisea?



Capítulo 22



Noemí

Kasem, tal y como Daimon me ha advertido, está definitivamente de mal humor. El alto vampiro está de brazos cruzados frente a nuestro transporte, que resulta ser un *jeep* de ruedas enormes.

—Hola —le saludo con cierta timidez—. Gracias por la ropa.

Le sonrío de manera tentativa.

Él, sin embargo, alza una ceja y me mira con impaciencia.

—Ya deberíamos haber salido de aquí —insiste con mal humor —. Sube de una maldita vez, mujer. No tenemos todo el día. Las horas de luz escasean en Rundra.

Mira que le da por llamarme «mujer» cuando se enoja. O «listilla» desde hace un rato. Qué descaro el suyo. Pero tiene razón. No puedo creerme que haya tenido una crisis nerviosa cuando ahora

debería estar centrándome en rescatar a Arya, no en mis tontos pudores.

Lo paso de largo con vergüenza y me instalo en silencio en el asiento del copiloto del *jeep* tras subir las escaleras de metal del mastodonte. Kasem salta por encima del techo del vehículo y se sube tan rápidamente al espacio contiguo que me sobresalta. No he terminado de abrocharme el cinturón cuando él enciende motores, poniendo el *jeep* en marcha en dirección a la salida sin decir nada más.

Menos mal, pienso con alivio.

Tras unos minutos de conducción silenciosa, llegamos a un par de puertas de hierro impresionantes, que se abren automáticamente cuando nos acercamos, y pasamos de largo la altísima valla de metal que rodea la base secreta.

El vampiro ni siquiera se despide del hombre de pelo blanco y poderes de hielo, de aspecto japonés, que alza una mano de manera amigable cuando nos ve pasar de largo mientras espanta de nuevo a los velocirraptores. Mi silencioso guía tiene la vista al frente, la mandíbula como una piedra y los sentidos enfocados en el camino que cruza la oscura selva en dirección a las montañas, altas e imponentes, que he visto en la lejanía cuando estaba frente a los ventanales de la base observando a los dinosaurios.

Pero yo, cómo no, no soy capaz de mantener el mutismo durante demasiado tiempo cuando hay tensión de por medio. Aunque a veces pase horas, e incluso días, trabajando en el más absoluto silencio con mis viejos manuscritos, tengo la necesidad de entretener mi mente para no pensar en Arya una vez más.

—¿Son dinosaurios de verdad? —le pregunto.

Él me mira de reojo.

Al principio creo que no va a responder, por eso me desconcierta cuando decide hacerlo al cabo de unos segundos.

—Mira que eres cotilla.

—Ya sabes que sí.

Él hace una mueca.

—¿No los has visto cuando hemos pasado las puertas? La respuesta es fácil de deducir.

—Sí, lo sé —le confieso, mirando la selva por si acaso reaparecen—. Pero se supone que están extintos. Por eso me extraña.

El vampiro emite un sonido gutural como respuesta que no sé si es una afirmación o un «déjame conducir tranquilo». Decido que el intento de conversación se ha dado por concluido y no insisto más.

Hasta que él habla.

—Me gusta cuando guardas silencio. —Aspira una bocanada de aire y la deja salir lentamente, como si sintiera alivio, pero solo es una pulla más.

—Estar todo el trayecto de ida y vuelta a Rundra en silencio es algo imposible.

—Podrías probarlo. Dicen que probar cosas nuevas es *apasionante*.

—Pues entonces deja de hablar conmigo —le contesto en tono malhumorado.

—O, en vez de pedirle a los demás que no te provoquen, podrías aprender a no responder a todo lo que te dicen —me amonesta sin venir a cuento.

Lo fulmino con la mirada.

—Qué buena idea. Pienso ponerla en práctica ahora mismo —le aseguro.

—Como si fueras capaz —se ríe.

Abro la boca para decirle que se vaya al carajo, pero la cierro porque no pienso caer en su provocación. Si lo hago solo dirá algo parecido a «te lo dije». Y detesto eso.

Nos pasamos otra media hora del trayecto en silencio. Hasta que doy un bote cuando algo se mueve en el alto y frondoso follaje y me quedo mirando a través del retrovisor al grupo de lo que estoy segura de que son una familia de tricerátops cruzando el camino que hemos dejado atrás.

—¡Son tricerátops! —no puedo evitar exclamar.

Kasem suelta un suspiro resignado a pesar de que no le he insistido esta vez.

Estoy orgullosa de mí misma por haberle ignorado hasta ahora.

—Hace unos cuantos años uno de nuestros científicos más chiflados decidió recrear la genética de esos bichos para que nos hiciesen de «guardias» y los soltó por la selva —me explica, cediendo ante mi imperiosa curiosidad innata, como siempre hace, aunque refunfuñe al respecto primero.

—¿En serio? —jadeo de incredulidad, rindiéndome ante mi necesidad de saber por qué hay dinosaurios aquí a pesar de que sigo cabreada con él por haber estropeado mis buenos sentimientos en agradecimiento de antes—. ¿Como el científico de las pelis?

Él se ríe entre dientes.

—¿De dónde crees que el imbécil ese sacó la inspiración?

—Guau. Es increíble —me entusiasmo—. No sabía que se podía replicar en la realidad.

—Créeme, nadie lo sabía hasta que el idiota los dejó salir de su laboratorio secreto subterráneo —contesta con fastidio—. Y para entonces ya era tarde para detener sus experimentos.

—¿Desconocías que había un laboratorio subterráneo por aquí?

Me asombra que haya algo de lo que Kasem no tenga conocimiento. Es inaudito.

Él tuerce los labios.

—¿Qué parte de «laboratorio secreto» no has pillado?

Me tenso.

—Eres un borde —le acuso—. Era un cumplido, ¿vale? No sé por qué pensaba que lo sabías todo de todos. O al menos de los miembros de La Mano Negra.

—Nadie lo sabe todo de todos en esta organización —me confiesa Kasem, al que se le nota que mis palabras le han inflado el ya de por sí enorme ego—. La mayoría somos anónimos para los demás.

—Ah.

—Sí, «ah». —Alarga la palabra y la transforma en un gemido, riéndose de la expresión involuntaria que hago al oírlo.

—Idiota —murmuro, encrespada—. ¿Es que no se puede mantener una conversación normal contigo?

—En lo que a mí respecta, esta es la conversación más normal que he tenido jamás.

—¿En serio? No me lo creo…

Él asiente. Y luego, cuando creo que va a decir algo serio y personal, añade:

—Y eso es debido a que eres la persona más mundana que he conocido nunca —asevera con su maldita sonrisa burlona de medio lado—. Te lo prometo.

Lo miro con enojo, ofendida por sus palabras y por el tonito de voz que ha empleado, así que decido no responderle con algún comentario sarcástico porque estoy segura de que, si lo hago, desviará la conversación hacia algo sexual o hacia alguna broma a mi costa otra vez.

—Me encantaría estudiarlos, aunque la paleontología no sea mi especialidad —vuelvo al tema de los dinosaurios, pero lo hago de manera arisca.

Ya me está poniendo de los nervios. No sé para qué abro la boca. Debo de ser masoquista. Es oírle hablar de lo que sea y ya me crispo, preparada para su maldito sentido del humor sádico. A estas alturas del viaje es algo automático.

—No te excites tanto —responde él, ronroneando la palabra «excites» con una voz ronca que me pone la piel de gallina—. Son un jodido incordio. He propuesto más de una vez extinguirlos de nuevo. No me extrañaría nada que me dieran permiso para matarlos más temprano que tarde.

—¡Ni se te ocurra! —me alarmo.

Él suelta un bufido.

—Sí que se me ocurre, listilla —asegura—. Y mucho, te lo aseguro.

Un sonido de queda indignación sale de mi garganta.

—Entiendo los peligros de clonar una especie y no estoy a favor de jugar a ser dioses —intento moderar mi tono—, pero ¡he visto

bebés! —Señalo hacia atrás. Hacia donde la familia de tricerátops ha pasado hace un buen rato ya—. Había dos adultos, un adolescente y dos cachorros. Eso significa que son capaces de reproducirse y…

—Y —me interrumpe— razón de más para acabar con ellos. Por muy vigilados que estén y por mucho que el alto mando procure que no salgan del valle en el que está la base, *son un puto incordio* —insiste.

Me cruzo de brazos y alzo la barbilla con terquedad.

—Pues yo creo que, ahora que existen, no se les puede matar sin más si además son capaces de sobrevivir por su cuenta —reflexiono en voz alta—. De todas formas, debería debatirse en profundidad antes de tomar una decisión. Y no matarlos solo porque a ti te resultan molestos, don Gruñón.

—¿Y qué hay de lo de evitar a toda costa la invasión de especies ajenas en otros ecosistemas? —pregunta de manera mordaz—. Como listilla que eres, ¿no se supone que eso debería preocuparte?

Abro la boca, pero la cierro porque tiene tazón. Ese tema es muy preocupante. Las especies nativas deben de haber sufrido cuando los soltaron por la selva. Seguramente haya algunas en peligro, incluso.

Suelto un suspiro.

—Aun así, me resisto a la idea de aniquilar especies enteras solo porque alguien cometió el error de crearlos.

—Pues yo extinguiría a muchas especies precisamente por existir.

Lo dice muy en serio. Lo miro con la boca abierta.

—¡El genocidio es un horror!

—No dirás lo mismo en cuanto veas a una jodida lamia[6] y esta intente chuparte hasta el tuétano de los huesos —me advierte—. Entonces creerás que en su caso sería una puta bendición.

Niego con la cabeza, aunque trago saliva al imaginar a una de esas criaturas voladoras de colmillos afilados.

—Eres un matón terco y extremista —le digo para azuzarlo y así tratar de no pensar demasiado.

Una vez me provoque con algo molesto, seguro que me olvido de todo excepto de lo indignada que estoy. Me pasa el noventa por ciento del tiempo con Kasem.

—Has dado en el clavo —sonríe—. Aunque se dice «con personalidad», listilla.

—Deja de llamarme así —exijo—. Y los dinosaurios no tienen la culpa de nada.

Me aferro con desesperación a nuestra conversación y a las emociones que me provoca el vampiro, porque aun a pesar de que él ha hecho exactamente lo que yo esperaba, no se me quita de la cabeza que esos seres carnívoros están en el mismo lugar en el que se ha perdido mi hermana pequeña.

Kasem me mira de reojo. Sus inteligentes ojos me analizan como si supieran qué estoy pensando.

—Te llamaré como desee llamarte. Me he ganado ese privilegio respondiendo a tus infinitas preguntas…

—¡De eso nada! —me crispo, y la indignación se mezcla con un contradictorio alivio cuando mi mente se aleja de las lamias—. Además, ¡nunca me respondes claramente! ¡Solo me lías más! Y encima sé que ello te divierte, no lo niegues —lo acuso.

—Y el puto cableado de la base tampoco tiene la culpa de existir. Y es mucho más importante que esos jodidos bichos con

aspecto de feos lagartos —prosigue una vez he acabado de hablar, como si no lo hubiera interrumpido.

Pongo los ojos en blanco al oírlo. Definitivamente a partir de ahora pienso llamarlo don Gruñón. Se lo tiene ganado.

—Podrías ser un poco más positivo, ¿no crees? Todo lo ves en «matar» o «divertirme a costa suya». ¿No tienes término medio, don Gruñón?

Su resoplido, esta vez, es mucho más largo y potente.

—Soy un puto asesino a sueldo. —Se ríe como si le hubiera soltado el mayor chiste de la historia—. ¿Qué esperabas? ¿Corazones y arcoíris?

—No —admito—. Pero sí un poco más de, no sé, seriedad de tu parte.

Él alza una ceja. Un gesto que hace cuando piensa que he dicho algo fuera de lugar, creo. Estoy empezando a entender cada vez mejor sus pequeños gestos.

—¿No acabas de decir que soy demasiado serio, listilla?

—No —objeto—. Lo que acabo de decir es que eres un gruñón. Es diferente. A lo que me refería es a que podrías ser serio y profesional y no reírte de tus clientes, hacer comentarios guarros o gruñir sobre todo y todos, ¿sabes?

Me lanza una mirada de lo más circunspecta, aunque, como es habitual en él, está teñida de burla.

—Soy muy serio cuando mato. Te aseguro que mis víctimas no se ríen cuando me ven llegar… Aunque en realidad nunca me ven llegar, listilla —termina en un tono ominoso.

—Pues qué bien —resoplo con sarcasmo.

Él suelta uno de sus sufridos suspiros.

—¿Qué hay del miedo que me tenías al principio? Lo echo de menos.

Está mintiendo. Lo deja claro con su sonrisilla.

—Ya te lo he dicho: sé que no vas a matarme —asevero—. Además, me gustaría no estar asustada de hablarle a la persona a la que le he pagado una cantidad indecente de dinero y con la que voy a pasar a saber cuánto tiempo viajando.

—Siempre podrías haber ofrecido pagar en carne —propone, hablando todavía en tono falsamente formal y recorriéndome con la vista de arriba abajo con los párpados entornados de manera sensual—. Quizá lo habría aceptado si hubieras mandado unas cuantas fotos guarrillas.

—¡Serás cerdo! —protesto, ruborizándome.

—Creía que habíamos acordado que sí que lo soy —suelta él sin vergüenza alguna—. Y era un cumplido, por cierto.

Lo dice en el mismo tono en el que yo le he dicho antes que mi pasmo era un cumplido. Es un capullo. Me está imitando.

—Pues tus cumplidos son una mierda.

Estoy encendida por su culpa. Otra vez. Y de nuevo no sé si la ofensa es mayor que la lujuria que siento por este entrometido, capullo e indecente vampiro con sangre de bruja.

—Puedo ser más creativo, si quieres —propone con un ronroneo.

La malicia rebosa por cada sílaba.

—¡Ni se te ocurra! —me sulfuro.

—Como desees —murmura de manera audible con un recato tan fingido y tan diferente a su tono anterior que el contraste es casi cómico de ver.

Me niego a responderle. Solo le daría más cuerda. Así que decido pasar otro rato en silencio y aguantar sin hablarle todo lo que pueda.

Desvío mi atención hacia el paisaje para entretenerme. Paso casi una hora, tal vez más, observando la selva, hasta que el coche se mete por un camino con una pendiente aún más pronunciada y la espesura se va convirtiendo en montaña marrón y rocosa poco a poco a nuestro alrededor.

—No sé cuánto tiempo llevamos de viaje, pero es una pena no haber visto más dinosaurios —comento en voz baja para mí misma con un suspiro de decepción.

—Siete horas y doce minutos —me informa Kasem, cuyo oído es demasiado fino para mi gusto—. Calculo que todavía nos quedan otras cuatro para llegar a la segunda base, dejar el *jeep* y empezar a caminar. O —me mira de manera acusatoria—, dado que vamos con retraso por cierta persona melodramática…

—Que te den —lo interrumpo.

—… acampar para que pases la noche como la frágil *vidraz* que eres, más bien.

—Gracias, don Gruñón. No sabía que además de un capullo también fueras un reloj andante.

—De nada, listilla.

No le contesto. Continúo, cómo no, irritada con él.

Rumio mi mal humor en silencio y trato de que no se me note lo mucho que me afectan sus comentarios sexuales. Él, en cambio, se pasa el resto del trayecto silbando una canción entre dientes que reconozco como *Sex machine* de James Brown.

—Pervertido —murmuro por lo bajo, ahogando un bostezo.

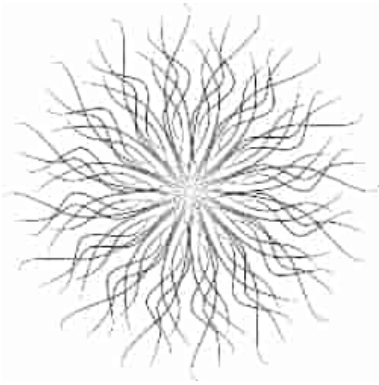
Estoy empezando a notarme cada vez más cansada. Ha sido un día muy largo.

Él cambia de canción a *You know you like it* de Aluna George, que reconozco solo porque mi hermana solía cantarla en la ducha antes de salir de fiesta con las amigas. Me duermo escuchándole, con el motor del *jeep* y los sonidos de la montaña como fondo.

Tengo sueños extraños sobre mujeres que cantan cogidas de la mano sobre prados verdes rebosantes de coloridas flores que luego apenas recuerdo. Y luego vuelvo a soñar con mi hermana y la torre del telescopio, pero en el sueño ambas somos adultas y no nos hablamos, sino que nos damos la espalda.

Como si, a pesar del amor que nos tenemos y de que nuestras manos están cogidas en mi visión, hubiéramos decidido tomar caminos diferentes en la vida.

Despierto con angustia y con una sensación agridulce en la boca que no se me va para encontrarme con una escena que me causará pesadillas el resto de mi vida.



Capítulo 23



Noemí

—No grites.

Se me hace un nudo en la boca del estómago cuando escucho su susurro.

Cuando desvío la vista hacia el camino que tenemos delante, iluminado por la luna porque al parecer Kasem conduce sin luces como el cazador nocturno que seguramente es (como todo vampiro), comprendo por qué lo ha dicho. Abro la boca, no sé si para emitir un sonido de pánico o para preguntarle qué leñes es lo que estoy viendo, pero él me la tapa con rapidez.

—No hagas ruido —me ordena con lentitud en voz tan baja como antes.

Asiento y él aparta la mano de mi boca, aunque el breve contacto hace que mi piel tintinee durante un buen rato.

Ya que no puedo preguntarle qué es esa cosa, trato de catalogarla comparándola con todas las criaturas a las que estudié diligentemente antes de venir a Rundra. El que el enorme ser nos esté mirando fijamente sobre el inmenso cadáver del tiranosaurio al que ha matado y que al parecer se estaba comiendo hasta que nuestra aparición ha interrumpido su cena ayuda bastante. Y el mantener la mente centrada en pensar racionalmente en las características de la criatura y recordarme que tengo a alguien todavía más mortífero a mi lado evita que entre en pánico, la verdad.

Seis patas. Negro como la noche. Cara con aspecto de dragón de komodo. Al menos trece metros de largo desde la punta de la gruesa cola repleta de pinchos hasta el morro goteante de sangre de rex… ¡Es un macho de guiverno[7]*! A diferencia de las hembras adultas, ellos no tienen alas. Además, son extremadamente venenosos, territoriales y violentos,* deduzco mentalmente mientras Kasem murmura algo por lo bajo. Una especie de hechizo que noto extendiéndose alrededor del automóvil.

La palpitante energía de su oscura magia, al rodearme, hace que la carne se me ponga de gallina. Y no de miedo, sino de, una vez más, inesperada lujuria.

¿Qué es lo que le pasa a mi cuerpo con este vampiro? ¿Es que acaso resulta que me ponen cachonda los de su especie y, como hasta ahora no había conocido a ninguno, de repente él ha despertado mi sexualidad? ¿O es porque es Kasem?, me pregunto con el cerebro todavía atontado por el sueño y el susto que me he llevado al despertar.

Sacudo la cabeza y decido centrarme en cosas más importantes que en mis perpetuamente confusas nuevas necesidades sexuales. Como que el vampiro ha abierto la puerta del *jeep* y ha bajado de un salto al suelo sin ni siquiera inmutarse, como si no le diera un ápice de miedo el monstruo que tenemos delante. Y que el guiverno parece confuso y no deja de parpadear en nuestra dirección y emitir

unos sonidos guturales de amenaza a pesar de que el reflejo del coche ya no está en sus gigantescos ojos amarillos. O quizá precisamente por eso.

—No bajes del auto —me advierte Kasem en voz normal antes de cerrar su puerta de manera sonora.

Está claro que la magia que ha usado nos esconde de los sentidos del guiverno, porque este ni se inmuta por el ruido o por la visión del vampiro, antes oculto tras los cristales tintados. Al menos hasta que Kasem sale de la esfera de ocultamiento que rodea al vehículo y el monstruo se da cuenta de que el enemigo vuelve a estar al frente.

El guiverno se lanza a por el vampiro sin pensárselo dos veces. Puede que la súbita aparición del *jeep* le hiciera sentirse extrañado al ver algo que seguramente no ha visto nunca en la selva en la que vive: un automóvil, pero está claro que sabe que Kasem es peligroso, porque el inmenso bicho suelta un rugido, hinchando las glándulas de su cuello para parecer aún más enorme, y le escupe veneno al mercenario mientras corre a una velocidad asombrosa hacia él con las mandíbulas abiertas de par en par, queriendo tragarse a mi guardaespaldas de un bocado tras envenenarlo con su ponzoña.

Seguramente con cualquier otro lo habría logrado, pero Kasem evapora el veneno en pleno aire con un mero gesto de su mano y, a pesar de que un guiverno es considerado una de las criaturas más peligrosas que existen, lo mata con increíble facilidad de manera, en mi opinión, bastante anticlimática.

Con su velocidad inhumana, se sube de un salto al cuello del monstruo y, señalando a su cabeza con dos dedos extendidos, hace que de estos salga una bola de fuego concentrado que le atraviesa el cráneo al guiverno en meros segundos. El monstruo tarda menos en morir de lo que le cuesta entender que está muerto, porque su cabeza cae tras largos segundos de parpadear con confusión tras

detenerse para buscar de nuevo a Kasem con la vista y el olfato. Ni siquiera lo ha visto saltar. Así de rápido ha sido.

El vampiro salta al suelo desde lo alto de la cabeza agujereada del guiverno y se acerca al *jeep*, abriendo la puerta y soltando un suspiro.

—Esto va a ser un incordio —me dice—. Mejor seguimos a pie desde aquí. De todas formas, la última parada civilizada prevista no está muy lejos.

Me lo quedo mirando con la boca abierta.

—¿Quieres que baje del coche después de lo que acaba de pasar? —balbuceo—. ¿Y qué pasa si hay más de esos —señalo tanto al rex como al guiverno— sueltos por ahí?

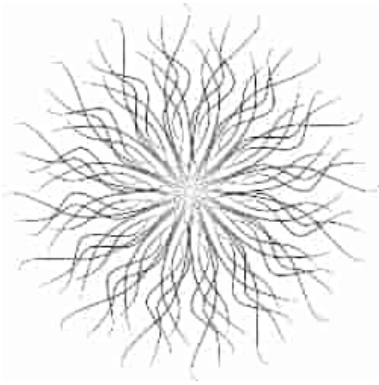
Él me mira como si la respuesta fuera obvia.

—¿No acabas de ver que me lo he cargado?

—Sí, pero…

—Sí —me corta él—. Bien. Ahora mueve el culo y baja.

Cierra la puerta del *jeep* y se va sin más, metiéndose en la selva sin esperarme. Así que me quito el cinturón, abro mi puerta con el corazón acelerado por el miedo que acabo de pasar, y corro tras él porque, aunque quiera gritarle, me apetece mucho menos quedarme sola por estos lares.



Capítulo 24



Noemí

—¡Espérame!

—Existe la opción de acelerar el paso —replica él sin inmutarse —. Tienes un bonito par de pies. Y muy útiles, además.

—¡No puedo ver en la oscuridad, idiota!

Eso le hace detenerse y girarse hacia mí.

—Por eso me gusta hacer misiones en solitario —lo escucho decir cuando me acerco de manera tentativa, tratando de no tropezar con las altas raíces de los árboles o de asustarme demasiado por los ruidos de la selva—. Venga, que es para hoy.

—¿Por qué hemos abandonado el *jeep*? ¿No podrías haber usado tu magia para apartar los cadáveres?

Él abre la boca, pero de repente frunce el ceño y se queda pensativo.

—Anda, mira, algo que no se me había ocurrido.

Me lo quedo mirando con incredulidad. Algo que me pasa muy a menudo con este macho.

—¿En serio me acabas de decir eso?

Él se encoge de hombros.

—De todas formas, teníamos que ponernos a caminar dentro de poco —declara, dándose la vuelta y empezando a caminar de nuevo una vez logro alcanzarlo—. Y, además, prefiero ir a pie que en ese cacharro. Hace demasiado ruido.

—¡Pero es más seguro!

—De eso nada —insiste él—. Ya te he dicho que hace demasiado ruido.

—Es más seguro para mí, don Gruñón —le digo con enojo.

—¿Y eso por qué? —pregunta, caminando con mucha más lentitud para que no lo pierda de vista—. No voy a dejar que te coman. Eso reduciría la paga de la misión.

Suelto un resoplido. No ha tardado nada desde que me he despertado en sulfurarme.

—Vaya, gracias. Qué amable —le suelto con sarcasmo—. Ganarías el premio al vampiro más caballeroso del año.

—De nada —replica él sin darse por aludido—. Y esos premios existen, ¿sabes?

—¿En serio?

No sé si me está tomando el pelo como suele hacer o lo dice de veras.

—Ajá —responde él, esperando pacientemente a que sortee un tronco caído demasiado alto para que yo lo trepe—. Y nunca he sido nominado, ¿te lo puedes creer? Qué injusticia.

Eso sí ha sido una broma.

—Uy, sí —suelto una carcajada—. Una injusticia enorme.

Un fuerte ruido me sobresalta y emito un quedo grito de miedo. Cuando mis sentidos dejan de estar pendientes del posible peligro, veo que Kasem está junto a mí. Su cálido cuerpo está a meros centímetros del mío y sus ojos, por una vez, me miran con seriedad.

—Tranquila —me habla en un tono suave que no había oído hasta ahora—. Ya te lo he dicho. No voy a dejar que te maten.

—¿Porque eso reduciría tu paga? —trato de bromear mientras mi corazón se acelera por otros motivos que no son el miedo.

Apenas veo su rostro bajo la luz de una luna que ilumina el claro en el que estamos sorprendentemente bien, pero tengo la sensación de que él me está sonriendo. Y esta vez sin burla o lujuria de por medio.

—Qué bien me conoces —murmura con un tono de voz que hace que mi vientre se caldee a pesar de que no es nada sexual.

Trago saliva de manera audible.

—Sí —balbuceo.

Mi mente está tan dispersa ahora mismo que no soy capaz de concentrarme. Su voz y sus palabras están teniendo más efecto en mí que de costumbre.

—Ahora voy a hacer algo que no te va a gustar mucho —ronronea en ese tierno tono de voz.

Mi piel se ruboriza por lo íntimo del momento. Hasta que mi cerebro capta el significado de sus palabras y mis ojos ven que sus

blancos dientes de largos colmillos relucen en la oscuridad.

—¿Qué estás tram…? ¡Ay! ¡KASEM! —Mi grito hace que todas las criaturas voladoras en un radio de cinco kilómetros se lancen a los cielos, pero ahora mismo no me importa.

—Así será más rápido —alega el vampiro, haciendo caso omiso de mis vehementes protestas.

Kasem me da palmaditas en el trasero y yo golpeo el suyo con los puños como venganza. Me ha subido a su hombro como si fuera un saco de patatas. Y encima lo ha hecho con tanta rapidez que solo he sentido que tenía vértigo y, entonces, me he dado cuenta de que lo veía todo bocabajo.

—¡Podrías haberme avisado! —exclamo.

—Pero entonces no hubiera sido tan divertido.

—Eres un capullo.

—Lo dicho: ya me conoces muy bien —se ríe él—. Algo que no todo el mundo tiene el privilegio de hacer.

Rechino los dientes cuando él echa a correr a velocidad inhumana bosque a través hacia donde quiera que estuviésemos caminando. Mi nueva oleada de protestas se las come el viento, que silva a nuestro alrededor mientras él pone a prueba las leyes de la física y las rompe sin miramientos.

Maldito vampiro con superpoderes. Ya me las pagará. Lo juro.



Capítulo 25



Kasem

Quizá no decirle a Noemí que hay un pequeño problema que debo resolver (otro puto retraso) porque se supone que el guiverno no debería estar dentro de la segunda muralla de alto metal, que rodea el valle y lo delimita con tierras que ya pertenecen a Rundra, no ha sido una idea tan genial como pensaba.

Pero, sinceramente, no me apetecía volver a verla asustada tan pronto.

—Entonces —su piel está pálida, pero se nota que está tratando de ser valiente—, ¿crees que las criaturas oscuras han sobrepasado la muralla y entrado en vuestro territorio?

Me encojo de hombros.

—Esa es mi suposición —replico—. Dudo que hayan dejado entrar a un guiverno sin más.

—Ya. —Ella traga saliva—. Imagino que si estuvieran vivos habrían pedido ayuda, ¿no?

Qué cabecita tan lista tiene.

—Exacto. Y, además —señalo hacia la base, situada más allá de la maleza tras la cual nos ocultamos de la vista de lo que quiera que haya dentro—, tampoco creo que hayan dejado las puertas abiertas de par en par porque sí.

—Y no olvidemos lo de la pierna —susurra ella sin apartar la vista del miembro arrancado que hay sobre la hierba a un metro de nosotros.

Asiento.

—Ajá. La pierna. Muy buena observación —apruebo—. Es muy probable que quienquiera que fuera su dueño no quisiera desprenderse de ella.

—¿En serio crees que es *probable*? —inquiere ella con sarcasmo.

Me encojo de hombros de nuevo fingiendo ignorancia.

—Puede ser que los de ahí dentro hayan montado una secta supersadomasoquista —planteo con seriedad fingida—. ¿Quién sabe? Tan lejos de la civilización la gente tiende a ser más —hago una pausa y bajo el tono de voz de esa manera que le causa rubores tan deliciosos—… desinhibida.

Ella me mira con esa mezcla de indignación, excitación, valentía e inquietud que tanto me fascina.

—Qué gracioso eres.

—Lo sé.

—¿Es que no puedes tomarte nada en serio? —se ofusca.

Es tan fácil de provocar… Jamás dejará de divertirme lo emocional que es.

Adopto una expresión de gravedad.

—Lo de la secta me parece un tema superserio —afirmo, llevándome una mano a la barbilla y poniendo la típica expresión pensativa de las películas de detectives—. ¿Crees que nos dejarían mirar cómo se lo montan? Siempre estoy dispuesto a descubrir nuevos posibles fetiches.

Muevo una ceja con picardía y ella ahoga un resoplido.

—Idiota —refunfuña por lo bajo.

Al menos ya no está tan asustada, pienso para mí mismo. *Aunque no debería preocuparme tanto, maldita sea. Lidiar con un poco de miedo cuando dentro de nada estaremos oficialmente en Rundra no le vendrá nada mal.*

Me disgusto conmigo mismo cada vez que Noemí despierta mi, hasta ahora, desconocido lado sobreprotector. Pero, aun a pesar de mis continuos cabreos autoflagelantes, no puedo evitarlo. Y no es porque sea mi jodida *vidraz* (la única de todo el maldito mundo actualmente que es capaz de tentar mis sentidos más que nadie). Es porque es *Noemí*.

Algo que estoy empezando a entender y que no me gusta un puto pelo.

—Bueno —hago crujir el cuello, dando la conversación por finalizada—, te dejaría aquí, pero seguro que te comen mientras limpio la base de lo que quiera que esté dentro dándose un banquete con los de ahí dentro. Así que mejor te vienes conmigo.

Saco una pistola cargada con balas de plata de uno de mis bolsillos multidimensionales y se la tiendo.

Ella se queda mirando el arma como si no hubiera visto una en su vida.

—¿Una pistola? —se sorprende.

—Qué observadora.

Su expresión molesta casi me hace sonreír.

Noemí alarga una mano y coge el arma de manera tentativa. La trata como si fuera a envenenarle la mano solo por tocarla. Lo que es bastante divertido de ver.

—No sé muy bien cómo usarla… —me confiesa con una mueca nerviosa.

Me pongo tras de ella, riéndome para mí mismo cuando se sobresalta, y cojo su mano, ayudándola a sujetar el arma como es debido.

—Se sujeta así —le susurro quedamente al oído, deleitándome cuando la piel se le pone de gallina y el aroma de su lujuria me llena las fosas nasales—. Con ambas manos. —Le cojo la otra mano, la coloco en el sitio y acaricio los dorsos de ambas. Ella se traga un jadeo de manera audible—. Tienes que hacerlo con *firmeza* —ronroneo, haciendo énfasis en la última palabra de manera sensual.

—Ya… ya lo entiendo —balbucea.

Sonrío con ganas ahora que no puede verme. Aunque no me importaría hacerlo en su cara solo para ver cómo se exacerba.

—Entender lo que haces es parte del proceso, listilla, pero debes prestar atención. —Guío uno de sus dedos hacia el seguro—. Este —acaricio con mucha lentitud su fino dígito sin callos— es el seguro. Debes quitarlo antes de disparar, ¿entiendes?

Noemí asiente.

—En… entiendo.

Vuelve a tragar saliva de manera audible. Su respiración está muy acelerada. Se ha olvidado por completo de dónde estamos y de en qué situación nos encontramos. Y ello me causa una hilaridad tremenda. O lo haría si ella no me estuviera afectando tanto como para sentir que mi respiración también se está acelerando, al igual que mi pulso. Cosa que me irrita.

—Procura dar en el blanco —le digo en un tono más normal, tratando de controlar mi súbita e incómoda erección—. De todas formas, yo estaré cerca para protegerte. Lo prometo.

Ella tiembla de los pies a la cabeza y su olor a deseo se incrementa, llenando mis pulmones y despertando un hambre en mí que me hace soltarla y dar un paso atrás por lo intensa que es.

Noemí me está afectando más de lo que me gustaría. Más de lo que lo hacía antes.

—Úsala solo si debes hacerlo —le ordeno—. ¿Lo entiendes?

Ella no me responde. Está muy ocupada tratando de que no se note (fútilmente, por supuesto) lo excitada y mojada que está por ese breve contacto. Estoy seguro de que sus ojos están vidriosos, como siempre que logro despertar su lujuria. Aunque sé que no tardará en gritarme o en mandarme a la mierda, una vez logre controlar su mente y su cuerpo.

Algo que también me fascina.

Cuando le he dicho que nadie (excepto la vieja comandante, cuyas broncas tolero porque ha sido lo más parecido que tengo a una amiga desde hace mucho y le tengo cierto… aprecio) me habla como ella, que nadie se atreve a plantarme cara, lo he dicho muy en serio. Incluso Rogue, uno de nuestros operativos más capaces, estaba cagado de miedo cuando me ha visto con ganas de pelea.

Ella me da en qué pensar. Y a mí no me gusta pensar. Prefiero evitarlo del mismo modo que evito las emociones como si fueran la peste. Se vive mejor siendo un cabrón frío y distante al que no le importa nadie. Es una lección que aprendí bien de crío y que no pienso dejar que ella joda solo porque es la maldita mujer más entretenida y fascinante que he conocido nunca.

—La lección ha finalizado, listilla —le digo antes de que ella abra la boca cuando logra salir de su estado de lujurioso embeleso, aunque su piel continúa ruborizada y su respiración está más acelerada de lo que debería—. Ahora ya sabes cómo usar un arma. Y vas a necesitarlo, así que no la pierdas.

Mi tono no podría ser más seco aunque quisiera. Me doy la vuelta y camino hacia las puertas abiertas de la base de cemento y metal, medio oculta en la selva, sin esperar a que me siga; sabiendo que se enfadará y deseando que lo haga, porque su enfado es mucho más fácil de tolerar que esa manera en la que se me ha quedado mirando. Como si genuinamente creyese que hay… *humanidad*, supongo que es la palabra, en mí.

Como si pensara que no voy a hacerle daño por mucho que me erice las plumas.

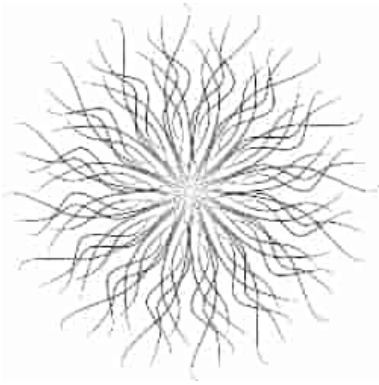
Como si viera algo en mí que podría hacer que alguien me quisiera en su vida para más que un satisfactorio revolcón ocasional. (Algo que le hiciera creer que *yo* quiero a alguien en mi vida para algo más que sexo. Una idea errónea y peligrosa).

No te enamores de mí, listilla, pienso mientras ignoro su silencioso disgusto. *Podría romperte por dentro de muchas más*

formas de las que crees que es posible quebrarse. No merece la pena el riesgo.

Estoy deseando finalizar esta puta misión, dejarlas a ella y a su hermana (si sigue viva) en la ciudad en la que residen, y emborracharme de sangre con tequila para pasar página antes de empezar mi próximo encargo.

Y más les vale a los líderes de La Mano Negra que esta vez sea algo sin complicaciones, porque no me vendría mal un jodido asesinato ahora mismo.



Capítulo 26



Noemí

No sé qué leñes le pasa. Hace un minuto estaba jugando a dejarme sin aliento y, meros segundos después, parece un pedazo de hielo que además de frialdad emana cabreo a raudales. Pero sí que sé que me tiene muy harta. Y no es (curiosamente) por su manera de tomarme el pelo y de divertirse a mi costa, sino porque… sino porque, durante un instante, mientras me hablaba, mientras me tocaba, he sentido algo por él que era mucho más que lujuria o ira. Aunque ahora mismo prefiero no pensar en ello, porque voy a empezar a considerar que estoy perdiendo el norte más de lo que creía antes.

No estoy enamorada de Kasem, me digo a mí misma con firmeza. *Solo son las hormonas sugestionando mi mente y mis emociones. Es mera lujuria por lo guapo que es. Eso es todo.*

Si me lo repito a cada minuto, puede que deje de creer que me he vuelto una masoquista con muy mal gusto para los hombres.

—Deja de darle vueltas a la cabeza y concéntrate —me ordena el vampiro con malas pulgas, deteniéndose frente a las puertas abiertas de par en par para olisquear el aire que sale del interior.

—¿Cómo sabes que estoy dándole vueltas a la cabeza? —le pregunto en voz baja, ahogando un respingo de sorpresa.

—Puedo oír los engranajes de tu mente desde aquí.

Ni siquiera lo dice con su habitual modo burlón, que jamás creí que echaría de menos hasta este instante. Me habla como si no nos conociéramos lo más mínimo. Con una voz neutra que no me gusta nada.

—¿Por qué me hablas así?

La pregunta sale de mi boca antes de que pueda morderme la lengua. Aunque lo peor es la entonación dolida con la que la digo, que me avergüenza bastante.

No le veo enarcar una ceja, pero lo presiento.

—Te hablo con total corrección.

—Exacto —replico, sintiéndome a la defensiva.

Es como si usara su tono de voz como una especie de ataque y defensa a la vez, creando una muralla helada entre ambos. Algo que me aleja de él cuando pensaba que estábamos empezando a ser algo así como amigos. O al menos compañeros de viaje ligeramente amigables que se sienten atraídos el uno por el otro.

—Si prefieres que te falte al respeto, tan solo tienes que pedírmelo —contesta él con hastío.

Habría soltado un resoplido si no estuviera tan asustada por lo que quiera que haya dentro de la base cuando oigo un ruido gutural y repetitivo provenir del interior.

Kasem, que decide ignorar el evidente peligro como si para él la cosa que ha matado a los del interior fuera una mera mosca molesta, al fin se digna a girar la cara ligeramente para poder mirarme por encima de su ancho hombro cubierto de negro.

—Quédate detrás de mí —exige con un ligero desdén y la expresión más fría que le he visto nunca en la cara—. Y no te alejes.

—No pensaba hacerlo —murmuro por lo bajo mientras entramos en el edificio—. ¿Alguna idea de lo que hay dentro, por cierto?

—Mhhh —responde él.

Suena como un «afirmativo», creo. Cuando está en plan capullo es difícil interpretar sus expresiones.

—¿Y qué es? —insisto, tratando de prepararme mentalmente para lo que venga.

Kasem aspira una bocanada de aire con impaciencia. Es como si de repente hablarme realmente le crispara, cuando antes solo fingía que le molestaba para hacerme rabiar. Admito que el pecho vuelve a darme un pinchazo de dolor y vergüenza. Y también que lo odio un poco por ello.

—Una lamia —se digna a contestarme finalmente.

Mis pasos se detienen de súbito.

Genial, acabamos de cruzarnos con una de las criaturas más peligrosas del mundo y ahora damos con otra todavía más mortífera. ¡Es mi noche de suerte!, pienso para mí misma con ironía.

—No te quedes atrás, Noemí —ladra el vampiro con esa voz neutra pero imperativa y desprovista de emociones que ha usado antes—. Ya te lo he dicho. No volveré a repetírtelo.

Suena como una amenaza.

Camino rápidamente hasta estar a escasos centímetros de su espalda, tragándome la vergüenza de ser regañada en ese tono. Creo que es la primera vez, desde que empezó a ponerme motes, que me llama por mi nombre. Y no sé por qué, pero se suma a la lista de cosas que no me gustan de esta repentina situación. Me produce unas ganas tremendas de pedirle que me llame listilla de nuevo.

Incluso la palabra «mujer» dicha en su tonito exasperado sería aceptable si no vuelve a usar mi nombre de esa forma, pienso con disgusto.

Decido cerrar la boca por ahora, ya que está claro que él no quiere hablar y, además, estamos en mitad de una situación un tanto peliaguda con eso de lo de la lamia. Esas criaturas son demasiado peligrosas para mi gusto, pero me siento a salvo estando tras Kasem. Sobre todo, ahora que lo he visto cargarse a otro peligroso monstruo tan fácilmente.

El ancho y corto pasillo de cemento termina frente a una puerta de alta seguridad llena de marcas de garras que no han hecho más que arañar la superficie ante la que nos detenemos.

—¿Cómo ha entrado la lamia? —pregunto quedamente tras observar los detalles—. La puerta de seguridad parece capaz de contener hasta a un guiverno.

Él se encoge de hombros.

—¿Qué más da? Voy a cargármela dentro de unos minutos. Eso es todo lo que me importa.

Me trago un suspiro de frustración.

—Kasem, espera —le pido, agarrándolo de la manga de la larga cazadora negra que lleva puesta.

Él se detiene, pero su cuerpo se tensa. Al principio creo que es por la lamia y mi corazón se acelera, pensando que he hecho

demasiado ruido y que la he alertado de nuestra presencia, aunque luego me doy cuenta de que en realidad es porque le he tocado.

Y eso que no le he rozado la piel, a diferencia de él conmigo.

—Perdona —murmuro por lo bajo, apartando la mano con incomodidad por haber invadido su espacio personal (aunque él no tenga reparos en invadir el mío cuando le apetece).

Kasem se gira para mirarme. Su irritación es evidente.

—Si no paras de hablar —sisea—, te juro que te encerraré en algún sitio hasta que complete la misión por mi cuenta.

—¡Ni te atrevas! —le gruño entre susurros, alertada.

Él da un paso hacia mí y yo uno hacia atrás. Su sonrisa es diferente a las habituales. No hay nada juguetón en ella. Es cruenta y da un poco de miedo.

—Oh —ronronea con expresión sádica—. Sí me atrevo. Créeme.

—Te creo. —Alzo las manos en señal de paz, aunque lo que quiero es gritarle que se vaya a la mierda y que deje de intentar intimidarme de verdad en vez de en broma como hace siempre—. Pero antes de ponerte en ese plan, escucha lo que tengo que decirte, ¿vale?

Alguno de los dos tiene que ser el adulto maduro en esta situación. Y al parecer esa debo ser yo ahora mismo.

Él ladea la cabeza y entrecierra los párpados.

—Te escucharé —me asegura, y durante un instante la esperanza de que se le haya pasado lo que quiera que se le haya metido por el culo hace un rato me hace relajarme. Tonta de mí—. Pero, si me haces perder el tiempo, quizá haga algo mucho peor que encerrarte. ¿Lo entiendes?

—Para ya con las amenazas —le exijo—. Estás siendo más capullo de lo habitual. ¿Qué leñes te pasa?

Él decide no responder a mi pregunta.

—No son amenazas —objeta con el mismo tono desalmado que ha adoptado tras su «lección» en el bosque—. Son…

—Advertencias —le interrumpo, sabiéndome cómo va la dichosa frase—. Sí, lo pillo.

—Bien.

Se gira de nuevo.

—¿No ibas a escucharme?

—No necesito mirarte para oírte.

¿Qué mierdas le pasa al maldito vampiro?, grito mentalmente, encrespada y asustada por su cambio de personalidad. *Parece el frío y cruel asesino que al principio creía que sería.*

Ese último pensamiento me hace darme cuenta de que el Kasem que estaba conociendo me gustaba; de que me estaba empezando a sentir cómoda a su alrededor por inverosímil que parezca; de que nuestras luchas verbales, a pesar de lo mucho que me exaspera a veces, en el fondo me divierten; y de que, si resulta que a partir de ahora va a estar en este plan, voy a echar de menos al Kasem tocapelotas, pervertido y burlón de siempre.

Pero ahora es más importante que oiga lo que tengo que decirle. Así que aspiro una bocanada de aire y empujo las revelaciones hacia el fondo de mi mente para que no me distraigan más.

—La puerta de seguridad, ¿te has fijado? —señalo.

—¿En qué? —inquiere observándola.

Me coloco a su lado y toco el grueso y pesado metal con la yema de los dedos.

—Las marcas son muy superficiales.

—Ajá.

—Y están fuera. No hay ni una sola en el interior. Además —prosigo, aprovechando que no me ha interrumpido todavía—, las manchas de sangre solo están en las puertas de entrada al edificio, pero en la parte de fuera. No hay ni una sola salpicadura en el pasillo que acabamos de cruzar.

Hago un gesto hacia nuestras espaldas. El cemento que nos rodea está limpio.

—¿Y qué? Solo significa que el bicho estaba fuera y ahora ha entrado. Y, por lo tanto, me toca hacer lo mismo que antes de que me dijeras eso: matar a la puta lamia.

—Que —le digo con cierta urgencia— la criatura estaba *fuera* cuando atacó a alguien, Kasem. Y es evidente, por las marcas superficiales de arañazos que hay en toda esta puerta, de que no podía entrar en la base aunque lo intentara.

—Muy bien. Has descubierto que la puerta es buena. —Se encoge de hombros—. Fue diseñada para ello, así que es lo normal.

¿Está siendo obtuso a propósito o realmente le importa una mierda y solo quiere matar a la criatura sin pensar en nada más?, me planteo.

—¿No lo entiendes? —Hago un ademán impaciente con las manos—. ¡Alguien tiene que haberle *abierto* la puerta! —exclamo. Y por si no se lo he dejado lo bastante claro, añado—: ¡Desde dentro!

Eso al fin genera una reacción en él. Kasem gira la cabeza y se me queda mirando con expresión pensativa. Está claro que, a pesar de que lleva a saber cuánto tiempo matando sin pensar mucho en el

qué y el porqué, es muy inteligente. Solo le hace falta desempolvar algunas capacidades deductivas.

—¿Insinúas que alguno de los que hay apostados aquí sería tan estúpido como para dejar entrar a una chupasangre sin apenas inteligencia que finge ser una mujer humana atractiva, pero a la que se le ve incluso desde lejos que es un jodido monstruo que quiere devorarte? —plantea con calma.

Elevo un hombro, diciéndole de manera silenciosa que no voy a meterme a intentar especular en por qué alguien haría algo así.

—Eso parece. Sí.

Él se me queda mirando en silencio, como si lo estuviera procesando. Y luego se lleva una mano al puente de la nariz y suelta el aire de sus pulmones con exasperación.

—Jodido Sergey —gruñe con ira antes de empujar la puerta de manera brusca, haciendo que esta choque contra la pared y deje un boquete en el cemento, y entrando en la base con pasos rápidos y furiosos sin esperarme.

Le sigo una vez me he recuperado del sobresalto y mi corazón deja de latir de manera frenética por el susto que me ha dado al estampar la puerta.

¡Maldito vampiro!



Capítulo 27



Kasem

Puto Sergey.

—¡Sal de donde estés, hijoputa! —ordeno con ira, queriendo retorcerle el infame cuello.

Sabía que su maldita obsesión con las lamias nos saldría cara algún día. Como haya causado la muerte de algún trabajador de La Mano Negra…

—Joder —me detengo junto al cadáver desmembrado de un hombre que yace tumbado en el suelo de la sala circular acristalada que hay frente a la segunda puerta de seguridad, que también está abierta (y cuyas paredes están cubiertas de sangre)—. Serás cabronazo. Al final has muerto tal y como querías morir. ¡Joder!

Es Sergey. Y tiene una sonrisa en la boca a pesar de que le faltan los dos brazos y de que le han arrancado el corazón… y los pantalones.

El maldito gilipollas estaría tirándose a la lamia cuando esta ha decidido que ya era hora del almuerzo. Seguramente una vez la ha preñado, ya que las de su especie buscan a hombres humanos durante su época de celo (y luego, como el imbécil bien sabía, se los comen).

—Oh. —Oigo la voz de Noemí a mis espaldas.

Justo antes de escuchar sus arcadas.

—¿Tu primer muerto? —le pregunto con un deje de burla mientras la ayudo, contrariando a la voz sensata de mi cabeza al apartar el pelo de su cara para que no se le manche mientras vacía las tripas sobre el cemento del suelo.

—Que te den —jadea ella.

Evito sonreírle, aunque admito que me cuesta bastante. No quiero que se le suba a la cabeza eso de responderme lo que le dé la gana. Por mucho que me divierta, le hace sentir que somos cercanos. Se le empezaba a notar.

Aparto los pensamientos sobre Noemí de mi cabeza y dejo caer su pelo una vez ha parado. Ella saca un pañuelo del bolsillo de sus pantalones y se limpia mientras se le pasa la angustia, evitando mirar el cadáver de Sergey, y yo finjo un inusual interés en el cuerpo a pesar de que ya conozco las causas de su muerte.

—Tiene los genitales al descubierto —comenta Noemí con incomodidad.

No le respondo, aunque una vez más la tentación de decir algo para crisparla un poco es muy intensa. Demasiado intensa.

Tras comprobar que la lamia no está en las cercanías, pongo rumbo hacia la segunda puerta de seguridad que lleva a la (por suerte) pequeña base de reabastecimiento. Noemí me sigue mirando hacia todos lados con nerviosismo. Seguramente para no observar a Sergey y su inquietante expresión de felicidad poscoital antemortem.

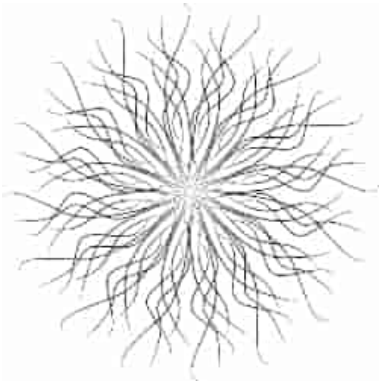
Me pregunto qué habrá deducido del panorama su cerebro de listilla. Y luego me muerdo la lengua para no hacer un comentario grosero sobre sexo y vampiros (aunque la lamia no sea más que un experimento fracasado de convertir a un humano en uno de nosotros) que la enerve y a la vez haga que se ruborice y que su pulso se acelere.

Pero contenerme me cuesta cada vez más. Y por eso añado: «Necesidad imperiosa de tomarle el pelo sexualmente y ver su reacción» a la (ahora) larga lista de: «Por qué la listilla es un peligro para mi vida de libertinaje y asesinatos», que he acuñado tras lo del bosque y la puta pistola, que por cierto ella lleva guardada en el bolsillo de su chaqueta en vez de estar siguiendo mis sensatas instrucciones.

Si le dijera que es más peligrosa para mí que cualquier monstruo que nos crucemos seguro que se reiría pensando que estoy bromeando.

Es una puta pena que esté empezando a pensar que esa es la verdad y que por ello haya decidido mantenerla lejos de mí lo máximo posible. O al menos hacer que me deteste para que lo haga ella solita, sin que yo tenga que esforzarme mucho para ello.

Al fin y al cabo, soy un cabrón orgulloso.



Capítulo 28



Noemí

—¿Vamos a dejar el cuerpo ahí, sin más? —le pregunto a la ancha espalda de Kasem.

Él continúa andando por los pasillos de baldosas que hay más allá de la segunda puerta de metal como si supiera a dónde se dirige, sin echar ni un solo vistazo a las otras cuatro habitaciones que pasamos de largo.

—¿Dónde quieres que lo llevemos? —inquiere cuando pensaba que no iba a responderme.

—No sé —contesto—. Podríamos enterrarlo o algo.

Él suelta un resoplido.

—Ya está muerto. Los rituales fúnebres humanos no lo devolverán a la vida.

—Entonces —planteo con curiosidad, olvidándome de dónde estamos y por qué durante unos instantes—, ¿los Brujos de Sangre no enterráis a los vuestros?

—No.

—¿Y qué hacéis con ellos?

—Agradecer que conocen al fin el significado de la palabra silencio —espeta con impaciencia, deteniéndose en mitad del pasillo para discutir conmigo—. Es una directa, por cierto. No una jodida indirecta. Así que espero que lo pilles de una vez y te calles.

—Ja. Ja. Muy gracioso —murmuro para mí misma con el mismo sentimiento airado—. Eres un maldito capullo. Tú también hablas mucho. No me acuses a mí como si fuera la única.

—No es cierto —objeta—. En La Mano Negra me conocen por lo callado que soy. No soy de la clase de persona que mantiene *conversaciones* con la gente.

—Mentiroso. Sí que lo haces —insisto—. Ahora mismo estás manteniendo una conmigo.

—Porque eres la mujer más exasperante que existe y mereces que te lo diga —gruñe—. Eso no es *conversar*.

Dice esa palabra con mucha tirria cada vez que la emplea.

—Cuando me respondes también hablas —continúo como si no lo hubiera oído, aunque no me olvidaré de sus palabras. Ni de pincharlo cuando las recuerde para vengarme porque soy así de rencorosa—. O cuando me haces la puñeta. Entonces hablas por los codos.

Su expresión ofendida me resulta muy placentera. Así aprenderá qué se siente al otro lado de un diálogo insultante para uno de los dos (que suelo ser yo). Además, necesita que le bajen los humos.

—Tú —sisea, atónito por mi acusación y totalmente indignado por ella— no te callas *jamás*. Y me pones de los nervios. Yo, al menos, cuando hablo lo hago con un propósito.

—¿No se supone que los mercenarios tenéis nervios de acero? —pregunto con sorna—. Y yo también hablo con un propósito, por cierto.

—¿El propósito de sacarme de quicio?

Adopto una expresión angelical.

—Tu misión en la vida será matar y cobrar por ello, pero la mía es castigar a los malvados —declaro, parpadeando con fingida inocencia.

No sé de dónde he sacado la capacidad de ser tan descarada. O tan suicida, dada su evidente irritación, que se ha incrementado bastante. Ya me ha dejado claro que es muy capaz de aterrarme si quiere. Y también que yo no podría defenderme si se enfada conmigo de verdad. Pero, aun así, debo de ser idiota a pesar de todos mis títulos, porque mi corazón sigue diciéndome que no va a matarme sin importar el qué.

De súbito, el (demasiado) perfecto rostro de Kasem adopta una expresión que no sabría cómo interpretar ni aunque tuviera un máster en lenguaje no verbal.

—¿Es que vas a hablar siempre que estoy a punto de matar algo?

Su voz, al menos, sí que puedo descifrarla: suena más exasperado que nunca.

—No necesariamente —titubeo, consciente de mí misma y de lo inquieta que es mi lengua.

—Acabas de dudar —me acusa.

Hago una mueca.

—No sé si estaré hablando o no cuando llegue el momento —me defiendo—. No puedo predecir el futuro.

O sí, objeta una vocecilla en mi interior que me deja algo confundida y que no sé de dónde sale.

Él, una vez más, se me queda mirando de forma muy extraña. Aparto la vista con incomodidad. Y no porque sea sexual o fría, sino porque esta mirada sí la reconozco: es una de esas que me grita que él sabe algo de mí que yo desconozco.

—Además —añado cuando el silencio se extiende y seguimos sin movernos, plantados allí en el pasillo—, podría estar diciéndote algo importante. Como antes. No te habías fijado en lo de la puerta. Lo he señalado yo.

—¿Y qué? —refuta él—. Eso no cambia el hecho de que tengo que matar a una jodida lamia sin que nadie me pague por ello.

—Yo te estoy pagando por tu tiempo —le recuerdo.

—No lo suficiente.

Mi bufido es más fuerte de lo que pretendía. Bastante más que los susurros en los que nos comunicamos. Me cubro la boca con las manos y me ruborizo porque ha hecho eco en el pasillo.

—¿Ya está? ¿Has hecho ruido suficiente? ¿Estás contenta? —gruñe él—. Si ese bicho tiene buen oído, seguro que nos ha escuchado.

Me quito las manos de la boca para murmurar:

—Lo siento.

—Pues demuéstralo quedándote calladita —replica Kasem, echando a andar de nuevo.

Idiota, susurro mentalmente. *Aunque tiene razón en lo de que hablo demasiado en los momentos más tensos. No estoy*

acostumbrada a esta clase de miedo. Me pongo muy nerviosa. Debería controlarme más. Ojalá aprenda pronto o puede que la cague cuando nos enfrentemos a algo más complicado que esto.

Esta interacción entre nosotros ya se siente un poco más normal. Y no debería aliviarme, dado que el vampiro sigue siendo un capullo arrogante, pero lo hace porque en el fondo (muy en el fondo) agradezco que al fin él muestre un sentimiento. La frialdad de antes no cuenta como sentimiento. Me ha puesto los pelos de punta.

No puedo evitar sonreír, aunque sea de manera ansiosa. Debe de notárseme el alivio que siento, porque Kasem me lanza una miradita por encima de su hombro que no es nada agradable justo cuando se detiene frente a una puerta cerrada, tras la cual se oyen ruidos extraños, y eleva un dedo extendido hasta sus labios en el típico gesto de silencio.

Asiento, trago saliva y trato de mantenerme en calma, sacando la pistola del bolsillo de la chaqueta y recordando sus instrucciones sobre cómo usarla (aunque mi cerebro estaba más ocupado notando el inusual calor de su piel). Me centro en lo que hay detrás de la puerta para olvidarme de ese momento y agudizo mi oído para ver si capto algo más.

Es como si alguien estuviera sorbiendo algo. Y, dado que nos enfrentamos a una lamia, no quiero saber qué origen tiene ese ruido. Seguro que es de lo más escabroso.

Aspiro una bocanada de aire cuando Kasem pone una mano sobre la puerta, hasta la que llega un rastro de sangre, y me preparo mentalmente para la batalla… entonces el vampiro empuja la puerta con su fuerza sobrehumana, lanzándola contra la pared opuesta, y entra en la habitación haciendo uso de su insólita velocidad.

La puerta hace tanto ruido al ser arrancada de sus goznes que doy un bote del susto, grito y, por desgracia, la pistola se dispara sola debido a que mis dedos se han movido sin mi permiso.

Escucho un gruñido proveniente de Kasem y oigo el grito de algo parecido a una mujer, pero demasiado agudo como para ser humana; luego capto el crujir de huesos y otro grito más, esta vez de agonía, a lo que le siguen otros ruidos húmedos que me revuelven las tripas.

Cuando logro controlar mi respiración y se me pasa el sobresalto, me asomo a la habitación con la pistola en alto preparada para disparar (esta vez queriendo) a lo que quiera que haya matado al pobre hombre de la primera sala. Pero lo que sucede es que vuelvo a chillar, sobresaltada una vez más, cuando una bola cubierta de pelo negro y grasiento se me estampa casi en la cara.

—Ya está —oigo la voz de Kasem mientras aparto la bola de un manotazo y me hago a un lado, asqueada—. Lamia muerta. Fin del trabajo extra.

Lo miro con la respiración agitada. Está muy tranquilo, allí plantado en mitad del dormitorio repleto de sangre con el cadáver de otro hombre (al que evidentemente se estaba comiendo la lamia) y el cuerpo sin cabeza del intento de vampiresa…

El cuerpo, caigo en la cuenta, y desvío mi atención hacia lo que el vampiro me ha lanzado antes.

—¡Me has lanzado la cabeza de esa cosa a la cara! —le grito con disgusto y horror a partes iguales.

Me limpio la boca con el dorso de la mano, consciente de dónde me ha rozado el cabello del monstruo y sintiendo ganas de vomitar otra vez.

Él se planta frente a mí y, antes de que pueda detenerlo, me quita la pistola de las manos.

—Se acabó —gruñe—. Nada de armas para ti. Está claro que eres más peligrosa para mí de lo que pensaba. Jodidas *vidraz*.

Me aparta para pasar de largo, así que oigo lo último que dice cuando ya estoy a su espalda.

Me siento muy ofendida, la verdad.

—Ey. ¡Oye! —llamo cuando no me hace caso y sigue caminando hacia la puerta de entrada.

Acelero el paso para pillarle y lo cojo de una de las mangas de su chaqueta, haciendo que pare y se dé la vuelta para encararme a pesar de que podría haberme arrastrado hacia delante sin problema.

—¿Qué? —pregunta de malos modos.

—¿Se puede saber qué te pasa ahora? —me enfado—. ¿Qué te he hecho yo para que me hables en ese tono?

—¿Se puede saber qué te pasa a ti?

Me indigno tanto que el aire se me atasca en los pulmones.

—¡Me has tirado una cabeza de lamia a la cara! —repito a voz en grito, dándole con el dedo extendido en ese maldito pecho firme como una roca.

—Y tú me has disparado.

Abro la boca para decirle que eso no es cierto, pero entonces bajo la vista desde su cara hacia donde mis dedos notan la humedad de su sangre y veo la herida.

—Oh.

—Oh —repite él, imitando mi voz de forma mordaz—. ¿Disparas a alguien y dices «oh»?

Me ruborizo de la vergüenza.

—Lo siento.

—Tengo un agujero en mi cuerpo —alza una mano y se señala el pecho, donde mi mano sigue apoyada tras mi arrebato—, que *tú* me has hecho con el arma que yo te di para defenderte.

—¡He dicho que lo siento! —Me arrepiento al instante de estar gritándole otra vez, así que bajo el tono de voz a uno contrito—. No lo he hecho a propósito.

Su cólera no disminuye.

—¿Sabes cuántas personas me han herido en toda mi larga vida?

—No. —Niego con la cabeza, alejando mi mano de su sangre, pero a la vez queriendo tapar la herida o hacer algo para curarle.

Me angustio de pensar que le he hecho daño.

—Dos —declara el vampiro.

—¿Y una de ellas soy yo?

Esta vez sí que me merezco que su cara me diga que soy tonta. Pero solo esta vez.

—Evidentemente —bufa.

—Estoy nerviosa, ¿vale? Mi cerebro no piensa con claridad cuando estoy nerviosa —le digo, sintiéndome mal por soltarle eso de manera impulsiva cuando debería estar disculpándome otra vez o insistiéndole en que vea a un médico.

—Ah, claro. —Él asiente, pero lo hace de manera encrespada—. Tú me disparas y yo tengo que consolarte y calmarte porque, pobrecita de ti, estás *nerviosa*.

—¡No te estoy pidiendo que me consueles! —protesto—. ¡Y estoy *muy* calmada!

—¿En serio? —resopla él—. ¿No acabas de decir que estás nerviosa? ¿A esto le llamas estar calmada?

Me señala de arriba abajo.

—Estoy más calmada que antes —le aclaro, dejando de mover los pies con ansiedad a la fuerza.

Su indignación es palpable.

—¿Quieres decir que estabas más nerviosa cuando la lamia estaba viva y ahora que me has disparado, estás tranquila?

Hago una mueca, sintiéndome culpable.

—Dicho así suena fatal.

—Dicho de cualquier manera suena fatal —replica él con sarcasmo.

—Vale. Sí. Tienes razón —admito—. Lo siento, ¿vale? De verdad que lo lamento.

—Es evidente —afirma él— que yo siempre tengo razón.

Abro la boca, pero la cierro con desconcierto hasta que veo su sonrisilla sádica.

—¿No estás herido? —pregunto volviendo a mirar la herida.

—Sí estoy herido, ya te lo he dicho. ¿Es que no lo ves?

—Sí lo veo —le replico—. Pero es que parece que es uno de esos momentos en los que me tomas el pelo y me pones de los nervios a propósito.

Él se encoge de hombros.

—Eso no quita que esté herido por tu culpa.

—Serás… —Me callo el insulto porque sí que está sangrando debido a mí—. Vale. —Aspiro una bocanada de aire para calmarme —. Muy bien. Tenemos que llevarte a un médico.

—No hace falta.

—¿Cómo que no hace falta? —jadeo—. ¡Pero si tienes una herida de bala en el pecho!

—Ya he sacado la bala y la herida se cerrará por sí sola en breve —admite—. Las balas, aunque sean de plata, no me afectan tanto como a otros «sobrenaturales», como nos llamáis los humanos.

Eso es sorprendente. Y me resulta aún más asombroso (y fascinante) cuando, bajo mi atenta mirada, el agujero de su cuerpo humea y se cierra sin más desde dentro hacia afuera.

—Impresionante —murmuro.

—Sí que lo soy, sí.

Resoplo de manera distraída sin apartar la vista del agujero de su camiseta. Toco la piel recién regenerada con la yema de uno de mis dedos.

—Me refería a tus habilidades curativas —comento sin darme cuenta de manera consciente de que acabo de tocarle, estando demasiado absorta tratando de calcular mentalmente su tiempo de regeneración.

—Lo que tú digas.

Kasem me coge de la muñeca y me aparta la mano con brusquedad, devolviéndome al presente.

—Perdona —vuelvo a disculparme.

¿Cuántas veces lo habré hecho ya?

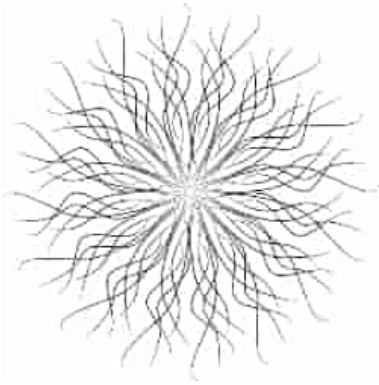
—Las disculpas no sirven de mucho. La próxima vez fíjate hacia dónde estás apuntando.

Su tono de voz es extraño. Miro su rostro y veo que ha apartado la vista y que su expresión está completamente vacía de emociones una vez más. Vuelve a poner distancias conmigo y no comprendo por qué.

—Lo haré.

—Está a punto de amanecer. Cojamos las provisiones y el equipo y pongámonos en marcha —decreta sin mirarme, echando a andar de nuevo e ignorándome como si yo no existiera.

Esta vez duele mucho más cuando lo hace.



Capítulo 29



Noemí

—¿De verdad vamos a dejar los cadáveres tirados por ahí sin mirar atrás?

—Sí.

Frunzo el ceño.

—Pero son tus compañeros…

—Lo eran —me corrige.

—¿Y qué hay de la pierna? No pertenecía a ninguno de los de dentro.

Él se encoge de hombros.

—No siento vida inteligente alrededor. Si había un tercer compañero por aquí, estará muerto —asegura.

—¿Y si no lo está? —me preocupo, imaginándome a un pobre hombre perdido en el bosque sin una pierna. Desangrándose.

—Sí lo está —insiste él con convencimiento—. Seguramente salió para hacer vete tú a saber el qué y fue el primero al que la lamia se cargó, antes de que Sergey la viera y decidiera dejarla entrar para cumplir con su fetiche. O —se plantea— quizá Sergey lo usó como cebo para atraerla. No lo sé. Ya lo descubrirán los que lo investiguen. Mi trabajo ya está hecho.

—Pero…

—Deja estar el tema —me corta—. Ya vendrá alguien a encargarse de ello. No es cosa mía.

Me trago la rabia. Está claro que no quiere hablar de ello. De nada, en realidad. Al menos conmigo.

Kasem guarda en su bolsillo las bolsas con las provisiones que saca de varios armarios con puertas de metal situados en las paredes de una de las habitaciones, haciéndolas desaparecer como si este fuera un espacio infinito.

—Impresionante —murmuro cuando lo veo, incapaz de dejar de sorprenderme por el poder que tiene para ignorar las leyes de la física cada vez que lo veo.

Es algo que jamás me cabrá en la cabeza, por mucho que me haya fascinado la magia durante toda mi vida y sin importar que haya dedicado parte de mi existencia a estudiar lenguajes asociados con ella.

Kasem no responde a pesar de que yo esperaba que dijera algo del estilo de: «sí, nena, soy impresionante» como tiende a hacer el egocéntrico vampiro. A pesar de nuestra breve interacción de antes, en general sigue callado y distante, hablándome solo cuando cree que debe hacerlo y nada más. Me hace sentir decepcionada y un

poco triste. Y eso, a la vez, despierta una profunda rabia hacia mí misma por sentirme así por su culpa.

Si quiere tener un palo metido por el culo todo el viaje, bien por él. No debería afectarme. Basta con que cumpla la misión por la que le he pagado, me recuerdo mientras me abrocho la chaqueta sobre las ropas limpias, muy parecidas a las que él me regaló en la primera base: de aspecto militar, prácticas y calentitas.

—Parezco una versión chunga y menos *sexy* de Lara Croft —bromeo para mí misma, harta de tanta tensión silenciosa flotando en el ambiente.

Mi voz es la única que se oye en la sala que hemos ocupado, en cuyo cristal me observo a mí misma reflejada. Kasem continúa sin emitir palabra alguna mientras se pone un nuevo par de botas que ha sacado de uno de sus bolsillos embrujados. A diferencia de las que llevaba antes puestas, estas no están manchadas de sangre, aunque por lo demás sean exactamente iguales.

Me muerdo la lengua cuando tengo ganas de decirle que, al menos en lo que se refiere a vestimenta, es muy predecible, aunque en cuanto a personalidad no pueda decir lo mismo desde hace unas horas.

—¿Listo? —le pregunta mi boca sin mi permiso cuando se levanta del banco en el que estaba sentado.

Él, en vez de responderme, mueve la cabeza hacia ambos lados, estirando el cuello y haciéndolo crujir. Y luego pone rumbo hacia las puertas de seguridad de la entrada por las que hemos accedido antes, cerrándolas tras de mí con firmeza una vez paso por ellas.

Definitivamente piensa dejar que los cuerpos de sus compañeros y de la lamia se pudran. Como una especie de regalito macabro para quien venga a limpiar el lugar.

Espero que lo haga con mascarilla, porque seguramente apestará a podrido, pienso para mí misma.

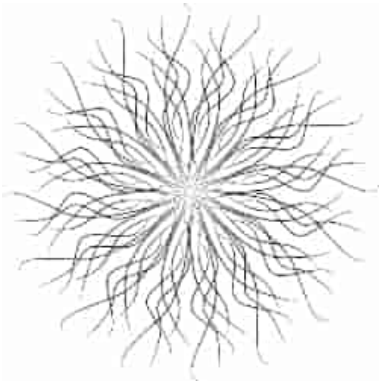
Soltando un suspiro, lo sigo por el bosque, sabiendo que el viaje a Rundra ya ha comenzado. En cuanto pongamos un pie tras la segunda muralla de La Mano Negra, que divide su valle privado del territorio de ese país, cruzaremos hacia un lugar repleto de monstruos todavía peores que los que nos acabamos de encontrar.

Aunque, me recuerdo mirando la ancha espalda de Kasem, *el ser más peligroso de todos lo tengo justo en frente. Y ya ni siquiera soy capaz de predecir qué hará o qué dirá como pasaba antes. Eso me asusta.*

Su silencio continúa poniéndome muy tensa. Estoy cada vez más nerviosa y, dado que tiendo a hablar por los codos o a enojarme (o ambas cosas a la vez) cuando me pongo nerviosa, no es precisamente algo bueno que mi malestar esté aumentando. Mucho me temo que volveré a meter la pata (o la boca) tarde o temprano, y que Kasem no va a reaccionar particularmente bien a mi verborrea esa vez.

Espero que no cumpla su amenaza de encerrarme hasta que termine él solo la misión. Exijo estar con Arya cuando la encontremos. He pagado por ello con todo lo que poseía. Ella me necesita. Lo sé con una certeza que me ha calado hasta los huesos desde que lo soñé y que no me atrevo a poner en duda. Debo llegar hasta ella y no pienso dejar que Kasem o mis emociones influyan en ello.

Mi hermana es, y será siempre, mi prioridad.



Capítulo 30



Noemí

—Otro puto agujero. Qué mierda de muralla han construido —refunfuña Kasem para sí mismo cuando alcanzamos la puerta que hay en el alto muro de cemento y metal.

El centro de la misma tiene un agujero que parece haber sido causado por un ácido corrosivo.

—El guiverno —deduzco de inmediato—. El boquete tiene el tamaño perfecto para que la criatura pasara a este lado de la muralla. Y además el ser es uno de los pocos que tienen un veneno cuyos componentes pueden manipular a voluntad, usándolo ya sea para paralizar a sus presas o para crear algo tan potente que pueda fundir el metal.

—Viajo con una enciclopedia andante —lo escucho susurrar con un deje de su antigua diversión en la voz.

El vampiro saca un aparato de uno de sus bolsillos y se pone a hablar con alguien, contándole que la muralla está comprometida y que ha dado muerte a dos criaturas peligrosas dentro del territorio de su organización y exigiendo un pago extra por el trabajo inesperado que ha tenido que hacer.

Pero yo estoy centrada en el hecho de que, inmediatamente tras escuchar su comentario sobre mí, mi ánimo se aligera y mis labios se curvan en una sonrisa. Hasta que me doy cuenta de cómo he reaccionado a su cambio de humor y me amargo por ello, recordándome con fuerza que no debo dejar que Kasem me influya tanto.

No es que esté enamorada de él o algo así, me repito mentalmente. *Son solo las malditas hormonas y mi corazón sentimentalista, que se aferra al hecho de que él es interesante, guapo y tremendamente* sexy*, y que me siento atraída por su físico. Además, me ha salvado la vida un par de veces, cosa que mi súbito despertar romántico y sexual interpreta como afecto, aunque sea una interpretación incorrecta. Eso es todo.*

El que tenga que decírmelo a mí misma tantas veces no me gusta, pero es lo que hay. Cuando terminen las cosas y Arya y yo volvamos a casa y recuperemos nuestra normalidad, me olvidaré de Kasem. Por mucho que mi corazón, que acaba de darme un pinchazo, diga lo contrario.

—Mira por dónde pisas.

Al fin se digna a hablarme directamente ahora que ha terminado de conversar por radio y, cómo no, es una reprimenda. Decido no responderle, aunque tenga ganas de mandarlo a la mierda. Hago mis pensamientos a un lado y me centro en el camino, pedregoso y sin asfaltar, que sube todavía más por las montañas en las que estamos, dejando el valle y la selva atrás con cada paso que damos.

El sol ya ha salido, así que las criaturas como la lamia, que cazan por la noche, estarán durmiendo. Doy gracias por ello en silencio. A partir de ahora, sé que no habrá más bases secretas de La Mano Negra en las que pueda descansar un rato. Aunque las mismas no hayan resultado ser tan seguras como pensaba que serían.

—Aléjate de arbustos como ese —ordena Kasem sin dignarse a girarse para mirarme—. Son peligrosos.

Desvío la vista hacia la planta que acabamos de pasar y veo que no parece particularmente peligrosa. Pero, a estas alturas, me fío de los instintos del vampiro.

—Entiendo.

Es nuestra única interacción durante las siguientes tres horas, más allá de que él me ofrezca una botella de agua que luego me dice que me guarde en uno de los bolsillos de la chaqueta, ya que soy incapaz de activar los papelitos con runas mágicas en los que él guardó mis maletas, y por ende no podría sacar las provisiones de la dimensión en la que están.

Kasem no quiere que cargue con peso para que pueda caminar más tiempo sin el cansancio y el dolor que me provocaría llevar una pesada mochila a cuestas, cosa que agradezco.

El camino es tedioso y agotador, y solo paramos cuando el vampiro escucha mi estómago rugir de hambre y se acuerda de que soy humana y, por lo tanto, no puedo simplemente alimentarme una vez al día con una bolsa de sangre fresca sacada de un maldito bolsillo embrujado como hace él.

Kasem me sorprende cuando lanza un conjuro de fuego sobre el centro del pequeño claro en el que nos detenemos, saca varios enseres de cocina de su larga chaqueta y se pone a hacerme un almuerzo tardío sobre la fogata mágica.

—Huele de maravilla —suspiro, apoyando la espalda en una alta roca.

Decido descansar y disfrutar de lo que me queda del agua y de su deliciosa comida sin mover un dedo. Me arden los muslos y tengo los pies sensibles, pero por suerte no noto ninguna llaga.

—Si tienes que ir al baño, hazlo ahora.

—¿Hay baño? —pregunto, y luego me doy cuenta de a qué se refiere—. Ah.

Él no añade nada más.

Incómoda, me levanto, guardándome la botella vacía en uno de mis muchos bolsillos, y empiezo a buscar un lugar que sea privado para hacer mis cosas, pero que esté cerca del campamento y de Kasem por si encuentro algo peligroso que quiera comerme.

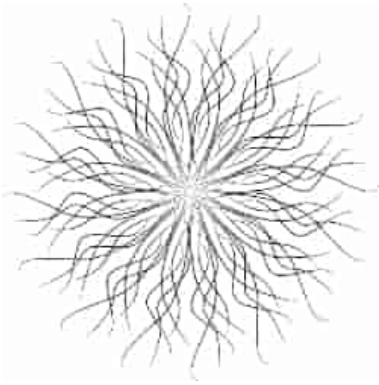
Al final me decido por un hueco que hay entre varias rocas altas y empinadas en el que quepo, aunque algo ajustada. Por suerte, hay un arbusto que crece en el lado por el que entro que me esconde de la aguda vista del vampiro.

Cansada y hambrienta, me bajo los pantalones y me acuclillo en el suelo. Ya me había mentalizado para tener que hacer mis necesidades en plena naturaleza cuando decidí unirme al rescate, pero aun así es incómodo. Sobre todo, sabiendo que el vampiro está a unos metros de mí, tras unos cuantos arbustos y un par de rocas.

Con un suspiro, me quedo mirando el arbusto mientras termino de hacer mis cosas, preguntándome de qué me suena… y entonces recuerdo la advertencia de Kasem sobre que era peligroso.

—Espero no haberlo tocado al pasar —murmuro para mí misma mientras saco un paquete de pañuelos de mis pantalones y me limpio.

Tras subirme la ropa interior y los pantalones, cruzo por donde he venido intentando no tocar el ancho arbusto, sintiéndome aliviada cuando solo una de sus ramas roza ligeramente mi pantalón en vez de mi piel.



Capítulo 31



Noemí

Kasem se me queda mirando unos segundos cuando regreso al campamento, pero, como no dice nada, me siento donde me había sentado antes y, a falta de otro entretenimiento, me dedico a verlo cocinar. Lo hace de maravilla, la verdad. Ha sacado una tabla de cortar y un cuchillo que parece muy caro y está cortando los ingredientes y echándolos en la sartén, que huele a aceite de oliva de calidad.

El estómago vuelve a rugirme cuando el aroma de las especias que está usando en la carne y las verduras llena mis fosas nasales. Una vez él termina de cocinar, tengo que contenerme para no ponerme a babear como el perro de Pavlov.

—Gracias —le digo con una sonrisa tentativa cuando se acerca para tenderme una bandeja con todo lo necesario para que coma a gusto, incluyendo un plato de su maravilloso revuelto y un pequeño pan recién hecho.

Él asiente y vuelve al fuego, que apaga con un gesto de su mano. Mientras yo devoro la comida tratando de no quemarme el interior de la boca por mis ansias de llenar las tripas, Kasem limpia todos los instrumentos que ha usado y los va guardando en sus muchos bolsillos encantados.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —le pregunto entre bocado y bocado, demasiado fascinada por la evidente habilidad culinaria del vampiro como para callarme.

—Es una mera afición que a veces es útil —contesta él cuando ya me había hecho a la idea de que no iba a responderme.

—Ah. —Trato de apagar mi sonrisa, pero no tengo mucho éxito —. Pues se te da de maravilla. Está buenísimo.

Él alza uno de sus hombros en un gesto indiferente y eso vuelve a hundirme un poco. Así que me centro en la comida hasta que me la acabo, incluyendo el aceite que queda en el fondo del plato, con el que impregno el pan de manera entusiasta.

Una vez he acabado, dejo la bandeja a un lado, me levanto, me sacudo el culo de tierra y me agacho para coger la bandeja de nuevo, decidiendo acercársela al vampiro, que está sentado en una roca con la vista fija en el bosque, dándome la espalda.

—¿Cómo puedo limpiar las cosas? —le pregunto—. ¿Hay un río cerca o algo así?

Él gira la cabeza para mirar lo que llevo en la mano. No se ha sorprendido de que me acercara por su espalda, y no me extraña. Dudo que pudiera sorprenderle. Que mi bala le diera seguramente fue un milagro bastante aparatoso.

—No hace falta que lo hagas.

—Insisto. —Evito remover los pies con timidez. Y también trato de evitar sentirme tan inusualmente tímida como me siento—. Tú has cocinado para mí. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Será más rápido si los limpio yo.

Su respuesta me hace sentir un poco decepcionada.

—Muy bien. Toma —suspiro, dándole la bandeja, que coge con cuidado de no rozar mis manos desnudas con sus dedos—. Gracias otra vez por la comida.

El nudo de decepción se acrecienta en la base de mi estómago.

—Ya me las has dado.

—No está de más darlas de nuevo.

Él asiente y se pone a limpiar los utensilios. Es evidente que da por finalizada la interacción, así que vuelvo a mi roca y me siento.

No necesito que Kasem y yo seamos amigos ni amantes, me digo por enésima vez, apretando los puños con fuerza sobre mi regazo. *Ojalá mi corazón se mentalice de una vez por todas. Está claro que al vampiro he dejado de interesarle.*

—Al menos podrías explicarme a qué viene ese trato de repente —sugiere mi boca sin mi consentimiento, desoyendo a mi mente.

Su súbita tensión es evidente.

—Debemos centrarnos en la misión.

—Estás cambiando de tema.

Mis palabras, dichas con tintes de rencor, le hacen detenerse y, finalmente, girarse para encararme.

—Deberíamos concentrarnos en rescatar a tu hermana y olvidarnos de todo lo demás. Arya es importante para ti, ¿no?

Sabe dar donde más duele.

—Estoy de acuerdo —asiento, aunque mi mueca de enfado y frustración es evidente—. Pero una cosa no quita la otra. Que me

digas qué leñes te pasa conmigo no va a hacer que no podamos rescatar a Arya.

Él enarca una ceja. Durante un breve rato, mientras guarda la bandeja, los cubiertos y el plato, haciéndolos desaparecer en el aire, parece pensar en qué decirme.

—Centrarse en aquello que se debe hacer, y no en las emociones, es primordial en una misión…

—No me des lecciones —interrumpo—. No quiero discursos. ¡Solo que me expliques qué mierda te pasa conmigo de una maldita vez!

Su risotada sin humor y su pinta de estar resignándose a algo que desconozco me desconcentran. No sé cómo interpretarlo.

—¿Es porque de verdad crees que soy una especie de *groupie* de sangre? —inquiero, medio ofendida de que sigamos con ese tema a estas alturas—. ¿O es…? —carraspeo y trato de no ruborizarme demasiado—. ¿O es por lo que pasó en la base? Aunque yo no lo recuerdo…

Suena a excusa barata, aunque es la verdad. No recuerdo si realmente lo acosé sexualmente y si, como me dijo Daimon, le pedí que se casara conmigo. Si es por eso, no me extraña que esté incómodo a mi alrededor.

—Te dije que te olvidaras de eso. No le des tantas vueltas —me recuerda él.

—No puedo evitarlo —le confieso—. Ya te dije que mi cabeza es… complicada.

—Ansiosa —sonríe de medio lado, como hacía antes, pero lo hace mirando al bosque, no a mí—. Lo recuerdo.

—Sí —asiento—. ¿Es por eso o no?

Él suelta un suspiro y se rasca la mandíbula.

—Sí y no.

El nudo de angustia de mi estómago se acrecienta. Pero en esta ocasión es de pura vergüenza.

—Lo siento.

—Tienes una manía tremenda con eso de las disculpas.

—Lo sé, pero de verdad que lo siento. —El nudo sube hasta mi garganta y afecta a mi voz—. Te juro que no soy una *groupie* ni una acosadora.

—Soy consciente de ello —responde él en el tono de voz más parecido a la amabilidad que le he escuchado emplear hasta ahora —. No creo que lo seas. Y no me siento ofendido por lo que pasó mientras no eras dueña de tu mente, así que no pienses mal de ti misma.

El alivio que siento es casi palpable.

—Entonces, ¿estás cabreado conmigo por algo diferente? —pregunto, queriendo afrontar sus emociones (y las mías) con honestidad de una vez por todas.

Kasem abre la boca para decir algo, pero luego vuelve a hacer una mueca de resignación y parece decidir responder otra cosa. Intuyo que algo menos hiriente de lo que iba a decirme.

—No estoy cabreado contigo, Noemí —afirma—. Es solo que tengo muchas cosas en las que pensar. Lo que me pasa es cosa mía, ¿vale? Olvídate de ello.

—Pero me llamas «Noemí» —protesto con voz débil, abochornada por lo que suena como un comentario infantil una vez sale de mi boca y lo escucho resonando en el aire.

—Ese es tu nombre, ¿no? —cuestiona Kasem.

—Sabes a lo que me refiero.

Mi respuesta le hace soltar un gruñido.

—Sí. Lo sé —admite en voz alta a regañadientes.

Sus palabras rebajan un poco mi vergüenza. Al menos no soy solo yo la que se ha dado cuenta de que hay (o había) algo creciendo entre nosotros.

—Entonces, ¿por qué lo haces? Sé honesto conmigo, por favor —le pido—. No dejas de inquietarme, aunque intente decirme que no pasa nada.

Los ojos de Kasem, que por fin se digna a mirarme, son sombríos, pero serenos.

—Esperas demasiado de mí —contesta con voz ronca y profunda—. No soy tan bueno como a veces pareces creer.

Una vez más, sus palabras me afectan profundamente. No por lo que dice, sino por el tono en el que lo dice: como si me estuviera confesando algo mucho más íntimo, bastante más personal, que el hecho de que yo le pida que sea honesto sobre su repentino retraimiento.

Nuestras miradas quedan atrapadas en la del otro. Durante unos instantes, mientras busco respuestas en sus pupilas que no encuentro o que soy incapaz de entender, se me corta la respiración y mi corazón, en vez de acelerarse como suele hacer cuando él me mira, bombea de una manera lenta y pesada en mi pecho, llenándose de pesar y de anhelos que son demasiado intensos y demasiado incomprensibles para mi mente, mucho más mundana que mis emociones.

—¿Qué nos está pasando, Kasem? —me escucho susurrar casi sin aliento.

Él rompe el poderoso vínculo que he sentido entre ambos cuando aparta su rostro, y yo, sacudida por las emociones, tengo

ganas de llorar porque me siento sola y vacía cuando momentos antes me sentía plena.

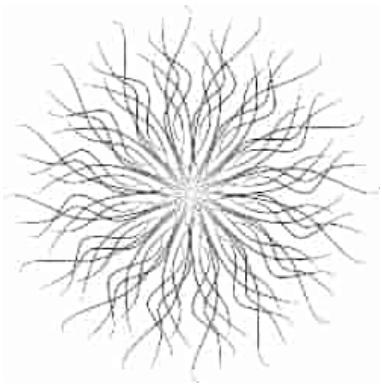
No comprendo nada.

—Es solo tu imaginación —responde el vampiro con renovada frialdad—. Ahora duerme un rato y digiere la comida. Te despertaré cuando tengamos que volver a ponernos en marcha.

Concentro mi aliento en los pulmones para decirle que no soy capaz de dejar ir el tema, pero él usa su maldita magia conmigo. Con una mera palabra y un gesto, mis párpados pesan y mi mente es absorbida por un cansancio repentino, aunque poderoso, que me arrastra hacia el mundo de Morfeo contra mi voluntad.

Caigo rendida instantáneamente, sin embargo, la pregunta que él se ha negado a responder de manera honesta permanece en la punta de mi lengua y me persigue mientras duermo; como un potente eco que no me deja en paz, inquietándome y llenando mi mente de imágenes de Kasem alejándose de mí a pesar de que yo trato de alcanzarlo con todas mis fuerzas.

La angustia que siento me hace llorar con fuerza en sueños.



Capítulo 32



Noemí

—Eresss… Eresss…

—Déjame adivinar —interrumpe el vampiro, haciéndome soltar un gruñido cuando me reacomoda sobre su hombro—. Soy un capullo. ¿A que sí?

—Ssssíííííí…

No puedo evitar arrastrar las palabras. Parece que su magia me afecta más de lo que es habitual, porque hasta el propio Kasem está sorprendido de que los efectos me duren tanto. Desde que he despertado, tengo las extremidades y la lengua abotargados.

—Soy consciente de ello.

—¿Y porrr qué noo…? —Se me traba la lengua, así que decido volver a intentarlo—. ¿Por qué noooo intennn…?

—¿Por qué no intento ser mejor persona si soy consciente de que soy un capullo?

Asiento contra su hombro.

—Porque me gusta ser un capullo —contesta él—. Es evidente.

Trato de golpear su espalda con los puños, pero ni siquiera soy capaz de levantar el brazo. Estoy más furiosa de lo que nunca lo he estado en la vida.

—Te oooodio —siseo.

—Mira qué bien —replica él con sarcasmo—. Ya pronuncias mejor las palabras. Te estás recuperando. Qué suerte la mía.

—Ya verás cuando pued… cuando pued…

—¿Cuando puedas hablar sin tener que intentarlo cinco veces por frase? —deduce.

Vuelvo a asentir.

—Y —él suelta el aliento con un gruñido resignado— supongo que me vas a gritar.

—Ssssí —afirmo con deseos de venganza ardiéndome en las venas.

—Y a insultar.

—Ssí.

—Y no te callarás, aunque te lo pida.

—¡Cla… clarrrrr… claro que no!

Él suelta otro suspiro.

—Ya me lo imaginaba.

—Eresss… eres gilipollas.

Me causa mucha satisfacción que mi lengua haya obedecido mis órdenes y haya pronunciado esa última palabra de manera clara y con mucha saña.

—Pensé que habíamos quedado en que era un capullo —ríe él entre dientes.

—Esso también.

—Soy multifacético —suelta con un sonido gutural de diversión —. Siempre me sorprende lo bien que has llegado a conocerme.

—Y un hijjjjj… hijo de puto.

—¿De puto? ¿No de puta? —inquiere con curiosidad—. ¿No se decía así?

—Tu pob… pobre madre ya sufrrrrr… sufrió lo suficiennnnn… suficiente al parirte como para… como para encima recibir insultos.

—Vaya —murmura—. Con esa mentalidad, sospecho que os llevaríais muy bien.

Gruño de incomodidad cuando vuelve a recolocarme sobre su hombro. El que esté escalando la montaña (con agilidad y mucha más velocidad de la que yo habría podido emplear jamás) conmigo sobre su hombro me está mareando, pero no se lo digo.

Espero poder vomitarle encima. Se lo merece.

—¿Está vi… viva? —me sorprendo.

—Muy viva, sí.

—¿En… en serio?

—¿Por qué iba a mentirte?

Mi silencio acusatorio es respuesta suficiente.

—Vale. Vale —ríe Kasem, que no ha dejado de divertirse por lo malhumorada que estoy desde que he empezado a despertar—. *Mea culpa*.

Es como si no estuviera acostumbrado a que se enfadaran con él. Sospecho que se debe a que todo el mundo le tiene demasiado miedo como para demostrar su enfado cuando se porta como un imbécil.

Ya no me gusta en lo más mínimo que haya recuperado algo de su humor cabrón de antes. Prefiero el tipo frío y silencioso si este es el resultado.

—Ojalá yo pudiera usar magia. Te… te juro que me lasss pagaríass.

—Qué vengativa —se burla, pero se ha tensado de repente y desconozco el motivo.

—Jodiiiiida genética —maldigo en voz baja, contenta, a pesar de mi enfado, de estar recuperando el habla finalmente.

No sé cuánto tiempo llevo así. Varias horas, probablemente. Y eso sin contar el tiempo que haya estado dormida.

—Ni te imaginas cuán jodida, *vidraz* —le escucho susurrar con amargura.

Eso aumenta mi enojo con creces. Tengo unas ganas tremendas de partirle la cara. Jamás me consideré una persona violenta hasta ahora. Pero él despierta lo peor de mí desde que nos conocimos.

—Dime lo que sig… significa *vidraz* para ti de una pu… puta vez.

—Menudo vocabulario. ¿Qué pensarían tus alumnos si te oyeran hablar así?

Esta vez logro golpear su espalda. Aunque la fuerza con la que lo hago es de risa.

—Au —protesta con una risotada.

—¡Que me respon… das!

Él hace un sonido de diversión con la garganta que dudo que un humano fuera capaz de hacer. Es demasiado parecido al de un animal. Una mezcla entre el ronroneo de un gato y el gruñido de un león.

—¿Y si hacemos un trato? —propone—. Yo te digo mi edad y tú dejas de preguntarme qué significa esa palabra.

—¿Porrrr qué?

Frunzo el entrecejo. Es raro que quiera ofrecerme información personal, sabiendo lo cerrado que es con los demás, a cambio de no explicarme una mera palabra que supuestamente casi nadie usa ya en estos tiempos desde que el país que la originó desapareció.

—¿Y qué más dará el porqué? Lo que te ofrezco es conocimiento gratis para una yonqui de los libros como tú.

Su tono no me convence. Algo me susurra que trata de convencerme de que no le importa; de que solo quiere hacerme la puñeta negándome saber qué es lo que no para de llamarme desde que nos conocimos.

—No —decido—. Dime qué es *vidraz*.

Estoy orgullosa de mí misma por haber pronunciado una frase entera. Y además sin sentir que me iba a morder la lengua en el proceso. Es todo un logro en mi estado actual.

Maldito cabrón, rujo mentalmente con ira renovada cuando pienso de quién es la culpa de que yo esté así.

Él se tensa un poco más. Sería imposible notarlo si no estuviera tendida sobre su hombro.

—Qué pena…

—No seasss… ¡Ey!

Él me cambia de hombro como si mi peso fuera el equivalente al de una pluma. Seguramente para que no siga hablando. Es así de cabronazo.

—Me temo que te has quedado sin premio por portarte mal, listilla.

—¡Hijoputo!

Kasem se ríe a carcajada limpia.

—En eso sí que has dado en el clavo —aplaude, golpeando la palma de su mano libre contra uno de mis muslos de manera ligera (aunque aun así me pica)—. Ahora sí que realmente sabes más de mí que nadie excepto mi propia madre, *vidraz*.

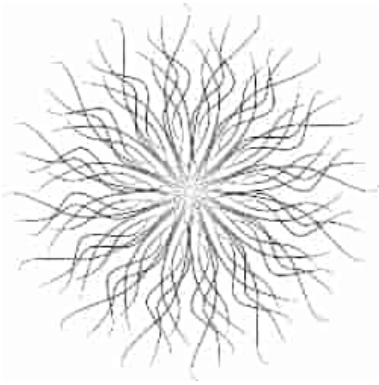
—¡Ojalá te caiga un rayo!

En el mismo instante en el que mi boca suelta eso con tanta rabia como soy capaz de reunir, suceden dos cosas. La primera, que Kasem maldice en *vadálico* y me lanza hacia una pequeña zona cubierta de hierba, lejos de él. La segunda, que literalmente le cae un rayo encima.

Un rayo que sale de la nada, puesto que el cielo está despejado. Y que además acabo de sentir en mis entrañas como si mi cuerpo tirara de él; como si yo fuera el eje de la energía que lo ha creado a partir de los elementos del ambiente.

Allí tendida, contemplando la humeante figura del vampiro tras recuperar la vista de la tremenda luz y el oído del sonido retumbante del extraño fenómeno antinatural, me doy cuenta de que *yo* soy la que ha convocado el rayo.

Y entonces pierdo el conocimiento como si dentro de mí hubiese habido una batería que acabo de gastar de golpe sin darme cuenta de ello.



Capítulo 33



Noemí

Estoy recostada sobre algo blando, aunque no tanto como mi viejo colchón de espuma. No sé qué es, pero es cómodo, así que me acurruco un poco más bajo la manta. Intento darme la vuelta para apoyarme en el otro costado, pero el espacio es muy pequeño y apenas puedo moverme.

Qué extraño, pienso, dejando de intentarlo.

De todas formas, aunque tenga unas ganas inmensas de quedarme aquí tumbada, mi cerebro no para de insistirle al resto de mi mente, todavía adormecida, que es hora de despertar porque hay asuntos muy urgentes que atender.

Como, por ejemplo, el que haya freído a Kasem con un rayo.

Ah, sí, asiento mentalmente, muy de acuerdo conmigo misma. *Eso fue terrible… ¡Espera un segundo! ¡Kasem! ¡El rayo! ¡Madre mía!*

Abro los ojos y me levanto como un resorte, presa del pánico. Me doy cuenta de que estoy dentro de un saco de dormir que alguien ha tendido sobre la hierba, no en una cama como creía mi mente atontada por el sueño. Pero eso es irrelevante ahora mismo.

—¿Kasem? —pregunto con voz trémula, buscándole con la vista.

Lo único que veo son rocas y una fogata solitaria. Nadie responde y tampoco siento ninguna presencia en los alrededores.

Estoy sola.

Quizá está vigilando el perímetro, me digo mentalmente para darme ánimos porque, si no, la culpa me corroerá por dentro. *Sí. Seguro que es eso.*

Pero a mi instinto, siempre tan sobrenatural, ese argumento no le convence. Y eso me angustia.

—Kasem —vuelvo a llamar con un nudo en la garganta—. ¿Estás por aquí? ¿Estás vivo? Dime que estás vivo, por favor…

Aguanto la respiración y espero una respuesta. Sé que sus oídos son tan finos que podría oírme a kilómetros de distancia si quisiera y que, por muy capullo que sea, no me dejaría sola en mitad de un territorio tan peligroso como este. Si le llamo, vendría en seguida. Estoy convencida de ello. Me sulfura mucho a propósito y se divierte a mi costa con su maldito sentido del humor retorcido, pero me protege cuando las cosas se ponen serias.

Espero varios minutos, con el nudo de mi garganta haciéndose más grande a cada segundo, pero lo único que escucho es el sonido de la naturaleza nocturna.

—¡Kasem! —Rompo a llorar cuando el silencio se alarga y se alarga y él no aparece con una burla o un comentario arrogante en los labios—. ¡Te he matado! ¡Oh, madre mía, lo siento tanto! ¡Oh, Kasem!

—Qué bonito —dice una voz sarcástica muy parecida a la del vampiro tocapelotas; aunque jadeando, como si hablar le resultara difícil—. Primero me chamuscas y luego me lloras a moco tendido. Con énfasis en lo del moco, por cierto. ¿Es que no tienes pañuelos o qué?

Sorbo los mocos, me aparto las manos de la cara y miro hacia todas partes intentando verle, pero de nuevo no lo encuentro ni en el pequeño claro cubierto de hierba y matorrales en el que estoy tendida, ni junto a la fogata, ni en las altas rocas que me rodean, iluminadas por las llamas.

—¿Kasem? ¿Eres tú? —inquiero con un hilo de voz. La esperanza florece en mi pecho.

Pero, una vez más, nadie me contesta. Ha vuelto a hacerse el silencio. Un silencio que se alarga hasta que pasan los minutos.

—¡Oh, Kasem! —gimoteo con tristeza, sintiéndome muy sola.

El pecho me duele y me cuesta respirar cuando comprendo que ya no está y que, aunque me parezca inverosímil, lo voy a echar de menos.

—Me encanta que gimas mi nombre.

Me paro en seco, dejando de llorar al instante. Presto atención a mis alrededores y me pregunto si el vampiro tendrá alguna forma de esconderse de mis sentidos, cosa que es posible a pesar de lo sobrenaturales que son a veces para presentir cosas.

—Como te estés escondiendo de mí para gastarme una broma… —Dejo la amenaza en el aire, aunque, una vez sale de mis labios y recuerdo cómo el rayo le cayó encima cuando le maldije, me siento como una malhechora por enfadarme con él.

A estas alturas, Kasem ya habría respondido con sarcasmo. No me cabe duda, pienso con ansiedad cuando él no dice nada*. No creo que pudiera callarse. Es tan bocazas como yo, aunque lo niegue.*

Respiro de manera agitada durante un buen rato. Soy idiota. La esperanza de que esté vivo, a pesar de que no creo que nadie, ni siquiera él, pudiera sobrevivir a algo como eso, no deja de resurgir y morir una y otra vez.

—No me lo puedo creer —susurro—. No me puedo creer que te haya matado.

—Yo tampoco —replica la voz del vampiro, aunque sigue sonando distante y ligeramente distorsionada.

La idea de que mi cerebro, sacudido por la conmoción y el estrés, está imaginándose que él sigue vivo, se hace cada vez más fuerte en mi mente. Ni siquiera él sería tan cruel como para hacerme creer que está muerto.

—Hasta tengo alucinaciones con tu voz —sacudo la cabeza, empezando a aceptar el hecho de que lo más probable es que Kasem haya muerto y sintiéndome extrañamente estafada por ello.

Es como si parte de mí hubiera creído en las infantiles leyendas de la inmortalidad de los de su especie, aunque mi cabeza adulta sepa que pueden morir. Como cualquier otra persona.

Como posiblemente lo haga yo misma, perdida en Rundra.

—Maldito vampiro —sollozo.

El resoplido que hace eco en el claro suena, definitivamente, como los típicos del mercenario, solo que más sibilante.

—Deja de maldecirme —protesta—. Harás que me caiga otro rayo encima. O, peor, que me salgan granos. Y los vampiros no tenemos granos *jamás*. Voy a estar ridículo siendo el primero de mi especie con acné.

Me río sin poder evitarlo, deseando tenerle cerca y oír su voz con claridad, sentir su cuerpo caliente a mi lado y ver sus fascinantes ojos cambiar de color como hicieron en el avión. Pero, en

vez de hundirme en esas fantasías imposibles, decido centrarme en mi situación actual.

Arya me espera. No puedo estar llorando mientras ella está en peligro.

¿Quién ha preparado el campamento y me ha metido en el saco de dormir?, me pregunto, tratando de ordenar mis pensamientos. Todavía tengo algunas telarañas en la mente, pero estoy empezando a pensar que tal vez alguien de La Mano Negra haya sustituido al vampiro en la misión, ya que su reputación de cumplirlas siempre pase lo que pase es mundial.

Ese pensamiento me rompe el corazón porque me doy cuenta, en ese instante, de que no quiero que nadie sustituya a Kasem.

—Debo de ser muy masoquista si alguien como tú ha podido calar tan hondo como para que mi mente quiera recordarte tanto —me lamento con voz enronquecida.

—No te negaré lo de que eres masoquista —se ríe la voz sin cuerpo del vampiro, emitiendo un silbido roto al hablar. Me viene a la mente una garganta quemada y humeante y el estómago se me revuelve de angustia—. Yo mismo lo he pensado alguna que otra vez. Pero es evidente por qué era inevitable «calarte hondo», como tú dices. ¿O es que alguna vez has visto a un tipo tan guapo y *sexy* como yo?

—Incluso como un fantasma sigues siendo el mismo capullo arrogante y ofensivo de siempre —sonrío para mí misma, aunque lo haga sin humor—. Supongo que es inevitable. No serías tú mismo de otra forma.

Abro la cremallera del saco de dormir tras dar un par de respiraciones profundas más y me froto la cara por segunda vez para limpiarme las lágrimas. La voz de Kasem se calla tras reírse un buen rato de mi último comentario. Sigue sonando más como un eco que como algo cercano, y ello solo me pone aún más triste.

Estoy teniendo alucinaciones con el mercenario por el que me sentía atraída. El mismo al que yo he matado lanzándole un rayo…

—¡Madre del amor hermoso! ¡Tengo poderes mágicos! —me exalto cuando mi cerebro se despeja y al fin procesa la realidad del todo.

Examino mis manos tras ponerme en pie, pero parecen tan normales como siempre. Luego me pregunto si no habrá resultado también una alucinación; si no he sido yo la que ha hecho que le caiga un rayo encima, sino que se ha tratado de un hecho aislado. Una breve e intensa catástrofe natural justo en el punto donde el vampiro estaba de pie.

Pero algo dentro de mí me susurra que sí que ha sido cosa mía, y he aprendido a escuchar esa voz desde pequeña porque siempre acaba por tener la razón.

—¿Kasem? —pregunto tras un titubeo, sintiéndome boba por llamar a una alucinación, pero queriendo oírle de nuevo—. Creo que soy una bruja.

Espero un rato, sin embargo nadie responde. Ni siquiera con sarcasmo. La voz del mercenario ha desaparecido otra vez sin previo aviso.

—Vale ya. Estoy portándome como una tonta. La muerte es algo que nos puede pasar a todos, incluso a alguien tan poderoso como él. Sentirme culpable no lo devolverá a la vida —me reprocho con voz afectada por las ganas de romper a llorar por enésima vez —. Tengo que encontrar a Arya. Debo centrarme en eso… Pero ¿cómo voy a hacerlo sin él?

Y, además de eso, ¿quién leñes ha montado el campamento y me ha metido en el saco? No hay nadie alrededor y yo no recuerdo haberlo hecho, reflexiono para mí misma. *Claro está, que se supone que las brujas saben que tienen poderes desde el nacimiento, y yo acabo de descubrirlo. ¿Quién sabe cuántas cosas más están*

escondidas en el fondo de mi mente sin que yo sea consciente de ello?

¿Habré sido yo la que ha hecho esto y luego me he dormido y olvidado de ello? ¿El que no me acuerde es cosa del trauma de haber matado a alguien, aunque ese alguien fuera un asesino a sueldo? ¿*Especialmente* porque ese alguien era Kasem?

—Es en serio que ya no estás ahí, ¿verdad? —jadeo.

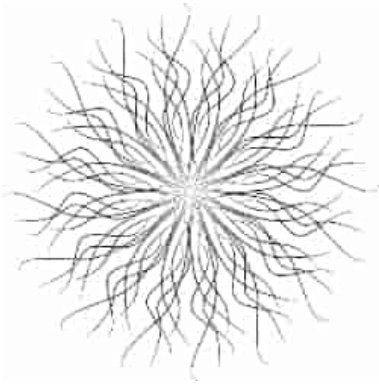
Una vez más, es como si una mano de hierro me estrujara el corazón y los pulmones al pensar en él por mucho que trate de evitarlo.

Me siento en el suelo y rompo a llorar cuando las emociones sobrepasan mi capacidad de controlarlas. Una vez se me pasa el nuevo ataque de tristeza y culpa, empiezo a preguntarme cómo es posible que haya pasado esto; que yo haya matado al mercenario.

Por primera vez desde que soy adulta me planteo si mi irresponsable madre, que nos abandonó a Arya y a mí en el sistema de adopción cuando mi hermana tenía tres años y yo ocho, nos escondió mucho más que solo el hecho de que nunca nos quiso.

Al fin y al cabo, como ya le dije al vampiro hace tiempo, las personas con poderes solo pueden heredarlos de una madre o abuela que sea una bruja.

Y de nadie más.



Capítulo 34



Noemí

—¿Cómo voy a comer o a acceder a mis malditas cosas si están dentro de un papel mágico? —me desespero—. Además, ni siquiera tengo un mapa de la zona. ¡No sé cómo llegar a donde está Arya!

He encontrado varios papeles con sellos que, al parecer, Kasem dejó en mis bolsillos mientras yo estaba distraída con otras cosas. Estoy segura de que contienen provisiones para el viaje, pero no sé cómo abrirlos.

—¿Eso es lo que te preocupa tras haberme lanzado un rayo? Qué cruel.

—¡No puedo abrir esta cosa y sin la comida y el agua que has dejado dentro, me moriré! —exclamo sacudiendo el papel en dirección a la voz sin cuerpo que, para mi alivio (o preocupación por mi salud mental), ha regresado (e incluso parece más saludable que antes).

—En mi defensa, no esperaba que me atacaras.

—En mi defensa —me hago eco de su sorna—, no esperaba que mi deseo de que te diera un rayo fuese a hacerse real.

Él se ríe.

—Menos mal —bromea—. Imagínate lo que me habrías hecho si hubieras creído que iba a hacerse real.

La mezcla de emociones que me causan las palabras de la voz fantasmal del vampiro es tan complicada como él. Orgullo y culpa se agolpan en mi pecho.

—Estás con la mirada perdida otra vez —me regaña el vampiro.

—Lo sé.

Saco un pañuelo del bolsillo de mi chaqueta y me sueno los mocos mientras me obligo a volver a la realidad y a dejar a un lado la ansiedad por ahora, por muy difícil que ello sea.

—Centrémonos de nuevo en los sellos. Tienes que abrirlos.

—No puedo —contesto con impotencia.

—Ya te lo he dicho…

—¡Tus instrucciones no funcionan! —le interrumpo, sintiéndome frustrada con toda la situación.

Él me ignora y sigue hablando.

—… tienes que concentrarte en la energía de la runa e imaginar que se abre la puerta dimensional mientras convocas tu magia para que haga el trabajo.

—Ah, sí —replico con retintín—. Convocar mi magia. Genial. Excepto que hasta hace nada, ¡yo ni siquiera sabía que tenía magia!

Casi puedo sentir cómo Kasem pone los ojos en blanco.

—Estás siendo muy melodramática.

—Te juro que si estuvieses aquí te daba una patada.

—¿Quién es la asesina sádica ahora? —bufa él.

Esa pregunta me hace sentir un poco mal.

—Lo siento.

—Te he dicho que dejes de disculparte —gruñe él—. Creo recordar haberte repetido en varias ocasiones lo mucho que me aburre tanto «lo siento».

—No puedo evitarlo. Me siento fatal por haberte matado.

El enfado y la frustración vuelven a dejar paso a la tristeza.

—… —El silencio es curiosamente audible hasta que él lo rompe —. Yo nunca he dicho que me hayas matado.

Su respuesta me deja un poco patidifusa. De repente, mi corazón empieza a latir con fuerza.

—¿No fui yo? ¿Hay enemigos cerca?

Mi vista se pasea por las rocas de manera ansiosa.

Él suspira.

—Mira que eres densa.

—Idiota. Es normal que esté preocupada.

—¿Y no te preocupa más el que creas que oyes la voz de un fantasma?

Eso me hace sentir bastante enajenada. Sobre todo, porque me lo pregunta mi imaginación.

—La verdad es que sí —admito—. Quizá haya perdido el norte.

—En mi opinión, nunca has tenido un «norte» —afirma él con guasa—. Pero no te preocupes, no se te ha ido la olla… al menos en esto.

Mi cuerpo se queda helado y, a la vez, frío. Me replanteo su afirmación de antes. Si ha fingido estar muerto hasta ahora…, pero no, no es posible. Él no me haría algo como esto. Lo sé.

—¿Quieres decir que no estás muerto? —Mi voz suena extraña hasta para mí, aunque necesito preguntárselo otra vez.

Jamás me había sentido así. Ni siquiera sé cómo definirlo, sin embargo, sí sé que no es algo bueno.

—…

Una vez más, su silencio es casi audible.

—Kasem —la ira que siento surgir como un géiser desde mi interior no puede compararse con ninguna otra. Ni siquiera puedo pronunciar su nombre sin temblar de pura cólera—, ¿estás vivo?

La pregunta suena muy amenazadora. Jamás creí que yo pudiera ser capaz de emplear un tono como ese. Ni de tener emociones tan intensamente rabiosas como estas.

—Ya te he dicho que yo jamás he afirmado que esté muerto —contesta él con calma—. Eso ha sido cosa tuya.

Palidezco. Y no de miedo, precisamente.

—No me lo puedo creer…

—Tus creencias personales no son cosa mía.

Aspiro una bocanada de aire. Mis manos tiemblan por la potencia de mis emociones y arrugan el papel con el sello que estaba intentando abrir.

—¿Dónde estás?

Mi voz suena tranquila, pero al mismo tiempo se nota que no hay nada en calma en mi interior cuando las sílabas salen de mi boca.

—Si lo preguntas así, no pienso decírtelo. No sea que decidas acabar el trabajo —me responde de manera evasiva—. Me gusta vivir, ¿sabes? Es divertido… cuando nadie te chamusca con un rayo. O te dispara.

—Kasem —siseo—. ¿Dónde coño estás? ¡Dímelo ahora mismo o te juro que volveré a desear que te caiga un puto rayo encima!

Miro hacia todos lados, pero, cómo no, no le encuentro.

Él deja salir el aliento en un suspiro largo y ronco.

—No estoy muy lejos. No iba a dejarte sola a pesar de que has tratado de eliminarme. —La última frase la pronuncia con ironía—. Sigues siendo mi clienta.

Que me llame así no me gusta, aunque sea lo cierto.

—Déjate de adivinanzas y dame tu ubicación.

El corazón me late tan rápido que creo que me va a dar una taquicardia.

El vampiro carraspea.

—No sé si decírtelo, la verdad. Me siento mucho más a salvo tras estas rocas.

Lo veo todo rojo. Cuando me doy cuenta, estoy trepando por todas las piedras que rodean el claro buscándole a voz en grito.

—¡Sal de una puta vez!

—Emites tantas ganas de matarme que paso. No pienso salir.

Trepo a otra roca, más cercana a donde escucho su voz, y miro entre sus oscuros huecos con la respiración agitada y la cara

enrojecida por el esfuerzo.

—¡Te juro que voy a arrancarte los huevos como no aparezcas ya! —le advierto entre jadeos.

—Joder. Y yo que pensaba que no eras capaz de esas cosas —silba el maldito vampiro—. Mírate. Seguro que si eres capaz de cumplir lo que prometes te reclutarían en la organización y todo.

—¡Kasem!

—¿Qué?

El que suene tan tranquilo solo me enciende más.

Salto hacia otro grupo de piedras y lo busco como una posesa, pero el muy jodido se está escondiendo muy bien.

—Estás usando el conjuro de ocultación, ¿verdad? —deduzco, entrecerrando los ojos mientras paseo la vista por los alrededores.

Me siento profundamente estúpida y avergonzada cuando lo pienso. Pues claro que no estaba escuchando voces. Magia o no magia, nadie, que yo sepa, habla con los muertos. Y no puede ser que los episodios alucinatorios ocasionados por la culpa y la tristeza duren horas, ¿no?

—Muy bien concluido, listilla —aplaude el muy cabrón—. Ahora, ¿qué tal si te sientas un poco y te calmas?

—Y una mierda —gruño—. ¿Por qué te escondes?

—Tengo mis motivos.

—Pues más te vale que sean buenos —le advierto—. Porque como te encuentre y estés tranquilamente tumbado mirándome perder el juicio y llorar por ti mientras te ríes de mí…

—No me reído de ti… mucho.

—Eres un maldito gilipollas.

Me siento profundamente decepcionada.

—Has intentado matarme —replica él con un sonido ofendido—. Tengo derecho a sanar en paz en mi pequeño rincón privado.

Bajo de las rocas y me siento en el suelo, perdiendo la fuerza que me había dado la rabia de un plumazo.

—No puedo creer que hayas hecho esto —murmuro, dolida por su comportamiento—. ¿De verdad eres tan hijoputa como para reírte de alguien que te está llorando? ¿De verdad has dejado que crea que te he matado? ¿En serio me respetas tan poco como para eso?

Se hace el silencio.

No sé qué piensa él, pero yo estoy empezando a recapacitar. Seguro que la atracción que siento por él me había nublado el juicio a la hora de juzgarle. No es un asesino juguetón, arrogante y un poco cabrón, pero con buen fondo. Es un maldito sociópata al que no le importo una mierda.

Giro la cabeza como un resorte cuando, súbitamente, las sombras que había en un rincón del claro, lejos de la fogata y opuesto a la zona donde más se oía su voz, desaparecen.

Kasem está sentado con la espalda apoyada sobre una alta roca. Su rostro es serio y sereno. O al menos lo que puedo ver de él. Lo que queda de lo que no está quemado hasta el ennegrecido hueso.

Como el resto de su cuerpo.

—Hola, listilla —saluda el mercenario con voz serena.

No queda mucho de sus labios. Puedo ver sus dientes a través de los huecos de su carne derretida.

Estoy demasiado conmocionada como para notar el ligero toque de ternura en su voz.

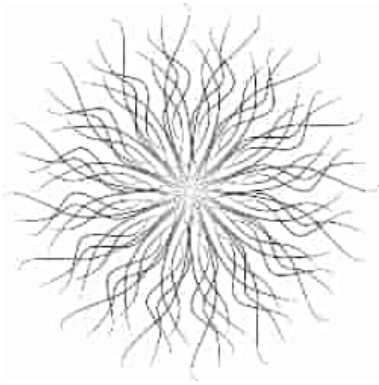
—¿Yo te he hecho eso? —pregunto con un hilo de voz.

Está ciego, noto con horror.

Él encoge uno de sus hombros como si nada a pesar de que debe de dolerle horrores.

—He estado peor —afirma con ese deje de humor que casi siempre hay en su voz—. Se me pasará. Ya sabes que sano rápido.

Rompo a llorar a mares cuando me sonríe.



Capítulo 35



Noemí

Kasem se desmaya de vez en cuando. Por eso a veces no me respondía cuando lo llamaba. Aunque él ha bromeado diciendo que no era desmayarse, sino que estaba usando sus habilidades seductoras con la técnica del Bello Durmiente, a ver si colaba y a mí se me caían las bragas.

Nunca había llorado y reído al mismo tiempo hasta oírle intentando suavizar su estado con una broma sexual para no hacerme sentir culpable. Aunque eso último no le haya funcionado mucho. La culpa que siento es mucho más intensa que antes.

—Si vuelves a disculparte volveré a dormirte a la fuerza —amenaza él cuando abro la boca.

Ni siquiera sé cómo sabe que yo iba a hablar, dado que está ciego. Pero a estas alturas ya no me sorprendo cuando el vampiro

hace uso de sus sentidos sobrenaturales, que al parecer todavía permanecen intactos.

—¿De verdad que no quieres que te traiga nada? —le pregunto —. Podría…

—Por última vez: no —me interrumpe—. Y no me propongas cazar algo para mí. Ambos sabemos que fracasarías antes siquiera de empezar.

—No seas borde. Solo intento ayudarte.

—Mira quién fue a hablar —gruñe él—, la que me ha dejado en este estado.

La parte de sus labios que todavía está pegada a su cuerpo se mueve y emite un silbido; la que se ha derretido, en cambio, cuelga de un costado de su mandíbula.

—¡No ha sido a propósito!

—Excusas y más excusas. Si querías electrificarme la sangre, solo tenías que haberte quitado la ropa y ya está.

Me ruborizo sin poder evitarlo. Juro que solo él es capaz de hacerme rechinar los dientes y, al mismo tiempo, sentir una poderosa lujuria incluso cuando estoy angustiada por su salud.

—Deja de bromear. Esto es serio.

—No estoy bromeando —replica con una seriedad que hace que mi estómago aletee de deseo—. Te aseguro que lo digo en serio.

—Hasta hace unas horas, me odiabas y no querías saber nada de mí. —La voz me sale acongojada y eso hace que mi vergüenza se incremente.

Él guarda silencio un rato.

—No te odiaba.

Es lo único que dice.

Decido insistir una vez más. Detesto que nunca me dé respuestas claras, aunque al mismo tiempo quiera respetar sus límites. Sin embargo, admito que esto último me resulta difícil con él debido a su manía de provocarme. Es como si le gustara que le hiciera preguntas privadas solo para ver la cara que se me queda cuando me niega la respuesta. Cuando no le pregunto u opto por el silencio, siempre es él el que acaba por tirarme de la lengua para que le pregunte. Es un tocapelotas en toda regla.

—¿Por qué te portabas así? —le pregunto—. Es como si me detestaras sin motivo. Me ha dolido.

Admitir mis emociones más vulnerables en voz alta no es algo cómodo, pero cuanto más tiempo paso con Kasem, más siento que no pasa nada por contárselas; que, por mucho que me gaste bromas sobre otras cosas, no se burlará de mi lado más sensible de manera cruel ni lo usará para hacerme daño. El vampiro es una mezcla entre capullo y considerado que me resulta difícil de descifrar y, por lo tanto, me atrae cada vez más.

Al fin y al cabo, ¿a qué investigadora no le gusta un buen enigma?

Creo que él intenta suspirar, pero el sonido que sale de sus chamuscados pulmones no se parece mucho a un suspiro. Más bien a un estertor moribundo.

—Eres como un sabueso tras un rastro —se queja—. Pero un sabueso obsesivo, eso sí.

—No me voy a disculpar porque, si me disculpo de nuevo, me lo reprocharás.

—Muy cierto —admite. Luego se lo piensa un rato y añade—: Si te digo que lo hacía por tu bien, ¿dejarás estar el tema?

—No. —Frunzo el entrecejo—. Todo lo contrario. Eso solo hace que sienta más intriga.

—Me lo imaginaba —masculla de manera malhumorada—. Pues entonces te diré que lo hacía por mi propio bien y fin del asunto.

Alzo una ceja.

—¿Y eso por qué?

—Eso —contesta él arrastrando las palabras— es asunto mío. Deja de hurgar en mis emociones.

—No es que expreses muchas. Más allá del hecho de burlarte de mí o de provocarme sexualmente —resoplo.

—Y así es como me gustan las cosas —declara él con sequedad —. Y, por cierto, te recuerdo que yo soy la persona convaleciente aquí y que necesito paz para sanar.

Sabe meter el dedo en la llaga. La vergüenza amenaza con sofocarme una vez más. Abro la boca para disculparme, pero la cierro de nuevo porque sé que pedirle perdón le irrita.

Así que paseo la vista por su cuerpo por enésima vez, comprobando cómo está y comparándolo con cómo estaba minutos antes, cuando lo he revisado por última vez.

Es cierto que su cuerpo se está regenerando, pero lo hace mucho más lentamente que aquella vez que le disparé. Ahora mismo parece estar cubierto de parches de piel sana allí donde no hay huecos o zonas quemadas. La carne quemada se va cayendo una vez la nueva, lisa y enrojecida como la de un bebé, le crece debajo, sobre el esqueleto cuyos huesos vuelven a ser blancos, y no negros como hace un rato. Aunque todavía puedo ver sus costillas asomando por un agujero de su caja torácica.

Es tan extraño verle así y saber que yo le he hecho esto al asesino más peligroso de la organización más infame del planeta.

Cuando lo miro, me viene la imagen de un zombi a la cabeza, pero sé que solo los humanos pueden convertirse en esas cosas al ser infectados. Y él, definitivamente, no es humano (y además todavía conserva sus provocadoras capacidades mentales).

—Vale. —Trago saliva, decidiendo dejar la incipiente discusión a un lado.

Abro la boca para seguir hablando, pero él me corta antes de poder hacerlo.

—Vale, ¿qué?

—Déjame terminar de hablar y lo sabrás.

—No sé si hacerlo o no —refunfuña él, interrumpiéndome de nuevo cuando iba a continuar—, dado lo que me has hecho antes *hablando*.

Alza una de sus ennegrecidas manos y se señala a sí mismo fingiendo tener miedo de mí. No sé cómo lo hace, dado que no puede ni mirarme, pero logra expresarse muy bien con lenguaje no verbal. Lo miro con creciente irritación, que se mezcla con la culpa y crea una combinación desagradable en la boca de mi estómago.

—La lengua no se te ha chamuscado, ¿eh? —rezongo con sarcasmo.

Él se ríe, aunque suena como un gato ahogándose al hacerlo.

—Sí lo ha hecho —chasquea los dientes al sonreír—. Pero no te preocupes, sigo siendo tan hábil con lo que me queda de ella como para hacer que una hembra vea las estrellas.

Mi rubor se intensifica.

—De verdad que no sé cómo eres capaz de ponerte a flirtear en estas circunstancias —admito con un deje de admiración.

Él eleva uno de sus hombros. El que está un poco más regenerado que el otro y, sospecho, el único que puede mover por ahora.

—Mis terminaciones nerviosas están tan dañadas que no siento dolor —me confiesa—. Además, jamás dejará de ser divertido provocarte. Las caras que pones son dignas de ver. Tienes un rostro muy expresivo.

—¡Pero si no puedes verme! —me indigno.

Él me guiña uno de sus blanquecinos ojos con un párpado ensangrentado.

—Siempre he tenido una imaginación *exquisita* —ronronea.

El cómo es capaz de hacer que algo dicho con esa voz sibilante suene tan sensual escapa a mi comprensión. Definitivamente Kasem es la persona más extraña, fascinante y atractiva, aun estando en el estado en el que está, que he conocido o conoceré jamás. Pero no pienso decírselo. Es otra cosa más que me guardo para que no se le infle aún más su enorme ego.

—Vale —vuelvo a decir, esforzándome por dejar de pensar cosas tan innecesarias ahora mismo—. ¡Déjame hablar! —exclamo cuando noto que está cogiendo aire para interrumpirme—. Eres el mayor tocapelotas del mundo, lo juro.

—Se me da muy bien masajear pechos —declara con orgullo.

—¿Y eso qué tiene que ver en esta conversación? —Me siento tan frustrada con él como de costumbre.

—Todo.

Me lo quedo mirando.

Él eleva una mano y curva los dedos en forma de pelota a la altura del pecho.

Qué idiota.

—A partir de ahora voy a ignorarte —resuelvo.

—¿Crees que podrás? —me reta.

—¿No me dijiste que debía aprender a no responder a tus provocaciones o algo así?

—¿Yo dije eso? No me lo creo. Jamás me estropearía la diversión a mí mismo.

Suelto un suspiro tan fuerte que suena como una máquina a presión a punto de estallar.

—Como iba diciendo…

—Qué intriga. Lo único que has dicho hasta ahora es «vale». Me pregunto qué irá a continuación. No tendrás palomitas por ahí, ¿verdad?

Tal y como había prometido, le ignoro, aunque me cueste.

—… quiero ayudarte…

—Y dale con eso. Ya te he dicho que pares de pedir perdón…

Él sigue hablando al mismo tiempo que yo, pero no dejo que eso me desconcentre.

—… así que he pensado que, dado que supongo que al ser vampiro te regeneras mejor con sangre, podrías beberte la mía —propongo.

Sueno nerviosa, pero es que lo estoy. Y mucho.

—… y de ofrecerme tus cosas. O las mías, que de todas formas no puedes sacar de los sellos todavía… Espera —se interrumpe a sí mismo—. ¿Qué has dicho?

—Que puedes beberte mi sangre para regenerarte —repito con voz tensa.

Intento que no se me note que la idea me excita porque no quiero hacer de esto algo sexual, dado su estado.

Aunque seguro que él lo haría, bufo mentalmente sintiendo un inusual pico de cariño por el exasperante asesino a sueldo.

—No.

Su negación, dicha con rotundidad, me pilla por sorpresa.

—¿Por qué no? —pregunto al cabo de unos segundos, tras procesar su respuesta.

—Porque no.

—Eso no me aclara nada.

—Bien.

No añade nada más.

Me cruzo de brazos.

—No puedo abrir los sellos —le recuerdo—. Lo he intentado durante horas y ya hemos visto los resultados.

—Pues inténtalo de nuevo hasta que lo logres.

—¡Pero tú necesitas las bolsas de sangre que están almacenadas en los papelitos de los alimentos *ya*! —me impaciento.

Él mueve la cabeza, haciendo crujir su cuello de manera que seguro que me provocará pesadillas en un futuro.

—La respuesta sigue siendo no.

—Así que mi sangre no la quieres, pero si lograra sacar las bolsas de sangre del sello, ¿entonces te beberías la de un completo

desconocido?

—Exacto.

Me siento un poco dolida cuando dice eso.

—¿Tienes alguna aversión hacia mi sangre o algo así? —intento que me salga como una broma, pero no lo consigo muy bien.

Me siento humillada, aunque sepa que no tengo por qué. O al menos no por lo de ofrecerle mi sangre. Eso ha sido generoso por mi parte, considerando lo poco que suele gustarme el contacto físico con alguien que no sea Arya (la atracción que siento por él no cuenta).

Cuando él no responde, sino que un silencio incómodo crece entre ambos, ese sentimiento de rechazo se incrementa y hace que el pecho me dé pinchazos.

—¿De verdad es eso? —Odio que mi voz suene tan contrariada —. ¿Es porque es mi sangre? Si fuese de cualquier otra persona, ¿sí que la aceptarías?

Él suelta un suspiro. Uno de sus párpados, que se ha regenerado del todo mientras hablábamos, se cierra sobre su ojo blanquecino.

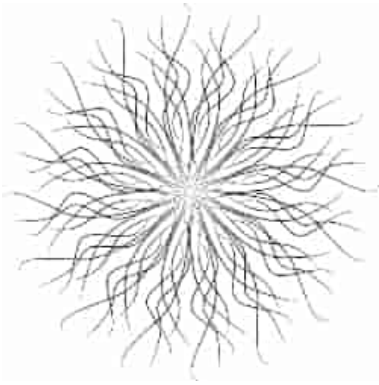
Al menos ahora no son cuencas vacías, pienso con angustia al ver que su fachada bravucona ha desaparecido y que el cansancio real que siente se ve claramente durante unos segundos. Y eso hace que lo que me duele, de repente, sea el corazón.

Decido no esperar a que me diga alguna tontería para evitar darme una respuesta honesta.

—¿Kasem? —Mi voz suena como un susurro gentil mientras me levanto y me sacudo la tierra del pantalón—. Voy a intentar abrir los sellos otra vez, ¿vale? Dejaré de ser una pesada y me iré al otro lado del campamento para que sanes tranquilo.

Intento alejarme, pero él me agarra del brazo con la rapidez de una serpiente.

—Está bien. Acepto tu oferta.



Capítulo 36



Noemí

El corazón me da un vuelco al oír sus palabras.

—¿En serio?

Si Kasem tuviera cejas, seguro que ahora estaría enarcando una.

—¿Retiras tu oferta?

—¡No! —se apresura a negar mi boca con vehemencia. Me aclaro la garganta y añado en voz más calma—: No, no la retiro. Creo que es lo mejor para ti.

No pienso admitir en voz alta que la idea me entusiasma más de lo que debería. Me digo con firmeza que solo lo hago por el viaje, ya que el que el mercenario sane lo más rápido posible nos conviene a ambos, pero en realidad soy consciente de que uno de los motivos es que la imagen mental de los labios del vampiro, de sus colmillos,

de su lengua, contra mi piel… hace que quiera jadear y que me acalore bastante. Y eso que su aspecto ahora mismo no es lo que se dice atractivo.

Kasem, que está ligeramente inclinado hacia delante para poder coger mi brazo, tira de mí suavemente hacia sí hasta que estoy sentada a su lado.

—¿Cómo lo hacemos? —le pregunto cuando él no me indica nada.

Me coloco un mechón de pelo de manera nerviosa tras la oreja, notando que está grasiento y que llevo tiempo sin darme una ducha de manera apropiada.

—Acércate más —me pide, recostándose de nuevo contra la roca. Sus huesos crujen cuando lo hace. Al igual que su reseca piel.

Me relamo los labios y apoyo las palmas de las manos a ambos lados de sus piernas, acercando mi rostro al suyo de manera tentativa.

Kasem pone una mano de piel rugosa y huesos prominentes en mi nuca e inclina mi cabeza hacia un lado.

—Te dolerá un poco —me advierte—. Ahora mismo mi cuerpo no tiene la energía suficiente como para crear el suero natural que hace que la gente encuentre placentera la mordida de un vampiro.

Hago una mueca que procuro que no vea.

—Entiendo.

—Si te duele mucho, dímelo y me detendré.

Me muerdo el interior de la mejilla con nerviosismo.

—Lo haré.

Él emite un sonido gutural que me deja bien claro que no me ha creído.

Y entonces acerca sus maltrechos labios a mi cuello y me muerde.



Capítulo 37



Kasem

Esto es una mierda.

No puedo sentir su sabor en mi lengua. Ni oler su aroma. Ni deleitarme en la calidez de su cuerpo contra el mío o de su sangre corriendo por el torrente de mis venas, alimentándolo con su furor, con esa naturaleza apasionada que esconde bajo su fachada de sabelotodo de nariz respingona.

Así no es cómo me imaginaba mordiéndola cuando fantaseaba con ello, en los escasos segundos en los que mi mente se descontrolaba cuando mi atracción por Noemí me nublaba el juicio, justo antes de que lo recuperara machacándome la mente con rabia contra mí mismo y, para mi total exasperación (y, admito, un deje de vergüenza) contra ella por contrariarme siendo tan atractiva y provocándome de manera continua e inconsciente.

Noto su vitalidad llenándome; aumentando la velocidad de mi regeneración.

Escucho su gemido de deleite; su jadeo. Siento sus manos aferrándose a mis magullados hombros, cuyos músculos empiezan a recobrar algo de sensibilidad. Pero, aunque mi mente la desea, mi cuerpo está vergonzosamente demasiado roto ahora mismo como para responder a la lujuria que mis nuevas fosas nasales empiezan a oler en su piel y en su aliento.

—Suficiente. —La aparto de mí con un empujón cuya fuerza mido mal.

Noemí cae hacia un lado con un grito de alarma. Sus pupilas tardan unos segundos en poder enfocarse en mí.

—¡Me has empujado!

—Tus capacidades de observación jamás dejarán de maravillarme —respondo con mi tierna lengua rosada, escupiendo los restos de la antigua en un costado.

Estoy contento de poder hablar sin sentir que me ahogo en cada sílaba. Era una sensación de lo más molesta. Estiro los brazos por encima de mi cabeza y compruebo que los músculos y los huesos vuelven a estar en perfecto estado.

Genial, pienso con satisfacción, arrancándome la piel quemada y echándola en el montón de piezas de mi cuerpo inútiles que voy descartando mientras las nuevas ocupan su lugar.

Ella hace una mueca de asco y horror al verlo. Se incorpora hasta estar sentada y se pasa el pelo que se le ha salido de la coleta tras la oreja.

En menos de un microsegundo, pasa de estar furibunda a mirarme con timidez a pesar del espectáculo digno de una película de terror que estoy dando, que no es precisamente un escenario romántico.

Esto pinta mal, me digo cuando lo veo.

—¿Quieres que te ayude con la ropa?

—¿Qué ropa? —desconfío mirándola de reojo.

—La que se te ha quedado pegada al cuerpo —señala ella.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—No hace falta.

—Pero…

—Que no —la corto de manera arisca, arrojando un trozo de chaqueta junto con el trozo de piel al que estaba pegada al montón.

Ella hace un puchero con los labios. Un maldito *puchero*. Como una cría coqueta.

Joder. Está en mitad de un subidón. Sabía que podía pasar. Menuda mierda.

Puede que yo no haya sentido nada, pero al final ha resultado que entre su lujuria y la escasa ponzoña que mis colmillos han logrado producir, el dolor y la incomodidad que le había augurado no han aparecido. Mal para mí. Si le hubiera dolido, habría puesto las cosas más fáciles. Ahora tengo frente a mí a una bruja potencialmente adicta a mi mordida que ya me ha pillado por sorpresa dos veces (aunque jamás vaya a hacerlo de nuevo) y que

tiene motivos para estar cabreada conmigo cuando se le pase lo que comúnmente se denomina «subidón posmordida».

El estado de deleite, éxtasis, ganas de complacer al vampiro que le ha hincado el colmillo y lujuria combinado con una intensa adoración que a veces se activa en el cerebro de los pobres incautos que se dejan morder.

Noto su mano trepando por mi cadera mientras me estoy arrancando una pieza de la chaqueta que se ha quedado pegada a mi espalda y cojo su muñeca con rapidez para detenerla.

—Estate quieta —le ordeno.

—Pero no quiero. —Otro ridículo fruncimiento de labios que pretende ser sensual y solo la hace parecer infantil e inquietante—. Quiero tocarte. ¿Es que tú no quieres tocarme?

Rechino los dientes.

En este estado no. Pero eso no se lo voy a decir. Es demasiado honesto para mí. A mí me gusta más trabajar con medias verdades, me hacen sentir menos incómodo. Menos expuesto.

—Ahora mismo pareces esa *groupie* que negabas ser.

—¡Qué malo eres conmigo! —gimotea en un tono infantil que no le pega nada.

—Joder —me horrorizo—. Sí que os pudren el cerebro las hormonas de la mordida, sí. Hasta tú te has vuelto tonta de remate.

Algo de esperanza renace en mí cuando veo el ramalazo de cólera que cruza sus rasgos, pero se apaga cuando sus ojos se vuelven vidriosos de nuevo poco después.

Noemí, a la que jamás me habría imaginado emitiendo semejante sonido infernal, deja escapar una risita. *Una jodida risita*. De esas que se hacen a propósito para parecer más femenina.

Me pone todo el vello que ya ha recrecido de punta.

—Ay, Kasem —suspira ella como si no me acabara de helar hasta los huesos—, cómo ere… eeeeeeeeee… —Grita cuando la lanzo por los aires al centro del claro y aterriza sobre la hierba.

Procuro que no se haga demasiado daño y que no caiga sobre ninguna roca y, antes de que se levante y proteste o, peor, de que intente correr hacia mí y hacer algo más detestable que *soltar una risita*, creo la barrera semicircular más rápida que he creado en toda mi vida para atraparla en su interior.

—¡Kasem! —chilla la cosa enajenada que pretende ser Noemí, levantándose y golpeando la barrera con un puño que rebota y la hace sonar como un suave gong—. ¡Déjame salir!

—Lo haré cuando vuelvas a ser tú misma. Hasta entonces, ahí estarás a salvo y lejos de mí.

Me doy media vuelta y me interno en las tierras salvajes de Rundra, haciendo caso omiso de sus gritos de ultraje, mezclados con invitaciones obscenas a encerrarnos los dos bajo la cúpula invisible de mi barrera para follar como posesos.

La fauna de la isla de Galiether está llena de criaturas por cuyas venas corre una magia muy poderosa. Solo debo cazar a una o dos cuya sangre me permita terminar de regenerarme. Y si, mientras tanto, a Noemí se le pasa el subidón posmordida, mejor que mejor. Prefiero lidiar con las bestias que escupen ácido cualquier día a tener que hacerlo con una bruja que me hace ojitos, en vez de gritarme que soy un imbécil como suele hacer siempre.

Si este es el resultado, jamás volveré a morderla, por mucho que me tiente conocer el verdadero sabor de su sangre sobre una lengua capaz de degustarla como se merece.



Capítulo 38



Kasem

Vuelvo un par de horas más tarde con la esperanza de que a Noemí se le haya pasado el subidón y con la cabeza llena de ideas muy claras. Una, que no la volveré a morder a no ser que sea imprescindible; y, dos, que las veces que me he imaginado a una Noemí sumisa y complaciente en mis muchas fantasías sexuales ahora me repugnan en vez de excitarme.

Prefiero a la listilla deslenguada que no me tiene un ápice de miedo y que me planta cara por el mero hecho de saciar su inquieta curiosidad a la *groupie* de las risitas de hace un rato. Esa última me pone los pelos de punta.

—Estás desnudo.

Es lo primero que comenta la bruja nada más verme, y el hecho de que lo haga de morros, sentada en el suelo, con los brazos cruzados, el entrecejo fruncido de manera huraña y uno de sus tonos más gruñones me hace sonreír de puro alivio.

—Y tú vuelves a ser tú misma.

Mis palabras la hacen ruborizar de la vergüenza.

Así que se acuerda. Algunos no recuerdan mucho lo sucedido tras la mordida si esta les afecta mucho, como ha sido su caso. Son pocos, pero los hay.

—No sé a qué te refieres.

Suelto un bufido y me limpio la sangre de mi última presa de la barbilla. La sangre de la lamia sabía a mierda, pero es mejor eso que nada.

—Así que la mujer que hasta ahora ha preferido la cruda y dura honestidad de repente prefiere la mentira —me burlo—. ¿Qué pasa? ¿La vergüenza te vuelve una mentirosa o es que un lobo sarnoso te ha comido la lengua?

—Lo estás diciendo mal —replica ella en cambio, ignorando mi pulla—, como cuando nos conocimos. Es: «¿te ha comido la lengua el gato?», no: «un lobo sarnoso…».

El aullido la interrumpe y nos silencia a los dos.

Me giro instantáneamente hacia el origen y extiendo mis sentidos todo lo que puedo ahora que estoy totalmente recuperado gracias a mi jodida genética. Luego chasqueo los dedos haciendo

desaparecer la barrera que contenía a Noemí y, con pasos coléricos, me planto frente a ella y la obligo a levantarse, olisqueándola.

Lo sabía, pienso con irritación. *La única cosa que le digo que no toque…*

—¿Qué haces? —protesta.

—Te dije que no tocaras esa puta hierba, ¿no es así? —refunfuño—. Recuerdo muy bien habértelo dicho. Creo que, de hecho, fue mi única advertencia tras pasar la frontera.

Ella abre la boca, pero entonces un ramalazo de reconocimiento hace que la cierre de manera sonora.

Así que sí que lo ha hecho. Y lo sabe.

—¿Te refieres al arbusto aquel que me señalaste mientras subíamos la montaña? —Tiene la desfachatez de preguntármelo, fingiendo inocencia.

—¿Es que te he señalado algún otro? —pregunto con sarcasmo —. ¿Tengo pinta de botánico que va dando *tours* por ahí señalando las flores?

Me mira con disgusto.

—¿Se puede saber a qué viene enfadarse por esa tontería? —gruñe, deshaciéndose de mi agarre de un tirón. Aunque solo porque se lo permito—. Solo la rocé un poco con el pantalón al pasar de largo. Nada más. ¡Ni que me hubiera restregado contra ella!

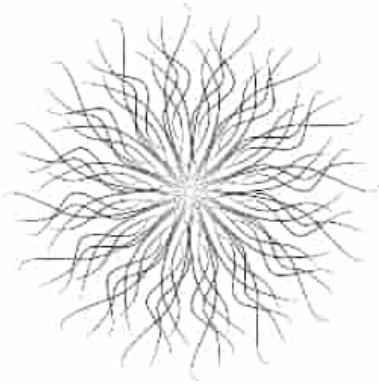
—Pues, aun así, debiste quitarte el puto pantalón e incinerarlo en la hoguera.

—¿Y eso por qué?

Otro aullido nos interrumpe de nuevo. Suena mucho más cerca.

La maldita suerte no me está acompañando en esta misión. Creo que la diosa fortuna está riéndose a mi costa.

—Porque esa puta planta es luparia —le explico, sacando los colmillos de manera instintiva cuando mis sentidos captan al fin al puto sarnoso acercándose desde el sur—. Y nada atrae más a un hombre lobo en luna llena que una bruja sazonada en el jodido polen de esa maldita droga para perros.



Capítulo 39



Noemí

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —me horrorizo.

—Te dije que no la tocaras —me repite.

Es un cabezota.

—¿Y tú te crees que con decir eso basta?

Otro aullido hace eco sobre las rocas, mucho más cerca que antes. El estómago se me encoge de miedo.

—¿Por qué no iba a bastar?

El vampiro suena mosqueado, como si realmente estuviera acostumbrado a que se acatasen sus órdenes sin rechistar. Cosa que a estas alturas asumo que es así, porque suele reaccionar con sorpresa cuando no lo hago o cuando mi torpeza me lo impide, como en esta ocasión.

—A la gente le gusta que le expliquen las cosas, Kasem —le digo en tono crispado—. Ese suele ser un requerimiento para entender las situaciones: ¡explicarlas!

—¡A ti hay que explicártelo todo! —se enfurruña.

Saca un papelito de uno de los tatuajes que van apareciendo sobre su piel desnuda como si alguien los pintara con tinta negra. Me los quedo mirando con fascinación hasta que abre la boca y estropea mi intento de traducir lo que hay escrito en su cuerpo.

—Incluso cuando un sarnoso está de camino para intentar follarte y luego devorarte, te me pones en plan listilla *quierosaberlotodo*. Y deja de mirarme la polla de esa forma o pensaré que no se te ha pasado el calentón.

Aparto la vista y me ruborizo.

Está muy bien formado el jodido vampiro. Es hermoso de los pies a la cabeza. Y esa cara de ángel caído no le hace ningún favor a mi lujuria (o a mi corazón).

—No me hables en ese tono… Espera un segundo —palidezco cuando mi cerebro procesa el significado de sus palabras—, ¿cómo que «follarte y devorarte»?

—¿No has oído la parte de no mirarme la polla? —se burla cuando nota que mi atención se desvía hacia su entrepierna de manera involuntaria otra vez.

—¡Calla! —Me ruborizo de vergüenza—. Lo siento —digo poco después tras un carraspeo—. En fin, centrémonos… —El aullido ha sonado tan cerca que doy un bote del susto y me giro hacia la dirección de la que proviene— en… en eso.

Doy un par de pasos hacia atrás y me coloco tras Kasem, que resulta estar vestido con su atuendo habitual: de negro y gris de los pies a la cabeza. Aunque esta vez ha añadido un par de guantes que parecen hechos a medida para sus largos y finos dedos.

—Ya que todavía no controlas tus poderes ni siquiera para abrir uno de estos —sacude el papelito con el sello del que debe de haber sacado su ropa en el aire entre dos largos dedos—, te voy a meter dentro de una barrera para evitar problemas.

Suelto un suspiro de alivio.

—Gracias.

—No me las des. —Se gira para sonreírme con los colmillos alargados justo antes de alejarse de mí y poner la barrera semicircular y transparente a mi alrededor—. Al fin y al cabo, apestas a hierba gatera para lobos, así que vas a ser la distracción perfecta para despachar al jodido sarnoso con rapidez, señorita Cebo. El peludo estará demasiado ocupado poniéndose cachondo en cuanto te vea como para verme venir a mí.

—¡Serás idiota! —me indigno.

—Tú quédate quietecita y no la líes mientras yo le arranco la cabeza a nuestro invitado —me advierte—. Y procura parecer deseable. Ya sabes, quítate el abrigo y bájate el hombro del suéter o algo por el estilo.

—No pienso hacer eso —replico con furor—. Deja de decir tonterías y céntrate. He oído que los licántropos[8] son tan peligrosos como los vampiros. Aunque seas un *altivus* muy poderoso, me preocupa que te haga daño.

Él calla y se tensa durante unos segundos al oír mis palabras, pero, justo cuando creo que va a decir algo significativo, decide dejar pasar el momento y continuar chinchándome como si no me hubiera oído.

—A los sarnosos les gustan los hombros, vete tú a saber por qué. Son unos putos viciosos —prosigue tras guardarse el papel con el sello en uno de sus bolsillos, pero lo hace en un tono mucho más serio y vacío de la burla de antes.

Suena desmotivado, cavilo con un suspiro, y luego mi cabeza añade: *Maldito idiota. Que te diga que me preocupas te importa, ¿verdad?*

Él sigue hablando, ignorante de mis pensamientos.

—Quizá hasta te recomendaría ladrar, pero tus gritos de enfado suelen sonarme como ladridos, así que supongo que no es necesario que diga nada sobre eso, ya que tiendes a hablar por los codos estés en la situación en la que estés.

Suelto un resoplido y decido hacer lo que él acaba de hacerme a mí e ignorarle. Aunque me cuesta tragarme la decepción. La confesión de antes ha sido impulsiva por mi parte, y muy honesta, pero ahora me siento un poco ridícula por echarle la bronca por no centrarse en una pelea cuando su trabajo es, precisamente, matar.

—Así que —me mira de reojo—, ¿no tienes nada que decir? ¿Ningún comentario que hacer sobre mis recomendaciones?

—No.

—Eso es nuevo…

—Que te den, capullo.

—Eso no —ríe.

Emito un sonido de pura frustración.

—Te juro que a veces eres como un crío.

Él se encoge de hombros.

—Será porque sacas al niño que llevo dentro —sonríe con malicia—. O quizá a los demás que me comí. No estoy seguro de a cuál. Fueron muchos.

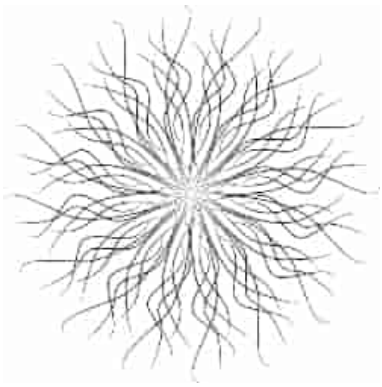
Que siga con sus desfachateces, si quiere, pienso con cansancio, sentándome en el suelo y cruzándome de brazos como he

hecho antes, *no pienso dejar que me provoque más hoy. Solo lo hace porque no quiere que hablemos de sentimientos. Ya lo tengo calado.*

Cuando nota que no respondo a sus pullas, Kasem se pone a silbar *The Final Countdown* y se oculta de un salto entre las rocas para que el licántropo no lo vea al entrar en nuestro campamento. Me sorprendo cuando me deja sola, a pesar de que sé que su barrera mágica me protege, que él está muy cerca y que se interpondrá entre el licántropo y yo antes de que este pueda hacerme daño.

Es solo que los extremos a los que llega para desairarme cuando intento hablarle de emociones me parecen ridículos. Y admito que también me enojan bastante. Soy de mecha corta, aunque se me conozca en mi profesión por mi paciencia con los alumnos más rebeldes. Pero no puedo evitarlo. Kasem y todo lo que tiene que ver con él se han convertido en algo visceral para mí.

Aun así, no puedo creer que haya veces en las que olvide lo cabrón que puede llegar a ser.



Capítulo 40



Noemí

El hombre lobo es inmenso.

Medirá al menos tres metros y algo cuando se endereza sobre sus dos patas traseras en la superficie rugosa de una de las altas rocas que rodean el claro.

Me estremezco de miedo cuando sus ojos, rojos y enajenados, se clavan en mí. El pelaje de la bestia está cubierto de la sangre de sus víctimas y es casi imposible determinar su color original. Alguna está reseca y otra parece reciente. Y además apesta. Apesta mucho. Tanto, que puedo olerlo desde los metros de distancia que nos separan. Es un aroma a pútrido que uno asociaría con la muerte.

Me doy cuenta al instante de que este hombre lobo está muy lejos de ser uno de esos licántropos típicos de las novelas románticas que venden en las librerías.

No es uno de los llamados cambiapieles modernos, sino que se trata de uno de los que todavía tienen la sangre original en las venas. Un descendiente directo de aquellos que fueron transformados por la enfermedad creada por una bruja enajenada muchos milenios atrás. Alguien cuyo linaje paterno jamás se mezcló con el de las brujas o las humanas a las que dichos padres violaron. Porque esos hijos fruto de la brutalidad nacieron con la capacidad de transformarse del padre y el raciocinio de la especie de su madre, y en el hombre lobo que me observa no hay ni una sola pizca de inteligencia o humanidad.

—Joder —susurro con un hilo de voz.

Estoy completamente aterrada. Más que con el guiverno o la lamia. Mirándole, soy muy consciente de que hay criaturas mucho más peligrosas de las que la web que visité listaba en una de sus páginas. Muchísimo más que meras lamias o wendigos.

El hombre lobo vuelve a olisquear el aire en mi dirección y sus mandíbulas se abren, dejando caer un hilo de baba ensangrentada sobre el suelo.

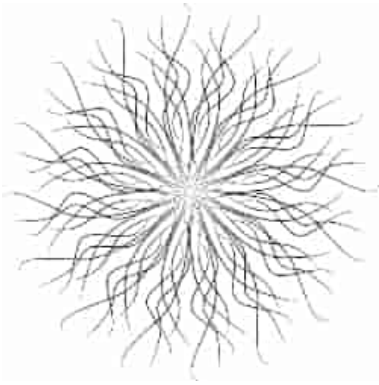
Algo cálido y fuerte se mueve como una tormenta por mis venas, respondiendo de manera instintiva a mi miedo, y me doy cuenta, con un sobresalto, de que se trata de mi magia. De que la energía que hasta ahora estaba oculta para mí recorre mi sangre soltando chispazos sobre mi piel como advertencia para el lobo de que más le vale no acercárseme. Aunque no creo que surja efecto con una criatura sin inteligencia alguna como él.

—¿Kasem? —susurro.

Estoy sudando a pesar de que mi piel está helada.

El hombre lobo alza su enorme cabeza hacia atrás y suelta un aullido espantoso que hace que me lleve ambas manos a las orejas cuando mis tímpanos amenazan con romperse.

Y entonces veo un borrón negro saltar sobre la enorme forma peluda cubierta de sangre, tan silenciosa como mortífera.



Capítulo 41



Noemí

La pelea entre ambos es brutal, sangrienta y salvaje.

Se nota que el hombre lobo al que Kasem se enfrenta no es ningún peso ligero y que tiene experiencia sobreviviendo solo en un lugar tan peligroso como este. Además, cuanto más lo veo luchar contra el Brujo de Sangre sin amedrentarse y sin apenas percatarse de las heridas que este le inflige con su magia o con las espadas cortas que hace aparecer y desaparecer en el aire a su conveniencia, más me convenzo de que nos hemos topado de cara con el depredador más peligroso que hay en estas montañas.

Tengo el corazón en un puño mientras pelean a muerte. No me cabe duda de que Kasem va a ganar (porque me niego a pensar que pueda ser derrotado), pero mi instinto, que ahora reconozco como parte de mi magia, me susurra que el vampiro puede acabar muy malherido. El licántropo es inmune a la mayoría de los conjuros,

como suele suceder con las criaturas creadas a partir de una magia tan antigua como la propia Tierra.

La mayoría de las balas de fuego, rayos, rocas levitantes, implosiones y demás hechizos de ataque que Kasem le lanza uno tras otro sin sudar ni una sola gota apenas lo hacen tambalearse. Sus espadas, que brillan como si las hojas estuvieran forjadas en mercurio líquido, parecen hacerle algo más de daño, abriendo cortes aquí y allí donde el veloz vampiro logra apuñalar a la bestia, pero no son lo bastante profundas como para atravesar ningún órgano vital.

Sin embargo, a pesar de que Kasem no ha podido acabar con él tan rápidamente como lo hizo con las demás criaturas que nos encontramos en el camino hacia aquí, el maldito chupasangre parece que se *divierte*.

El hecho de que suelta una carcajada cuando las largas garras del hombre lobo casi le arrancan la cabeza hacen que me lleve una mano a la cara de pura exasperación.

Yo angustiándome por si él resulta herido y va y resulta que el muy idiota se lo está pasando en grande, refunfuño para mis adentros.

Soltando un suspiro, vuelvo a cruzarme de brazos y decido no preocuparme más por él. Está claro que no lo necesita. Sus risas se siguen escuchando de vez en cuando haciendo eco entre las rocas mientras el lobo aúlla, frustrado y cada vez más encendido por la velocidad con la que Kasem esquiva sus ataques uno tras otro como si no le costara nada.

—¡¿Quieres hacer el favor de matarlo ya?! —le grito al vampiro cuando lleva media hora de pelea y el hombre lobo todavía sigue en pie.

—¡Eso intento!

—¡De eso nada! —Me levanto y elevo la voz para dejarle claro que no le creo ni un pelo—. No paras de dar vueltas a su alrededor y de reírte —lo acuso.

Él suelta un resoplido que se mezcla con el gruñido rabioso que emite el hombre lobo cuando trata de desgarrarle el pecho y falla.

—No es fácil matar a uno de estos, ¿sabes? No es un sarnoso común y corriente —gruñe en respuesta, evitando otro intento de su enemigo de dejarle sin cabeza.

—¿No hay ningún conjuro o arma más efectiva que puedas usar? —le pregunto cuando una de sus espadas se clava en el costado del cuello del lobo, pero apenas le hace una heridita de nada.

—Sé algo de magia negra que lo mataría en el acto —me revela él—. A este bicho hasta la plata encantada más pura solo le hace cosquillas. Debe de ser descendiente del primer linaje que…

—¡Pues úsala! —le interrumpo en tono ansioso.

Por primera vez, soy yo la que no está interesada en la historia. Estoy agotada, estresada, y ahora que estamos en Rundra, solo quiero dar por fin con mi hermana y acabar con toda esta pesadilla. Ya tendré tiempo durante el camino de vuelta para lidiar con mi descubrimiento sobre tener poderes y con lo que siento por Kasem. Y por mi continua preocupación por mi hermana.

Me causa una angustia tremenda el pensar que Arya puede haberse encontrado con criaturas como el lobo. Si no fuera por mi instinto, ahora mismo me habría vuelto loca de la angustia imaginándome a mi hermana violada y despedazada por esa cosa.

—¡Aguafiestas! —me grita el vampiro, interrumpiendo mis pensamientos.

Es como si notara cuándo me hundo en mi desasosiego y me provocara para que salga de ese bucle insidioso que puede llegar a

consumir horas de mi tiempo si le dejo. Como me pasaba antes de conocerle.

—¡Sádico! —exclamo, ahogando una sonrisa.

Él se ríe con ganas de nuevo. Lo está disfrutando.

—Este tipo de licántropos… —Deja de hablar durante unos segundos mientras esquiva los ataques del hombre lobo y luego lo apuñala repetidamente en el costado antes de alejarse otra vez de sus largas garras— son muy inusuales, listilla. Preferiría desangrarlo a hacerlo estallar en pedazos sin más. Es más divertido tomarme mi tiempo.

Seguro que es porque ha dado con un enemigo que puede aguantar la mayoría de sus ataques sin morir en microsegundos. Debe de ser todo un hallazgo para él.

—Desangrarlo suena muy cruel.

—Más cruel sería que te violara y te devorara mientras estás viva como habrá hecho con otras decenas de mujeres antes que tú, ¿no?

La bilis me sube a la garganta al pensar en eso. Hasta me quita las ganas de discutir con él.

Observo un rato más la pelea. El licántropo no logra siquiera tocarle un pelo al vampiro. Es solo cuestión de tiempo que el gigantesco lobo rabioso caiga derrotado. Pero el tiempo pasa y pasa y yo cada vez estoy más angustiada de oír tantos aullidos de rabia y violencia y de la tensión que acumulan mis músculos y huesos.

—Kasem —llamo.

Él no responde.

—¡Kasem! —le llamo de nuevo.

El vampiro sigue sin contestar.

—¡Kasem! —le grito.

—¡Joder, listilla! —se enerva—. ¿Qué quieres ahora?

—¿No podemos hacer que recobre el juicio de alguna manera? —le pregunto, preocupada tras darle vueltas a la cabeza—. Si lo entretienes hasta el amanecer, ¿serviría de algo?

El vampiro se ríe con ganas. Su cara está salpicada de la sangre del hombre lobo.

—Llamar licántropo a esta bestia es ser educado —me explica sin dejar de prestar atención a la pelea—. Los primeros linajes no conservaron nada de su humanidad. Se la arrebataron toda.

—Pero él debe de ser meramente un descendiente —cavilo—. No puede haber sobrevivido miles de años…

—Sí puede —me corta él—. Lo siento, Noemí. Esta criatura jamás podrá volver a ser humana. Nunca será nada más que una bestia sin conciencia ni inteligencia.

Me trago la decepción. Saberlo o intuirlo no es lo mismo que mirar a una bestia a la cara y ser consciente de que una vez, tal vez, pudo ser un humano racional capaz de amar.

—¿Y si nos vamos y lo dejamos atrás?

—Imposible —resopla el vampiro, abriéndole un amplio tajo al lobo en un largo y peludo brazo—. Ahora que conoce tu aroma, te perseguirá hasta el final del mundo. No se detendrá hasta que te…

—Sí, sí. Ya lo sé. —Apoyo los codos en las rodillas—. Tenía la esperanza de que… No importa —suspiro—. Entonces haz que su muerte sea rápida, al menos. Se me revuelve la tripa con…

Hago un ademán hacia la imagen del hombre lobo, que no parece darse ni cuenta de que su pelaje está cubierto de su propia sangre. Me da pena, pero no tanto como para dejarlo vivo y permitir

que me persiga e intente violarme y devorarme otra vez. Por ahí no paso.

De súbito, el lobo se vuelve hacia mí y fija toda su atención en mi cara, ignorando a Kasem. Palidezco cuando se lanza de cabeza hacia donde estoy sentada, estampándose contra la barrera, que hace un sonido horrible, como de una burbuja bajo presión.

—¡Kasem! —le reclamo, aterrada.

—Calma —me pide el vampiro, apareciendo tras la espalda del lobo y apuñalándolo en un hombro—. Lo alejo en seguida de ti.

Pero el hombre lobo parece haber decidido que está harto del vampiro y que quiere a su presa principal: yo. Vuelve a abalanzarse sobre la barrera con una fuerza bruta que hace maldecir al vampiro cuando la burbuja semiesférica bajo la que me cobijo chirría con fuerza.

—¡Vale ya, sarnoso! —le advierto a la criatura.

Apenas noto que mi voz ha sido amplificada por mi magia y que mis dedos están soltando chispas.

—¡No le lances un rayo! —me advierte Kasem con presteza—. ¡Destruirás la barrera!

Miro hacia abajo y veo que la electricidad se está acumulando en mis manos. Jadeo y tiemblo cuando la noto recorrer mi piel con una intensidad que cada vez me resulta más y más difícil de controlar.

El vampiro trata de llamar la atención del lobo apuñalándolo con fuerza varias veces, pero al enajenado ser no parece importarle estar muriendo siempre y cuando pueda llegar hasta mí.

La barrera vuelve a protestar de nuevo al ser golpeada con brutalidad y, esta vez, cuando el licántropo la ataca con sus garras, se abre una grieta en ella tras un sonoro crujido.

Asustada, miro a Kasem con ojos como platos.

—Estoy perdiendo el control —le confieso con un hilo de voz, aunque es evidente.

Mi cuerpo entero está cubierto de chispazos que se van haciendo más y más intensos, saliendo despedidos hacia la barrera, justo por la zona en la que esta bestia la está rompiendo. Mi magia está abriendo grietas que acabarán por ayudarle a destruirla, en vez de protegerme como se supone que debe hacer. Y no sé cómo pararla.

Si esa criatura es tan inmune a la hechicería que los conjuros de Kasem apenas le han afectado, no me quiero ni imaginar el caos que una magia tan incontrolable, poco refinada y mal dirigida como la mía puede llegar a causar cuando salga disparada hacia él y no le afecte, pero a mí me haga desmayarme otra vez, dejándome vulnerable.

—¡Aah! —grito cuando mi electricidad golpea la barrera de Kasem y el lobo, que es más astuto de lo que creía, aprovecha que yo la debilito sin querer para abrir un tremendo agujero por el que cuela la cabeza y trata de alcanzarme.

Oigo a Kasem sisear una serie de poderosas maldiciones en vadálico y, tras un chasquido de sus largos dedos, tanto él como el lobo desaparecen del paisaje sin más.

Jadeando y con el corazón a mil por hora, los busco con la vista por todas partes.

Reaparecen instantes después más allá de la luz de la fogata, sobre las rocas, sorprendiéndome. Apenas los veo en la lejanía, iluminados por la luz de la luna y las estrellas, pero está claro que son ellos.

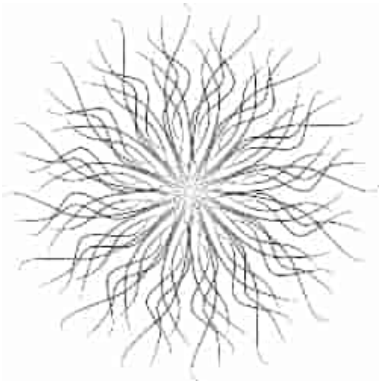
El vampiro salta hacia la punta de la roca más alta y se da la vuelta para mirar a su presa. Justo cuando el hombre lobo vuelve en

sí después de la desorientación del teletransporte, de los labios de Kasem salen palabras que hacen un eco extraño a mi alrededor, colándose en mi cabeza y haciéndola palpitar, como si causaran reverberaciones en cada nervio de mi cerebro. Curiosamente, soy capaz de ver cómo se mueve su boca a pesar de la distancia que nos separa, pero no de oír lo que pronuncia.

El hombre lobo estalla en mil pedazos sin previo aviso, llenándolo todo de vísceras, trozos de huesos y sangre, por suerte lejos de mí. A la bestia no le da tiempo a reaccionar.

Y a mí tampoco ante lo que viene después.

Súbitamente, el cielo se oscurece tanto que la montaña entera se llena de penumbras tan oscuras como si se la hubiese tragado un agujero negro.



Capítulo 42



Noemí

Todo está en silencio.

La oscuridad ha devorado la poca luz que había. Ya no hay luna ni estrellas, y no parece que el sol vaya a salir jamás. Hace tanto frío que me castañetean los dientes, aunque si no fuese por ese sonido, y porque siento todavía la magia recorrer mis venas diciéndome que estoy viva, creería que he muerto.

—¿Qué ha pasado, Kasem?

Mi voz suena extraña. Distorsionada. Algunas sílabas se alargan y otras hacen ecos disimilares entre sí. Me pitan los oídos solo de oír la cacofonía.

—Hay un motivo por el que este conjuro está legalmente prohibido por la mayoría de los países del mundo. —Él, en cambio, suena perfectamente bien. Y muy cerca—. Ahora ya sabes cuál.

—¿Que, además de haber hecho estallar al hombre lobo en mil pedazos, a mí me ha dejado ciega y le ha hecho algo a mis oídos?

Me encojo sobre mí misma con ganas de vomitar en cuanto la última palabra abandona mis labios. Esta vez ha sido peor que antes. Es como si cada intento de poner voz a mis pensamientos me hiciera más daño.

Noto una mano en mi espalda y, al instante, la sensación de mareo y angustia pasa de largo.

—Si eso te consuela, en realidad ha afectado a todos los seres, vivos o no muertos, que habitan en los alrededores —me informa él con calma—. Así que no eres la única que sufre los efectos secundarios ambientales de esa magia negra en particular.

No hablo porque temo vaciar el contenido de mi estómago. Algo que parece ocurrirme con frecuencia desde que empecé este viaje.

—Imagino que me estarás insultando mentalmente —se ríe él entre dientes—, así que será mejor que haga que se te pase rápido, ¿no?

Trato de mirarle con exasperación, pero, aunque sienta su mano entre mis omóplatos, no le veo y no sé dónde está. Mis sentidos no lo perciben. Ni los mundanos ni los mágicos.

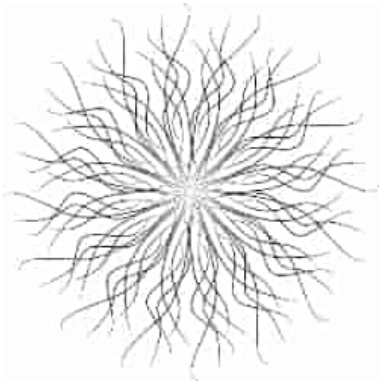
Siento su aliento en mi mejilla y ello me hace estremecer. Las palabras que susurra son vadálicas, y mi mente las traduce como «te ordeno que salgas del vórtice ya, mujer». Me giro hacia donde ahora sé que está para arriesgarme a soltarle algunos improperios que se ha ganado a pulso por la desfachatez de mandarme que deje de estar mal como si fuera culpa mía estarlo, pero entonces el mundo recobra de nuevo sus colores, formas, sonidos, olores y sensaciones y yo me mareo tanto que el vampiro tiene que sujetarme para que no me caiga de cara contra el suelo.

—Tranquila, te tengo. Pasará en seguida.

El enfado se me pasa un poco cuando Kasem se sienta en el suelo y me pone sobre su regazo hasta que estoy mejor.

Mientras jadeo contra su hombro, recuperando el aliento que no había notado que me faltaba hasta ahora, pienso que la voz con la que acaba de hablarme traiciona una ternura que seguramente ni él mismo ha notado, pero que yo definitivamente no pienso pasarle por alto.

Porque voy a recordar la calidez con la que me abraza y me acaricia el cabello hasta el final de mis días, le guste o no le guste.



Capítulo 43



Noemí

Cruzar una montaña en la que todo ser, vivo o muerto viviente, parece haber enloquecido, no es tarea fácil. Y no porque dichos seres hayan empezado a atacarnos con más rencor, si cabe. Todo lo contrario: están demasiado ocupados despedazándose a sí mismos con sus garras o manos hasta la muerte como para prestarnos atención.

Lo difícil es lidiar con el trauma que hay en cada esquina de este maldito lugar.

Me alegra que Arya esté lejos de aquí, a salvo de esta tragedia de magnitud desconocida, pero inmensa para la zona, eso seguro.

No le pregunto a Kasem, cuando vemos al segundo ser (una lamia, en esta ocasión), extirparse brutalmente sus propios ojos tras haberse arrancado buena parte de su piel, si ese habría sido mi destino, porque conozco la respuesta.

Es un rotundo sí.

Una vez más, la vida ha puesto en perspectiva lo peligroso y mortífero que es mi mercenario. Y también que, aunque me angustia la oleada de muerte sin sentido que ha causado entre la fauna local de la montaña, para él tengo límites más amplios de lo que estoy dispuesta a tener con nadie más (excepto, quizá, mi hermana).

Aunque, aun así, mi conciencia culpable me hace preguntarle por qué eligió ese conjuro en concreto y si no hay alguna forma de detener la pesadilla durante el primer día que nos ponemos en marcha de nuevo, tras las horas que tardo en recuperarme de haber quedado atrapada unos *segundos* (solo unos malditos segundos) en el vórtice ambiental.

—No habría hecho esto si hubiera habido otra manera rápida de matarlo —afirma él—. Los otros conjuros de magia negra solo habrían alargado su agonía. Aunque, ahora que veo el resultado… — Desvía la vista hacia lo alto de la montaña y deja de hablar.

Le entiendo y le creo, aunque el panorama con que nos cruzamos una y otra vez mientras ascendemos hacia la cima, me crea tal trauma que creo que jamás voy a poder volver a dormir sin tener pesadillas sobre este sitio.

—Lo siento —murmuro entre sollozos cuando acampamos—. No debí pedirte que mataras al lobo con rapidez.

Eso le hace plantarse frente a mí de golpe y obligarme a mí a encararlo.

—Mírame, Noemí —me ordena con una voz que me empuja a hacer lo que dice, no porque esté llena de magia, sino porque rebosa de una súplica muda que jamás le había oído—. Tú no sabías cuáles eran las consecuencias del conjuro. Yo sí. No cargues sobre tus hombros con lo que me pertenece a mí por derecho. Esto no es culpa tuya.

Asiento porque estoy demasiado ocupada llorando.

Kasem coge mi mano durante horas a la mañana siguiente, mientras empezamos la ardua tarea de descender por el otro lado de la montaña, dejándome llorar tranquila hasta que ya no puedo más.

Su presencia me tranquiliza, pero la tragedia que se desata a nuestro alrededor es tan enorme que el estómago se me revuelve una y otra vez a cada kilómetro que dejamos atrás.

—No sé si esto te servirá de algo —me dice una de las veces que paro para vaciar mi estómago sobre un arbusto—, por desgracia el vórtice solo afecta a criaturas oscuras o a aquellas que llevan magia en sus venas. Y, además, a estas alturas la mayoría de los que nos cruzamos solo son cadáveres andantes.

Me incorporo una vez termino y cojo la botella de agua que me tiende para limpiarme la boca e hidratarme.

Él sigue hablando mientras bebo.

—Se mueven impulsados por la energía que queda en sus cuerpos, cuyos cerebros no saben todavía que están muertos, por extraño que suene eso —me explica—. Casi todos los que quedan atrapados en el vórtice mueren durante la primera hora.

—La verdad es que no. No me consuela mucho —respondo con un hilo de voz una vez me he acabado el agua.

—Lo imaginaba. Pero quería que lo supieras.

—Gracias.

Acampamos unas horas después; amanece, caminamos unos cuantos kilómetros más y luego anochece rápidamente; volvemos a acampar y, cuando he descansado lo que he podido, continuamos el trayecto a pesar de la oscuridad reinante la mayor parte de las horas del día en esta isla maldita. Así una y otra vez. Lo único que cambia es que los últimos días caminamos guiados por las luces que Kasem

convoca para que floten sobre mi cabeza, con la esperanza de evitarme tropiezos y lesiones mientras descendemos por la otra cara de la montaña.

El último día de trayecto, cuando Kasem me avisa de que seguramente al día siguiente saldremos de la antinaturalmente silenciosa montaña, que para sus habitantes se ha convertido en un abismo oscuro de locura, estoy tan tensa que me tiemblan las manos a pesar de que llevo horas tratando de no pensar en nada de lo que me rodea.

—Vamos a parar aqu…

—No —interrumpo al vampiro con cierta desesperación, tragándome la bilis que me sube a la garganta cuando nos detenemos cerca de un círculo de rocas y veo un rastro de sangre, pequeño pero presente, en la tierra—. Sigamos un rato más, por favor.

La mirada que él me dirige es evaluativa. Está claro que no quiere que siga andando porque sabe que estoy agotada, aunque también sabe que no va a ganar esta batalla de voluntades contra mí.

—Muy bien —accede con gravedad—. Pero si te noto demasiado cansada, o paramos o te llevo a cuestas. Tú eliges.

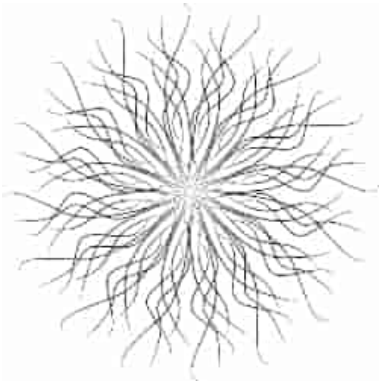
Asiento y no respondo, porque estoy considerando seriamente dejar que me lleve sobre su espalda. El orgullo ya no me importa tanto. Solo quiero salir de aquí cuanto antes.

Cuando, un par de horas después, estoy casi al borde del agotamiento, el cruel silencio de la montaña parece gritar de manera desgarradora a mi alrededor y mis sentidos me alertan de que hay una peligrosa criatura en las cercanías. Un ser que seguramente estará matándose sin ser consciente de ello, con la mente perdida para siempre en ese agujero negro infernal mientras sus garras se arrancan partes vitales del cuerpo.

—Estoy aquí —oigo murmurar al vampiro—. Céntrate en mí y no en lo que te dicen tus sentidos.

Me obligo a no pensar en ello y a seguir caminando tras la ancha y silenciosa espalda de Kasem, que estira el brazo hacia atrás y coge mi mano de nuevo, guiándome por el peligroso camino, situado junto a un profundo acantilado, que descendemos con lentitud.

Ninguno de los dos emite ni una sola palabra durante el tiempo que tardamos en dejar este lugar atrás, más allá de las estrictamente necesarias.



Capítulo 44



Noemí

—¿Cómo es que a ti no te afecta tanto? —le pregunto cuando al fin salimos de ese infierno silencioso y acampamos junto a un bosquecillo que se extiende a los pies de la cordillera—. Emocionalmente, me refiero. Sé que eres más duro que yo, pero después de lo que hemos visto… —Me estremezco y clavo la vista en el trozo de corteza que sostienen mis manos de manera distraída.

Son las frases más largas que he dicho en días. Oír de nuevo sonidos ambientales ha sido como un choque para los sentidos. No me había dado cuenta de que en la montaña ya ni siquiera se oían pájaros.

Kasem alza la cabeza del fuego que está preparando para cocinar y se me queda mirando un rato, antes de adoptar una expresión reflexiva.

—No es que no me afecte —me contesta unos minutos después —. Si quieres que te sea totalmente honesto, es la primera vez que veo de primera mano las consecuencias del vórtice sobre un área tan amplia. Normalmente solo se extiende unos dos metros y medio alrededor de la víctima a la que explosiona.

Eso me sorprende. No me esperaba algo así. Ni tampoco una confesión tan honesta por su parte.

—¿Y cómo es posible que haya afectado a toda la montaña?

Él termina de colocar el soporte de hierro sobre el fuego encantado, del que cuelga el cazo que ha llenado de agua para hacerme un guiso, y se incorpora.

—Mi magia se mezcló con la magia primordial que se usó para crear al lobo al impactar contra él y, cuando este estalló, hubo una reacción en cadena —me explica—. En términos generales, se creó una bomba que al principio no pude controlar.

—¿Al principio?

Ha tenido una mirada abstraída y profunda desde que sucedió lo del vórtice, y me inquieta.

Estoy preocupada por él.

—Si no hubiera logrado contenerlo —me confiesa con tono sombrío—, probablemente el conjuro habría consumido toda la isla.

Palidezco de solo pensarlo.

Kasem se da la vuelta y saca sus habituales bártulos de cocina: una mesa baja, una tabla de cortar, sus cuchillos de aspecto caro y algunos ingredientes. Todo ello almacenado en varios de sus tatuajes más pequeños.

Yo, sin embargo, estoy demasiado consumida por el horror de imaginarme la isla y sus tres países, *a mi hermana*, perdidos en ese vórtice de oscuridad y autodestrucción para siempre.

—¿Cómo…? —Tengo la boca tan reseca que me humedezco los labios y trato de hablar de nuevo tras carraspear—. ¿Cómo lograste pararlo?

Él me observa en silencio.

Cuando creo que no me va a responder, lo hace.

—Sentí tu magia gritándole a la mía que parase —me revela, sorprendiéndome—. Si no hubiera sido así, la oscuridad de mi sangre y la sed de poder…

No termina la frase, pero lo entiendo. Todos tenemos lados oscuros. E imagino que ello es especialmente cierto para aquellos que nacen con la sangre de un depredador en las venas. Los vampiros, al fin y al cabo, no han sido conocidos a lo largo de la historia por su amabilidad, sino por ser despiadados y territoriales, en muchos casos.

Sin embargo, en Kasem hay compasión y generosidad. Me lo ha demostrado velando por mí, consolándome, abrazándome, cuidándome hasta cuando estaba inconsciente tras haberlo reducido casi a cenizas… Un hecho por el que, aunque me tome el pelo de vez en cuando, ni siquiera me guarda rencor.

Y eso no es típico de alguien tan oscuro como él cree que es.

—Si fuiste capaz de parar, es porque tienes la fuerza para parar.

De su garganta sale un sonido que es mezcla de bufido y risotada de autodesprecio.

—Si no hubieras estado aquí, no me habría detenido.

—Eso no lo sabes —protesto con vehemencia.

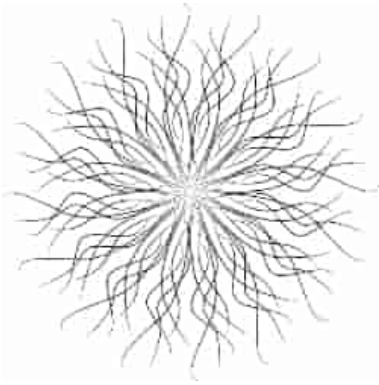
—Ves cosas en mí que no existen.

—No es cierto.

—Como quieras.

La falsa aquiescencia monótona de su voz no me convence, pero sé que por ahora no hay mucho más que pueda decir para hacerle entender que es mejor persona de lo que cree. Su ánimo no está precisamente por las nubes, al igual que el mío.

Volvemos a quedarnos en silencio durante un largo tiempo tras esa conversación.



Capítulo 45



Noemí

Hallamos el primer asentamiento a mediodía del día siguiente, tras atravesar el bosquecillo.

O más bien lo que queda del pobre pueblo, cuyo nombre ya ni siquiera es visible en el cartel de bienvenida medio corroído que pasamos de largo.

—¿Ha sido la guerra civil? —le pregunto al vampiro.

—Lo dudo —responde él—. Esto debió pasar años antes de que estallara la nueva guerra.

—Cierto —observo.

Me da pena ver el estado del lugar. Parece sacado de una película sobre el fin del mundo, solo que situada años después de los acontecimientos. Todo está cubierto de maleza y polvo.

No hace falta que Kasem me recuerde que me quede cerca de él. A estas alturas es instintivo, aunque ambos sigamos sumidos en largos silencios sombríos, cada vez menos numerosos, pero todavía predominantes en el ambiente.

—Huele a muerte —declara mi guardaespaldas nada más poner un pie en la calle principal del pueblo.

—¿Reciente? —inquiero.

—No.

—Había un cementerio cerca de la entrada —comento cuando recuerdo que hemos pasado unas puertas de metal oxidado medio abiertas, en cuyo lado opuesto se veía alguna que otra lápida.

—Ya.

No añade nada más. Está pensativo otra vez. Ni siquiera me toma el pelo como hacía antes. Ni tampoco está borde. Me preocupa bastante.

Lo miro con pena mientras pasamos frente a viejos edificios de apartamentos de cuatro pisos que han sido invadidos por árboles y animales salvajes.

La naturaleza no ha tardado en reclamar lo que es suyo, pienso cuando veo a un enorme árbol cuyas pesadas raíces han derrumbado los muros de una torre.

—Quizá los habitantes murieran de alguna enfermedad —cavilo en voz alta.

—No lo creo.

—¿Crees que se marcharon sin más del pueblo? Me parece extraño.

Miro hacia todos lados buscando algún motivo evidente que pudiera causar algo como esto, con la esperanza de que se trate de

un desastre natural y no de una bestia oscura.

—No creo que lo abandonaran por voluntad propia —afirma él, mirando hacia ambos lados de la calle como si buscara algo en los pocos bajos comerciales que a duras penas se mantienen en pie—. Y el tipo de muerte al que huele… digamos que es mejor dejar este sitio atrás cuanto antes.

Me estremezco de la cabeza a los pies cuando dice eso.

—Vale, entonces es una criatura oscura —me lamento con decepción.

Él me observa de reojo.

—¿Creías que sería otra cosa?

Suelto un largo suspiro.

—Quería apostar por desastres naturales, aunque fuera solo por una vez —le revelo en el mismo tono quejumbroso de antes.

Mi corazón canta victoria cuando mi comentario le hace reír entre dientes, aunque sea con brevedad y luego vuelva a su estado serio y abstraído.

—Al menos dime si es peor que la lamia —le pido.

No le pregunto si es peor que el hombre lobo. Es un tema espinoso para los dos.

—Necrófagos[9], probablemente —replica él volviendo a oler el aire—. Algún idiota debió profanar las tumbas del clan de apsarás[10] que había enterrado en el bosque e intentó revivirlas a saber con qué propósito.

—¿Cómo lo sabes?

Él me mira por encima del hombro.

—Porque yo fui el que las enterró allí hace doscientos años tras matarlas.

—Oh. —Caminamos un rato mientras le doy vueltas a la cabeza —. Supongo que fue una misión.

—Sí.

No me explica nada más. Las misiones son secretas, así que no debería preguntarle, pero la curiosidad me carcome por dentro.

—Pensaba que las apsarás eran generalmente aislacionistas y pacíficas.

Él suelta un resoplido.

—En los cuentos infantiles, sí —asevera—. Durante la época de celo, se llevan a los hombres más jóvenes de la región, los drogan con sus salivas tóxicas, los violan y, una vez preñadas, los ahogan en sus lagos o ríos y se los comen.

Hago una mueca.

—Muy parecidas a las lamias, por lo que veo.

Qué horror, pienso con inquietud. *Pobres chicos.*

—Ya. Por eso ambas especies suelen luchar a muerte por el territorio —me cuenta—. Sobre todo, si hay un asentamiento con varones cerca.

—Es muy interesante saber todo esto.

—No te acostumbres —reniega—. No soy ni una biblioteca andante ni un profesor, a diferencia de ti.

Sonrío para mí misma. Vuelve a ser un poco él mismo, aunque le esté costando.

Como a mí.

—¿A dónde vamos, por cierto? —pregunto cuando me doy cuenta de que estamos yendo en una dirección que él parece conocer de antemano.

—La última vez que pasé por aquí, hace unos cincuenta y algo años, había un supermercado al final de esta calle que no estaba nada mal —me explica—. Quizá todavía quede algo que pueda ser útil, dado que la mayoría de nuestras provisiones han desaparecido.

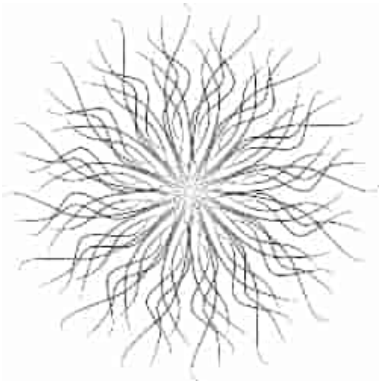
Por culpa de mi rayo, que hizo arder su ropa, en cuyos bolsillos estaban la mayoría de los sellos con las provisiones, me recuerdo. *Y, aun así, piensa en alimentarme y cocina para mí. ¿Cómo puede creer que no hay luz en él?*

Se me llenan los ojos de lágrimas. Aspiro una bocanada de aire y hago a un lado el recuerdo de Kasem haciéndose visible ante mí, ensangrentado e incinerado hasta los huesos, pero todavía vivo.

—Gracias —le digo a la espalda del vampiro, obligándome a fijarme en lo saludable que está, en lo erguido que se mantiene, en lo bien que camina…

—De nada —responde él sin mirarme—. Veamos si ese sitio sigue en pie y larguémonos de aquí antes de que los zombis se despierten, listilla. Hoy no estoy de humor para acabar cubierto de vísceras de no muerto.

No podría estar más de acuerdo.



Capítulo 46



Noemí

El supermercado sigue en pie, aunque a duras penas. Lo que sus estanterías contienen sin embargo…, digamos que no es comestible, a secas, porque tratar de describirlo sería meterse en el mundo de la bromatología[11], y no tengo ni idea sobre ello. Ni tampoco quiero siquiera acercarme a nada de lo que veo para comprobar si reconozco más productos que los que paso de largo y miro de casualidad.

Las cosas que crecen en los envases que no se han podrido y cuyo logo todavía es visible me hacen replantearme mi dieta. Sobre todo, cuando veo un extraño hongo gigante creciendo alegremente sobre una caja de cereales que solía comprar para desayunar por las mañanas antes de irme a trabajar.

—¿De verdad crees que vamos a encontrar alimentos aquí? —Arrugo los labios con asco—. Hasta lo que hay en los congeladores

se habrá echado a perder a estas alturas.

—Claro que no. No es eso lo que busco.

Frunzo el ceño, confundida.

—Entonces, ¿qué es?

Él encoge uno de sus hombros.

—Ya te lo he dicho: provisiones útiles.

Entrecierro los párpados con sospecha.

—¿Útiles para quién?

Él sigue caminando sin responderme.

—Kasem… —pronuncio su nombre con un leve tono de advertencia.

—Útiles para mi migraña, mujer —contesta al fin en tono impaciente.

Abro la boca y la cierro porque no sé cómo responder al principio.

—No sabía que podías tener dolores de cabeza —comento con preocupación.

—Todo el mundo puede tener dolores de cabeza si es sometido a la tortura constante de tener que *socializar* —murmura por lo bajo con voz huraña.

Me aguanto una carcajada. Este vampiro mío es tan antisocial.

Y, además, exagerado, pienso con afecto.

—Creía que íbamos a buscar comida para mí.

—¿Cómo íbamos a encontrar comida en buen estado en un supermercado que seguramente cerró hace cuarenta o cincuenta

años? —gruñe él—. Cuando decía que tus capacidades de observación y deducción me asombraban, no me refería a sorprenderme en plan negativo, listilla. Me decepcionas.

Alzo las manos hacia el cielo (o, en este caso, el techo repleto de vides) pidiendo paciencia. Es curioso como ya no me preocupa que saque a relucir mi temperamento como nadie lo ha hecho jamás. Ni lo cómoda que me siento siendo yo misma sin tapujos a su alrededor.

—¡Eso es lo que a mí me extrañaba!

—Porque no tiene lógica —bufa.

De mis pulmones surge un sonido impulsivo, honesto y rebosante de frustración como repuesta.

—Ya hemos llegado. Es aquí —anuncia Kasem antes de que pueda ceder a mi tentación de mandarle a la mierda.

Se detiene frente a lo que debió de ser una nevera de bebidas para llevar, antes de que la electricidad dejara de funcionar y las vides rompieran el cristal.

—¿Tanta pasión tienes por la cola caducada? —le pregunto con sarcasmo.

Él coge el frigorífico de ambos lados, lo levanta como si fuera una pluma y lo echa a un lado sin miramientos, estampándolo contra una estantería lejana que desencadena un sonoro efecto dominó que va arrancando un montón de plantas de raíz a su paso.

La tienda, que ya era de por sí una zona catastrófica, ahora es un completo caos que amenaza con caernos encima.

—¡Serás bruto!

Me protejo la cabeza con las manos para que el polvo no me cubra el pelo ni se me meta en la nariz, pero es en vano. A Kasem,

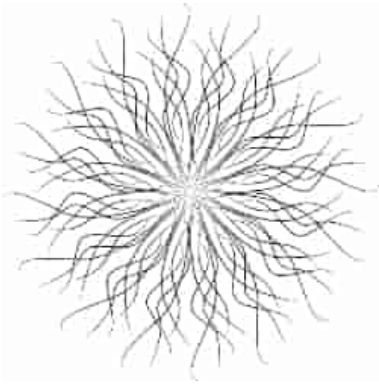
sin embargo, todo le importa un bledo. Ni siquiera le preocupa que el techo se pueda derrumbar en cualquier momento.

—Kasem, tenemos que irnos —le digo—. Este sitio se nos va a caer encima.

—Dame un minuto.

Me giro para ver qué es tan importante como para haber causado tal desastre. Ahora que no hay frigo de bebidas para llevar de por medio, puedo ver que había otra nevera oculta detrás, llena hasta arriba de bebidas cuyas etiquetas están en un idioma que reconozco como jerga vampírica más actual que el vadálico.

—Preciado tesoro —ronronea el vampiro rompiendo el cristal, cogiendo las botellas con cuidado y guardándolas todas en los sellos de almacenamiento de sus brazos—. Cómo me gusta que esta vez seas gratis.



Capítulo 47



Noemí

—No puedo creer que estés borracho.

—No estoy borracho —niega él.

El hecho de que su voz suene perfecta y sus pies no se tambaleen no me engaña. Mis instintos no mienten. Además de que le he visto beberse más de una docena de botellas de alcohol con sangre creadas específicamente para vampiros, por supuesto.

—Estás borracho de vino de sangre, admítelo.

—Deja de ser un bonito grano en el culo —me ordena de manera petulante e imperiosa a la vez—. Todavía nos queda una hora de camino hasta la próxima parada y ya me estás mareando. Te recuerdo que soy el guía. Si me mareo, podría perderme *de verdad*.

Me cruzo de brazos.

Tendrá morro.

—Nos quedaría menos si no te hubieras *perdido* de verdad—le recuerdo en tono acusatorio—. Y lo que te marea es el vino, no yo. Deja de poner excusas.

—Disiento.

Evito un arbusto espinoso demasiado parecido a la luparia al que observo con sospecha. Kasem me mira y no dice nada.

—¿De qué disientes? —le pregunto para que deje de poner esa expresión sombría, que apenas puedo ver bajo la luz de los fuegos fatuos que ha convocado para que me alumbren en la oscuridad de la noche, pero que sé que está presente.

Kasem da media vuelta para que no le mire y sigue avanzando bosque a través.

—De todo lo que has dicho, evidentemente. No tienes razón en nada.

No puedo creer que echase de menos nuestros combates verbales Definitivamente soy masoquista.

—Discutes como un crío —musito mientras rodeo una altísima piedra que él salta con una facilidad envidiable.

Sus oídos, por supuesto, captan cualquiera de mis susurros, por bajo que sea.

—Dice la mujer que no deja de discutir conmigo.

Touché.

Refunfuño por lo bajo en un idioma que tengo la esperanza de que él no comprenda: el egipcio antiguo, lo estudié como optativa en la universidad.

Quizá sí que lo hace, porque se detiene unos pasos más allá de la luz de los fuegos y decide insistir.

—Quiero dejar claro, otra vez, que no me he perdido —declara con voz altiva, echando a andar de nuevo con agilidad mientras yo tropiezo con raíces y maldigo piedras y arbustos—. Solo he considerado un camino alternativo como la mejor opción.

Resoplo con tanta fuerza que me duelen los pulmones.

—¿Por en medio del bosque?

—Exacto.

—¿De *noche*?

—¿Y qué más da? —Mi expresión de ira es tal que debe de notarlo hasta de espaldas—. He convocado a los fuegos fatuos, ¿no?

—Aun así sabes que caminar por un bosque tropical lleno de plantas y bichos y a saber qué más es mucho peor para mí que hacerlo *por un camino empedrado.* —Mi voz se va elevando más y más conforme hablo hasta que la última frase es casi un grito.

Aunque los sonidos de la fauna nocturna son tan intensos que apenas me oigo a mí misma con tanto barullo. Y lo hago menos aún cuando un pájaro caprichoso desciende hacia mí desde la copa de un árbol y trata de aterrizar en mi cabeza.

—¡Quita, bicho! —le grito, tratando de espantarlo con las manos.

Lo logro, aunque sospecho que solo porque él decide que arrancarme un fino mechón de pelo es suficiente por ahora. Maldito bicharraco, ¿qué le habrá picado? Por suerte, sus afiladas garras no me hacen daño. Pero lo veo seguirme de árbol en árbol mientras avanzamos por el bosque.

—Te quejas demasiado —me reprocha Kasem—. Mira el cielo. Las estrellas están preciosas. Deberías dedicar más tiempo a

admirarlas y menos a lamentarte de todo, mujer.

No sé si echarme a reír o tirarle una piedra, a ver si acierto gracias a su borrachera.

—Desde el camino se veían perfectamente —le contesto.

—No con las nubes que había en el horizonte —niega él—. Aquí se contemplan mejor.

Es la persona más imposible que he conocido jamás.

—¡Pero si no se ve nada con tanto árbol! —Señalo a mi alrededor y luego hacia arriba—. ¡Hay ramas y hojas enormes por todas partes! ¡Está todo a oscuras!

—No las verás tú, cegata —objeta él con arrogancia—. Mis privilegiados ojos lo ven *todo*.

—Y una mierda —le gruño.

—Sí. Eso también lo veo, gruñona.

Hace un ademán con la mano en dirección a la base de un árbol, donde seguramente haya alguna deposición de un animal. Quizá la del pajarraco que me observa de manera maliciosa desde una de sus ramas. Lo miro con sospecha, pero no parece una criatura oscura y Kasem ni siquiera le presta atención, así que no debe de ser peligroso.

—Había un camino *perfectamente empedrado* que cruzaba el bosque y que nos habría ahorrado tropezar con tanta maleza —insisto con retintín, volviendo a centrarme en la discusión.

—Yo no tropiezo.

—Sabes que yo sí.

—Me has contratado para que te guíe por el país, te mantenga con vida y te ayude a rescatar a tu hermana —me recuerda—. Que

seas una torpe, como ya te he dicho en alguna ocasión, no es culpa mía y no lo puedo remediar.

Me detengo, me inclino y busco una roca que esté bien afilada. Cuando encuentro una que me gusta, la sopeso cuidadosamente con una mano.

—Eres una mujer muy violenta, ¿lo sabes? —Kasem, que me observa de pie sobre la raíz de un árbol con la risa reluciendo en sus ojos, que resulta que brillan en la oscuridad como los de los animales, se ríe quedamente al ver mi arma—. Lo supe en cuanto te conocí… Entre otras cosas que deduje al instante.

Alzo la barbilla y lo observo con ira. Si le pregunto, no me fío ni un pelo de que no vaya a decir algo más solo para provocarme.

Las sombras de sus ojos no han desaparecido del todo, siguen siendo profundas y están llenas de remordimientos de los que todavía se niega a hablar, así que verle reír es una maravilla tras lo sucedido, pero, aun así, mi actual disgusto es intenso.

—¿No vas a preguntarme qué más supe de ti? —insta cuando ve que no hablo—. Qué inesperado. Supongo que me lo guardaré para siempre.

Mi traicionera lengua, siempre curiosa, cede y le pregunta.

—Muy bien. Ya que tienes tantas ganas de hablar… ¿Qué más supiste?

Su expresión de desalmado deleite no augura nada bueno para mi paz interior.

—Que había mucha pasión bajo ese autocontrol tan férreo y todos esos tonos marrón mierda tan sosos con los que te vistes, por ejemplo.

Suena muy ufano. Quería que le preguntara. Le encanta mantenerme en vilo.

Al menos no me ha dicho algo demasiado ofensivo, me consuelo.

—Habla el que siempre viste de negro y gris —increpo.

—Eso no es cierto. —Su sonrisa se hace más maliciosa. Es casi como la de antes—. A veces también añado algo de rojo con…

Me resisto a la urgente necesidad de decirle que se ha vuelto muy predecible porque sé lo que va a decir a continuación, pero no a la necesidad de interrumpirle.

—Con la sangre de tus enemigos, ¿verdad? —finalizo por él con sarcasmo.

Sin previo aviso, su mirada se vuelve seria y profunda. Cuando mis ojos se encuentran con los suyos, mis pulmones dejan de respirar y mi corazón parece expandirse y contraerse con fuerza, extendiendo una ola de calor por todo mi cuerpo, desde los dedos de mis pies hasta los poros de mi cráneo.

Mi piel se pone de gallina y una emoción tan inmensa que parece capaz de engullirme entera crece en mi pecho y se hace más y más grande.

—Y con la sangre de los tuyos —asevera Kasem con voz ronca.

La seriedad con la que lo dice hace que los labios me tiemblen y que mis dedos se vuelvan flojos. Sin darme cuenta, dejo caer la piedra al suelo.

Estoy atrapada en su mirada. En las emociones, tan intensas, tan hambrientas, que veo en ella.

Hasta que él parpadea y sus labios se curvan en una sonrisa indolente con un toque cruel, muy típicamente suya; de esas que ponen algo de distancia emocional entre ambos. La desconexión súbita que siento me hace sentir frío allí donde antes había calor. Me

hace querer llorar y, al mismo tiempo, me deja incapaz de ello, con los ojos tan secos que parece que estén llenos de arena.

—En fin, listilla —habla el vampiro en un tono casual, como si el momento que acabamos de compartir hubiera sido algo pasajero—, sigamos caminando.

Suelto el aire de mis pulmones, sacudo los pensamientos de mi cabeza y decido que estoy demasiado cansada como para sacar el tema de lo que acaba de pasar entre nosotros; pero que ese momento llegará, porque no soy de las que pasan algo que le importa por alto.

—Volvamos —le pido al cabo de un rato, cuando mi respiración se calma—. Todavía estamos a tiempo de dar media vuelta.

Kasem hace un sonido gutural y niega con la cabeza como si estuviera decepcionado conmigo.

—Mira que eres cabezota.

—Me niego a seguir caminando una hora más por este bosque. Tengo tierra húmeda dentro de las botas.

—Pobre de ti —se compadece falsamente—. Qué pena, estar rodeada de naturaleza.

—Mi pena es tener que aguantarte —refunfuño. Instantes después, alzo una mano para espantar otra vez al dichoso pájaro, que trata de cagarme en la cabeza—. Y también tener que aguantar a ese maldito pajarraco. ¡Que te largues de una vez!

El pájaro se posa sobre una rama y trina con fuerza. También se ríe de mí. Igual que Kasem. Son igual de capullos.

—Nunca te fíes de los caminos empedrados en Rundra —replica el vampiro en un tono ominoso que no me engaña—. Suelen ser peligrosos.

Fingir normalidad tras algo tan intenso es raro, pero supongo que me estoy acostumbrando, porque no se me está dando nada mal.

—Ponme un ejemplo.

Él salta otra gran roca como si nada. A mí me toca rodearla con cuidado de no caerme por culpa de la vegetación y del suelo desigual del bosque.

—Una vez me encontré a una ancianita —declara Kasem como si fuera lo más terrible del universo.

No elabora más, así que seguro que quiere que le pregunte. A estas alturas del viaje es imposible que no me conozca.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? —cuestiona él.

—¿Es que esa anciana era un wendigo disfrazado o una bruja que quería raptarte o algo por el estilo?

Su risotada, aunque no suena tan alegre como debería serlo, hace eco entre los altos árboles tropicales.

—Qué va. Era una anciana de lo más mundana. —Se estremece de manera visible y excesiva—. Quería que la ayudara a llegar hasta la casa de su nieta porque el coche se le había roto y no sabía cómo arreglarlo.

—¡Uy! —exclamo de la misma manera exagerada, pero con sarcasmo—. ¡Qué tragedia!

—Y que lo digas —asiente él—. ¿Yo? ¿Trabajar *gratis*? Ni de coña.

Esta vez soy yo la que resopla con fuerza. Sé por su tono de voz que me está tomando el pelo, pero aun así me entran ganas de decirle que está obsesionado con el capital.

—¿Para qué quieres tanto dinero? —le pregunto en uno de mis impulsos—. No tienes por qué responderme, ya lo sabes. Soy consciente de que vas a vivir muchos años y de que la vida cada vez es más cara, sin embargo, me imagino que a estas alturas de tu existencia ya eres millonario, al menos, con lo que cobras por tus misiones con La Mano Negra, ¿no?

Él se encoge de hombros.

—Más o menos.

Pasamos un rato sin hablar, hasta que salimos del bosque y mis pies pisan el camino de nuevo.

—¡Así que sí que estabas buscando el camino todo este tiempo! —le acuso.

—De eso nada —miente—. Ha sido pura casualidad.

Se gira hacia la dirección en la que supongo que tenemos que avanzar y empieza a caminar, pero esta vez lo hace con lentitud para que pueda alcanzarlo con facilidad.

Miro por encima del hombro cuando escucho trinar al pájaro y veo cómo se detiene en lo alto de un árbol, cerca de donde he salido del bosque. Aunque por suerte no hace ademán alguno de seguirnos.

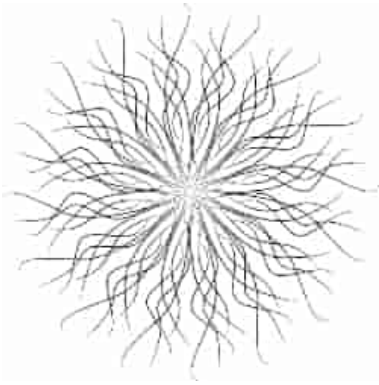
Kasem y yo recorremos con calma la carretera, escuchando los sonidos de la fauna nocturna durante un buen rato. Es curiosamente pacífico, considerando dónde estamos.

—Al principio tenía algunas deudas generacionales que saldar. Cuentas pendientes de mis antepasados y esas cosas —me revela el *altivus* de manera repentina e inesperada tras media hora de caminata—. Y ahora… supongo que me he acostumbrado al lujo. A tenerlo y a ofrecérselo a los míos.

—Oh. —El corazón me da un vuelco al oír eso—. No sabía que tuvieras esposa… o esposo… y una familia. Yo… yo… Lo siento. He hecho el ridículo, ¿verdad?

Aparto la vista, avergonzada de mí misma, hasta que escucho su bufido de risa.

—No hay nada de eso en mi vida, Noemí. Creía que lo había dejado claro desde el principio —dice con un deje de su antiguo humor—. Vamos. Había una posada por aquí cerca que espero que todavía siga en pie. Aunque con la suerte que llevamos a cuestas, quizá algún bicho antiguo haya hecho de ella su guarida y nos toque ponernos perdidos con su sangre.



Capítulo 48



Noemí

Encontramos la posada en mitad de una tormenta.

Miro al cielo y deseo con todas mis fuerzas que mi hermana esté bien resguardada del frío y la lluvia.

Espera un poco más. Ya estoy aquí, Arya, pienso. *Voy a salvarte.*

Los nubarrones que Kasem había visto en el horizonte, antes de desviarse del camino y perdernos en el bosque (aunque él lo niegue), han resultado estar cargados hasta los topes de una tormenta tropical y descargan con rabia sobre nuestras cabezas, sacudiendo los cimientos de la tierra con truenos que amenazan con dejarme sorda en cuanto llegamos a los portones de madera, medio podridos y abiertos de par en par, que hay en la muralla de piedra que rodea el lugar.

Mi guía lanza un conjuro sobre nuestras cabezas que actúa como un paraguas invisible, aunque no afecta al frío repentino que hace que empiecen a castañetearme los dientes cuando las temperaturas bajan aún más en cuestión de segundos.

—¡Ah! —exclama el mercenario con gusto nada más ver el edificio al final del largo camino empedrado—. La vieja casa está tal y como la recordaba: tétrica y húmeda. Es bueno ver que algunas cosas no cambian, aunque pasen los siglos.

A pesar de sus palabras, no para de mirar la estructura de madera y piedra (por suerte bien conservada e iluminada) con una alta torre medio en ruinas adjunta a la misma con los párpados entrecerrados. Lo que me preocupa porque nuestro historial de encuentros hasta ahora no ha sido precisamente agradable.

—Kasem —le llamo, alzando la voz para intentar hacerme oír por encima de la tormenta—. ¿Entramos o no? Decide ya, ¡que me estoy helando!

Él se gira hacia mí y me observa de arriba abajo. Parece sorprenderse al ver que tengo tanto frío. Unas palabras suyas en vadálico antiguo hacen que mi cuerpo entre en calor poco a poco hasta que mi temperatura corporal vuelve a ser tolerable.

—Gracias —le digo con alivio cuando vuelvo a sentir mis labios y las puntas de mis dedos.

—No me las des todavía.

Oh, no, pienso con cansancio. *Esas palabras dichas en ese tono me suenan a que puede haber un monstruo. Maldita sea, ¡si es que este país no nos da ni un solo respiro!*

—Entremos —creo que dice.

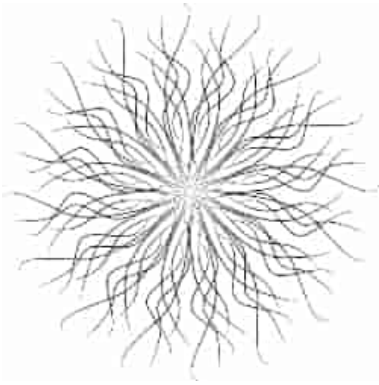
—¿Qué? —pregunto para asegurarme.

La tormenta es cada vez más y más intensa y no es que le escuche muy bien con tanto trueno, porque, además del ruido ambiental, la magia de mis venas parece reaccionar de una manera extraña a la electricidad del ambiente, emitiendo un zumbido cada vez que uno de los rayos ilumina el lúgubre cielo de Rundra con su despliegue de poder natural.

Kasem me pone una mano en el hombro y luego tiene la osadía de inclinarse y pasar su otro brazo por debajo de mis rodillas, cargando conmigo sin previo aviso.

Suelto un grito de sorpresa, pero a estas alturas sus excentricidades y decisiones repentinas se han convertido en algo habitual (como sospecho que para él lo son las mías), así que me limito a resoplar de risa una vez el corazón me late algo más despacio y doy las gracias de que mis pies ya no estén pisando el suelo embarrado, cada vez más resbaladizo.

De un salto que casi me hace soltar un «yupiii» cuando la tripa me da un vuelco como lo hacía en las atracciones de feria de pequeña, se planta en las escaleras del porche, recorriendo los más de cien metros de camino con un solo movimiento.



Capítulo 49



Noemí

—No hay nadie —comento cuando entramos en la amplia sala que hay nada más abrir la puerta de la posada.

—Sí que hay gente —objeta Kasem.

Tras un chasquido de sus dedos, lo que ante mis sentidos era un amplio salón de estilo medieval con una gran chimenea, suelos y paredes de piedra y madera, con mesas y sillas rústicas frente a una larga barra de roble pulido, cambia de súbito.

No de manera extrema, ya que la decoración sigue siendo la misma, pero algunas cosas sí que son diferentes. La iluminación de la posada, por ejemplo, ha cambiado. Ahora es más intensa. Además, el calor del fuego se nota más sobre mi piel y el sonido de la tormenta es más claro a mis oídos.

Lo que me hace dar un bote del susto, sin embargo, es la gente que antes, definitivamente, yo no veía.

—Un puto mago. Lo que nos faltaba aquí en Rundra —escupe uno de los… hombres bestia, supongo que sería por ahora la definición (hasta que sepa qué es en realidad)—. Como si no tuviéramos bastante con los fascistas revolucionarios, las criaturas campando a sus anchas sin los montaraces para vigilarlas y los putos ejércitos extranjeros metiendo las narices donde no los llaman.

Sus amigos coinciden con él, asintiendo con expresiones descontentas al mirar a Kasem. Aunque algunos lo observan con miedo y evidente desconfianza.

Hablan en rundrense, que entiendo porque lo estudié para ayudar a un alumno con su tesis, y que además repasé hace unos meses, cuando Arya me pidió que le enseñase algunas frases comunes, como saludos y peticiones.

Algo que me va a venir de perlas.

—Hola, buenas gentes de Rundra. No venimos a causar malestar ni a entrometernos en vuestra situación política —saludo al variado grupo de seres con una sonrisa tímida—. Solo estamos de visita.

No se sabe mucho sobre los habitantes del exterior de la capital de Rundra, y ahora entiendo por qué tanto misterio. Basta con verlos. Algunos tienen aspecto de ser humanos, pero la mayoría no son para nada humanoides.

La gente no tiende a aceptar muy bien a las personas con rasgos de bestia. Los consideran salvajes y bárbaros en muchas culturas, así que se suelen ocultar en remotos pueblos boscosos.

Y Rundra está repleto de ellos.

Kasem decide pasar de largo sin más, actuando como si no existieran. Lo sigo con una mueca de disculpa y alzo la mano en el

saludo no verbal típico del país, que mostraban en uno de los vídeos tutoriales que vi.

Espero que no se ofendan, pienso para mí misma.

—Una habitación para dos —le exige el vampiro al hombre que hay tras la barra, deteniéndose frente a esta—. Limpia. Con un baño privado y agua caliente.

El individuo de mediana edad, que parece un humano pero tiene orejas peludas de ardilla y garras en vez de uñas, se nota un poco amedrentado por el vampiro (aunque está tratando de ocultarlo poniendo una fachada valiente).

Desvía la vista un segundo hacia la única mesa ocupada, cuyos inquilinos siguen cuchicheando entre sí a nuestras espaldas, y luego asiente, deja la bandeja llena de cervezas que estaba preparando sobre la barra, y se gira para coger una de las llaves que cuelgan de la pared chapada en madera que tiene detrás.

—Es… —tartamudea, se relame los resecos labios y lo intenta otra vez—. Es la mejor que tenemos.

Se la ofrece a Kasem con una mano temblorosa.

—Bien. —El vampiro coge la llave y le da un par de vueltas ante sus ojos, estudiándola. Una vez la aprueba, asiente con satisfacción —. Quiero que suban una buena comida caliente y pan recién hecho en unos veinte minutos —ordena más que pide.

Lo hace en un tono muy tranquilo, lejos de la amenaza de violencia subyacente que es capaz de usar cuando se cabrea con la gente (como hizo con el piloto del avión o con sus compañeros en la base), y se guarda la llave en el bolsillo de su larga chaqueta, depositando una buena suma de dinero rundrense sobre la barra.

Está siendo cordial, aunque dudo que ellos lo vean así.

Toda una novedad.

—¿Tenéis leche? —le pregunto al camarero con una sonrisa agradable, deseosa de rebajar un poco la tensión del ambiente—. Leche de vaca —le aclaro—. O de cabra… Me apetece un vaso de leche caliente con cacao en polvo, si tenéis.

Me apetece muchísimo. Tengo mono de ello desde hace días. Es como cuando me obsesioné con comer *pizza* y mi cerebro no paró hasta que se la di. A veces esas cosas me pasan.

—Un vaso de leche de vaca o de cabra para ella —exige Kasem cuando el camarero no se digna ni a contestarme.

Para mi disgusto, el hombre ardilla asiente, pero mirando al vampiro. Y eso que estoy moviendo la mano en un saludo amistoso para llamar su atención.

—¿Es que a mí no me oye o qué? —suspiro.

El aterrado hombre no responde.

Kasem se ríe por lo bajo, lo que causa que a mí me haga un poco de gracia, aunque el desconocido me dé pena… hasta que el vampiro habla nuevamente y sus palabras espantan cualquier sentimiento bonito que hubiera en mí por esta gente.

—Nada de carne humana en lo que cocinéis para nosotros, ¿nos entendemos?

El hombre ardilla, que está sudando a mares, me mira de reojo y asiente.

—Cla… claro. No os ser… serviré car… car… carne humana, *sir*.

—¡En lo mío, sí! —grita uno de los hombres bestia con una carcajada, alzando la cuchara llena del guiso que se está comiendo.

Hago un gesto de horror al oír eso y la gente de la mesa del que ha hecho el comentario, al verla, se ríe con ganas; pero una breve mirada por encima del hombro de Kasem los hace callar a todos.

Mi guardaespaldas se inclina sobre la barra y el camarero recula tanto que choca con la estantería repleta de alcohol que tiene detrás. El vampiro ni se inmuta. Espera a que las botellas dejen de tintinear precariamente y a que el hombre ardilla se tranquilice un poco antes de hablar para que se le oiga con claridad.

—Si Segreilla está por aquí, dile que Sangriento quiere uno de sus mapas —le ordena en un tono de voz que parece emanar energía.

El hombre ardilla asiente varias veces de manera enfática y el vampiro se echa hacia atrás, poniendo distancia con él. Después de saber que mata humanos y los cocina, ya no me da pena en lo más mínimo.

Me doy cuenta de que Kasem ha usado magia para ocultar sus palabras de los que hay sentados en la mesa cercana (los únicos presentes además del camarero) cuando giro la cabeza para ver por qué se han quedado en silencio de repente y noto que tienen miradas confusas o perdidas en el rostro, como si sus mentes se hubieran quedado en blanco.

—Vamos —me dice el mercenario, dirigiéndose hacia las empinadas escaleras de madera.

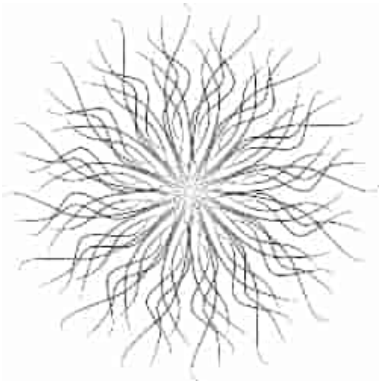
—¿No vas a quitarles el conjuro? —le pregunto a su espalda mientras ascendemos.

No puedo ver su expresión maliciosa, pero la intuyo por su voz.

—No.

Me encojo de hombros.

Supongo que al menos esta noche dormiremos en paz.



Capítulo 50



Noemí

El dormitorio no está mal, pero ahora que estamos dentro los dos solos, mi cabeza batalla entre dos emociones igualmente intensas: mi eterna curiosidad, y el hecho de que acabo de darme cuenta de que solo hay una cama y de que…

Espera un momento, me recuerdo a mí misma con un ramalazo de decepción, *Kasem no duerme. O al menos no le he visto dormir nunca.*

—¿A qué viene esa cara tan larga? —inquiere el vampiro, que como asesino a sueldo paranoico, barra mercenario, barra guía, barra ser paranormal con muchos enemigos, lo primero que ha hecho es abrir cada puerta y sospechar de cada recoveco.

—¿Lo has examinado ya todo? —le pregunto con cara de malas pulgas en vez de responderle.

—Te consigo una habitación con un colchón que *probablemente* haya sido limpiado este siglo y un baño con agua corriente y bañera, y te pones de mal humor —refunfuña—. No hay quien te entienda, mujer.

Estoy tentada de meterme en el baño, cerrarle la puerta en la cara y usar esa bañera que todavía no he visto (y a la que le tengo muchas ganas), pero eso sería demasiado infantil y, aunque he hecho muchas cosas que jamás habría soñado que haría (varias de ellas definitivamente inmaduras para mi yo serio y recto habitual), no me apetece montar un numerito solo porque…

—¿No te vas a tumbar luego en la cama? —barboteo de manera atropellada.

Una vez más, mi boca me traiciona, humillándome.

Él se echa a reír con ganas cuando se da cuenta de por qué estaba tan enfurruñada.

—Quizá lo haga. Quizá no —contesta con humor—. Te advierto que si no usas el baño, pienso invadirlo yo.

Corro hacia el baño en cuanto esas palabras abandonan sus labios, porque lo conozco y sé que lo dice en serio.

Lo oigo reírse de nuevo cuando cierro la puerta con fuerza tras de mí, y ello hace que mi corazón parezca querer echar a volar. Echaba tanto de menos su risa… La versión borracha, aunque divertida (y más irritante aún que la sobria, cosa que es un récord para él), no se puede comparar a la risa honesta del maldito vampiro que se me ha metido dentro sin mi permiso.

Casi parece del todo el mismo Kasem de antes, aunque tengo la sensación de que algo dentro de él ha cambiado tras lo que pasó en la montaña.

El vampiro interrumpe mis pensamientos golpeando la puerta de madera maciza con los nudillos segundos después de que yo

entre.

—Tienes diez minutos, por cierto.

—Imposible. Quiero usar la bañera —protesto—. Llenarla solo para estar tres minutos es una tontería y un desperdicio de agua.

—Pues no la uses aún. Ya lo harás más tarde.

—Es que entonces tendría que lavarme dos veces. ¿No es eso desperdiciar más agua? —argumento.

La idea, tras pasar tanto tiempo caminando a la intemperie, es tentadora, pero…

—Sé todo lo ecológica que quieras después de cenar —replica él—. Diez minutos —advierte—. Ni uno más. Si no sales, entraré estés como estés y te pongas como te pongas.

Me ruborizo cuando mi mente pinta una imagen de Kasem encontrándome *casualmente* desnuda y decidiendo follarme sobre la encimera de la pila, enajenado por la lujuria.

—¿Me estás oyendo, mujer?

Salgo de la fantasía cuando se pone gruñón.

—Que sí —suspiro—. Al menos dime por qué. ¿Al final nos tenemos que ir? ¿Hay algún monstruo suelto?

Creo que a estas alturas sueno más resignada a lo de los monstruos que horrorizada, aunque el miedo siga presente en mí.

Será el cansancio.

Espero que no tengamos que irnos todavía. La idea de dormir sobre un colchón es demasiado increíble como para que ahora me la arrebate cruelmente. Ni siquiera él puede ser tan terrible.

—Porque el agua caliente de aquí es limitada, listilla, y yo también quiero darme una jodida ducha. Por eso. Así que no tardes

mucho o…

—¡Vale! —le grito con furor, olvidándome momentáneamente de todos los sentimientos bonitos de antes, aplastando las mariposas que aleteaban en mi pecho y poniendo fin a la fantasía sexual antes de que coja más fuerza—. ¡Vete y déjame tranquila!

Él se aleja, pero no sin antes murmurar algo gruñón en vadálico antiguo para sí mismo que no logro oír bien, más allá de las palabras «vidraz» y lo que creo que es «problemática».

Sacudo la cabeza para hacer mis pensamientos a un lado y, tras usar el váter (casi me echo a llorar por poder hacer mis cosas en un váter, en vez de tener que bajarme los pantalones entre dos rocas o junto a un árbol), me desvisto con rapidez y me meto en la ducha, cuyos azulejos han visto días mejores.

El agua tarda un rato en salir y las cañerías suenan con fuerza cuando giro los grifos, pero vale la pena la espera. No me había dado cuenta de que echaba tantísimo de menos tener el pelo y la piel limpios hasta que me enjabono y enjuago a fondo de los pies a la cabeza dos veces.

El jabón, que parece lavavajillas más que otra cosa, me parece el invento más maravilloso del mundo (tras los váteres y las cañerías).

Cuando salgo de debajo del agua minutos después, me siento ligera, aliviada de que no me pique el cuero cabelludo y contenta de no estar fuera, bajo la tormenta y pasando frío mientras la piel se me llena de chispas que no puedo controlar.

Aquí dentro es como si los truenos resonaran con mucha menos fuerza. No solo el sonido, sino que la energía de los rayos que los acompañan parece reverberar bastante menos con la que centellea en mi interior, que está más calmada.

Aunque sentir las pulsaciones de energía de la magia no es una sensación desagradable (todo lo contrario), no poder controlarla me asusta mucho después de lo que pasó cuando lancé mi primer conjuro de manera inconsciente.

Kasem elige ese momento para golpear la puerta de nuevo, sacándome de mi ensimismamiento.

—¡Te quedan tres minutos!

—¡Calla! —le ordeno, dándome cuenta de que no tengo ropa limpia a mano.

Oigo su bufido, pero decido que es mejor centrarme en mi dilema actual: si pedirle ayuda y que él me saque algunas prendas de sus tatuajes (si es que tiene ropa para mí en ellos, cosa que dudo porque no me ha ofrecido cambio de muda en estas últimas semanas, desde que chamusqué los papelitos multidimensionales que él llevaba encima), o arriesgarme a usar esa magia que corre por mis venas, a la que temo tanto, e intentar abrir el sello que contiene mis maletas.

Dudosa, pero queriendo aprender a valerme un poco más por mí misma, saco el papelito del bolsillo de mis pantalones y me lo quedo mirando. Parece un papel normal y corriente. El mismo que Kasem arrancó de su libreta cuando nos dirigíamos al aeropuerto, tantísimo tiempo atrás.

El sello no se ve. Hay que imbuir el papel con magia para que salga a la luz, y entonces… ¿entonces qué?, me planteo.

Frunzo el entrecejo y hago memoria de las instrucciones que el vampiro me dio cuando yo pensaba que él era un fantasma (hecho que me llena de vergüenza, así que me limito a pasar esa parte del recuerdo por alto) y trato de seguirlas.

Muy bien, me digo mentalmente cogiendo aire, *poco a poco y paso a paso. Primero hay que revelar la tinta.*

Me concentro en sentir la magia de mi sangre. Es mucho más fácil percibirla ahora que la primera vez que lo hice.

—¡Lo he logrado! —grito cuando el sello se revela, casi dando saltitos de felicidad por haberlo logrado y, cómo no, perdiendo el control sobre mi energía.

Dejo caer el papel cuando mis dedos sueltan un chispazo que me hace dar un bote y que revienta uno de los maltrechos azulejos del baño.

Demasiadas emociones. Ello tiende a afectar a mi magia, me regaño a mí misma en silencio.

Con el tiempo, he notado que se hacía más y más intensa, como si hubiese habido algún tipo de presa en mi interior que la mantuviera cautiva y ahora fluyera a sus anchas, más caudalosa a cada día que pasa, hasta que más o menos ha dejado de crecer y se ha vuelto estable.

O parece estar estable… cuando no estoy en peligro o en mitad de una tormenta, al menos, cavilo.

Cogiendo el papel del suelo y soltando aire lentamente de nuevo para relajarme y despejarme la cabeza, guío un poco más de mi chispeante energía hacia el papel, asustándome cuando esta parece empezar a chamuscarlo.

—¡No hagas eso! —chillo en tono de regañina, lo que es estúpido porque mi magia, evidentemente, no es una entidad separada de mí.

—¿Pasa algo? —pregunta Kasem desde el otro lado de la puerta.

—No. No. Nada —me apresuro a negar—. Solo necesito unos minutos más. Todo va bien.

Él no dice nada más.

Me siento estúpida, plantada desnuda en mitad del baño mientras intento usar magia para sacar mis maletas de un papel, pero aun así estoy determinada a lograrlo.

Vale, calma, me digo a mí misma mentalmente, *puedes hacerlo. Solo necesitas controlarla mejor. Una pequeña cantidad, recuerda. La que has usado ha sido demasiada.*

El pobre papel, chamuscado en una esquina, deja al fin de humear. Por suerte, el sello está intacto. No sé lo que pasaría si lo quemara sin querer, pero con la suerte que tengo últimamente no quiero averiguarlo.

—Imagina que estás intentando llenar un pequeño guisante con tu energía —sugiere Kasem, sorprendiéndome.

Me quedo mirando la puerta.

—¿Cómo sabes lo que estoy haciendo?

Le oigo reírse entre dientes.

—Sería un pésimo brujo si no sintiera que alguien está intentando usar magia a escasos metros de mí.

Me ruborizo cuando una risa tonta y nerviosa, impropia de mí, sale de mis labios. Carraspeo y finjo que no ha pasado, concentrando mi vista en el papel.

—Tranquila. Puedes hacerlo.

La voz de Kasem me ayuda a calmarme. Emana una confianza en mí que fortalece la mía y me hace sonreír.

Tensa por la ansiedad y la expectación, me concentro en el torrente de relámpagos que hay en mi interior y empujo una pequeñísima cantidad de esa energía hacia el papel. Me imagino un guisante diminuto.

El sello se revela de nuevo ante mis ojos. Y el papel no está humeando ni nada. Tengo ganas de dar saltitos de emoción, pero los contengo.

—Muy bien —ronronea Kasem con aprobación—. Te noto muy estable. Ahora mantén ese guisante de energía en las líneas del sello y, al mismo tiempo, guía otra pizca de tu magia hacia él otra vez. Pero con la intención de abrirlo, no de revelarlo.

—¿Cómo lo imagino esta vez? —le pregunto con voz entusiasmada.

Antes nunca llegábamos a esta parte. Muchos pobres papelitos salieron muy mal parados cuando intentaba revelar el sello.

—Como si fuera una cerradura que tienes que girar. Imagina una llave —me explica—. Una muy pequeña.

Asiento, aunque no pueda verlo y, con la respiración trémula por la excitación de estar usando magia que, por primera vez, controlo a voluntad, me imagino el molde de una llave diminuta y empujo mi magia para rellenarlo.

—¡Tengo la llave! —exclamo sin poder evitarlo—. Está superclara en mi cabeza.

Le oigo reírse, pero no de burla, aunque mi arrebato le haya hecho gracia.

—Muy bien —alaba—. Ahora úsala. Y recuerda: mantén la primera pizca dentro de las líneas del sello.

Asiento de nuevo y hago lo que me dice, moviendo la llave que he creado en mi mente con mi magia por mi cuerpo hasta que llega a la punta de los dedos que sostienen el papel y, una vez allí, la veo salir de mi piel y flotar hasta ponerse sobre el sello con una sensación de maravilla palpitándome en el pecho.

—Oh, madre mía. No puedo creer que esté usando magia —jadeo.

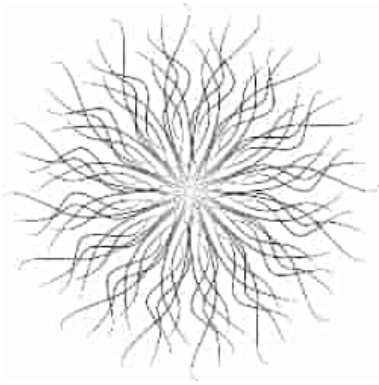
Estoy sin aliento. Jamás creí que pudiera hacer algo como esto.

—No pierdas la concentración —me recuerda Kasem.

Trago saliva y me obligo a estar en calma otra vez. Con cuidado, muevo mentalmente la llave hecha de electricidad hasta que su brillante figura se hunde dentro del sello. Cuando miro por debajo del papel, veo que no lo ha traspasado a pesar de que yo sigo sintiendo la llave entera, así que deduzco que la otra mitad de la misma debe de estar dentro de la cerradura multidimensional.

Con un nudo de emoción en el estómago, ordeno a la llave girar y abrir la cerradura.

Y entonces todas mis maletas me caen encima de golpe.



Capítulo 51



Noemí

—¿Estás bien?

—Deja de reírte y ayúdame a salir de aquí abajo —le gruño a Kasem, que ha abierto la puerta a la fuerza.

Él hace lo segundo, pero no lo primero. Con una palabra suya, mis cosas flotan hacia el techo del baño; luego se inclina, coge mi brazo y tira de él para ponerme de pie.

—Enhorabuena. Sabía que podías hacerlo —me felicita con los ojos brillantes de risa.

—Gracias —respondo sin poder evitar que, a pesar del desastre, mis labios sonrían por la felicidad que me causa mi logro —. Aunque me duele un poco el pie —no puedo evitar añadir con una leve mueca, moviéndolo para ver si es grave.

Una de las maletas me ha caído sobre él y, a pesar de que no me he roto nada, me ha dolido bastante.

—Cuidado con la cabeza —me advierte el vampiro con una sonrisilla divertida—. No sea que te la golpees también.

—El que tiene que tener cuidado eres tú, que me sacas dos de altura.

Miro hacia las maletas y veo cómo él las deja descender lentamente… hasta que de repente caen todas al suelo creando un estrépito aún mayor que el que he hecho yo antes.

—¡Kasem! —regaño, girándome otra vez para encararle—. ¡Vas a romper mis cosas! Ten más cuidado.

—¿Mmmm? —contesta él de manera distraída.

Entiendo el porqué en cuanto le veo la cara.

Todavía tiene sujeto mi brazo, aunque no parece darse cuenta, ya que sus pupilas están clavadas en mis pechos desnudos.

Sus pupilas, en vez de agrandarse, han menguado y se han alargado como las de un gato; pero aunque mi yo retraída de antes, que vivía siempre pensando en la aprobación de sus compañeros investigadores y en preservar su intachable reputación de mujer seria, responsable y predecible, pensaría que lo lógico sería asustarme, a mi yo de ahora, que es más libre que nunca para ser ella misma en todas sus facetas (buenas y malas), lo evidente que es el hecho de que no hay ni una pizca de sangre humana en él, en vez de aterrarle, le causa un deseo sexual que caldea cada milímetro de su cuerpo.

—Kasem… —pronuncio su nombre con voz ronca y me relamo los labios al notar la boca reseca.

No creo que me haya oído. Su boca está entreabierta, sus colmillos alargados son visibles y sus ojos no se apartan de mi

cuerpo desnudo, recorriéndolo de arriba abajo como si no pudiera evitarlo. Como si la necesidad fuera mayor a sus fuerzas.

Las manos me tiemblan un poco por la anticipación. Siento que estamos al borde de un lugar de no retorno.

La fantasía de antes, en la que él me hacía el amor salvajemente sobre la encimera de la pila, me viene a la cabeza de nuevo y mi respiración, el ritmo de mis latidos y el calor abrasador de mi vientre aumentan en intensidad.

El verle con esa expresión de aturdimiento y lujuria en la cara, normalmente burlona, irritada o inexpresiva, hace que algo cante victoria dentro de mí. Algo profundo, visceral y puramente ligado a mi ego que, durante casi toda mi vida, he mantenido escondido a la vista de todos bajo una fachada de puritanismo tras la cual me sentía muy cómoda.

Hasta que él la hizo añicos.

—Eres la única persona por la que he sentido atracción sexual en toda mi vida —le confieso casi sin aliento, dando un paso hacia él.

Son palabras impulsivas nacidas del corazón, como me sucede siempre con Kasem. Es como si mi misma alma quisiera que él me conozca sin filtro alguno de por medio.

Esta vez sí que parece oírme, pero, en vez de aprovechar la invitación a acostarse conmigo como lo que es, lo que el vampiro hace es soltarme el brazo que aún mantenía sujeto y dar un paso hacia atrás, alejándose de mí como si le quemara.

—Tengo que irme —declara, tenso como una vara.

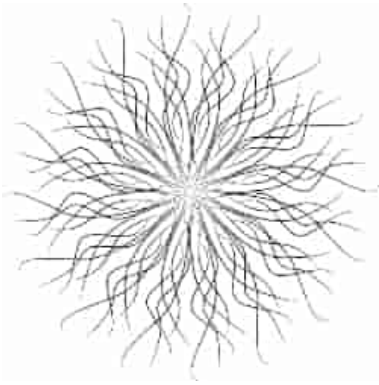
La oscuridad y la ira que emanaba antes han vuelto, aunque no las siento dirigidas contra mí.

No comprendo qué es lo que he dicho para que se aleje de nuevo. Es frustrante.

—Kasem…

Él se da media vuelta y desaparece por la ventana, que abre a la velocidad de la luz, antes de que yo termine de preguntarle qué es lo que le pasa.

Me quedo sola, desnuda y excitada, dentro del maldito baño con mis maletas desperdigadas a mis pies.



Capítulo 52



Noemí

Kasem está sentado a oscuras sobre la repisa de la ventana cuando despierto.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, mirándome?

—El suficiente para saber que abrazas la almohada cuando duermes en una cama.

Me ruborizo y suelto dicha almohada, haciéndola a un lado. Hasta ahora solo me ha visto en sacos de dormir… y en la base secreta, cuando estaba enferma. Pero eso último no cuenta.

Tengo todo el derecho a estar de mal humor, a mi entender, pero estoy cansada y no me apetece tener una batalla verbal ahora mismo. Me ha costado dormirme. No sé qué hora es, pero la luna sigue alta en el cielo, todavía nublado aunque sin rastro de la

tormenta, así que no debe de haber pasado mucho tiempo desde que al fin mi mente ha dejado de dar mil vueltas a las cosas.

—Lamento haberme ido de ese modo.

Sus disculpas me pillan desprevenida y hacen que me despeje del todo. Poniendo las manos a cada lado de mis caderas, me incorporo hasta estar sentada con la espalda apoyada en el cabecero y me lo quedo mirando. Lo único que se ve de él es su perfil y parte de sus largas piernas, bañadas por la plateada luz nocturna.

—¿Por qué te has ido? —Voy directa al grano.

Con él no tengo por qué andarme por las ramas. Algo que me encanta y que es tan diferente a cómo ha sido mi vida, rodeada de académicos desde muy joven, hasta conocerle.

Kasem suena serio y circunspecto cuando habla. Creo que ha estado reflexionando por su cuenta.

—¿Recuerdas que te dije que eras mi *vidraz*?

Suspiro y asiento.

—Como para olvidarlo —contesto de manera lacónica—. Y también recuerdo que te has negado hasta ahora a decirme qué significa esa palabra en realidad.

Oigo el sonido bajo y ronco, casi animal, que hace con la garganta. Suena pensativo, no agresivo, pero aun así me pone el vello de punta y, a la vez, me excita.

—Las *vidraz* son mujeres descendientes de brujas cuya sangre puede tentar a un vampiro en concreto, seducirle y llamarle para que se empareje con ellas —me explica, poniendo patas arriba todo mi mundo de golpe—. Y también las únicas capaces de darnos hijos biológicos.

—Joder —me oigo decir tras los minutos que tardo en procesar todo eso—. Tú lo sabías —le acuso, mirándolo con rabia—. Sabías

que yo era una bruja desde el principio. Desde que nos conocimos en aquel parque.

Él me mira fijamente con sus ojos brillando en la oscuridad.

—Sabía que descendías de una —se sincera—, pero no que tenías poderes hasta que te mordió la drádira. Y, aun así, admito que te infravaloré. No creí que fueran tan fuertes ni que despertarían tan pronto tras lo que pasó en el avión. Me sorprendiste.

Hago memoria y recuerdo a la serpiente plateada. Me estremezco al pensar en lo mal que lo pasé. En lo mucho que dolía.

—Lo sabías desde hace tanto y aun así elegiste no decirme nada…

La decepción es tan intensa que cada sílaba gotea con su ponzoña. Un veneno que puede matar la confianza que hemos desarrollado poco a poco a lo largo de nuestro viaje, aunque yo no quiera.

—Cierto —admite él, con voz pesada pero serena—. No lo hice.

—¿Por qué, Kasem?

El dolor de mi voz es casi palpable.

—Al principio, porque estaba convencido de que podía limitarme a cumplir mi trabajo y luego olvidarme de ti. No eres la primera *vidraz* que conozco y hasta ahora jamás me había resultado especialmente difícil ignoraros. —La amargura de su voz es evidente, al igual que el remordimiento—. Para mí eras una mera clienta. No quería meterme en tu vida privada y liar la mía en el proceso.

Trago saliva. Es duro oírlo ahora que siento tanto por él, pero lo entiendo. Yo me sentía igual. Para mí él solo era un mercenario. Un guía y asesino a sueldo al que había contratado para que me ayudara a salvar a mi hermana.

Nada más.

—Eso lo entiendo —le digo—. Y, sin embargo, has tenido tiempo de sobra desde entonces para hablarme de ello, ¿no? —insisto—. Creía que al menos éramos amigos a estas alturas.

Sueno un poco patética, pero me da igual. No quiero guardarme nada. No con él.

Su expresión, que veo solo porque la luz de la luna se cuela con más fuerza por la ventana durante unos pocos segundos cuando las nubes le hacen un hueco, está llena de autodesprecio.

—Sí. Pero decidí ser egoísta y no contarte que tenías…, que tienes —se corrige— poder sobre mí.

Arrugo el ceño, confusa.

—¿Poder sobre ti? ¿Cómo? ¿Es por los rayos? No te volveré a herir, lo juro.

Me entran ganas de llorar de solo pensarlo. Nunca quise hacerle daño realmente. Si hubiera sabido que tenía poderes, jamás habría dicho aquellas malditas palabras.

—No, Noemí. No es por los rayos. —Su voz suena tan suave como el terciopelo. Como una tierna caricia para mis sentidos—. No solo se trata de mera atracción o de compatibilidad hormonal. Con eso podría lidiar —me explica—. Las *vidraz* tienen el poder de seducirnos contra nuestra voluntad si su sangre de bruja es fuerte. Aunque ese es un conocimiento que los de mi clase se han esforzado por enterrar desde hace mucho tiempo. No quedan muchos que lo sepan hoy en día, y los que son conscientes de ello jamás lo hablarían en voz alta.

Me horrorizo cuando escucho eso.

—Yo jamás haría algo así —protesto con voz trémula por el asco que siento de solo pensarlo.

—Lo sé —me tranquiliza—. Ahora que te conozco, lo sé muy bien. Creo que, de hecho, en el fondo siempre lo he sabido. Eres una persona noble y generosa, de esas que uno no se encuentra a menudo a lo largo de la vida. Soy consciente de que jamás me obligarías a follarte o a emparejarme contigo para transformarte y así compartir mi longevidad, Noemí, sin importar lo poderosa que acabes siendo. Pero eso no quita que…

—Está bien —le hablo con la misma suavidad con la que él me habla a mí cuando no termina la frase. Suena frustrado consigo mismo. Sé muy bien lo que es eso. A veces, cuando las cosas son importantes, las palabras pueden atragantársenos—. Lo entiendo. A mí tampoco me gustaría que tú tuvieras esa clase de poder sobre mí. Suena aterrador.

Me siento como una acosadora.

Tengo el estómago revuelto.

—Eso también es un problema —me revela él de manera sombría—. No tengo tanto poder sobre ti como tú sobre mí, ni de lejos, pero parte de tu lujuria sí que se debe a que tu magia nota el vínculo incompleto que hay entre ambos y quiere que lo completes.

—Oh.

Palidezco un poco al pensarlo. Ahora entiendo por qué se aleja de mí cuando nuestros cuerpos empiezan a caldearse y el ambiente se carga con ganas de sexo.

—Te preocupa el consentimiento —deduzco—. El de los dos.

Kasem asiente y ambos nos quedamos en silencio, cavilando, hasta que él suelta el aire de sus pulmones y vuelve a hablar.

—No soy precisamente la persona más abierta, amigable y sociable del mundo —afirma con un toque de humor—. Imagino que te habrás dado cuenta, ¿no?

—Un poco, sí —bromeo a pesar de mi angustia.

Eso hace que se ría entre dientes.

Lo miro con lágrimas en los ojos. No de angustia esta vez, sino de emoción. Este momento que estamos compartiendo es importante. Mucho más importante que el sexo; que la lujuria que a veces embota nuestras mentes.

Es más importante que nada de lo que hemos hablado hasta ahora, porque acabo de comprender que a Kasem le importa *mi consentimiento*. Y eso me devuelve la confianza en él de un plumazo. Hace que le perdone por no haberme dicho que tenía sangre de bruja y que entienda su punto de vista mucho mejor.

Al fin siento que su barrera más robusta se ha roto; que buena parte de esa muralla que él se emperraba en alzar entre los dos se ha derrumbado, aunque aún nos quede mucho que avanzar.

—No voy a pintarme de un color que no soy —declara él de súbito con voz firme—. Si decidí no contarte nada sobre ser *vidraz*, fue por mi propio bien. Por mi paranoia y por mi obsesión con la privacidad y el dominio de mi propia vida.

»Y si no te he puesto la mano encima, no es por falta de ganas o porque crea que toda la atracción que siento por ti es debido a que eres mi *vidraz*, Noemí, ni mucho menos, sino a que sé que, en cuanto lo haga, cambiarás mi existencia y ya no habrá vuelta atrás. Y soy un cabrón anclado a sus propias costumbres de vida solitaria y libre. No te equivoques conmigo. No soy ningún príncipe de cuento de hadas ni lo seré jamás.

Le sonrío con afecto porque a estas alturas sé que me lo dice porque no quiere que me haga ilusiones que luego me dañen. Porque, por mucho que afirme que es un capullo (y muchas veces lo es), no es tan mala persona como le gusta pintarse ante los demás.

—Lo comprendo —le aseguro—. El hecho de que te preocupara mi consentimiento además del tuyo propio no tiene nada que ver con que yo te importe. Nada de nada, ¿eh?

Él gime con exasperación.

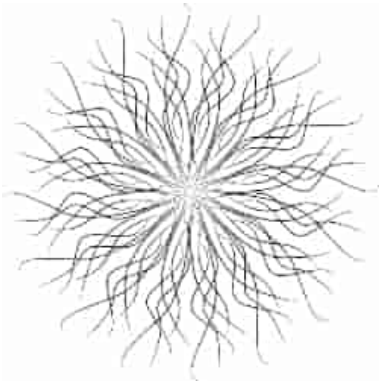
Yo le sonrío con más fuerza.

—Mujer cabezota e ingenua —refunfuña como el gruñón que es.

—Vampiro tozudo y sadomasoquista —replico como la gruñona que soy.

Tal para cual, añado para mí misma con una sonrisa reflexiva.

Tengo mucho en lo que pensar.



Capítulo 53



Noemí

—Pensé que estarías cabreada, ¿a qué viene esa sonrisilla?

—Túmbate a mi lado y te lo diré —bromeo, pero luego recuerdo que tengo cierto poder persuasivo sobre él cuyo alcance todavía desconozco y me arrepiento—. Lo siento. No iba en serio. No tienes por qué hacerlo.

El estómago se me revuelve y la sonrisa se me apaga.

—Lo sé. Te he dicho que no le des vueltas. Eres muy testaruda.

—No puedo evitarlo —le confieso.

Él estira los brazos y apoya los codos sobre sus rodillas, inclinándose hacia la cama en la que estoy sentada.

—Piénsalo de esta forma: no es como si no te hubiera demostrado de sobra que no tengo ningunas ganas de obedecerte,

Noemí.

Me río con alivio cuando me dice eso.

—Cierto.

Me siento mucho mejor.

—Bien —replica Kasem—. Ahora que ambos sabemos que soy muy capaz de resistirme a tu encantadoramente irritante compañía, me gustaría que acordáramos una serie de normas que los dos deberíamos cumplir a partir de mañana.

Lo miro con interés.

—¿Qué normas?

—La primera: nada de lanzarme rayos a traición…

Pongo los ojos en blanco y trato de ignorar el pinchazo de mi pecho.

—¡Y tú nada de dormirme a la fuerza! —Pienso mejor mi exigencia y vuelvo a hablar antes de que enumere la segunda norma —: Mejor aún: nada de lanzarme conjuros sin mi consentimiento.

—Siempre y cuando estos sean para protegerte, lo haré sin importar cómo te pongas luego —me advierte.

—Tengo derecho a decidir —protesto.

—Ah, sí —replica destilando sarcasmo—. La próxima vez que me encuentre cara a cara por sorpresa con una bestia que quiere comerte, le pediré que espere amablemente para así pedir tu consentimiento a la hora de lanzar una barrera a tu alrededor. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—No me refiero a eso y lo sabes.

—¿Y a qué te refieres? —Antes de que pueda responderle diciéndole que su excusa de la barrera no me vale, él decide hacerlo

por mí con más sarcasmo todavía—. ¡Ya sé! Lo que quieres es que invente magia que detenga el tiempo para todo el mundo excepto para nosotros, y así tú y yo podamos discutir durante una jodida hora sobre si puedo o no puedo protegerte, cosa para la cual te recuerdo que *me has contratado*.

—¡Deja de ser un tocapelotas! —exclamo, perdiendo los estribos—. Sabes perfectamente que lo que intento decir es que no quiero que uses cualquier conjuro que te dé la gana solo porque tú, y nadie más que tú, consideras que «estoy en peligro».

—Si esperas que realmente me pare a debatir contigo en mitad de una pelea, mujer…

Sé por su expresión, aunque no la vea del todo, que sabe que le he pillado.

—¡Calla! —le chisto—. No me fío de que no me la juegues y me duermas o algo similar durante una situación tonta y luego me pongas la excusa de que era peligrosa. No me tomes por boba, Kasem.

Se me queda mirando un buen rato tras mi regaño. La sonrisa que curva sus labios, que la luna ilumina de manera tenue, está llena de orgullo y de afecto.

Es un capullo. Ya quería jugármela con la primera norma, pienso con cariño.

—Conozco esa cara. Estás pensando que soy un imbécil manipulativo. —Su voz suena divertida.

—Algo parecido —refunfuño, sonriendo muy a mi pesar—. Aunque ya que ambos sabemos que lo eres, no creo que haga falta que te lo diga tan a menudo. Me canso de tanto recordártelo.

Él suelta una carcajada y se echa para atrás en su precario asiento. Sus botas resuenan contra una de las patas de la cama de madera cuando reacomoda los pies. La repisa de la ventana no es

que digamos muy ancha, y Kasem es un tipo alto con piernas kilométricas.

—Muy bien —accede, dándose por vencido con un deje de humor—. Nada de ser demasiado cabrón con los conjuros y de lanzártelos cuando me crispes. Lo pillo.

Canto victoria en mi interior.

—¡Sabía que estabas intentando tomarme el pelo! —acuso con un dedo extendido, señalándole cual abogado en un dramático juicio de la tele.

—No te sulfures tanto —bufa—. Ni siquiera te había hablado todavía de la segunda norma, eso lo has deducido tú solita con ese cerebro tuyo tan alerta.

—Déjame adivinar. —Levanto la barbilla, orgullosa de mí misma. Me siento ufana por haberle ganado una mano en sus malditos juegos de palabras—. Querías colarme lo de que tú podías lanzarme conjuros cuando lo considerases una «situación peligrosa» para mí, después de haberme alterado recordándome lo del rayo que te lancé. Manipulación emocional al completo.

—Ya me conoces, soy un encanto.

Me resisto a decirle que su único encanto está en su magia porque no quiero que nos vayamos aún más por la tangente. Los dos somos muy capaces de ello.

Pero, sin embargo, hay algo que no puedo evitar decirle porque me nace de muy adentro y me reclama que le ponga voz y lo deje salir.

—Es de cabronazo usar eso como un arma, por cierto.

Él no lo niega.

—Soy consciente de ello.

—¿Y por qué lo has hecho?

—No me preguntes eso en ese tono dolido, listilla —suspira Kasem—. No era mi intención hacerte daño.

El ambiente ha cambiado de repente. No pretendía preguntarle algo así en ese tono de voz, ni que se me rompiera al hacerlo, pero así ha sido.

Me cruzo de brazos.

—Pues me ha dolido.

Su repentina socarronería es palpable.

—Más me dolió a mí… No, joder, espera, Noemí. —Se pasa una mano por la cara cuando ve mis ojos llenos de lágrimas—. Lo siento, soy un hijo de puta. Lo siento. Joder…

Me sorbo los mocos y enredo los dedos de ambas manos sobre mi regazo.

—Te perdono si tú me perdonas a mí.

—¡Joder! —sisea, enfadado consigo mismo—. No te guardo rencor, ya te lo dije. Estás perdonada. Malditos sean mi puta lengua y mi puto ego…

—Gracias. —Asiento sin mirarle hasta que se me pasa el llanto.

Cuando alzo la vista de la colcha de flores, Kasem parece la viva imagen de la culpa. Es extraño ver tantas emociones en su rostro. Me hace preguntarme qué le ha impulsado a estar tan abierto a mí esta noche.

—A veces eres demasiado generosa conmigo —murmura—. Un tipo como yo, con tanta muerte en las manos, no merece a una chica como tú, Noemí.

—Yo también tengo voz y voto en eso —le contesto con firmeza, sorbiéndome los mocos de nuevo y deseando haber sacado pañuelos de la maleta—. No eres el único que decide. Y quiero dejar claro que puede que no sea una santa.

Él se ríe de manera casi inaudible, pero no es una risa divertida, sino incrédula.

—Comparada conmigo sí lo eres.

—Comparado contigo, hasta el más terrible de los demonios parecería un adorable conejito —digo con humor.

Kasem, en cambio, no pierde la seriedad ni responde a mi broma con una propia o una declaración egocéntrica.

—Mmmm…

Se queda en silencio mientras mira las nubes a través de la ventana tras dejar salir ese sonido ronco y bajo que no me dice ni sí ni no.

—Sospechaba que eras demasiado inteligente como para colártela —admite con ternura al cabo de un rato—, aunque no había previsto que te haría daño. Vi cómo sufrías cuando creíste que había muerto. Yo…

Se calla durante otro rato más sin finalizar lo que quiera que tenga que decirme, pero lo intuyo.

La habitación se llena de un ambiente pesado y triste que decido que quiero intentar aligerar. Ya hemos tenido demasiados de estos días desde que llegamos a Rundra. Este país parece realmente maldito.

—¿Cómo que «sospechabas»? —finjo que me indigno, llamando su atención.

Al principio creo que no me va a contestar, pero entonces sonríe para sí mismo y cede.

—Calma ese orgullo herido, mujer —dice con voz ronca—. Sé muy bien que eres mucho más inteligente que la gran mayoría de la gente que conozco o he conocido a lo largo de mi vida.

Alzo una ceja con intriga, tan halagada que me resulta difícil que no se me note lo mucho que me han afectado sus palabras.

—¿A quién conoces que sea más listo que yo? —pregunto medio en broma.

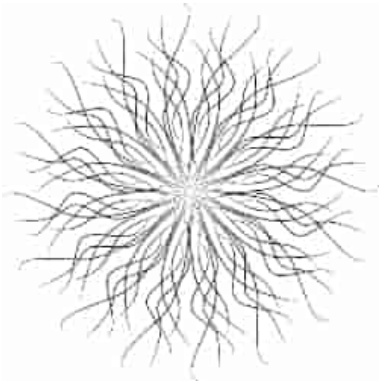
Esperaba que respondiera con algo similar a: «a mí, por supuesto», pero me sorprende cuando se encoge de hombros.

—No importa. Pasemos a la siguiente norma o no terminaremos nunca.

Asiento. Tiene razón.

—La tercera norma es la siguiente: nada de pedirme que te muerda. —En cuanto ve que voy a hablar, añade a toda prisa—: Ni siquiera si estoy jodido otra vez, ¿entiendes? Ofrecerme tu sangre queda terminantemente prohibido.

Eso me duele otro poco. Debe de notarlo, porque suelta un grave suspiro y se levanta de su asiento.



Capítulo 54



Noemí

El corazón empieza a latirme con mayor rapidez cuando, sin mediar palabra, se tumba cuan largo es a mi lado, sobre las sábanas de la cama. Trago saliva y me lo quedo mirando. Es tan malditamente guapo que nunca me cansaría de hacerlo. No es solo su cara, sino todo él: las proporciones perfectas de su cuerpo; sus largas piernas enfundadas en negro; sus brillantes ojos inhumanos; sus malditos labios burlones y sensuales; y esa aura que incita a mis más perversas fantasías, que ni yo misma sabía que existían, a salir a la luz.

—Pareces un íncubo[12] —le susurra mi lengua sin mi permiso.

Su sonrisa satisfecha y divertida es su única reacción, aunque seguro que nota el calor que emana mi cuerpo y lo excitada que estoy.

—Cuarta norma: a partir de ahora el camino será más y más peligroso, así que necesito saber que puedo confiar en que, si te digo algo, me obedecerás.

—No lo veo claro —protesto de nuevo—. Las normas que has dictado hasta ahora son básicamente: yo mando, tú obedeces sin rechistar.

Paso por alto la del rayo.

—No solo soy tu jodido guía, Noemí —me recuerda otra vez—. También estoy aquí para mantenerte con vida. Y pienso hacerlo.

Suena a juramento. La manera en la que lo dice hace que algo de mi interior sienta ganas de volar y, al mismo tiempo, de aferrarse a él y decirle algo tan delicado y fuera de lugar (o tal vez no tanto) como «yo también te quiero».

El rubor de mi piel se incrementa.

Asiento en silencio, aunque parte de mí todavía quiere protestar porque nunca me ha gustado que no me dejen espacio para al menos dar mi opinión sobre las cosas, por mucho que sepa que Kasem es el asesino experto que conoce el terreno y yo no.

—Muy bien —carraspeo—. No digo que esté cien por cien de acuerdo, pero por ahora considero que tus normas *puede* que sean lógicas…

Aunque no sueno muy convencida.

—Mientras las cumplas, puedes pensar lo que te plazca.

—No necesito tu permiso para eso —le informo de manera mordaz.

Kasem sonríe.

—Lo sé, listilla. Y eso me encanta.

Una vez más, me ha dejado sin palabras por el inesperado cumplido, que además me ha soltado como si nada; como si fuera algo común que nos alabásemos el uno al otro, en vez de discutir y ofendernos como hacemos siempre.

Él cierra los párpados y pone las manos detrás de su cabeza. Tiene la apariencia de alguien a quien le importa un bledo todo y todos.

Y pensar que al principio creía que eso era cierto, cavilo para mí misma. *Qué ciega estaba. No hay nada frío o distante en él. Kasem es todo calor, ya sea abrasador o cálido como una brisa veraniega, como ahora.*

—Vale —hablo con una voz más melosa de lo que pretendía. La alegría que aletea en mi interior hace que mis labios se curven sin que pueda controlarlo. Aun así, yo soy yo y eso no cambiará jamás, así que por supuesto que tengo que decirle en qué estoy pensando —. ¿Has acabado ya? Me gustaría añadir alguna norma yo también.

Una de sus oscuras cejas se alza con interés.

—¿Como cuál?

Pues no es que sus normas sean muy distintas a las anteriores, más allá de añadir lo de la sangre, rezongo mentalmente.

Doy por sentado que sí que ha acabado. Cuadro los hombros y reflexiono cuidadosamente sobre las posibles situaciones en las que podríamos encontrarnos.

—Para que sea más justo, quiero que tengamos una quinta norma: que, en caso de que tú estés en peligro o incapacitado, yo mando —le digo—. Aunque ello sea evidente, claro, dado que tú no podrías hacerlo.

Se lo piensa durante un buen rato, cosa que no comprendo porque a mí me parece simple y lógico y, por ende, fácil de aceptar.

—Dudo que eso vuelva a ocurrir, pero si pasa y estoy consciente y además retengo la capacidad para comunicarme contigo, quiero que me prometas que me harás caso —me pide.

—¿Y qué pasa si no te creo capaz de darme *consejos* —pronuncio esa palabra en vez de «órdenes» con énfasis— aunque estés consciente?

—¿Y eso por qué iba a suceder?

Suena genuinamente sorprendido.

Cuando dijo que nadie, aparte de mí y otra persona que desconozco, había logrado herirlo durante sus largos años de vida, lo decía en serio.

—No sé —cavilo, pensando en el listado de seres oscuros nativos de la isla sobre el que leí *online*—. Quizá nos encontremos a una de esas criaturas que devoran mentes o…

Una de sus manos sale de detrás de su cabeza y me tapa la boca.

—Creí haberte dicho que no dijeras esas cosas. Es un mal augurio, mujer.

Pongo mi mano sobre la suya y la aparto de mi boca, pero luego las mantengo unidas sobre mi regazo. Él no hace gesto alguno de incomodidad o de que quiere apartarse, así que me lo tomo como una muestra de consentimiento. Algo muy importante ahora que soy consciente de qué significa que yo sea su *vidraz* para Kasem.

—Como iba diciendo, ¿qué pasa si no te veo capaz de ser coherente?

El vampiro abre los párpados y clava sus ojos en mí. Está empezando a amanecer y el sol, cuyos rayos se asoman por encima del muro de piedra, tiñe sus rasgos de oro. Su belleza sensual y oscura se torna casi etérea ante mis embelesados sentidos.

—Entonces corre —declara con simpleza—. Huye lo más rápido que puedas.

Palidezco y me horrorizo al imaginarlo. Ya le he visto malherido, pensar que espera que si pasa de nuevo lo abandone… No. No es posible.

—¡Eso nunca! —me ofusco—. Yo jamás te abandonaría de esa forma.

—Pues deberías, Noemí, porque si existe una criatura capaz de tumbarme a mí, ello significa que es mejor que reces para que esté demasiado entretenida devorándome como para fijarse en ti.

—Jamás —siseo con una intensidad que tensa mi cuerpo de los pies a la cabeza—. Escúchame bien: jamás… ¡No! ¡Calla! No me interrumpas —le exijo con una voz que, a pesar de ser baja y grave, suena como un grito. Él obedece, pero su rostro está tan serio como una tumba—. Eso no va a suceder nunca, ¿me oyes? No vas a caer, y si lo haces, yo estaré contigo. No te dejaría atrás. ¡Y punto final de este asunto!

En vez de alegrarse como lo habría hecho cualquier otra persona cuando alguien le asegura que no va a huir mientras él se queda detrás a morir para darle tiempo a salvar su vida, Kasem suelta mi mano, cuyos dedos agarraban la suya con fuerza de manera inconsciente, y se incorpora para encararme con la expresión más severa y, al mismo tiempo, furibunda que le he visto nunca en el rostro.

—No voy a debatir contigo sobre esto —habla con una voz más bestial que humana, como si estuviera al borde de convertirse en algo terrible solo por lo que le acabo de decir—. Huirás sin discutirme si muero, si te lo ordeno o si no soy capaz de protegerte.

—No.

Rechino los dientes con terquedad.

—Noemí…

—¡Que no! —La voz se me quiebra cuando le grito. Demasiadas emociones me retumban en la cabeza, ahogando mis pensamientos —. No lo haré.

—No es negociable.

Suena aún más furioso que antes.

—Para mí tampoco lo es —le contesto con el mismo tono impetuoso.

Nos fulminamos con la mirada el uno al otro. No tiene pinta de que vaya a ceder en eso, pero yo tampoco pienso hacerlo.

—Hemos acordado antes que me obedecerías si estabas en peligro —gruñe con rabia.

—¡No es lo mismo! Además, es solo una situación hipotética. ¿Por qué estamos discutiendo?

Los labios me tiemblan de desesperación, ira y tristeza. No puedo creer que quiera que haga algo como eso. No soy capaz de ello. Nunca lo seré. Es imposible que no lo sepa; que a estas alturas no conozca cómo funcionan mi corazón y mi cabeza.

Kasem cierra los párpados y, por un instante, la angustia que muestra su cara hace que sienta que el pecho me va a reventar como si algo lo presionara desde dentro. Luego los abre y se me queda mirando con dureza.

—Tú has tomado tu decisión y yo, si ese hipotético momento llegara a ocurrir, tomaré la mía. Fin del asunto.

Un potente escalofrío recorre mi columna vertebral. Lo que ha dicho suena más ominoso que nada de lo que haya oído hasta ahora. No me gusta nada, pero sé que no voy a hacer que cambie de opinión, del mismo modo que él sabe que tampoco puede hacer que yo lo haga.

Aunque, por si acaso, voy a dejárselo bien claro una vez más (por eso y porque la lengua me pica por la necesidad de replicarle).

—Pues vas listo si no esperas que tenga una reacción a esa decisión tuya, sea cual sea —le advierto, dejando el sentimiento de mal agüero a un lado para analizarlo más tarde.

Él pone la mayor expresión de exasperación que le he visto hacer jamás.

Es todo un récord.

—¿No acabo de decir «fin del asunto»? —gruñe.

—¿Y qué? —respondo.

—Que, que yo sepa, no he dicho que fuese algo abierto a debate.

Suena más hosco de lo habitual. Se nota que el tema le importa.

Pero a mí también me importa.

—Lo has dicho *tú*, no yo —puntúo—. Y no necesito que lo digas, debatiría igualmente si creo que es necesario. Ya me conoces.

Su gemido de desesperación es curiosamente satisfactorio. Quizá también soy un poco sádica, además de masoquista.

—Por una vez, *una*, mujer —recalca la palabra repetida con fuerza—, pensaba que entenderías que hay cosas que no están abiertas a debate, te guste o no.

—Solo quería dejar claro mi punto de vista —me defiendo, aunque no haga falta.

—Cómo no. ¡Joder! —maldice Kasem—. No sé en qué realidad alternativa esperaba que aceptaras un rotundo y claro «no quiero hablar más de este asunto» como respuesta sin discutirme. Hasta en

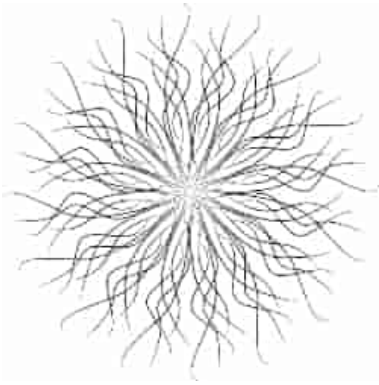
un mundo en el que tú fueses un jodido camarón y yo una puta morena te las arreglarías para intentar reñir conmigo.

Paso por alto su insolencia y su más que rara comparación porque esta noche me siento magnánima. Me ha mostrado su lado vulnerable y eso es algo tan bello que no me siento capaz de enfadarme con él de verdad.

—Y ahora, si no tienes nada que añadir —me mira como si estuviese pensando en retorcerme el gaznate, pero su aura de mala leche solo me produce unas ganas tremendas de hablarle con mayor retintín—, aquí está mi propio «fin del asunto» —declaro con firmeza, retándolo a que añada algo más con esa malhablada boca suya y así provoque otra discusión.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro con terquedad, ambos determinados a no ceder ni un ápice, enredados en una batalla de voluntades que ninguno de los dos queremos perder, pero tampoco ganar.

Como siempre.



Capítulo 55



Noemí

Al menos hemos aprendido a aceptarnos tal y como somos, pros y contras incluidos y, al mismo tiempo, a no dejar que el otro cruce nuestras bien definidas líneas sin dejarle claro, si ocurre, lo que está haciendo y exigirle que pare, me digo mentalmente.

Como ahora.

—No voy a hablar más de esto —asevera Kasem una vez más.

—Como quieras.

—Prepárate para salir en dos horas —decreta—. Duerme un poco más, si lo necesitas. Dudo que encontremos otra cama mullida por el camino, así que aprovecha la poca comodidad de este sitio. Fuera no hay nada más que lluvia, bosque y monstruos.

De mis labios sale un suspiro que suena como un terrible lamento silencioso.

—Ya echo de menos la cama —mascullo, sin querer pensar en el frío que hará fuera de la posada.

O, peor, en lo último que ha mencionado.

—Si tanto te importa, intentaré apañar algo para tus sensibilidades.

Fijo mi atención de nuevo en Kasem. El vampiro me observa con los párpados entornados.

Le sonrío y una de las comisuras de sus labios se eleva con una complacencia que no es capaz de ocultarme.

—Eso estaría genial. Gracias.

—Lo sé. Soy mejor que un puto caballero.

Me río entre dientes.

—A veces sí.

—Me alegra que veas mis cualidades —musita, aunque se le nota incómodo.

Está claro que mostrar emociones no le sale de manera natural, pero que se está esforzando para no ocultarlas tras una cara de piedra y su mala leche habitual. El momento vuelve a sentirse íntimo y tranquilo. Me encanta.

—Tienes muchas cualidades buenas, Kasem.

Mi seriedad llama su atención y hace que la fije en mí con una ceja alzada con incredulidad. Pero me mantengo en mis trece. He decidido que uno de mis objetivos va a ser hacerle ver que no es tan malo como se pinta a sí mismo, aunque sea un capullo.

Le sonrío de nuevo cuando sus pupilas encuentran las mías y veo cómo su rostro de facciones altivas se suaviza. Mínimamente, pero lo hace.

—*Nák dr'azred seeh liegen fren de'ares* —murmura repentinamente.

Su voz es ronca, grave y profunda.

—¿Qué significa? —le pregunto con un estremecimiento—. Reconozco algunas palabras, pero no todas.

—Que solo los tontos ven luces en el abismo —traduce Kasem de manera lóbrega—. Es un dicho muy antiguo. Más que yo, incluso.

Amplío mi sonrisa. No puedo evitar que la ternura que siento se cuele en mi expresión.

Veo sus pupilas dilatarse.

Será bobo, pienso con afecto.

—Reconozco la palabra «*azred*» —le digo—. No solo significa «tonto», sino que puede ser interpretada como «persona con una manera de ver el mundo diferente a los demás», ¿no es verdad?

—Y también como «crédulo» o «demasiado inocente» —me informa.

Lo anoto mentalmente. Otra gota de conocimiento que añadir a mi diccionario mental de lenguas muertas.

—Prefiero reinterpretar ese dicho —decido—, como que solo aquellos con la capacidad de ver lo que otros no ven pueden vislumbrar las luces que hay en el abismo.

Lo miro de manera significativa.

Él alza una ceja, claramente en desacuerdo con mi decisión.

—Algunos dichos antiguos nacen de la sabiduría… Como los que te advierten que te mantengas alejada de criaturas oscuras y que no busques humanidad en ellas.

No hace falta saber sumar dos más dos para saber que se refiere a sí mismo cuando habla de criaturas oscuras.

—Algunos dichos antiguos aconsejan que a las brujas hay que matarlas nada más verlas.

Él aprieta los labios.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo, Kasem —pronuncio su nombre de la misma manera que él pronuncia el mío a veces, imitando su tono sensual y grave.

Sus pupilas se agrandan aún más.

—Eres una incauta.

—No es cierto —objeto—. Eres tú el que está siendo muy cauto en todo esto. Y lo respeto, pero me gustaría que habláramos más de las cosas que importan.

Kasem deja salir una carcajada breve y casi inaudible de sus labios.

—¿Cauto, yo? —se ríe—. Solo tú te atreverías a decirme eso.

Sonrío con ganas hasta que me duelen las mejillas, deleitándome en el calor tan agradable que siento por dentro.

Quizá a algunos les resultase inaudito que ese respeto que veo en su mirada (junto a un montón de irritación teñida de ternura, cierto) lo haya encontrado en una persona con una reputación tan cruenta como la de Kasem.

Pero a mí no me parece inaudito en lo más mínimo.

Lo insólito, pienso tumbándome en la cama junto a él, *era que creyese que antes vivía una vida respetable cuando, en realidad, el único respeto que tenía era tan frágil como las páginas de los libros*

antiguos con los que trabajaba y no tardó en quebrarse cuando fue puesto a prueba.

El que Kasem me ofrece, en cambio, es difícil de ganar porque proviene de lo más hondo de su ser y no está basado en mis logros académicos o profesionales, sino en mí como persona.

Él respeta a Noemí, la mujer (putadas que me hace a veces aparte). No le importan mis títulos, más allá de admirar mi inteligencia por lograrlos. Y eso me hace sentir tan… tan increíble.

Siento como si fuese la primera vez que alguien, aparte de mi hermana, me ve por quien soy y me tiene afecto por ello.

Me acurruco un poco más contra él, contenta de estar a su lado.

—Voy a invadir el baño —decide el vampiro, incorporándose y haciendo caso omiso de mi cara de decepción—. Aprovecha para descansar.

Se le nota tenso, pero no tan distante como antes.

—Lo haré.

Asiente y se va.

Con un suspiro, me doy la vuelta en la cama y reflexiono sobre lo que está ocurriendo en mi cabeza y en mi corazón gracias al irascible vampiro, cuyo respeto ha sido difícil de conseguir.

Durante toda mi vida, la satisfacción que obtenía de las alabanzas de mis profesores y, después, del rector de mi universidad y de mis colegas investigadores, era para mí el equivalente al respeto. Pero, cuando esos mismos que se suponía que me apreciaban se dedicaron a esparcir rumores crueles sobre mi familia y sobre mis orígenes humildes, tras anunciar que me marchaba de la universidad para ir a buscar a Arya, me di cuenta de que lo que

tenían no era estima por mi persona, sino por la utilidad de mi mente.

Por el hecho de que le había dado mucho renombre a una universidad privada internacional que, hasta que yo llegué al puesto de profesora titular y me convertí en investigadora a cargo del departamento de Lenguas Antiguas y del de Arqueología, apenas tenía publicaciones de renombre con su sello que llamase la atención de su clientela: los padres ricos que querían que sus hijos fueran a las escuelas más prestigiosas del mundo.

Una universidad que se había esmerado, sin yo saberlo hasta entonces, por esconder el hecho de que mi madre nos había tenido sola a Arya y a mí y que luego nos había abandonado en un orfanato. De que mis orígenes eran muy humildes. Indignos de lo que su clientela esperaba de los profesores.

El rector, que me llamó a su oficina, alarmado, para saber por qué le pedía varios meses de vacaciones de improvisto, consideró mi decisión de venir a Rundra una locura impropia de una docente que debía ser sensata, además de tener un comportamiento ejemplar ante sus alumnos, muchos de ellos provenientes de familias acomodadas, con historia y poder a sus espaldas.

Así que me tocó elegir entre aquello por lo que había trabajado casi toda mi vida desde que descubrí mi pasión por la historia antigua y la persona a la que más quiero en el mundo. Y la decisión no fue difícil.

Elegí a Arya.

No podría haber sido de otra forma.

Del mismo modo que, si tengo que elegir entre salvarme a mí misma o salvar a Kasem y suplicarle que rescate él solo a mi hermana y que siga adelante sin mí, escogeré lo segundo.

Porque, al fin y al cabo, hay cosas en la vida que se pueden elegir, pero a quien amas no es una de ellas.

—¿Qué haces mirando las musarañas? —Kasem interrumpe mis pensamientos saliendo del baño acompañado de una nube de vapor.

Por desgracia, está vestido.

—Hola —le saludo.

—¿Todavía no estás lista? Te he dado tiempo de sobra.

—Ya me levanto —le digo con cansancio.

Él se arremanga la camiseta gris oscuro que lleva puesta, dejando a la vista los tatuajes de su brazo. Por una vez, va sin chaqueta, aunque vuelve a llevar puesta la bufanda con la que le conocí.

—No has dormido nada, ¿a que no? —concluye tras observar mi rostro con atención.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquiero, fascinada por sus dotes deductivas.

—Porque tienes pinta de que has estado dándole vueltas a esa cabecita tuya. —Hace un gesto con el brazo que ha desnudado y un fardo envuelto en una tela negra suave como la seda aparece en el aire de la nada y casi se me estampa contra la cara—. Así que te voy a dar faena para que no pienses tanto, no sea que luego me calientes a mí a base de preguntas interminables.

Estoy demasiado cansada como para asesinarlo con la vista con toda la intensidad que se merece.

—¿Qué es esto? —le pregunto, alzando el paquete con ambas manos.

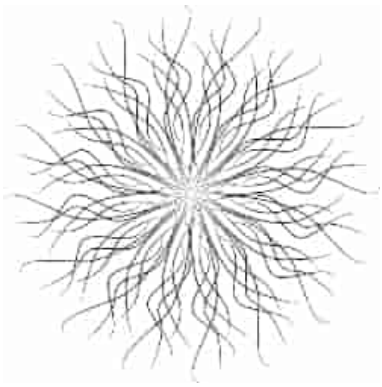
Parece un libro, aunque no pesa como uno. Es mucho más ligero. Como algo hecho de poliestireno, pero de superficie dura

como una piedra.

—Tus deberes. —Kasem se baja la manga de la camiseta y abre la puerta de la habitación—. Te espero abajo. No tardes.

Y se va sin más, cerrándola tras de sí de un portazo.

No sé en qué estaba pensando antes cuando he visto respeto en él, gruño para mis adentros. *Seguro que ha sido una maldita alucinación.*



Capítulo 56



Noemí

Cuando bajo las escaleras vestida con prendas que había guardadas en mi maleta, el papel del sello con mis cosas (que he logrado meter yo sola) en el bolsillo de los pantalones y el fardo de Kasem bajo el brazo, me encuentro al vampiro sentado en uno de los taburetes de la barra… y a las desagradables personas de la noche anterior con la misma expresión de idiotez en la cara.

—¿Siguen hechizados?

—Por supuesto.

No sé ni para qué pregunto.

—No puedo abrirlo —le comunico, depositando el fardo frente a él sobre la encimera de madera.

—He ahí tu primer ejercicio —declara sin inmutarse, dando un sorbo a la pinta de bebida espesa. casi negra y de olor penetrante

que el ojeroso y aterrado camarero le planta delante.

Si Arya estuviera aquí, seguro que sabría cómo calmarlo. Tiene un don de gentes increíble.

Cojo el paquete que Kasem empuja hacia mí, deslizándolo sobre la barra, y decido que me voy a tomar este «ejercicio» como una investigación particularmente fascinante.

Dudo que el vampiro me hubiera dado lo que quiera que sea esta cosa si no fuera a serme útil… y si no pudiera reírse un poco a mi costa mientras tanto.

—¿Qué es eso? —le pregunto, señalando la bebida y tomando asiento en el taburete que hay a su lado.

—Esto, listilla —alza la pinta y bebe un largo trago, emitiendo luego un sonido satisfecho, antes de continuar—, es *blöodkhag*.

Traduzco la palabra combinada en mi cabeza. Es vadálico, pero más moderno que el que él suele emplear para sus conjuros (o cuando maldice o refunfuña).

—¿Vodka de sangre?

Arrugo la nariz y pongo cara de asco.

—Ajá.

Me da una palmadita en la cabeza como si fuera una buena chica, y el hecho de que a parte de mí le guste solo hace que a la otra parte de mí, más sensata, le produzca unas ganas tremendas de soltarle un chispazo en la mano, que él aparta con rapidez al ver mi expresión de disgusto (y el rubor que me niego a reconocer que tiñe mis mejillas) con una sonrisilla que me resulta muy molesta.

—No voy a preguntarte qué contiene.

—Ni yo mismo sé qué contiene —dice tras dar otro largo sorbo —. Y la verdad es que no me importa.

—Mientras no te emborraches y nos pierdas otra vez… —suspiro.

Su mirada indignada me importa un pimiento. Tengo razón y lo sabe.

Kasem suelta un gruñido y elige dirigir su atención hacia el tembloroso camarero. El vampiro, que es evidente que se divierte a costa del miedo del hombre, se relame los labios, para espanto de su víctima, cuya piel suda a mares de los nervios.

—¿Has contactado a Segreilla como te dije que hicieras?

El camarero asiente varias veces seguidas.

—Sí… sí, señor. He… he enviado una no… nota.

—Bien.

Kasem se acaba el contenido de la pinta con un largo trago y deja la jarra vacía de manera ruidosa sobre la barra.

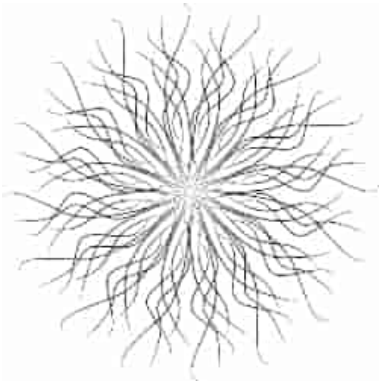
—Nos vamos —me dice, levantándose del taburete. Pero entonces me mira de arriba abajo y parece no aprobar mi ropa deportiva—. Después de que te cambies con algo más apropiado para el viaje.

Me tiende un papel que parece ser bastante reciente, ya que el sello está escrito sobre una de las servilletas de lino de la posada, y me hace un gesto hacia las escaleras.

Lo cojo y obedezco, pero solo porque sé que las mudas que contiene el sello multidimensional son de mucha más calidad que las que llevo puestas (y mucho más cómodas), y porque así puedo practicar mi magia un poco más.

No porque el corazón me aletee debido a que ha pensado en mí y ha metido cosas para mí en un nuevo sello de antemano.

Ni hablar.



Capítulo 57



Noemí

Cuando salimos de la posada le pido que les quite el conjuro a los desagradables individuos de la mesa.

—¿Por qué?

Me lo pregunta con intriga. No comprende mis motivos.

—¿No les pasará nada si lo dejas activo? —me preocupo.

Él se encoge de hombros.

—Quizá les queden secuelas si logran despertar por su cuenta, cosa que dudo. Pero lo más probable es que no salgan nunca del trance y que mueran lentamente —me revela con indiferencia—. ¿Qué más da? No importan.

Realmente no le inquieta una mierda lo que les pase, me doy cuenta.

Suspiro con consternación. Desearía que a mí no me afectara, sin embargo lo hace.

—Sí que importan, Kasem.

Él pone mala cara. Su mala hostia no va dirigida a mí, sino a dichos sujetos, que dejamos atrás al cruzar el ajado portón de madera, aunque el que yo vea cómo se ennegrece su aura y cómo sus ojos cambian de color, uno tornándose de color carmesí y el otro plateado, es preocupante.

Significa que está mucho más cabreado de lo que había dejado entrever.

—¿Por qué te preocupan? Te hicieron sentir angustiada y te ofendieron a pesar de que fuiste muy cordial con ellos —sisea con desprecio dirigido a los desconocidos maleducados—. Además, estaban comiendo carne humana, cosa que te horrorizó.

Se fija en todo, pienso.

El recuerdo de ese momento hace que se me revuelvan las tripas con ganas.

—¿Es por eso por lo que los hechizaste? —Él gruñe y no responde, pero ese sonido es suficiente para hacer que le entienda —. Así que la respuesta es sí.

El hecho de que siga negándose a contestarme es confirmación suficiente de que mi deducción es correcta.

—¿Sigues sin tener agujetas? —cambia de tema—. ¿Cómo van tus pies? ¿Ninguna llaga?

—Todavía aguanto —le informo con impaciencia, volviendo al tema anterior—. Kasem, por favor, quítales el conjuro.

Él se detiene en mitad del camino empedrado por el que llegamos a la posada el día anterior.

—¿Por qué, mujer? —desaprueba—. ¿Por qué te empeñas en salvar a aquellos que no merecen ser salvados?

Doy un paso hacia él y elevo una mano con lentitud, como uno haría con un animal herido y peligroso, para apoyarla en su pecho.

—No es por salvarlos…

—Sí lo es —me contradice.

Niego con la cabeza antes de seguir hablando.

—Lo que hicieron, lo que *hacen* —me corrijo, sabiendo que seguramente sigan comiendo carne humana en el futuro si Kasem los deja ir y sintiéndome fatal por ello—, está mal. Y me angustia, es cierto, pero… —ignoro el sonido vengativo y cruel que emite cuando nota mi malestar, y vuelvo a hablar tras tragar saliva para bajar la bilis que noto en la garganta— pero los de su especie no tienen otro lugar en el que vivir. Han sido expulsados de todas las sociedades modernas…

—Con motivos —interrumpe él de nuevo, cruzándose de brazos con terquedad, aunque por debajo de mi mano para que yo no la aparte—. Se negaron a renunciar al consumo de carne de otros seres inteligentes, especialmente de los humanos, alegando que ello era parte de sus tradiciones.

No puedo negar que lo que siento por él se hace más fuerte en mi interior al ver cómo me sobreprotege de esta forma; cómo se enfurece en mi nombre y los extremos, brutales y sádicos, a los que está dispuesto a llegar.

No sé en qué me convierte eso, si una sádica o en algo más, pero me da igual. No voy a juzgarme.

—Aun así —insisto—, no quiero ser la causa de que esas gentes mueran. Así que en realidad es por mí, ¿entiendes?

Sus iris heterocromos relucen al clavarse en mi rostro. Hay mucho deseo de muerte en ellos. Mucha ira contenida y ni un solo remordimiento por lo que ha hecho a conciencia, a diferencia del accidente de la montaña.

—El motivo de que se pudran estando vivos no serás tú, Noemí —objeta con un ronroneo grave y bajo, acercando una mano a mi rostro para acariciar mi mejilla con lentitud—. El motivo seré yo.

Su voz se vuelve más oscura, más cruel, más profunda, conforme habla. Destila malicia y sed de sangre a raudales. El sonido reverberante que hace eco en cada sílaba que pronuncia se me cuela dentro y resuena en mis huesos; en mi carne y en mi sangre.

—Kasem —jadeo con voz trémula, sintiendo que me cuesta concentrarme en nada que no sea lo atractivo que es y lo bien que se siente el roce de su piel contra la mía.

Él acerca su rostro al mío, inclinándose hacia delante.

—No quiero deshacer el hechizo —murmura.

Su aliento roza mi piel cuando habla. Me relamo los labios porque mi respiración, rápida y errática, me reseca la boca.

—No está bien que mueran así —logro hablar haciendo un esfuerzo.

Su sonrisa maliciosa es aterradora, pero también terriblemente atractiva.

—¿Preferirías que los quemara vivos? —propone, y lo hace muy en serio a pesar de su tono juguetón—. ¿O que reviente sus cabezas y esparza sus sesos por el techo? ¿O que…?

Cubro su boca con los dedos de la mano que tenía apoyada entre sus pectorales.

—No era eso lo que quería decir y lo sabes.

Sus largas y oscuras pestañas crean sombras más profundas en su mirada cuando descienden unos milímetros.

Las comisuras de sus ojos se elevan, pista suficiente para saber que se está divirtiendo a mi costa o que planea hacerlo. Siento sus labios curvarse aún más contra mis dedos en una de esas sonrisillas pícaras suyas justo antes de que la punta de su lengua roce mi piel.

Mi mano se aparta de su boca como si me hubiese quemado y doy un bote de la sorpresa.

—¡Kasem! —le grito de manera impulsiva.

—¿Sí? —pregunta con falsa inocencia.

Se relame los labios con gusto sin dejar de observarme fijamente.

Me estremezco y mi piel se ruboriza con fuerza. Todo mi cuerpo se caldea rápidamente y el deseo sexual que siento por él, siempre presente, pasa de ser una cálida llama a una hoguera que amenaza con convertirse en un fuego forestal.

—Deja de intentar seducirme para evitar que piense —farfullo.

Ya no sé ni lo que digo, excepto que a él le hace reír en voz queda y acercar sus labios a los míos, deteniéndose a escasos milímetros de mi piel, el muy cabrón.

—Ese es otro no por mi parte, listilla —ronronea.

—Eres… eres…

Ni siquiera puedo pensar con coherencia, y mucho menos completar una frase. No sé ni para qué abro la boca. Estoy muy nerviosa.

—Soy el asesino a sueldo que ha elegido cargarse a esos hijos de puta *gratis* —murmura en tono sensual—. A pesar de estar

obsesionado con el capital —añade, repitiendo las palabras que yo le dije hace tiempo.

Ahogo una risotada cuando mi cerebro comprende el significado de sus palabras y deja de centrarse solo en el tono *bajabragas* en el que las articula.

Su sonrisa, que es mortal ya de por sí, es aún más peligrosa de cerca.

Maldita sea.

Pero ni eso hace que mi cabeza deje de dar vueltas.

—¿De verdad vas a dejarlos morir así?

Él suspira y se aleja un poco de mí.

El nudo de decepción habitual se asienta en mi estómago, pesado y lóbrego.

—¿De verdad vas a seguir insistiendo en esto? —me pregunta.

Asiento como respuesta.

—¿Y si los mato de otra forma, también te vas a enfadar? —vuelve a preguntar.

Los segundos durante los cuales dudo de manera visible hacen que una expresión triunfante cruce sus altivos rasgos.

Antes de que pueda decirle «ni se te ocurra», Kasem mira hacia la posada que hemos dejado atrás, oculta tras el muro de piedra medio en ruinas y los altos árboles del bosque, y pronuncia un conjuro que suena a muerte y terror en un tono satisfecho y cruento.

Siento su magia acumularse y dirigirse a la taberna, pero no se oye nada. Ni gritos, ni explosiones. Nada.

—¿Qué has hecho? —inquiero con extrañeza al cabo de unos minutos.

Kasem se ríe, emanando una intensa malevolencia que no le había visto antes y, sin embargo, no me asusta.

—Decorar ese puto sitio con un poco de color —sisea, complacido consigo mismo.

El grito agudo del hombre ardilla llega hasta nuestros oídos antes de que él aparezca corriendo minutos después, presa del pánico.

—¡Han estallado! —le oigo chillar a voz en grito—. ¡Sus cabezas se han inflado y han explotado! ¡Sus cerebros están por todas partes!

—Oh, no —me oigo susurrar en tono horripilado, asqueada por la imagen mental que sus palabras me producen.

El camarero de la posada se detiene de golpe al vernos, espantado, y se pone más pálido que el papel.

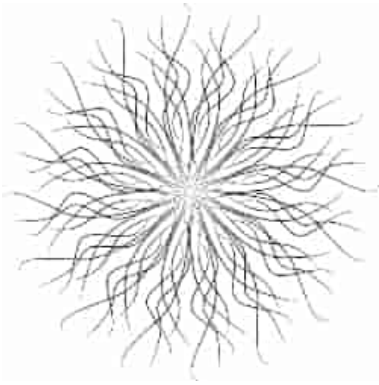
—Bu —le dice Kasem con una sonrisa de oreja a oreja que deja ver toda la extensión de sus colmillos.

El hombre ardilla da un bote superalto y acto seguido se mete en el bosque a toda prisa, aullando de terror.

Giro mi cabeza para encarar al vampiro.

—¿De verdad has hecho eso?

Él solo se ríe con más fuerza y echa a andar camino abajo, con los gritos del hombre ardilla haciéndose más distantes de fondo.



Capítulo 58



Noemí

De verdad que la facilidad con la que mata, y además sin remordimiento alguno, debería asustarme si fuera tan juiciosa como creía que era cuando mi decisión más difícil era si ponerle un siete a un alumno que necesitaba esa nota para no perder una beca, pero cuyo examen no merecía más de un seis, reflexiono de nuevo mientras caminamos por la carretera repleta de hoyos y plantas en la que desembocaba el camino pavimentado con piedra antigua. *Y, sin embargo, no lo hace. Así que supongo que mi sensatez era otra cosa que no había puesto realmente a prueba hasta ahora. Como el respeto de mis colegas, que resultó ser tan frágil como un papel mojado.*

—Mañana llegaremos al Puente Chungo, pero esta noche tendremos que pasarla en el bosque.

—¿El qué? —inquiero, saliendo de mi ensimismamiento.

—El Puente Chungo —repite Kasem.

—¿De verdad se llama así? —me extraño.

—¿Tú qué crees?

Desvía su atención hacia un sonido del bosque que parece el de un pájaro particularmente chillón, pero, dado que no parece preocuparse, le doy permiso a mi corazón para que reduzca el ritmo de sus latidos y se relaje, dejando a un lado la adrenalina… por ahora.

—Que lo has dicho en mi idioma, no en rundrense, así que me estás tomando el pelo.

—O —sugiere él— que en realidad no conozco el puto nombre del puente porque me importa una mierda cómo se llame, así que decidí ponerle uno al azar.

Niego con la cabeza, divertida muy a mi pesar. Suena tan propio de él…

—¿Y «Puente Chungo» es lo mejor que se te ocurrió? —me río —. No es muy poético, que digamos.

Él emana ironía por todos los costados con su lenguaje no verbal.

—¿Me ves cara de poeta? —pregunta con sarcasmo.

—A veces te expresas como uno —le digo, pensando en algunos de nuestros momentos más intensos.

Decido no añadir que lo hace sobre todo cuando quiere ponerme cachonda para divertirse a mi costa.

Su resoplido de respuesta es tan alto que hace eco entre los árboles, cuya sombra se hace cada vez más larga conforme las horas de escasa luz se acaban. Y eso que me parece que ha amanecido hace nada.

Al menos el conjuro de Kasem sigue manteniendo el frío lejos de mí, evitándome una hipotermia. Dirá lo que quiera sobre ser un capullo indiferente, pero noto su magia rodeándome, cálida y protectora, desde ese día frente a las puertas de la posada, cuando la tormenta hizo bajar las temperaturas hasta algo insoportable.

Es una sensación increíble. Tan íntima y dulce pero, al mismo tiempo, intensamente erótica. Como si parte de él fluyera por mis venas.

—Tu mente, definitivamente, es extraña —resuelve tras un largo y contrariado silencio.

—Mi mente, definitivamente, es observadora y analítica —le contradigo—, aunque tú te empeñes en negar esos momentos en los que la lengua se te endulza.

Le oigo protestar por lo bajo en vadálico y me permito una sonrisilla de victoria. He ganado otra vez. Me encanta cuando admite su derrota.

—¿Cómo habrías llamado tú al puente?

Decido que voy a permitirle cambiar de tema, pero no a olvidar el leve rubor de sus orejas, que me tiene fascinada.

—No lo sé —le contesto, distraída por la visión que no pensé que vería jamás: un Kasem claramente avergonzado—. No es que lo haya visto en persona y, por lo tanto, no sabría qué nombre ponerle.

—Pues entonces no te quejes del mío, listilla. Y —me corta antes de que pueda responder a su tono gruñón—, tenemos visita, así que mantente cerca de mí y recuerda que has prometido obedecerme en caso de peligro.

—¿Otro maldito monstruo? —gimo con hastío.

Menuda manera de joder el bonito momento que estábamos teniendo.

Típico de Rundra.



Capítulo 59



Kasem

—Hola, Segreilla.

—Sangriento —saluda la bruja arcana, rompiendo el conjuro de invisibilidad tras el que se ocultaba.

Noemí boquea cuando la ve.

Es natural. Tiene mucho poder, mi vidraz, pero le falta mucha práctica. Aunque sus sentidos son ya de por sí muy superiores a lo normal.

Segreilla, en cambio, es una maestra de las artes ocultas. Tiene que serlo. Básicamente porque si no las practicara a menudo estaría muerta.

—¿Tienes el mapa? —Voy al grano, no quiero que el intercambio se alargue.

—¿Tienes el pago?

Saco un cofre de una de mis muchas dimensiones-bolsillo y se lo tiendo con una mano. Ella, manteniendo las distancias, lo hace flotar hasta que está lo suficientemente cerca como para abrirlo y ver qué contiene, pero no lo bastante como para no poder huir con un chasquido de dedos si lo que hubiese dentro intentara matarla.

—Esto no es suficiente —declara la bruja, cerrando el cofre y empujándolo hacia mí para que vuelva flotando hasta mi mano.

—No me jodas —le gruño—. Es el pago de siempre. El puto corazón de una criatura oscura por un mapa. Ese es el trato.

A las brujas les encantan los trozos frescos de animales con magia en las venas (criaturas oscuras, suelen llamarse) para sus mejunjes. O de personas. Depende de con cuál hagas tratos. Segreilla es de las primeras.

—El precio ha cambiado.

—Pues eso —le siseo—, se dice antes de pedir el maldito pago, ¿no crees?

—Perdona —se disculpa ella con cortesía—. Pensaba que quizá sería el corazón de un guiverno de nuevo. Con eso quizá podría haber negociado. Son poderosos y a veces me has traído alguno.

Me encojo de hombros.

—El de lamia te ha servido como pago alguna vez, aunque no tenga tanta magia en su sangre como un guiverno.

Ella hace una mueca y niega con la cabeza.

—No esta vez, Sangriento —asevera—. Lo siento, pero necesito algo diferente.

Sus ojos se desvían brevemente, aunque vuelven a enfocarse en mí cuando nota que mi mala leche se incrementa.

Chica lista.

—¿Me estás pidiendo que me ponga a buscar un puto guiverno? ¿O es que ya tienes claro dónde hay un nido?

Una pena no haber guardado unas cuantas piezas del que maté hace un par de meses. Por otro lado, no sería la primera vez que Segreilla me indica dónde hay un nido de criaturas oscuras y qué órganos quiere de ellas a cambio de sus productos. Suele ser rápido. Un par de días, a lo sumo. No nos retrasará mucho si es el caso.

—No, no es eso —dice ella—. Esta vez quiero que me pagues con otra cosa.

La voz le tiembla un poco. Aunque cualquier otro no lo habría notado, mis oídos están especializados en captar cualquier tipo de sonido que haga una presa potencial. Y cualquier ser con sangre fresca en las venas es una presa potencial.

—¿Con qué? —le pregunto.

Es una suerte para Segreilla que seamos algo así como colegas, porque no me gusta las miraditas que dedica a Noemí de reojo de vez en cuando. Son demasiado interesadas. Y no de una manera sexual, que sería comprensible porque Noemí es una bomba de lujuria en estado puro.

La arcana la observa como quien observa un grimorio antiguo o una Lágrima de Dragón. Con codicia. Y por ello la habría matado si

no fuera porque la necesito… y porque no me cae del todo mal.

—Rundra está en guerra —se excusa la bruja, enredando más el hilo—. Aquelarres que se involucran o se aíslan, ejércitos que se van moviendo sobre el terreno, ciudades o pueblos quemados o evacuados, criaturas oscuras que se ven obligadas a cambiar su lugar de anidación…

Parece que lo haya ensayado de antemano. No me extrañaría nada, de hecho.

—Sí, sí —la interrumpo—. Solo dime el jodido precio. ¿Qué es lo que quieres?

Ella se relame los labios.

No sabe ser sutil, chasqueo la lengua. *Va a pedirme algo jugoso, la muy cabrona. Algo que ella no puede conseguir, pero yo sí. Dudo que hubiese aceptado el maldito corazón de guiverno si lo hubiese tenido. Me habría soltado el mismo rollo de ahora. Que yo haya aparecido en medio de la puta guerra civil le viene de perlas.*

—Quiero el huevo de la quimera a la que dejaste vivir la última vez que viniste a Rundra —se apresura a pedirme.

Alzo ambas cejas con sorpresa.

—¿Me estás diciendo que esa pobre cosa sigue viva y que además ha puesto un huevo? ¿Estás de broma? —bufo con incredulidad—. Las quimeras son estériles. Es imposible.

Me sorprende que la quimera pasara de aquella noche. Me pidió que la dejara vivir y lo hice, aunque mi primer instinto había sido darle un final rápido por pura pena cuando la encontré asfixiándose en un barranco.

—Te digo la verdad —insiste Segreilla—. Consigue el huevo de la quimera para mí y te daré mi mejor mapa, lo juro.

Está tensa y nerviosa. Se nota que quiere ese maldito huevo con mucha intensidad.

Es tentador aceptar el trato. Los mapas de la bruja no son una nimiedad.

—Me lo pensaré —resuelvo.

Quiero verlo con mis propios ojos antes de decidir. Por suerte, la cueva donde dejé a la moribunda criatura está a escasos minutos montaña arriba del camino que íbamos a tomar. Cerca de donde la hermana de Noemí fue vista por última vez, según la información de la organización para la que trabajo.

A Segreilla no le gusta mi decisión. Su desesperación y su ira son evidentes. Aunque a mí su enfado me importa una mierda. La bruja seguirá haciendo tratos conmigo en el futuro, aunque al final yo no acepte este. Lo necesita más que yo, dadas sus circunstancias. No es fácil sobrevivir cuando tienes que esconderte de una persona capaz de localizarte en cualquier parte del mundo por el simple hecho de que compartís sangre y, por lo tanto, puede usar la suya como ingrediente principal de un conjuro localizador para que resuene con la tuya.

El que su propia madre la quiera muerta es muy jodido, pero es asunto de su familia. No de la mía.

—Si quieres mi mapa…

—Ya lo he entendido —corto el monólogo incipiente—. Ya te avisaré si decido robar ese huevo. No seas pesada.

—Como quieras. Esperaré tu decisión. —Su descontento rebosa en cada sílaba—. Toma esto por si al final quieres comprarme ese mapa.

Saca una tarjeta del bolsillo de su falda de color verde oscuro y la hace flotar hasta mí. La cojo al vuelo y le doy una vuelta ante mis ojos. Una simple llamada localizadora. Una vez yo la active, ella

sabrá dónde estamos y vendrá a buscarnos. Nada que haga que podamos localizarla… si no se tratara de mí.

Revertirla no me supondría un problema. Pobre idiota. No debería hacer esas cosas. Fiarse de tus clientes es de imbéciles.

Miro de reojo a Noemí y decido no pensar en lo mucho que eso se me aplica en esta ocasión.

Me guardo la tarjeta en uno de los tatuajes.

—Gracias por tu tiempo.

A veces hasta yo puedo ser sociable.

—Hasta pronto, espero —se despide ella con cierta brusquedad, desapareciendo entre las sombras del bosque.

Su familiar, un elegante guepardo que permanecía subido sobre uno de los árboles cercanos observando el intercambio, la sigue con rapidez.

Noemí hace un «oh» cuando lo ve que me resulta preocupantemente adorable. Me entran escalofríos al pensar en lo ñoño que me estoy volviendo.

—Qué bonito —susurra la vidraz, sin darse cuenta de mi disputa interna—. Parecía como si estuviera hecho de sombras…

—Era su familiar —le explico de manera distraída, diciéndome que estoy condenado y que he pasado a estar en la lista de imbéciles yo mismo.

No me lo puedo creer.

—¡Ostras! —exclama ella—. Así que eso de que las brujas tienen animales encantados de familiares es verdad. ¡Qué guay!

—Menos mal que tú no tienes uno —le digo de manera honesta —. Lidiar con otro listillo más incrementaría mi perpetuo dolor de

cabeza.

No pienso contarle que el puto pájaro colorido de la otra vez ha pasado la noche cerca de su ventana, haciendo guardia mientras ella dormía, y que la está siguiendo. No sea que se le ocurra convertir a esa cosa en su familiar.

Es evidente que mi vidraz tiene un potencial mágico extraordinario… y eso, cómo no, es un puto problema más. Sobre todo, en un sitio como Rundra, donde llama la atención de todo ser mágico con dos neuronas funcionales.

—Kasem.

La cara que está poniendo Noemí cuando me enfoco en ella me produce una sensación muy ominosa en la boca del estómago.

—¿Qué?

—¿Crees que yo podría tener un familiar? —me pregunta en un susurro que destila maravilla.

Parece una cría que se acaba de enterar de que la Navidad existe.

Joder.

—Eres una bruja, ¿no?

Súbitamente, su magia chispea de entusiasmo. Es como sentir que alguien estalla en un millar de pequeños fuegos artificiales junto a ti.

Maldita sea. Ya está de nuevo ese puto sentimiento sobre lo adorable que es atosigándome otra vez, gruño para mis adentros.

—Oh… —murmura, y entonces exclama en voz muy alta—: ¡Oh! ¡Es verdad!

Maldigo a mi propia lengua por no poder quedarse quieta y a mi podrido corazón por querer notar más de esos jodidos fuegos artificiales.

—Parece que estés teniendo un orgasmo con tanto «oh» —ronroneo, bajando el tono de mi voz para que sea más grave.

Estoy deseando varias cosas: cambiar de tema y, ya de paso, causarle ese rubor tan divertido (y jodidamente excitante) que siempre tiñe su piel y escuchar los latidos de su corazón acelerarse mientras ella intenta ocultarlo discutiendo conmigo hasta por el clima.

Pero, para mi decepción, mi comentario ni siquiera la hace crisparse. Está demasiado absorta por su nuevo descubrimiento.

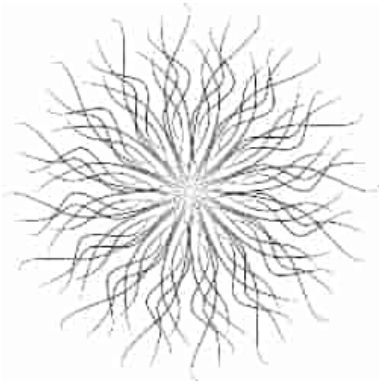
—¡Puedo tener un familiar! —exclama, y acto seguido se gira hacia mí y me mira con los ojos más grandes, brillantes y suplicantes del mundo. Debe de ser magia lo que está usando. Lo juro. De otro modo jamás habría cedido a lo que viene a continuación—. ¿Podrías ayudarme a encontrar uno, por favor?

—Claro…

Seré idiota. Mira que me gusta cavar mi propia tumba cuando se trata de ella. Pero no puedo resistirme a ese maldito regocijo que veo en su expresión, especialmente después de lo jodido que fue el paseo por la montaña, donde todo lo que podía salir mal salió mal.

Maldita sea la ley de Murphy.

Y maldito sea también mi podrido corazón, por atreverse a latir de nuevo cuando ya casi había logrado matarlo del todo.



Capítulo 60



Noemí

Aprieto el fardo contra mi pecho mientras caminamos y pienso en cómo voy a decirle a mi hermana que soy una bruja. Seguro que al principio no se lo cree. O tal vez a ella le haya pasado como a mí y haya descubierto que tiene poderes mágicos. Aunque algo en mi interior me susurra que no ha sido el caso, nunca se sabe al cien por cien. Podría equivocarme.

Kasem me ha dicho que hasta que no lo abra y aprenda al menos dos conjuros más por mi cuenta (lo que me hace suponer que mi teoría de que el fardo contenía un libro es certera), no piensa enseñarme cómo convocar un animal mágico para pedirle que sea mi familiar. Lo que me decepciona un poco, pero a la vez me entusiasma, porque sé que cumplirá su palabra en cuanto yo logre alcanzar esas metas. Y, por supuesto, confío plenamente en que las alcanzaré. Tengo cerebro de sobra para ello. La parte académica no me preocupa.

El único problema es que no sé cómo abrir esta maldita caja de seda líquida por mucho que lo intente. Hasta he tratado de chamuscarla con un rayo (pequeñito. Nada como lo que invoqué del cielo aquella primera vez, que además me dejó seca de maná e inconsciente varios días), pero no ha tenido efecto alguno sobre él.

Aún no he sido capaz de encontrarle el truco, y aun así me niego a rendirme. Todo lo contrario, cuando más difícil de descifrar es un enigma, más me engulle la necesidad de hallar la respuesta. Más me entusiasma, más me atrapa y me…

—¡Aaaah!

Kasem me atrapa antes de que me caiga por el borde del acantilado.

—¿Quieres hacer el favor de mirar por dónde andas? —me gruñe.

—¡Podrías haberme avisado! —farfullo.

El corazón me late a toda prisa, aunque por una vez no es por su cercanía o por el hecho de que tiene las manos en mi cintura, sino porque casi me precipito por un saliente de roca por no mirar por dónde caminaba.

Él se encoge de hombros.

—Quería saber si te darías cuenta de que ibas directa hacia el borde antes de caerte.

Lo fulmino con la mirada.

—Gracias por salvarme la vida… otra vez —mascullo, ruborizada de la vergüenza.

—Nunca había visto a nadie caminar hacia su propia muerte de manera tan distraída —comenta él—. Estoy tentado de quitarte tu nuevo juguete si va a distraerte de esta forma.

Alejo el fardo de sus manos, que él no mueve de mi cintura, de manera instintiva.

—¡Ni se te ocurra! —exclamo con indignación.

Él pone cara de querer discutir.

—No estamos de paseo por el parque —me recuerda.

—Ya lo sé.

No soy una cría, aunque a veces él me haga sentir como una.

—Tienes que estar atenta a tu entorno.

—Me has dicho que descubra cómo se abre esto —sacudo el paquete frente a sus narices, que están muy cerca de las mías—, y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—No te he dicho que lo estudies mientras caminamos. Hazlo cuando acampemos, mujer —me dice como si fuera algo obvio—. Antes de irte a dormir.

—¡No puedes darme un misterio, decirme que contiene conjuros que debo estudiar por mi cuenta, añadirle a eso que si aprendo dos me ayudarás a encontrar un familiar, y luego exigirme que lo estudie solo durante un rato antes de caer rendida de cansancio en el campamento! —bufo, incrédula—. La investigación requiere tiempo, paciencia y… ¡Devuélvemelo ahora mismo!

Me lo ha robado de las manos con su maldita rapidez inhumana. Y encima tiene la osadía de hacerlo desaparecer dentro de uno de sus tatuajes.

—No hasta que acampemos.

De un salto, nos baja de las rocas y deposita nuestros pies sobre la húmeda hierba del suelo del bosque. En meros segundos, me endereza la postura para que esté equilibrada, me da media vuelta para que me aleje del borde del acantilado, encarándome

hacia la carretera, de la que me he alejado bastante sin darme cuenta, y por último me suelta, echando a caminar hacia los árboles y hacia el camino de piedra que se ve en la lejanía, entre los huecos de sus gruesos troncos.

—¡Kasem! —lo llamo, siguiéndole una vez me recupero del mareo de ser movida con tanta rapidez y firmeza.

Pero él, cómo no, tiene que imponer sus malditas normas e ignorarme cuando le apetece, como ahora.

—Camina —me ordena—. Todavía queda un buen rato de luz.

—Eres un tirano —siseo a sus espaldas cuando lo alcanzo.

—Cuidado, listilla —me advierte él sin girarse—, quizá algún día te demuestre lo verdaderamente tiránico que puedo llegar a ser… y tú me lo agradezcas entre gemidos.

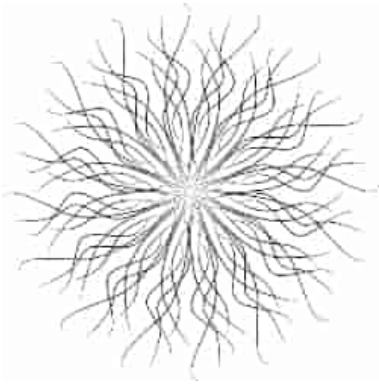
Al principio, mi mente no comprende a qué se refiere, ya que mi cabeza está demasiado ocupada rumiando el cabreo por lo del libro envuelto en seda líquida mágica que me ha quitado (literalmente) de las manos, pero luego la parte sexual, pequeñita aunque potente a pesar de que ha despertado hace poco, me llena la imaginación de imágenes que hacen que mi piel se caldee y que sea incapaz de emitir una sola palabra durante un buen rato debido a que estoy demasiado absorta en esos pensamientos, tan novedosos y fascinantes para mí.

Noto la diversión del sádico vampiro mestizo, pero, por el bien de ambos (mayoritariamente mío, ya que soy consciente de que él no cesará en su empeño de hacer bromas a costa de mi despertar sexual si le doy pie a ello), decido no hacerle mucho caso.

Ha vuelto a darme demasiadas cosas en las que pensar y, esta vez, no todas son meramente intelectuales o emocionales.

Maldito Kasem.

Siempre tiene que salirse con la suya.



Capítulo 61



Noemí

El nombre «Puente Chungo» le conviene bastante, lo admito, es lo que pienso al mirar el sitio cuando llegamos. *Me pregunto si Arya pasó por aquí realmente. Parece muy peligroso.*

Jamás había visto una estructura tan tétrica, y eso que ya hemos pasado por una base sangrienta en la que una lamia se había comido a los guardias; por un poblado presumiblemente (espero) abandonado (o tal vez arrasado por zombis); por una montaña en la que no quiero pensar; y, por último, nos hemos quedado una noche en una posada muy rara en la que se cocinaba y comía carne humana.

—Lo sé —dice Kasem sin que yo pronuncie ni una sola palabra —. Es un puente *muy* chungo.

Asiento cuando hace énfasis en la palabra «muy». Tiene toda la razón. No solo porque está hecho de una piedra gris que parece

estar manchada de sangre reseca, sobre la que, además, crecen vides marchitas; o porque haya zonas chamuscadas que todavía humean, a pesar de que se nota que lo del fuego debió de pasar hace mucho tiempo porque dichas áreas, como todo el resto del puente, están llenas de suciedad acumulada (hojas muertas, esqueletos de pequeños animales, tierra desplazada por el viento…).

Ni siquiera se trata de la niebla, espesa y grisácea, que apenas da visibilidad más allá de unos cinco o seis metros de distancia.

No.

Lo que es realmente tétrico es la sensación agria y desagradable que de repente te bulle en la boca del estómago nada más acercarte al condenado sitio, que te grita que des media vuelta. El sabor amargo que llena tu boca cuando no haces caso y sigues andando. El vello que se te pone de punta cuando estás a unos metros de los pilares que marcan el inicio del puente. El frío que se te cuela bajo la piel, aunque lleves un conjuro que mantiene tu temperatura corporal a un nivel óptimo para que no pases frío, como yo gracias a la magia de Kasem.

Y, por supuesto, el hecho de que hasta los árboles más cercanos al inicio del puente dan la impresión de estar atemorizados y en silencio.

—No se oye ni un solo pájaro.

—Buena observación —aprueba mi mercenario—. Cuando hay depredadores o, en este caso, lugares malditos cerca, los animales tienden a alejarse. Especialmente los pájaros.

Desvía la vista por encima de su hombro, pero no le estoy prestando atención porque toda la que poseo está fija en el Puente Chungo.

—El puente está maldito… —me oigo murmurar.

—Eso ya lo he dicho yo hace nada, no vale copiarme usando un tono tan tétrico, mujer —escucho la voz de Kasem de manera distante—. Y de nada por la lección sobre peligros, por cierto. Que sepas que no venía incluida en el precio, aunque no te la voy a cobrar… seguramente.

—Hay una magia muy oscura aquí —comento con un escalofrío —. Es como… —trato de poner todas esas sensaciones, más las que mis mágicos instintos perciben en el ambiente, en palabras— como si alguien hubiera hecho algo terrible en este lugar. Algo tan antinatural y cruento que hasta las mismísimas piedras todavía lo recuerdan y gritan de horror, aunque pocos sean capaces de escucharlas.

Kasem me observa con intriga.

—¿Como lo que yo hice en la montaña?

Mi atención se aleja del puente y se centra en el vampiro al oír esa pregunta. No hay reproche alguno en ella. Kasem solo espera que se lo confirme. Creo que ha aceptado su culpa, en vez de negarla, tergiversar los hechos o tratar de ocultarlos como harían otros.

—¡Claro que no! —protesto—. Tú no pretendías hacer lo que hiciste. Esta persona sí. Es distinto, Kasem.

Él eleva una de las comisuras de sus labios.

—Hace solo un par de días me viste usar un conjuro para reventarles la cabeza a unos hombres que te habían faltado al respeto —me recuerda.

—Es *distinto* —insisto de manera tozuda—. Lo que hizo esta… esta persona… —*Monstruo*, pienso para mis adentros—. Lo que hizo fue horrible.

—¿Y lo que yo hice no lo fue?

Sé que, aunque lo pregunte con un tono de voz ligero, el trasfondo de esta conversación es mucho más serio de lo que él deja entrever.

—¿Alguna vez has matado niños?

Él alza una ceja de manera impertinente.

—Sabes que no. El código de La Mano Negra especifica que no matamos críos —replica—. Puede que seamos asesinos a sueldo sociópatas, pero somos asesinos a sueldo sociópatas *con reglas*. Lo pone en nuestra web ilegal. Ya sabes, la que los gobiernos del mundo jamás han podido eliminar por muchos *hackers* que contraten.

—Lo sé.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—¡Es evidente! —exclamo—. Eres un asesino, sí, pero ¡tienes un código ético!

—Si a eso lo llamas código ético… —Él se ríe con un toque de diversión teñido de amargura.

Mira que le gusta hacerse el difícil.

—Conozco a gente mucho más inmoral que tú.

—Imposible. —Tiene la desfachatez de indignarse. Y encima creo que solo es medio en broma—. Ponme un ejemplo.

Pienso en gente que conozco que me ha demostrado frente a mis narices que carece de ética o moral en multitud de ocasiones. Hay varios que me vienen a la cabeza, pero un nombre en especial destaca entre ellos.

—El profesor Rokwood.

Kasem pone cara pensativa.

—No me suena —musita—. ¿Es algún mercenario que trataste de contratar antes que a mí? Mal hecho. Las demás organizaciones ilegales son un timo.

¿Es mi imaginación o son eso celos lo que siento emanando de él, aunque trate de ocultarlo?

Oh. Ooooh.

—¡Estás celoso! —le acuso, sintiéndome gloriosa y satisfecha cuando me da un subidón de autoestima al notarlo.

—Céntrate, Noemí —gruñe él—. ¿Quién es Rokwood?

Hago un ademán con la mano para restarle importancia.

—Un antiguo colega mío. Un tipo que habría sido capaz de vender a su propia madre en el mercado negro si a cambio hubiera podido plagiar uno de mis trabajos sin consecuencias legales —le explico hablando con rapidez, queriendo pasar al tema importante: sus celos—. No puedo creerme que te hayas puesto celoso del incordio de Rokwood.

—No estoy celoso —objeta Kasem—. De hecho, ni siquiera sé qué es esa emoción. Jamás la he experimentado.

Mi bufido es largo y hace eco entre los árboles.

—Lo que tú digas.

—Exacto —contesta el vampiro—. Y, volviendo al tema de antes, déjame decirte antes de que te pongas a divagar de nuevo que yo también sería capaz de vender a mi madre en el mercado negro. Es muy lucrativo.

—Idiota. Estoy hablando en serio.

—Y yo —replica él—. Aunque no lo haría por plagiarte, claro. Pero quizá sí por una de esas piruletas de sangre que solían

comprarme de pequeño cuando me portaba bien. Estaban deliciosas. Una pena que ya no las produzcan.

Me echo a reír.

—No lo dices en serio.

—Claro que lo digo en serio —declara con aspecto de decir la verdad—. Esas piruletas eran el único motivo por el que yo me sentía motivado a estudiar y a no hacer demasiadas travesuras. Sin ellas, la vida de mis padres hubiera sido un infierno mucho mayor.

Niego con la cabeza, exasperada.

—Me da igual lo que digas. Solo quieres tomarme el pelo para que me olvide de lo que estábamos hablando. Como siempre.

—No sé de qué me hablas —niega él como el mentiroso que es.

—Te lo he dicho ya: no eres tan malo como piensas.

Él se echa a reír con ganas.

—La próxima vez que le haga estallar la cabeza a alguien le diré unos segundos antes: «ey, puede que vaya a reventarte los sesos, pero no creas que por eso soy el malo de esta historia. O eso dice Noemí, ¿sabes?».

Me cruzo de brazos y trato de evitar con todas mis fuerzas unirme a sus carcajadas al imaginar el escenario mental, horripilante pero divertido, que describe.

—Pues no estaría mal que te lo creyeras, aunque fuese un poco.

—Claro —resopla—. Y, ya de paso, ¿por qué no empiezo a dar largos monólogos como el típico villano de las películas antes de matar a alguien para justificar mis acciones? Aunque… —se lleva una mano a la barbilla— no sé cómo se justificaría eso de matar por placer como hago a veces.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Ahora quién divaga?

—Tú —afirma sin ningún tipo de vergüenza—. Como haces siempre, liándome para que haga algo tan agotador como mantener conversaciones.

Hace una mueca de asco.

—Deja de marearme y de portarte como un crío —rezongo—. El caso es que la persona que hizo lo que quiera que hiciera en el maldito Puente Chungo era un mal bicho, *alguien peor que tú* —añado lo último elevando la voz para que no me interrumpa cuando lo intenta (porque claro que iba a intentarlo, no puede evitarlo)—, que seguramente mató a un montón de inocentes en este sitio.

—¿Bebés y esas cosas que yo no mato? —pregunta con sarcasmo.

Me encojo de hombros.

—Seguramente. Y yo qué sé.

Kasem se rasca la barbilla de manera pensativa otra vez, solo que esta vez parece que lo hace en serio.

No me gusta ni un pelo cuando pone esa expresión. Significa problemas para mí.

—¿Podrías intuir cuándo o incluso quién fue?

Me lo pregunta de manera extraña. Da la sensación de que realmente cree que sería capaz de ello si me lo propusiera.

—No lo sé.

Me remuevo incómoda sobre mis pies.

—Inténtalo —me anima.

Me humedezco los labios, nerviosa. No por su curiosa confianza en mis capacidades, sino porque ese don mío de predecir o de saber cosas siempre me ha dado miedo, desde que era muy pequeña. Antes incluso de poder recordar por qué.

Aunque a veces, como cuando Arya desapareció y supe gracias a él que tenía que venir sí o sí a Rundra en persona para poder salvarla, sea útil.

—No sé cómo —admito.

El vampiro se queda en silencio unos segundos, reflexionando para sí mismo de nuevo.

—¿Cómo sueles tener esas «intuiciones» tuyas?

Me encojo de hombros otra vez.

—Simplemente las tengo y ya está.

—Me refiero a que debe de haber algún método para ello. Algo que haga que la chispa de ese poder se prenda —masculla el vampiro—. Piensa en ello. Haz memoria de las últimas intuiciones que has tenido. Sobre la gente, sobre el puente —señala hacia el sitio maldito con la barbilla—, sobre tu hermana…

Pensar en Arya me revuelve la tripa de preocupación. Pero, gracias a mi instinto sé que ella sigue viva y que llegaré a tiempo para salvarla, y ello me tranquiliza mucho.

Hago memoria de todos esos momentos en los que ese poder inherente a mí es más fuerte; más insistente. No me doy cuenta de que me estaba mordiendo el labio inferior hasta que lo suelto y noto la ligera inflamación de haber hecho fuerza con mis dientes, aunque no haya roto la piel.

—Creo que me sucede más a menudo cuando noto algo fuera de lugar —le explico—. Como cuando me preocupo por algo, o

cuando me fijo en alguien que llama mi atención por algún motivo. Se activa cuando estoy angustiada o tengo curiosidad.

Normalmente el motivo suele ser tétrico, por desgracia.

—Veamos —murmura de manera pensativa—. Entonces, ¿solo necesitas concentrarte en una persona u objeto, estar genuinamente interesada en saber qué mierda pasa con él, ella o ello e indagar con esa magia de clarividente tuya hasta dar con la respuesta a los enigmas?

Eleva un dedo cada vez que enumera uno de los pasos.

Menuda manera de crearme un método que seguir que seguramente me vaya a hacer usar de ahora en adelante cuando nos (le, más bien) convenga, pienso con un deje de envidia por no haber creado dichas pautas a seguir.

—Supongo que sí —contesto tras pensarlo un rato—. Más o menos. No es que cuando se activa me dé respuestas claras. Como con Arya. Sé que está en peligro y que tengo que ir a ayudarla en persona, pero no sé dónde está exactamente.

—Bien. Clarividente, pero con límites. Eso me vale.

Kasem sonríe abiertamente. Sus colmillos, que no están extendidos del todo, se apoyan sobre su sensual labio inferior cuando lo hace.

—Pareces satisfecho.

—Lo estoy.

—¿Por qué? —inquiero.

Que él insista en que use este poder tan útil no es necesariamente algo malo. Quizá eso me ayude a superar ese inusual trauma que tengo con este poder tan útil y pueda usarlo libremente en el futuro.

—No hace falta preguntar el porqué de todo, ¿sabes?

—Contigo sí —insisto—. A saber qué guarrerías te estás guardando para ti mismo.

Debería de haber previsto su miradita lasciva.

—Sé que quieres descubrirlas, listilla —ronronea con voz sexual —, pero no es el momento ni el lugar.

—Voy a guardarme eso de «no es el momento ni el lugar» para luego —asevero—, porque no quiero que desvíes el tema y hagas que me olvide de la cuestión inicial: ¿por qué pareces tan satisfecho con que yo sea una clarividente con limitaciones?

Él suspira como si su sufrimiento fuera infinito. Yo he aprendido a pasar de su cara cuando se pone en plan dramático, pero sigo pendiente de su lenguaje no verbal tanto como de su lenguaje verbal, aunque a Kasem sea muy difícil leerlo.

—¿No es evidente? No quiero que uses tus poderes para meter tu naricita en mi vida privada.

Jadeo de indignación.

—¡Yo no haría eso!

En cuanto la última sílaba deja mis labios, me siento como una mentirosa.

Tal vez sí que lo haría, pienso para mis adentros. *Un poquito nada más. Kasem es demasiado misterioso. Llevo meses viajando con él y apenas sé nada de su vida privada, mientras que él lo sabe todo de mí.*

—Tu cara dice que mientes.

Me ruborizo con fuerza, sintiéndome como una niña intentando meter la mano en el tarro de galletas prohibidas.

Malditas sean sus habilidades de observación y mi expresividad.

—No me entrometería… demasiado —admito a regañadientes.

Echamos a andar hacia el tenebroso puente mientras continuamos hablando como si fuera lo más natural del mundo. Está empezando a oscurecer. Lo que quedaba de luz lo hemos pasado hablando y discutiendo, como solemos hacer, pero Kasem quiere sí o sí cruzar hoy el dichoso puente. O eso ha dicho.

—Ahora eres un poco más sincera —resopla mi mercenario—. En fin, va a anochecer pronto, así que se acabó la cháchara, doña sabelotodo en más de un sentido, para mi perpetua desgracia.

El puente está cada vez más cerca. No tengo muchas ganas de sentir esa oscuridad horrenda bajo mis pies, pero tampoco es que tenga alternativa. Debo pasar por este mal trago para llegar hasta Arya.

—¿Y qué quieres que haga? —protesto—. Yo no elegí ser ni bruja ni, al parecer, también clarividente.

Él me da unas palmaditas en la espalda, aunque no parecen de consolación para mí, sino para sí mismo, por la cara que pone.

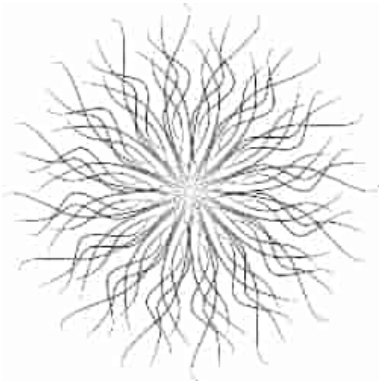
—Ya que te ha tocado ser clarividente en la lotería genética, pon a trabajar ese don tuyo mientras cruzamos el jodido Puente Chungo, a ver si averiguas algo —me exige cuando ponemos los pies en el inicio de la estructura de maltrecha piedra cubierta de niebla—. Siento curiosidad sobre qué o quién pudo hacer semejante marca oscura en este lugar. Aunque confieso que tengo mis sospechas.

—Déspota —mascullo entre dientes, solo por el placer de recordarle que no me tiembla la lengua al corresponder a sus órdenes con un recordatorio ocasional de mi desacuerdo con su tiranía—. Tú solo quieres explotarme para que se me acabe el maná, me canse y me duerma rápido cuando acampemos más tarde.

—Lo que tú digas. Pero si no trabajas, te quedas sin libro esta noche —me amenaza el muy sinvergüenza.

Lo que ya he dicho.

Es un maldito dictador.



Capítulo 62



Noemí

Trato de centrarme en mi don de clarividente o, como hasta ahora lo llamaba, mi instinto mágico. Pero no me dice mucho, más allá de gritarme cosas como «lugar horrendo» o «sitio repleto de maldad» y aconsejarme que me largue de aquí de inmediato, cosa que no puedo hacer porque estamos en mitad del dichoso puente (o eso espero).

—¿Qué tal va? —indaga Kasem cuando ya llevamos lo que calculo que serán unos veinte minutos atravesando la niebla que cubre el puente.

—Mal —me sincero—. Me duele la cabeza, tengo la barriga revuelta y encima estoy de mal humor.

—Lo último no hacía falta ni que lo mencionaras —se burla él—. Pero me refería a tu pequeña investigación.

—Dirás *tu* pequeña investigación —refunfuño, aferrándome a su brazo cuando casi me caigo de bruces al meter el pie en el hoyo que ha dejado una baldosa de piedra rota.

—Menudeces —refuta él con voz altiva—. ¿Has averiguado algo o no?

—Sí —le gruño, soltando su brazo cuando logro recobrar el equilibrio, aunque lo haga a regañadientes—. He averiguado que a mi clarividencia este sitio le da muy mal yuyu.

A pesar de que la niebla cubre parte de su rostro no me es difícil ver que ha puesto los ojos en blanco.

—Estás siendo muy difícil.

—Qué bien —le gruño con sarcasmo—, así pruebas un poco de tu propia medicina.

—No soy de los que dan medicamentos, mujer —contradice él —, sino venenos.

—Mejor me lo pones, vampiro.

Él se ríe por lo bajo.

—Sigue intentándolo.

Aprieto los labios.

—¿De verdad no me darás el libro si no averiguo nada?

Mi tono lastimero debe de influir un poco en él, porque suspira.

—No he dicho eso —contesta—. ¿No se supone que eres buena con las palabras, Noemí?

Entrecierro los párpados con sospecha.

—¿Por qué quieres que esté entretenida mientras cruzamos el puente?

—…

Ah. He dado en el clavo.

—¡Ajá! —exclamo en tono acusatorio—. Así que no se trataba solo de que estabas siendo el tirano habitual.

—Qué cruel —dice de manera monótona—. Y yo que solo pensaba en ti.

—¿Qué me estás ocultando esta vez? —le exijo saber—. ¿Es sobre el puente? ¿Es porque soy bruja? ¿Va a hacerme algo si miro a alguna parte en vez de estar abstraída o algo así?

—No exactamente.

Frunzo el entrecejo.

—¿Por qué tienes que ser tan difícil? —me lamento.

Él se ríe de nuevo.

—¿Es un eco lo que acabo de oír? —inquiere de manera retórica con sorna.

—¡Calla! —le chisto—. Creía que a estas alturas sabrías que es más fácil si compartes información conmigo, en vez de esperar a que pasen las cosas y a que la caguemos, ¡maldita sea!

Kasem se detiene de golpe y yo me tropiezo con él. Por suerte, me sujeta de los hombros para que no me caiga de bruces sobre un sospechoso montón de basura que hay junto a la barandilla de piedra.

—Te aseguro que esa es una lección que ya he aprendido —me jura en tono serio.

Mi mueca deja claro que no le creo.

—¿Qué es lo que no me has dicho?

Él emite un sonido de pura resignación.

—El pájaro.

Parpadeo con perplejidad.

—¿Qué pájaro?

—El puto pájaro colorido del bosque que trató de cagarte encima para llamar tu atención. Ese pájaro.

Sigo sin entenderle.

—¿Qué pasa con ese pájaro?

—Que te está siguiendo desde que te vio.

Me tenso como una vara.

—¿Es un espía? ¿Un enemigo? ¿Trabaja para alguna bruja que nos quiere muertos? ¿Es un monstruo cambiafor…? —Kasem me tapa la boca con una de sus manos.

—Para. —Se ríe en mi cara, haciendo que mis latidos se aceleren, y no solo por lo bella que es su risa. También por el cabreo que llevo tras el susto que me ha dado al ser tan críptico—. El pájaro debe de descender de alguna criatura mágica que se cruzó con una normal, y el puto incordio ha decidido, al parecer, que quiere ser tu familiar.

Abro los ojos como platos.

—¿Mn Smrio? —Me aparta la mano de la boca, así que repito la pregunta ahora que se me escucha con claridad—. ¿En serio?

Él asiente. No parece nada feliz de habérmelo dicho.

—Sí.

—Oh.

Miro sin disimulo hacia todos lados, pero no veo nada… hasta que oigo un aleteo y un enorme pájaro de brillantes plumas de colores se posa sobre la barandilla contra la que casi me estampo antes.

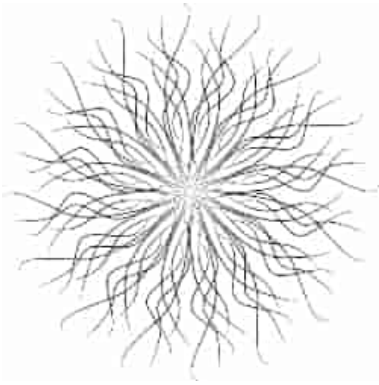
El pajarraco, cuya envergadura de alas debe de ser de al menos un metro, ladea la cabeza y emite un chirrido.

—Hola —le respondo, sintiéndome tímida de repente—. Encantada de conocerte… más o menos. Soy Noemí.

El pájaro hace una elegante reverencia.

—¡Qué bonito! —exclamo al verla.

Kasem suelta una imprecación y echa a andar de nuevo sin esperarnos.



Capítulo 63



Noemí

—No me hizo nada de gracia que intentaras cagarme encima —le informo a Colorido (a falta de saber su nombre he decidido llamarlo así en mi mente por ahora) en tono de regañina—, aunque te agradezco que me hayas elegido como…, eh…, ¿tu bruja acompañante?

—Su bruja —aclara Kasem segundos antes de que le pregunte —. A secas.

—Vale, gracias —le digo, y desvío mi atención de nuevo hacia Colorido, que camina a nuestro lado con sus patas acabadas en garras de manera más ágil de lo que esperaba en un pájaro de su tamaño por el balaustre del puente, siguiéndonos el ritmo—. Tu bruja.

Colorido responde con un canturreo que me suena a disculpa.

—Te perdono —le sonrío—. Pero no lo vuelvas a hacer.

Colorido asiente, prometiendo no hacerlo de nuevo.

—Genial —apruebo—. Creo que podríamos ser muy buenos amigos.

Hago caso omiso al resoplido de Kasem.

—Tenía que ser un puto *carvinger*, cómo no —le escucho gruñir en voz baja—. Puta mala suerte. Más le vale a mi ex no haberme echado un mal de ojos.

No sé por qué preguntar primero: qué es un *carvinger*, por qué le molesta que Colorido sea uno o quién es su ex (que sospecho que es una bruja que se especializa en maldiciones).

—No —gruñe él con sequedad, interrumpiendo mi incipiente oleada de preguntas antes de que empiece.

—No, ¿qué?

Hacerme la inocente quizá funcione. A veces se le suaviza un poco el corazón.

—Sabes perfectamente el qué, listilla. No estoy de humor para jugar a Preguntas y Respuestas.

Pero no esta vez, al parecer.

—Vale —suspiro, decidiendo morderme la lengua y darle su espacio.

Sé que puedo ser cargante. Aunque, en mi defensa, él lo es tanto o más que yo y no siente ni un ápice de culpa por ello.

Kasem se queda en silencio, mascullando gruñonamente de vez en cuando para sí mismo en vadálico (la mayoría de las palabras, por desgracia, no las reconozco), mientras yo me dedico a socializar con Colorido, que está entusiasmado de que le preste atención.

Casi creo que vamos a cruzar el puente maldito sin incidente alguno cuando, cómo no, nuestra mala suerte decide jugárnosla al llegar casi al final del puente.

—Un bichito me ha dicho que os han visto hablando con mi querida hija —saluda una voz fría y cruel—. Y que tenéis un papelito de lo más interesante.

Una mujer de belleza antinatural y largos cabellos oscuros aparece de repente entre la niebla.

Mis instintos me gritan que es muy peligrosa, muy sádica y muy desalmada, pero eso ya se le nota sin hacer uso de la clarividencia. Es evidente en el olor a muerte que la rodea como una segunda piel y en los dos muertos que la niebla deja ver a sus espaldas cuando el viento hace que se arremoline tras ella, permitiéndonos ver un poco más.

Una nigromante, susurra mi mente con un estremecimiento.

Colorido se tensa, pero, en vez de huir, aletea hasta posarse a mis pies, erizando sus plumas a la defensiva.

Pájaro valiente, cacarea mi mente con orgullo. Ya siento afecto por él, y eso que acabo de conocerlo.

—Numeilla —replica Kasem con la voz más cruel que le he oído usar jamás—. Lárgate antes de que te arranque la piel y la use para hacerme una jodida chaqueta. No estoy de humor ni para tus gilipolleces ni para tus putos dramas familiares ni para la peste de tus malditos esclavos muertos. Tienes diez segundos.

La bruja no parece amedrentarse. Tengo la sensación de que está tan acostumbrada a ser la mala más mala y poderosa de los alrededores que se ha vuelto ciega de orgullo. Un defecto fatal en un mundo como este, en el que un depredador más fuerte que tú puede aparecer a la vuelta de la esquina en cualquier momento.

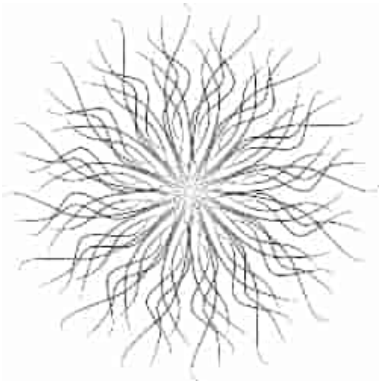
—Vaya. Parece que tienes un mal día, Sangriento. Quizá pueda ayudarte a relajarte, si tú me ayudas a mí.

Imagino que la sonrisa de la bruja pretende parecer seductora, pero solo la hace parecer un cadáver sociópata que tiene un inquietante rictus en los labios.

Pone la piel de gallina.

—La cuenta atrás empieza *ya* —sisea el vampiro—. Uno…

Sospecho que Kasem va muy en serio. Supongo que lo comprobaremos dentro de diez segundos…



Capítulo 64



Noemí

—¿Sabes? Tengo un conjuro que acaba con los vómitos…, aunque produce una diarrea tremenda dos días más tarde. No lo recomiendo, pero si lo prefieres…

—¡Cállate! —le grito al vampiro entre arcada y arcada.

Colorido le trina con fuerza varias veces. Me hace gracia que parezca que le esté riñendo. Sobre todo, después de lo que el maldito mercenario sociópata acaba de hacer.

Cuando consigo detener la angustia, me incorporo, me limpio la boca, bebo algunos tragos de la botella de agua que saco de mi propio papelito con sello (que, vale, me dio Kasem. Pero ahora es mío y lo controlo yo) lleno de provisiones, la vuelvo a guardar dentro de dicho sello una vez siento menos de ese sabor agrio y asqueroso que se te queda después de echar todo lo que tenías en el estómago, y me guardo el papel en el bolsillo de los pantalones.

—¿Ya estás lista? —pregunta Kasem como si esta fuese una situación de lo más normal y estuviésemos en una acampada en el campo recogiendo margaritas o algo por el estilo—. Tendríamos que haber acampado hace media hora. Vamos con retraso.

Lo asesino con la mirada.

Colorido, con las plumas erizadas a mis pies, hace lo mismo.

—¡Podrías haberme dicho que era una zombi! —le grito—. ¡Y que realmente ibas a quitarle la piel! Aunque no sé por qué me sorprendo de lo último.

Me llevo las manos a la cabeza, que me palpita.

—Yo tampoco sé de qué te sorprendes, la verdad. Estás un poco susceptible, mujer —tiene el morro de decir como si nada.

Le llamaría hipócrita, dado su estado de humor anterior, que le ha llevado a despellejar a una liche y a convertir en polvo a sus zombis (había seis, no dos, escondidos en la niebla), pero él solo se encogería de hombros y me diría que sabe que lo es y que le da igual.

—¿Susceptible? —le pregunto en voz baja.

—Eso he dicho, sí.

Está empezando a preocuparse. Pero ya es tarde. Ha metido el pie en el pozo de mi cabreo y de ahí ya no sale hasta que yo lo diga, como que me llamo Noemí Salas.

—*¿Susceptible?* —Mi voz se eleva sin que pueda evitarlo hasta que acabo gritándole.

—Cálmate. Iba a intentar sonsacarnos información —pretende excusarse—. La conozco, bueno —se corrige con un deje de oscuro humor sangriento—, conocía.

Sin saber cómo, me he acercado hasta él y estoy a escasos centímetros de su cara, elevada sobre las puntas de mis pies para poder gruñirle a su barbilla, ya que no alcanzo sus ojos.

—Y si la conocías, ¿no podrías haberle dicho que se largara y ya está? —le chillo.

Tengo la cara roja de rabia y la respiración agitada.

Kasem, por algún motivo, parece nervioso y esquivo, además de huraño. Algo raro de ver en él. Quizá porque nunca me había visto así de enfadada hasta ahora.

—Numeilla habría intentado capturarnos para torturarnos con intención de sonsacarnos información sobre su hija, así que, de todas formas, iba a acabar muerta —rezonga—. ¿Qué más da el cómo? Al menos ha sido rápido. Nos ha ahorrado tiempo. Eso es bueno, ¿no?

—¡A mi estómago le importa el cómo, Kasem! —grito de nuevo —. ¡Y a mi ropa también! ¡Y a mi pelo! ¡A mi maldito pelo! ¿Lo ves? —Cojo un mechón y lo acerco a su cara—. ¿Tú ves esto?

—Lo veo, sí… Apesta, por cierto.

—¡Lo sé!

A continuación, presa de un silencio rabioso, le señalo mis prendas, cubiertas de… de lo que sea que hubiese en el interior de la maldita liche. Se asemeja a la gelatina, solo que podrida y de color marrón oscuro. Como la mierda. Me da tanto asco que estoy al borde de la histeria. O quizá ya estoy metida de lleno en la histeria. No me importa. Lo único que quiero es chillarle hasta agotarme y dejarle claro que esto no está bien.

—¡La próxima vez que vayas a despellejar a un puto liche y este vaya a estallar por todas partes porque resulta que no tienen huesos, sino que *están hechos de gelatina mierdosa*…, avisa! ¡Joder!, *de mierda*, Kasem… ¡están hechos de *caca*! —Hago una

pausa para respirar pesadamente—. ¡Al menos procura que yo… —Colorido trina a mis espaldas— que Colorido y yo no nos manchemos! ¿Lo has entendido?

Golpeo con un dedo extendido sus firmes pectorales con renovada ira.

—Lo tendré en cuenta —accede él con voz suave.

No sumisa, porque Kasem Katari jamás será sumiso, pero sí lo noto más manso que su yo tocapelotas sádico habitual.

—Bien —siseo, haciendo sonidos respiratorios que llenarían de orgullo a un toro furibundo—. ¿Y qué se dice, por cierto?

Su cara de extrañeza es todo un poema.

—¿Qué se dice de qué?

—¿Que qué se dice cuando la cagas con alguien, Kasem? —le pregunto como lo haría una madre con un niño particularmente revoltoso—. ¿Qué se le dice a esa persona para que te perdone?

Cuando cae en la cuenta de lo que le estoy pidiendo, me da la impresión de que tragarse un limón le habría resultado más agradable que esta parte de la conversación.

—Se dice: la próxima vez, procura no estar en medio —contesta con arrogancia, negándose a disculparse—. Si te hubieses puesto detrás de mí cuando he empezado la cuenta atrás, no te habrías manchado.

—Kasem… —Mi tono de amenaza jamás había sido tan intenso.

Tal vez porque nunca había estado tan de mierda hasta el cuello. Literalmente.

Él aprieta los dientes con fuerza.

—… pa.

—¿Disculpa? No he oído lo que acabas de mascullar. Habla más fuerte —le exijo.

—He dicho la primera palabra que tú acabas de decir.

Mi ira silenciosa basta de nuevo para hacerlo reaccionar. Él suspira, dando la discusión por perdida.

—Muy bien. Tú ganas —reniega—. Perdona, mujer. No esperaba que la jodida liche estallara en un radio tan amplio.

—No quiero excusas.

Alza las manos pidiendo paciencia a los cielos como hago yo a veces.

—Sin excusas —accede—. Lo siento, ¿vale? Ha sido culpa mía por despellejarla sin ponerte primero una barrera alrededor para que no acabaras llena de mierda de zombi.

Siendo una profunda satisfacción al oírlo admitir su culpa. Me dejo caer sobre los talones y quito la punta de mi dedo de sus pectorales.

—Bien —asiento, tratando de controlar la respiración—. Ahora discúlpate también con Colorido.

Kasem alza una ceja. Luego desvía sus ojos hacia mis pies, donde Colorido le devuelve la mirada.

—Ni de coña —declara el vampiro con firmeza.

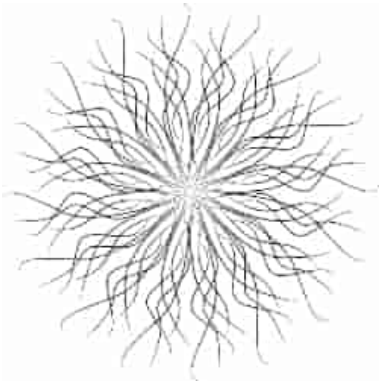
Se da media vuelta y baja del puente, internándose en el bosque más lúgubre que he visto nunca.

—Bueno —le digo al pájaro—. Al menos he obtenido una victoria de dos.

Colorido emite un sonido de duda.

Me miro de arriba abajo y luego observo el estado de sus pobres plumas.

—Tienes razón —me lamento—. Necesitamos un baño urgente. Maldito Kasem.



Capítulo 65



Noemí

El vampiro ha tenido la decencia de, al menos, encontrarnos un lugar de acampada aceptable en el que, además, ¡hay bañera!

Bueno, más o menos.

En realidad, se trata de una vieja balsa tallada en una enorme piedra (menudo trabajazo se dio alguien hace años), que Kasem limpia de maleza con uno de sus conjuros, haciéndola cenizas sin ni siquiera convocar fuego, y luego llena de agua limpia y clara.

Es fascinante ver la magia. Su oscura energía llama a la humedad acumulada a nuestro alrededor tras aquella tremenda tormenta de hace unos días, y el aire se llena de millones de gotitas que se unen para formar un géiser que llena la balsa hasta los topes en meros segundos.

—Quiero aprender a hacer eso —declaro casi sin aliento, embelesada por su muestra de poder.

Me imagino a mí misma controlando los elementos a mi voluntad y el corazón me late a toda prisa por el entusiasmo. Me siento como una niña en vísperas de Navidad con todo esto de la magia. Cuanto más lo pienso, más me gusta ser una bruja.

—No puedes —dice Kasem, pisoteando mi ensoñación de ser una especie de diosa del mar—. Tu naturaleza es la electricidad, ¿recuerdas?

Hago una mueca de decepción.

—¿Eso significa que no puedo usar otros elementos? —pregunto, aunque ya intuya la respuesta.

Él eleva los hombros y las manos en un gesto no verbal de «te aguantas. Es lo que te ha tocado».

—Pues menuda mierda —gruño.

El vampiro calienta el agua con un simple gesto de su mano, haciéndola humear. Mi envidia debe de ser muy evidente ahora mismo, aunque supongo que yo podría usar mis rayos para calentarla, también… Solo que cualquiera que se metiera en el agua correría el peligro de electrocutarse.

—Cada bruja nace con una naturaleza diferente —me explica Kasem tras aguantar mi enfurruñamiento silencioso durante unos minutos—. Normalmente se hereda de alguien de su linaje maternal.

Creo que está intentando ser menos gruñón para que yo deje de estar tan enfadada (lo seguiré estando mientras siga cubierta de mierda de liche).

Colorido, que ha metido el pico en el agua para coger un poco y así limpiarse las plumas, está demasiado enfocado en intentar quitarse el máximo posible de gelatina de liche cuando antes.

Aunque no sé cómo el pájaro no vomita por tener que usar su boca para quitarse la podredumbre de encima.

—Supongo que serán agua, fuego, tierra, aire, electricidad —cavilo en voz alta—, ¿y qué más?

—Muchas más —me contesta el vampiro, desnudando su antebrazo y buscando entre sus muchos tatuajes rúnicos uno en particular, como si no recordara dónde está exactamente.

—¿Cuáles?

Él suelta uno de sus sufridos suspiros.

—Todo lo que se te ocurra, prácticamente —me cuenta—. Hay brujas capaces de entender el lenguaje de los animales; otras que pueden manipular la madera, viva o muerta, a su antojo; algunas que nacen con el don de convertir la piedra en lava… aunque todas esas que he mencionado son poco usuales. Las más normales son las elementales básicas, como tú.

—Gracias por llamarme básica —replico con sarcasmo.

Él no se deja provocar.

Esta vez.

—Además, algunas pocas son brujas arcanas —prosigue—. Es decir, que no pueden dominar elementos, pero sí que pueden encantar objetos… como, por ejemplo, cadáveres.

—Uf. —Tengo ganas de vomitar otra vez al pensar en la nigromante—. No hablemos de eso.

Como me señale la gelatina de mierda de la liche para demostrar un punto sobre lo de la nigromante siendo una arcana, le lanzo un rayo.

Lo juro.

Él debe de intuirlo, porque por una vez deja pasar la abertura perfecta para hacer una de sus chanzas y se centra en encontrar el dichoso tatuaje, aunque la sonrisilla de sus labios no se me escapa.

Imbécil.

Reflexiono sobre lo que ha dicho mientras está ocupado. Linaje materno. No cabe duda, pues, de que mi madre debió de ser una bruja. No recuerdo mucho de ella. Era muy pequeña cuando nos abandonó a Arya y a mí en las puertas de aquel orfanato. No sé por qué lo hizo ni qué fue de ella y, aunque durante un tiempo traté de encontrar una respuesta, ahora eso es un pasado lejano que me vi obligada a dejar atrás para no atormentarme a mí misma con la duda el resto de mi vida.

Por mucho que sea una magia común entre las brujas, es maravilloso sentir la tormenta de mis venas, ahora que me he acostumbrado a ella.

—¡Aquí! Joder, puta runa milimétrica de los cojones —sisea de repente mi mercenario—. Ya podría haberla hecho más grande.

Kasem encuentra el tatuaje que buscaba y saca una bolsa de lino de él que me tiende con un brazo muy extendido. Está claro que a su sensible olfato no le gusta nada mi olor.

Pues a mí menos.

Seguro que está usando algún tipo de hechizo para que el aroma a Eau de Merde no le afecte tanto al maldito, pienso con irritación.

—Ten —me dice, todavía con el brazo extendido, como si no fuera evidente que es para mí.

—Gracias —le contesto con sospecha en la voz, cogiendo la bolsa.

Él retira la mano con rapidez y se olisquea discretamente los dedos.

Será idiota.

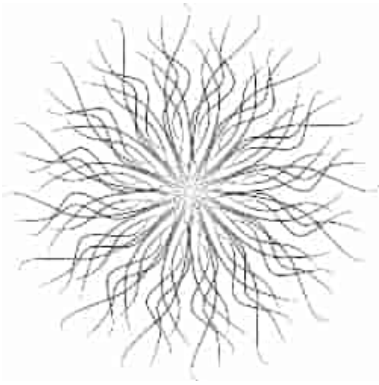
Miro lo que me ha dado. Es una simple bolsa de lino de color verde cerrada con un cordel elástico. Le doy el beneficio de la duda, pero como se trate de alguna de sus jactanciosas trastadas a mi costa…

Pues no. No lo es.

Cuando la abro veo que se trata de una colección de enseres de baño: jabones artesanales, acondicionadores, exfoliantes, esponjas y todo lo demás necesario para una buena sesión de *spa*.

Sonriente y genuinamente agradecida, elevo la vista para darle las gracias (esta vez con mayor calidez), pero, en cuanto ve que mi mal humor ha pasado de largo, Kasem eleva una mano, despidiéndose en silencio, y se interna con rapidez en el bosque.

—¡Voy de caza! —grita—. ¡Disfrutad del baño!



Capítulo 66



Noemí

—Este bosque da muy mal yuyu. ¿No crees, Colorido? —le pregunto al pájaro.

He logrado convencerle para que me deje lavar (con mucho cuidado) su precioso plumaje. Está muy relajado, sentado en una roca frente a mí mientras yo (tras haberme limpiado dos veces de la cabeza a los pies, exfoliado otras dos, y vuelto a frotar con jabón y enjuagar otras tres) me dedico a darle mimos.

El pájaro trina y yo recuerdo que no le he pedido permiso para usar el apodo que he elegido para él (o ella).

—¡Ay! Perdona, precioso o preciosa —me apresuro a disculparme, aunque él (o ella) tiene sus negros ojos cerrados y parece muy tranquilo—, que te he llamado Colorido sin ni siquiera preguntarte tu nombre. Qué maleducada he sido.

—Eso —ronronea una voz masculina que me pone el vello de punta por varios motivos— tendrás que averiguarlo por ti misma si quieres que se convierta en tu familiar.

La tormenta de mis venas hace chisporrotear el agua a mi alrededor cuando me sobresalto al ver el desconocido que mis sentidos no han captado hasta que mis ojos se han posado en él.

Colorido chilla y aletea, sacudiendo el agua de sus plumas y alejándose del agua, asustado por la corriente eléctrica que suelta chispazos sobre su superficie.

—¡Lo siento! —le digo al pobre pájaro, pero no aparto mi atención del intruso.

—Bonitas vistas, por cierto —afirma el energúmeno, paseando su asquerosa mirada lujuriosa por mi cuerpo desnudo.

—¿Quién coño eres? —le pregunto con agresividad.

Ya no temo usar mi poder ahora que el pájaro está a salvo, posado en un árbol cercano, a mis espaldas, así que dejo que la palma de mi mano reluzca con ondas eléctricas blancas y azules en una amenaza nada sutil.

El intruso se ríe, pero da un paso atrás elevando ambas manos.

—Calma, bruja. Vengo en son de paz —afirma—. Me llamo Clein.

Miente, lo sé de inmediato. *Ese no es su nombre real.*

Además, el tipo no me engaña, a pesar de su expresión de calma, mis instintos (*se llama clarividencia*, me recuerda mi mente) me chivan que está asustado y que no se esperaba que yo fuera tan poderosa.

Ese conocimiento me llena de una euforia que hace que no pueda evitar sonreír de oreja a oreja.

—Si hay paz entre nosotros o no lo decidiré yo —declaro.

Arya estaría orgullosa de mi autoconfianza.

Él ríe de nuevo. Esta vez se le nota más el nerviosismo.

—Por supuesto.

—¿Qué eres? —exijo saber con brusquedad.

—Nadie importante, la verdad.

¿Otra mentira?

—No te he preguntado eso y lo sabes.

Él se relame los labios.

—Soy lo que en otros países llamáis cambiaformas —me sonríe —. Ya sabes, adopto forma de animal.

—Ajá —murmuro.

Aprovecho para intentar practicar un poco mi don mágico de sabelotodo, como lo llama Kasem, en el maldito pervertido. Fijo mi atención en él, pienso con fuerza que quiero saber qué y quién es, y dejo que las respuestas fluyan hacia mi mente atraídas por mi poder innato.

Licántropo, susurra mi don. *Al menos en eso no me ha mentido del todo, aunque su sangre es mestiza. Está mezclada con una criatura que huele a bosque. Y no sabe nada de mi hermana. No ha visto nunca a Arya ni ha oído su nombre.*

El que no sea una pista para encontrarla me hace perder un poco el interés en él y sus motivaciones.

—¿Qué haces aquí, Clein?

—He oído que había una bruja de mucho poder por los alrededores del Bosque Ominoso, y deseaba comprobar si era cierto

o solo otro rumor con mis propios ojos. —Aumenta el tamaño de su sonrisa falsa, pero sus ojos muestran miedo—. Eso es todo.

Tócate los ovarios. Bosque Ominoso tenía que llamarse este lugar. Como si no hubiera tenido suficiente con el Puente Chungo, va y nos metemos de lleno en este jodido sitio. Juro que cada rincón de Rundra es peor que el anterior.

Y yo que lo creía imposible.

—Bueno, pues ya me has visto —espeto—. ¿Contento?

Miente otra vez. Él sabe quién soy y ha venido específicamente a verme. Ha estado esperando a que esté sola. Pero, si no tiene que ver con mi hermana, ¿por qué está aquí?

—Claro —replica, aunque no capta la indirecta y se queda.

Quizá mi amenazante presencia no sea suficiente. Tal vez necesite aumentar el humo y los chispazos que salen del agua; o quizá lanzar algún rayo (pequeñito, pero potente) en sus cercanías, a ver si así espabila.

Mientras yo pienso en qué hacer, él desvía la vista hacia mis pechos desnudos. Disgustada, aumento la amenaza de los chispazos acumulados en mi mano, que en cualquier momento puedo convertir en un potente, rápido y (mal dirigido, aunque eso no se lo voy a confesar) rayo capaz de reducirlo a cenizas.

—No estoy de humor para mirones, Clein —gruño—. Estaba muy contenta y muy tranquila dándome un relajante baño tras un día de mierda, y tú lo estás estropeando. ¡Lárgate de una vez!

¿Dónde mierda está Kasem? Ya debería haber vuelto.

—Me temo que todavía no puedo irme, bella dama…

Será pelmazo.

¿Qué estará tramando?

—No me vengas con monsergas y halagos. O te vas o te chamusco. Fin del asunto. Se me ha agotado la paciencia.

Mis sospechas y mi paranoia, descubierta tras poner un pie en Rundra y encontrarme con un país repleto de gente dispuesta a matarte por placer (o por hambre), se incrementan con creces cuando no se va de inmediato. Y eso que mi amenaza es muy real.

Alzo la mano para lanzarle una chispita de aviso porque el muy imbécil no se ha ido todavía, sin embargo, cuando lo hago, él se alarma y alza de nuevo las manos.

—¡Espera, por favor! —me pide—. Solo he venido a entregarte una invitación mientras el vampiro está entretenido. Eso es todo, lo juro.

Frunzo el ceño.

—¿Una invitación a qué?

Ahora estoy intrigada. Mayoritariamente porque dice la verdad. Y también entiendo un poco el subidón que da el tener el poder de aterrar a aquellos que deberían aterrarte a ti… y me siento un poquitín culpable por haber hecho que el licántropo casi se cague encima cuando he estado a punto de lanzarle el chispacito.

—Mi alfa quiere conocerte —me revela de manera nerviosa, echando vistazos a mi mano como si quisiera echar a correr, pero no pudiera—. Me ha… —traga saliva y deja algo que tenía escondido en su puño sobre la hierba moribunda del suelo— me ha dado una invitación para ti.

—Vaya, qué amable.

Sueno un poco sarcástica, aunque no puedo evitarlo. Estoy irritada.

Intrigada sí, pero sigo molesta por la irrupción en mi intimidad.

—Sí —se ilusiona el supuesto Klein, que sospecho que es un pobre beta que solo sigue órdenes de su amo y creador—. Es un alfa muy amable.

Se incorpora y retrocede con lentitud, como si no quisiera hacer movimientos bruscos para no provocarme.

Tengo que esforzarme para aguantarme las carcajadas. Sobre todo, porque el tipo medirá unos dos metros y es un armario de músculos abultados, así que tiene una pinta un poco ridícula con tanto gesto servicial, el pobrecito.

—Ya podrías haberte ahorrado la chulería y haberme dado la invitación antes, lobo —rezongo—. Aunque no sé si iré. Estoy muy ocupada, ¿sabes?

Él da media vuelta y echa a correr tan rápido como puede sin responderme.

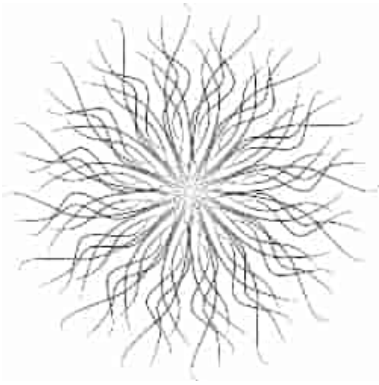
Me echo a reír con ganas al verlo.

Antes, si me hubiera topado con un hombre lobo, me habría encogido sobre mí misma, aterrada, y le habría rogado que no me devorara, violara o mordiera para convertirme en su beta (su maldita esclava de por vida).

Ahora, sin embargo, soy yo la que hace las reglas y la que impone respeto…, aunque esté desnuda como mi madre me trajo al mundo en mitad de una balsa humeante y que huele a bergamota.

Cómo cambia la vida.

Y qué genial es estar mucho más arriba que antes en la cadena alimentaria.



Capítulo 67



Noemí

—¿Dónde estabas? —Le recibo con los brazos cruzados—. Estaba preocupada, ¿sabes?

Verle me llena de un tremendo alivio.

—¿Te parece que haya estado de fiesta, mujer? —pregunta de malos modos—. Putos sarnosos —le oigo mascullar al pasarme de largo.

Le sigo hasta el campamento que ha montado mientras yo estaba en el baño (supongo).

—¿No te habías ido de caza?

Kasem se detiene y se da la vuelta, encarándome.

—Esa era la idea —gruñe—. Si una puta manada de betas con esteroides y rabia no hubiera decidido cruzarse en mi camino.

Eso hace que me preocupe de nuevo.

—¿Te han atacado?

Me acerco a él y compruebo con la mirada por si tiene heridas visibles.

—Estoy bien, mujer —refunfuña en un tono más manso que su estrés gruñón de antes—. Nada que no pudiera curarse con unos sorbos de sangre de alguna desgraciada criatura local.

Me coge las muñecas con suavidad cuando intento levantar las solapas de su chaqueta de cuero.

—Te has puesto ropa nueva —observo con el entrecejo fruncido.

Él eleva uno de sus hombros, restándole importancia.

—Los colmillos y garras de los sarnosos son los enemigos de la moda.

—Sin bromas, Kasem —suspiro—. De verdad que estaba… ¡Ey!

El vampiro hunde su nariz en mi cuello y, luego, tras emitir un gruñido animalesco que me caldea el vientre como si de repente se hubiera prendido fuego, desvía la atención de su nariz hacia mis clavículas, hombro derecho, brazo y, finalmente, la mano.

Sé qué va a notar antes de que me suelte dicha mano y meta la suya en el bolsillo de mis recién estrenados pantalones de viaje.

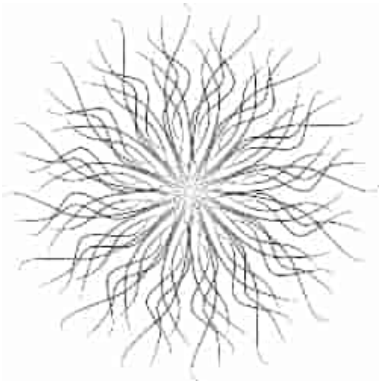
—¿Qué… —sisea, elevando el rostro para mirarme con relucientes ojos bicolores— es esto?

Sostiene la pequeña tarjeta hecha de piedra tallada entre sus dedos índice y corazón como si fuera un pedazo de basura del que quisiera deshacerse de inmediato.

—Un hombre lobo ha venido a verme mientras me bañaba y me la ha dado —le cuento—. Dice que es una invitación de… ¿Qué haces? ¡Kasem! ¡Oye, que es mía!

Pero, tras emitir un poderoso aullido furibundo que me pone los pelos de punta, el brujo, con un ojo rojo y otro plateado y emitiendo la mayor aura de ira concentrada que he notado en él jamás, convierte la tarjeta en polvo entre sus dedos.

—Como nos crucemos con ese hijo de un perro necrófago, me lo cargo —dice con la voz más honesta y lúgubre que le he oído emplear hasta ahora—. Así aprenderá a no intentar robar lo que es *mío*.



Capítulo 68



Noemí

Estamos tranquilamente sentados en el campamento que ha montado el vampiro.

Aunque en realidad es solo una fachada. Kasem, que está leyendo su libro porno tras haberme hecho la cena, tiene una expresión de mala leche tremenda en la cara. Yo, en cambio, soy incapaz de concentrarme en intentar abrir el fardo encantado que contiene el libro y, además, no paro de removerme de manera inquieta a causa de las emociones que me bullen en el estómago: inquietud, excitación, deseo, ira, vergüenza…

—No puedo creer que hayas gritado en medio del bosque que soy algo tuyo. Como si fuera una cosa —opto por rezongar tras rumiarlo durante un buen rato mientras digiero la cena (pájaro asado. El pobre Colorido no deja de mirar a Kasem con desconfianza).

—No sé de qué me hablas.

El mercenario elige, cómo no, hacerse el tonto. Algo que no le pega ni con cola.

—¡De la *tarjeta*! —me impaciento.

—¿Qué tarjeta?

Si insiste en hacerse el obtuso, que no se queje luego de mis gritos frustrados.

—¡La del licántropo!

Dejo el fardo a un lado, sabiendo que no voy a poder concentrarme.

—Ah, *esa* tarjeta —musita Kasem—. No deberías preocuparte tanto. No era nada.

Su mala leche se incrementa, pero pasa otra página de su libro sin apartar la vista de él con apariencia indiferente a pesar de la oscuridad que emana de él.

—Si no era nada, ¿por qué la has destruido? —rumio.

—Porque estaba encantada para que, en cuanto se activase una pizca de magia a su alrededor, fuera de quien fuera, la piedra la absorbiera y te teletransportara ante el puto alfa de los cojones.

Suena amargadísimo.

Y cabreadísimo.

Y yo palidezco al entender qué suponía eso para mí.

—Era una trampa —deduzco.

—Exacto.

—¡Menudos cabrones!

Y pensar que ni siquiera había caído en que me la estaban jugando.

—Te lo llevo diciendo desde que nos conocimos: no te fíes de los chuchos. Las novelas porno de cambiaformas no son fieles a como son en realidad.

Creo que está siendo racista, pero, dado que no conozco a ningún hombre lobo y no se sabe apenas nada de ellos a nivel académico (son casi tan paranoicos como los vampiros en cuanto a información sobre su especie se refiere), no sé si eso de raptar mujeres es parte de su cultura o no.

—¿Y qué hay de lo que has dicho tras destruirla? —No pienso dejar ir esa parte.

Quiero una explicación.

—No recuerdo haber dicho nada.

—Mentiroso —le acuso—. Sabes muy bien que has dicho que era tuya.

Él se encoge de hombros y pasa otra página de su libro porno. Es el siguiente de la saga que se estaba leyendo en el metro, estoy segura. Recuerdo el número de la portada anterior.

—Podría haber estado hablando de mi novela —dice—. Llevo días queriendo tener un rato para leer a gusto.

Es una excusa muy débil y lo sabe.

Mi bufido habla por sí mismo, aunque, por si acaso, decido añadir unas cuantas palabras más.

—Sí, claro —pronuncio con ironía—, y Rundra es un país paradisíaco.

—Hay quienes dirían que lo es.

—Ilusos hay en todas partes —contesto, viendo como sus labios se curvan hasta que sube el libro y se tapa el rostro con él—. Si vamos a estar juntos en el futuro, y me refiero por ejemplo a salir juntos como novios o a…

No puedo seguir porque, de repente, el vampiro de a saber cuántos cientos de años se está partiendo de risa con fuerza.

Me ruborizo de la vergüenza. Supongo que «novios» quizá es una palabra un poco infantil para él, pero a mí no se me ocurre otra. Además, me gustan las cosas bien definidas y esa palabra lo está. Todo el mundo sabe más o menos lo que es un novio.

Esto de estar constantemente en el limbo con Kasem sin saber a dónde vamos o lo que quiere de mí es un poco estresante.

—¡Deja de reírte de una maldita vez! —le grito—. Estoy intentando mantener una conversación seria.

Le lanzo una piedra que el imbécil esquiva con maestría sin dejar de carcajearse.

—¿Quieres que seamos novios? —pregunta entre jadeos como si fuera lo más surrealista que ha oído jamás.

Me tenso, poniéndome a la defensiva.

—¿Y por qué no?

Aunque la diversión sigue brillando en sus ojos, Kasem se pone serio cuando responde.

—Porque soy un misterioso asesino a sueldo cuyo nombre conocen muy pocos.

—Entre los que me incluyo.

Le reto a que me lo niegue con la mirada.

No lo hace.

—Y tú una profesora universitaria que hasta ahora llevaba una vida muy mundana.

—¿Y qué? —contesto—. Los dos sabemos que no soy normal, que no quiero serlo, y que mi vida, ahora que sé lo que soy, jamás va a ser mundana de nuevo.

Kasem cierra el libro que todavía sostenía en una mano y lo guarda en el bolsillo de su chaqueta. Ni siquiera lo mete en un sello.

Esto es serio.

—Noemí, no puede ser.

Sus palabras me hieren. Son como un puñal directo al pecho a pesar de la suavidad con la que las pronuncia.

—¿Por qué no?

—Porque no puede ser —repite con un deje de ternura.

Trago saliva porque tengo un nudo en la garganta que hace difícil que pueda hablar sin dificultad.

—¿Es porque soy una vidraz? —pregunto con la voz ligeramente temblorosa.

Él suspira.

Cómo odio ser eso. Es una maldita mierda, pienso con fuerza para mí misma.

—No.

Me sorprende que diga eso. Y además que lo haga con tanta firmeza.

—¿En serio?

Se ríe entre dientes al ver mi evidente esperanza.

—He pasado el suficiente tiempo junto a ti como para que la llamada de tu sangre no me afecte tanto como lo hacía antes —me explica—. Es curioso. No sabía que al cabo de un tiempo desarrollábamos inmunidad. Creía que era lo contrario, pero me equivocaba.

—Eso es genial. Aunque no entiendo por qué no quieres estar conmigo —me relamo los labios con nerviosismo—. Como pareja, no solo como amigos.

Porque ya somos amigos. ¿O es que acaso eso también me lo va a negar? ¿Se irá y desaparecerá de mi vida una vez salvemos a Arya y nos lleve de vuelta a casa?

Sería muy cruel por su parte. Pero Kasem es una persona cruel cuando cree que es necesario serlo.

Y eso me asusta.

—Tengo una gran fuerza de voluntad, Noemí. —Me guiña un ojo—. Ya no me preocupa mi consentimiento, así que te lo repito por millonésima vez: deja de preocuparte tú por eso.

El alivio que siento es tan intenso que el estómago se me aligera de repente y casi me mareo debido a ello.

—Eso es… —Trago saliva otra vez, emocionada—. Eso es genial —. Mi voz suena afectada y no puedo evitarlo. Me acaba de quitar un peso enorme de encima—. Pero todavía no me has explicado por qué no quieres estar conmigo cuando es evidente que me quieres.

Se hace el silencio en el campamento.

Hasta Colorido, que dormitaba sobre la rama de un árbol, ha dejado de roncar de repente.

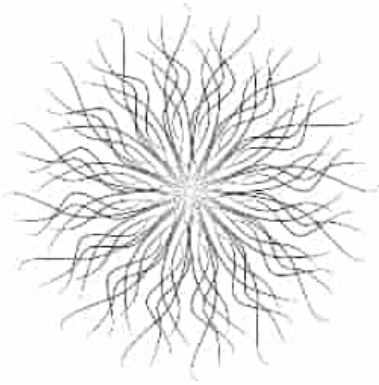
—Termina de estudiar el envoltorio y vete a dormir, Noemí —me ordena el vampiro—. Ya es hora de que descanses. Amanecerá muy

pronto y nos queda un buen día de marcha hasta la cueva de la quimera.

El rostro de Kasem se ha vuelto de piedra y, cuando lo veo, me doy cuenta de que, me guste o no, la conversación se ha acabado… por ahora, porque mi tozudez y mi corazón van de la mano y no voy a dejar de intentar conquistar su corazón.

Desvío mi atención al libro, pero parte de mi mente sigue preguntándose qué es lo que me esconde el mercenario (aparte de lo de ser un asesino a sueldo que pertenece a una organización secreta) que le impide amarme como sé que puede llegar a amarme.

Y como yo sospecho que ya he empezado a hacerlo.



Capítulo 69



Noemí

—¡Lo he logrado! —exclamo con alegría.

Kasem pasa otra página de su libro guarro con calma.

—Ya era hora.

Pero, a pesar de su falta de entusiasmo, yo necesito expresar todo mi proceso mental y el cómo he conseguido descifrar el enigma porque estoy excitada y contenta de haber superado esa prueba.

—Lo que había que hacer era absorber la magia que envolvía el libro —alzo dicho libro, que pesa un quintal ahora que no está atrapado dentro del conjuro que hacía que pareciera tan liviano como una pluma, con expresión triunfal—, ¡no lanzarle más magia o tratar de encontrar una cerradura!

—Ajá. Sí. Qué lista eres. No lo sabía.

Su sarcasmo me halaga. Me ruborizo con complacencia.

—Gracias —replico con arrogancia.

Él rueda los ojos tras su novela y continúa leyendo.

Yo, con el corazón a mil por el entusiasmo y la anticipación, abro el mamotreto, cuya cubierta es negra y lisa sin ningún tipo de título o autor…

—Está en vadálico antiguo —farfullo cuando trato de leer los primeros párrafos, caóticos y en letra pequeña, que hay escritos en él (junto con un montón de anotaciones al margen en una letra todavía peor.

—¿No querías ser fluente en el lenguaje? Ahí tienes tu oportunidad.

—¡Pero si solo sé unas cuantas frases hechas y unas pocas palabras sueltas! —protesto—. ¿Cómo esperas que sea capaz de traducir un grimorio entero en un lenguaje cuyo ochenta por ciento desconozco?

Él alza la mirada de su porno.

—Voy a depositar toda mi fe y esperanza en ti y en tu privilegiada cabecita —declara en tono grandilocuente.

—Eso solo significa que no quieres que te moleste para que me enseñes —refunfuño, entendiendo perfectamente de qué va la cosa —. No me vas a engañar con halagos.

—Ah, ¿no?

—No —digo firmemente.

—¿Y si te digo que, si traduces la primera página antes de que salgamos mañana de la cueva de la quimera, te besaré de tal forma que nunca, jamás, dejarás de tener sueños húmedos sobre lo que

soy capaz de hacerte sentir solo con un simple beso? —ronronea sensualmente.

Lo miro con la boca abierta.

—Tú… Acabas de decir que… —balbuceo—. ¿En serio?

Kasem enarca una ceja.

—¿Es eso un no? Y yo que creía que había interpretado bien las señales…

—¡Sí! —grito—. ¡Es un sí! ¡Un sí! ¡Un enorme sí! —añado para que se entienda bien que consiento con toda mi alma y que lo ha interpretado todo bien.

Él se ríe por lo bajo y vuelve de nuevo a su libro.

—Empieza a trabajar.

—Kase…

—Ah —me interrumpe—. Y tienes que hacerlo por ti misma. Preguntarme a mí es hacer trampa.

Pongo cara de decepción y le hago ojitos, pero ni eso le hace ceder un ápice.

En fin, le guste o no (ya que está obsesionado con que yo duerma las horas que me tocan) me voy a pasar la noche en vela traduciendo este libro. Algo que ya, de todas formas, pensaba hacer, se pusiera como se pusiera. El nudo de emoción de mi estómago jamás ha sido tan intenso y la tormenta de mis venas nunca había estado tan excitada como en este momento.

Ahora el premio vale mucho más la pena.

Muchísimo más.



Capítulo 70



Kasem

Darle el libro ha sido una buena y mala idea a la vez.

Buena, porque el viejo grimorio de mi adorada y fallecida abuela, que también era una bruja de tipo tormenta, la ayudará a controlar su don y a distraerse de su constante preocupación por su hermana pequeña.

Malo, porque mi abuela tendía a usar su grimorio, no solo para apuntar sus descubrimientos sobre el uso de la magia eléctrica y los

conjuros que iba inventando, sino también para hacer anotaciones sobre sus nietos mientras crecíamos junto a ella. Para mi abuela, era una especie de diario. Cuando yo lo releía, encontraba esas anotaciones enternecedoras y nostálgicas, pero Noemí seguro que las va a encontrar *adorables*. Y ello me hacer tener ganas de quitárselo y esconderlo.

No quiero que lea sobre cómo era yo de crío ni que me humanice todavía más. Quiero que siga pensando en mí como el tipo frío, cruel, sarcástico, calculador, asesino y cabrón que soy. Uno del que no debe enamorarse porque da miedo y es peligroso y problemático… Pero con el que quizá podría tener sexo.

El sexo estaría jodidamente bien.

El grandísimo problema que veo es que Noemí, que al inicio de nuestra relación sí que me veía así, ya me ha calado. Y ahora no hay quien vuelva atrás, por muchas cabezas que reviente o nigromantes que despelleje y se me *olvide* ponerle un escudo para no recubrirla de gelatina podrida (que no puede enfermarla porque, como bruja, es inmune a las enfermedades contagiadas por otras brujas. Aunque una pulmonía común podría matarla igualmente).

—Deja el grimorio y vete a dormir —le ordeno.

Ella ni siquiera parece oírme. No reacciona a mis palabras. Su nariz está casi metida entre las viejas páginas del grueso libro y está murmurando para sí misma mientras trata de deducir el significado de una frase.

He de admitir, cuando oigo cómo va deduciendo los significados de cada palabra por el contexto, que no se le da nada mal. Hasta puede que no tenga que darle pistas.

—Noemí —llamo de nuevo. Ni caso—. ¡NOEMÍ!

Ella se sobresalta y yo evito reírme porque, con la mirada que me dirige una vez se le pasa el susto, estoy seguro de que sería

capaz de intentar chamuscarme con un rayo.

—¡¿Qué?!

—Que te vayas a dormir.

—No.

Enarco una ceja.

—Ahora, listilla.

—No soy una niña. Déjame en paz.

—Eso suena a adolescente rebelde —me burlo—. Es tu hora de ir al saco. —Le señalo el saco de dormir que le he tendido en el suelo—. Así podrás descansar las horas que tu cuerpo requiere.

—Ya no necesito dormir tanto ahora que soy bruja y tengo magia —gruñe.

—Niña rebelde.

—Brujo de Sangre anciano y gruñón —me replica.

Qué cojones tiene esta mujer.

Nunca me acostumbro del todo a esa lengua suya.

—Ya tenías magia antes, solo que no estaba activa.

—No quiero oír demagogia.

Vuelve a hundir su nariz en el grimorio.

—Te confiscaré el grimorio —le advierto, irritado.

Es importante que duerma. Su cuerpo todavía tiene que adaptarse a tanto cambio rápido por el que ha pasado tras despertar. Saltarse horas de sueño no es bueno para ella (para ese cerebro que tanto valora es malísimo, especialmente. Sus conexiones neuronales se realinean para lidiar con sus poderes

mientras duerme, así que es imperativo que lo haga). Pero no me apetece explicarle todo esto, abriría un debate eterno debido a su infinita curiosidad. Ya lo haré cuando me apetezca ser más sociable.

Posiblemente nunca, siendo sincero.

—¡No puedes hablar en serio!

—¿De verdad tengo que demostrarte que voy muy en serio? —me exaspero—. ¿La evidencia anterior no ha sido suficiente?

Si las miradas matasen, bueno…, digamos que me habría intentado matar de nuevo en un arranque de ira inocente pero poderosa. Y que luego habría llorado sobre ello otra vez.

—Muy bien —masculla rechinando los dientes—. Mi mente funciona mejor tras un buen descanso, de todas formas. Así que no es que lo haga porque tú me lo dices.

Qué orgullosa que es.

Igual que yo.

Se levanta y deja el libro dentro de su saco de dormir, junto a ella, entrecerrando sus ojos y advirtiéndome en silencio que ni se me ocurra quitárselo mientras descansa.

—No trates de leer creyendo que no me daré cuenta y no lo haré.

—No pensaba hacerlo —miente.

—Puedo oler la mentira, ¿recuerdas?

No pienso decirle que, desde que se ha despertado del todo su sangre de bruja, me resulta cada vez más y más difícil hacerlo. Si no fuera por lo fácil de leer y lo expresiva que es, no las tendría todas conmigo para saber cuándo miente y cuándo no.

Ella suelta un resoplido y cierra los párpados, fingiendo que duerme durante un rato, hasta que al fin el cansancio del día puede con ella y se duerme de verdad.

—Ya puedes salir de tu escondrijo —susurro una vez me aseguro, con un silencioso conjuro de protección y otro de burbuja de silencio, que Noemí está a salvo y que no va a oír nada que pueda herirla potencialmente—. Dime, ¿eres Arya?

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LA BILOGÍA

---

[1] Humanos caníbales a los que eventualmente la oscuridad de su corazón transformó en horrendas y aterradoras bestias sin conciencia. Suelen huir de la sociedad en la que nacieron, una vez transformados, y esconderse en los bosques más profundos que encuentran.

[2] Criatura mitológica irlandesa con forma de mujer cuyos gritos auguran la muerte.

[3] Se la describe más abajo. Se trata de una criatura carnívora con cuerpo de araña y cara humanoide.

[4] Parecidas a las *banshees*, pero mucho más tontas. Se rumorea que son fruto de una relación pasada entre una *banshee* y un humano.

[5] Serpiente cuyo veneno suele ser mortal para los humanos y para los animales comunes y corrientes. Afecta también a los mestizos, hijos de un padre mágico y uno no mágico. También puede dejar ciegas a la mayoría de las criaturas oscuras, exceptuando a los cambiantes, a las brujas y a los vampiros, que sufren de dolores extremos durante semanas si no han pasado por un proceso de inmunización previo.

[6] En este universo, las lamias son criaturas oscuras sin mucha inteligencia, siempre con apariencia femenina, que nacieron del experimento fallido de una bruja que trataba de crear su propia raza de vampiros que la sirviera como esclavos. Les gusta la sangre y la carne de cualquier ser vivo, pero tienen preferencia por la de las brujas y la de los humanos. Además, raptan varones, generalmente humanos, para reproducirse con ellos. Luego proceden a devorarlos.

[7] Los guivernos son parecidos a los dragones, solo que sin las dos patas delanteras y las alas extra detrás. En vez de eso, las hembras tienen las alas delante, sobre cuyo pliegue se apoyan para caminar sobre el suelo, y dos patas acabadas en afiladas garras detrás,

mientras que los machos son puramente terrestres, carecen de alas y tienen seis patas terminadas en poderosas garras. Se parecen a los dragones de Komodo. Escupen ácido y/o veneno a través de sus dos glándulas, situadas en la garganta.

[8] En este mundo, los licántropos más modernos (aquellos que tienen sangre de una madre humana o bruja), son seres racionales considerados parte de la sociedad de seres con conciencia que controlan su transformación… en la mayoría de los casos. Los antiguos, en cambio, son solo pobres bestias crueles sin un ápice de humanidad.

[9] Zombis, pero de criaturas oscuras, no de humanos. Son aún más peligrosos que los zombis normales.

[10] Las apsarás son deidades de la mitología india parecidas a las ninfas acuáticas. En este universo, sin embargo, son similares a las lamias y se dedican a seducir y devorar humanos, como sus primas las sirenas.

[11] Ciencia que estudia los alimentos. Desde su composición, pasando por su calidad, hasta su proceso de putrefacción, etcétera.

[12] La versión masculina de las súcubo; hermosos demonios que se alimentan del deseo sexual humano hasta matarlos.